Massimiliano Marazzi

La sociedad micénica



AKAL / UNIVERSITARIA

No resulta empresa fácil recoger una serie de estudios sobre el mundo micénico, con el fin de presentar un cuadro lo más completo posible a la vez que sencillo y accesible para el lector no especializado en el tema. En efecto, muchas dificultades se reúnen para complicar el logro de tal objetivo. Intentaremos individualizarlas.

El fenómeno cultural llamado convencionalmente «civilización micénica» se presenta verdaderamente como una realidad histórica mucho más compleja, que se desarrolla, con sus características peculiares, desde mediados del II milenio hasta su final.

La civilización micénica, aun teniendo su núcleo principal o, mejor dicho, sus principales centros, en los poblados fortificados de Grecia, se extendió en el período cronológico antes señalado; se difunde por las islas del mar Egeo, ocupa Creta, establece permanentes puntos de contacto en el Levante, consigue que sus productos de exportación lleguen hasta Egipto, Anatolia, Siria y Palestina, para insertarse de esta manera en la espesa red de intercambios entre los grandes reinos orientales vecinos entre sí.

AKAL EDITOR

MASSIMILIANO MARAZZI

LA SOCIEDAD MICENICA

Traducción: Manuel Bayo
Revisión: M.ª E. Sanahuja



akal editor

Maqueta RAG
Motivo: *Cabeza de estuco pintado.* Micenas
Atenas. Museo Nacional
Directores: Jordi Estevez/Vicente Lull
Título original: La società micenea

Ramón Akal González
Paseo Sta. María de la Cabeza, 132. Madrid-26.
Teléfs: 460 32 50 - 460 33 50
I.S.B.N.: 84-7339-601-4
Depósito legal: M-10.947-1982
Impreso en España/Printed in Spain
Impreso en: Técnicas Gráficas, S.L.
C/ de las Matas, 5 - Madrid.-29

PROLOGO

Como dice Marazzi, este volumen es una selección argumentada que abarca temas esenciales para la caracterización de la sociedad micénica. El objetivo, a nuestro parecer, se ha logrado plenamente.

La estructuración de la obra en cuatro partes que recogen la *Historia, los documentos escritos, los problemas y características especiales* y *el registro* nos ofrecen un cuadro completo de todos los aspectos que hasta ahora podemos determinar de la esfera social micénica.

Tras una primera parte dedicada a exponer las ideas clásicas (Childe, Starr) sobre la sociedad micénica, confrontándolas con un estudio sintético actual (Bockisch-Geiss), encontramos un amplio capítulo dedicado a la evidencia escrita. En este apartado Ventris-Chadwick, Palmer, Lejeune y Wundsam expresan sus diversas ideas sobre la posesión y uso de la tierra y se analizan los parámetros ciudadela-*demos* que configuran la estructura social. Aunque cada artículo profundiza entre aspectos diferentes (organización y estructura social, sistema de tenencia o pertenencia de la tierra) todos ellos parten de lecturas personales de los testimonios en Lineal B.

La tercera parte logra definir las diferentes lecturas económicas que se debaten actualmente sobre el tema. Los autores (Parain, Polanyi, Olivier, Vernant y desde sus diferentes puntos de vista, marxista, estructuralista y sustantivista, etc.) trazan un cuadro, si no completo, suficiente del estado de la cuestión económico-social micénica.

Aunque incluido en este apartado, el artículo de Brelich es el único que recoge la problemática religiosa y desde una perspectiva diferente, ofreciéndonos una introducción crítica en la que cuestiona la labor de arqueólogos y filólogos en este campo, acabando por convencernos sobre la necesidad de la colaboración científica interdisciplinaria.

La última parte del libro es de gran utilidad, pues se recoge en ella

la bibliografía fundamental para un intento de comprensión no sólo de la sociedad, sino de todos los aspectos culturales micénicos.

Hacer cualquier comentario de los diferentes artículos resulta superfluo dado que Marazzi con una preparación y minuciosidad asombrosas va exponiendo en citas a pie de página la vigencia o no de las diferentes ideas, planteamientos, junto a críticas y comentarios de una valor excepcional, haciendo de esas notas un libro paralelo que completa, matiza y amplía en muchas ocasiones los diferentes artículos del *reading*.

«La Sociedad Micénica» viene a llenar un gran vacío bibliográfico en nuestro país. Sólo contábamos con dos libros en castellano dedicados enteramente a esta formación económico-social: J. Chadwick, *El enigma micénico,* Ed. Taurus, Madrid 1973 [2]; Id, *El Mundo Micénico,* Ed. Alianza Univ. Madrid 1977; los dos estrechamente relacionados con la evidencia escrita.

Sobre Micenas en general, también tratan, sobre todo, E. Vermeule, *Grecia en la Edad del Bronce,* F.C.E. México 1971 (una extensa y meticulosa recopilación de las evidencias arqueológicas micénicas en los capítulos IV, V, VI, VII, VIII y IX); F. Demargne, *Nacimiento del Arte Griego,* Ed. Aguilar, Bilbao 1964 (caps. VI, VII y VIII); M. I. Finley, *Grecia Primitiva: La Edad del Bronce y la Era Arcaica),* Ed. Eudeba, Buenos Aires 1974 (sobre todo el cap. V de la primera parte).

Aunque de otra fase cronológica, pero siempre debatida, contamos en castellano con: M. I. Finley, *El Mundo de Odiseo,* F.C.E. 1975[2] y L. Pareti, *Homero y la realidad histórica,* Uteha, México 1961, sobradamente superados en la actualidad.

Junto a estos libros que entera o parcialmente nos ofrecen estudios científicos sobre la cultura micénica, debemos recoger también un libro de divulgación muy bien ilustrado, aunque muy contradictorio e idealista, que se debe a J. Hawkes, *El origen de los dioses,* Ed. Noguer, Barcelona 1968 una mitad del cual está dedicada a nuestro tema y la otra a la cultura minoica.

Hasta aquí hemos relacionado la bibliografía en castellano, primordial para adentrarse en el estudio de *lo* micénico. No vamos a enumerar aquí todos los artículos de que disponemos, pues no consideramos que este sea el lugar apropiado. Sólo baste recordar que la revista Minos que edita la Universidad de Salamanca desarrolla como uno de sus temas específicos la micenología. Para el resto de la bibliografía general micénica nos remitimos a la cuarta parte del libro que presentamos.

De unos años a esta parte se ha intentado incluir *lo* micénico dentro de las formas asiáticas de producción. En otras palabras, se le ha considerado un Modo de Producción Asiático contrapuesto a las tendencias clásicas que lo *explicaban* feudal e incluso esclavista. Actualmente se ha llegado a defender la idea de un Modo de Producción Para-asiático para nuestra formación económico-social, comparán-

dola a casos similares alejados en el tiempo, en el espacio y en algunas características de las formas asiáticas típicas.

Contamos con una extensa bibliografía en castellano sobre el Modo de Producción Asiático. Para todos los interesados en este tema enumeramos a continuación las obras más importantes:

Sofri, G.: *El Modo de Producción Asiático. Historia de una controversia marxista.* Ed. Península. Barcelona 1971; Bartra, R., (Ed.) *El Modo de Producción Asiático.* Ed. Era. México 1975[3]; Id., *Marxismo y Sociedades Antiguas.* Ed. Grijalbo. México 1975, págs. 9-98. Chesnaux, J. y otros: *El Modo de Producción Asiático.* Ed. Grijalbo. Barcelona 1975; Hindess, B. y Hirst, P. Q.: *Los modos de producción precapitalistas,* Ed. Península. Barcelona 1979, págs. 183-224; Mandel, E.: *El «Modo de Producción Asiático» y las precondiciones históricas del desarrollo del capital.* Cap. VIII de «La formación del pensamiento económico de Marx. Siglo XXI Ed. Madrid 1974[6]; Dhoquois, G.: *En favor de la historia.* Ed. Anagrama. Barcelona 1977, págs. 56-102; Godelier, M.: *Esquema de Evolución de las Sociedades,* Ed. Castellote. Madrid 1974.

No obstante, para iniciar este estudio es imprescindible una lectura previa de Marx, K.: *Formaciones económicas precapitalistas. Ed. Crítica. Barcelona 1979, con la famosa introducción de Eric J. Hobsbawm.*

Vicente Lull
Bellaterra, julio 1981

INTRODUCCION

No resulta empresa fácil recoger una serie de estudios sobre el mundo micénico, con el fin de presentar un cuadro lo más completo posible a la vez que sencillo y accesible para el lector no especializado en el tema. En efecto, muchas dificultades se reúnen para complicar el logro de tal objetivo. Intentaremos individualizarlas.

El fenómeno cultural llamado convencionalmente «civilización micénica» (por la ciudadela de Micenas en la Argólida, el lugar más famoso y el primero de los que investigó, a finales del siglo pasado, el arqueólogo autodidacta Heinrich Schliemann) se presenta verdaderamente como una realidad histórica mucho más compleja, que se desarrolla, con sus características peculiares, desde mediados del II milenio hasta su final.

La civilización micénica, aun teniendo su núcleo principal o, mejor dicho, sus principales centros, en los poblados fortificados de Grecia, se extendió en el período cronológico antes señalado; se difunde por las islas del mar Egeo, ocupa Creta, establece permanentes puntos de contacto en el Levante, consigue que sus productos de exportación lleguen hasta Egipto, Anatolia, Siria y Palestina, para insertarse de esta manera en la espesa red de intercambios entre los grandes reinos orientales vecinos entre sí, alcanza una considerable ampliación precisamente durante estos siglos.

Sin anticipar elementos y datos que se comprenderán mejor en la lectura directa de los textos reunidos a continuación, se puede, sin embargo, establecer una afirmación preliminar: estudiar o intentar comprender, la civilización micénica, supone incluirla en el devenir de los acontecimientos históricos de la cuenca mediterránea centro-oriental y de las regiones del Próximo Oriente. Esto implica una serie de complicaciones en absoluto insignificantes.

El término «complejidad» resulta todavía más apropiado si se refiere al conjunto de los elementos que podemos conocer y que individualizan más específicamente el mundo micénico, tal como aparece

sobre el continente griego. Dichos elementos, que podemos agrupar en tres categorías —fuentes literarias griegas (incluidos los poemas homéricos) que contienen referencias a una sociedad más antigua, documentos sobre tablillas de arcilla en escritura silábica llamada Lineal B y hallazgos arqueológicos— presentan, dentro de cada uno de los apartados indicados, problemas de organización y sistematización muy importantes y difícilmente comprensibles para quien no esté en continua relación con ellos. A lo que hay que añadir, sobre todo en relación a los datos que podemos conocer por la literatura griega y por la investigación arqueológica, que la tarea de divulgación o de enseñanza en las escuelas, pertinente al conocimiento del mundo micénico, se ha llevado a cabo con una perspectiva completamente distorsionada respecto a la realidad de los problemas que se plantean por el contrario a nivel de estudios especializados.

Conviene poner de manifiesto, con debida claridad, este hecho, que no es casual, para que el lector no se lleve desilusiones a lo largo del análisis que se intentará en las páginas siguientes, mediante la presentación de una serie de ensayos sobre el tema. Las raíces de este tipo de divulgación se investigan, naturalmente, en el propio planteamiento que los estudios micénicos tuvieron en las pasadas décadas y tienen, en gran parte, actualmente.

La investigación micénica, campo de estudio todavía joven, nació prácticamente con los descubrimientos efectuados hacia finales de la anterior centuria, en Grecia y Turquía, por H. Schliemann, partidario del fundamental valor histórico de la tradición homérica; se desarrolló con las excavaciones de Arthur Evans, en Knossos, y entró en la historia con el desciframiento, realizado por Michael Ventris, de la escritura Lineal B [1]. Cada vez más se la considera, debido precisamente a la influencia que dichos descubrimientos fundamentales han producido sobre sí misma, como la confirmación de aquel mundo heroico del que habla Homero, como la poderosa y aguerrida productora de las imponentes ciudadelas ceñidas por murallas ciclópeas y palacios decorados con maravillosos frescos, como la constructora de las sugestivas tumbas de *tholos,* fabricante de joyas, espadas con incrustaciones, máscaras mortuorias de oro y de variopintas vajillas en las que se repiten los temas de mundos marinos y vegetales transfigurados mediante la fantasía y la interpretación de los ceramistas cre-

---

[1] Indicamos aquí solamente las tres «etapas» convencionales de la historia de los estudios micenológicos y egeos en general. El desarrollo de las investigaciones y del interés por la Grecia preclásica, que tuvo lugar al iniciarse las excavaciones de H. Schliemann en Micenas y Troya, cuenta, naturalmente, con un grupo de ilustres estudiosos, como Dörpfeld, Tsountas, Glotz, Blegen, Wace y otros muchos no menos importantes que los citados. Recordamos principalmente un útil volumen recientemente editado por William A. McDonald, *Progress into the Past. The Rediscovery of Mycenaean Civilisation,* London-New York, 1967, donde se expone, con extraordinaria claridad e igual rigor científico, la historia de la investigación y, al mismo tiempo, la clarificación de los datos obtenidos en este campo de estudio.

tenses, o, finalmente, como la «premisa» (debido a la forma arcaica de la lengua griega en la que están redactadas, en escritura silábica, las tablillas encontradas en los palacios) de aquella civilización griega que, todavía hoy, muchos consideran como el «milagro» de la genialidad y del espíritu racional de Occidente.

Todos estos aspectos «característicos», que, desde luego, tienen *también* su base de realidad, pero que no constituyen *ipso facto* la «civilización micénica», se han traducido, a nivel de divulgación o didáctico, en varios maravillosos libros, espléndidamente ilustrados, en sugestivas reconstrucciones históricas, o bien en breves prólogos a la historia y a la historia del arte griegas (especialmente en los libros de texto y en los manuales para escuelas superiores), o, finalmente, en largos y confusos capítulos de literatura homérica en los que se demuestra lo que Homero (o quien por él) había tomado *verdaderamente* del mundo micénico, o, por el contrario, había elaborado por su cuenta, basándose en los testimonios contemporáneos.

Pero los experimentos quizá más peligrosos se pueden determinar en el estudio histórico-artístico de las piezas arqueológicas y en las reconstrucciones «globales» a partir de las tablillas en Lineal B. No hay duda de que los aspectos más llamativos de la civilización micénica ejercen una particular fascinación, así como de que, todavía hoy, la palabra «arqueología» se identifique, incluso en los estudios superiores, con la historia del arte antiguo [2]. Se puede decir que este tipo de planteamiento de la investigación se ha llevado hasta sus últimas consecuencias en el caso de los testimonios micénicos. Todo esto ha provocado, en efecto, no sólo una enorme serie de estudios sobre los distintos monumentos privilegiados (frescos, joyas, elementos urbanísticos de especial relieve, motivos pictóricos en los vasos de cerámica de lujo, analizados en la mayor parte de los casos por su exclusivo valor «artístico») y un parcial desinterés por otros testimonios materiales considerados como «menores» (objetos de uso corriente, estructuras urbanas secundarias, cerámica doméstica, etc.), examinadas solamente en pocos estudios de un extraordinario nivel de especialización; sino también un tipo de investigación sobre el tema y de elaboración de los datos disponibles que han dejado en la oscuridad la mayor parte de las fuerzas productivas existentes en la Grecia del II milenio.

Intentaremos aproximarnos a algunos problemas y a algunas consecuencias.

Del «esplendor» de la civilización micénica, conocemos efecti-

---

[2] El tema es muy amplio. Implica tanto una visión diferente de la historia del arte clásica como una recuperación de la investigación arqueológica y del objeto de su estudio. En relación con el problema, recordamos, meramente, a título informativo, dos ensayos recientemente editados: el de Ranuccio Bianchi Bandinelli, *Introduzione all'archeologia,* Bari, Laterza, 1976. Edición española, en prensa. Ed. Akal, y el de Andrea Carandini, *Archeologia e cultura materiale. Lavori senza gloria nell'antichità classica*, Bari, De Donato, 1975.

vamente la parte más «esplendorosa»; la mayor parte de las grandes excavaciones se han concentrado fundamentalmente sobre los centros más prestigiosos (Micenas, Tirinto, Pilos, etc.), mientras que el estudio de los materiales, y en consecuencia la selección de los ejemplares dentro de las diversas categorías, se ha basado en las manifestaciones de mayor relieve, al especular sobre los diversos niveles de sensibilidad artística y determinado sentido estético. La organización territorial, las formas de utilización del suelo, la producción de manufacturas como índice de un determinado nivel técnico alcanzado y también como señal de cierto tipo de organización de las fuerzas productivas, la clasificación estadística y tipológica de los diversos hallazgos «domésticos», son elementos que se han dejado frecuentemente en segundo plano (tema de estudio especializado que solamente conocen los especialistas), cuando no son ignorados completamente. Por lo cual, en la literatura corriente, «micénico» se convierte en sinónimo de ciudadela, de tesoro descubierto en las tumbas de fosa en Micenas, de espléndidos vasos decorados con fantásticos animales marinos (el «pulpo» es el más frecuente entre todos).

Pero, ¿cuál era la población que vivía en las aldeas situadas alrededor de la ciudadela?, ¿qué «cultura» detentaba?, ¿cómo organizaba su trabajo?, ¿por qué y bajo la guía de quién se desarrollaba?

No es una casualidad el que no se haya dado respuesta a estas preguntas ni que se continúen ofreciendo al público grandes colecciones de bellas fotografías.

El hecho es que, descubierta la civilización micénica siguiendo las huellas de la épica homérica, pasó a pertenecer casi automáticamente a las disciplinas «clásicas» y, sobre todo, al tipo de planteamiento que encuentra en el estudio del arte en sí mismo el objetivo principal de la investigación «arqueológica».

Para complicar y hacer todavía más crítica la cuestión se añadió el desciframiento de la escritura Lineal B, con el descubrimiento, precisamente, de que la lengua que tras ésta se ocultaba no era otra que una forma muy arcaica del griego. Se ha pretendido llenar los falsos huecos de la documentación arqueológica mediante la interpretación del contenido de dichas tablillas, bajo la influencia de los archivos ya descubiertos en el Próximo Oriente Antiguo y la sugestión de establecer posibles correlaciones con la producción y tradición homéricas. Sin embargo, la verdad es que los documentos micénicos, como ha advertido justamente Pugliese Carratelli[3], no son más que «documentos de la administración palatina y registran entradas y salidas de la residencia real, tributos en productos agrícolas e industriales, en animales y materias primas entregados por la comunidad y por particulares a Palacio, las prestaciones de trabajo por parte de *humiliores,*

---

[3] *Dal regno miceneo alla polis,* en Actas del convenio internacional sobre el tema «Dalla tribù allo Stato», Roma, 13-16 abril 1961; *Problemi attuali di Scienza e Cultura,* LIV (1962), pág. 175 y ss., reeditado en *Scritti sul mondo antico,* Napoli, 1976, pág. 135 y ss.

el valor de los depósitos en los almacenes, así como las ofrendas de los sacrificios y las distribuciones hechas en nombre del soberano a santuarios y a su personal, a dignatarios y a subalternos; además, estas anotaciones se refieren a un período que no supera los límites de un año y que finaliza con la destrucción del palacio». En efecto, las tablillas que han llegado hasta nosotros aparecen cocidas por los incendios que determinaron el final de la ciudadela, pero, normalmente, se las dejaba simplemente que se secaran al sol y después se las colocaba en los archivos, dentro de adecuados contenedores de madera o en canastas. En conclusión, el tema del que tratan los textos de las tablillas y, por consiguiente, la función que desempeñaban, es simplemente anotar, con suma precisión, *algunos* aspectos de las relaciones que debían mediar entre el palacio y los centros rurales y periféricos (incluso los de carácter presumiblemente religioso), distribuidos por la región dependiente de palacio. Todas las referencias que encontramos en las tablillas (excepto algún etnónimo o topónimo para identificar la procedencia de algunas categorías entre el personal femenino que trabaja en palacio), son relativos únicamente a hechos y asuntos de «economía interna» y, por otra parte, no describen —a no ser marginalmente— ni la organización social interna de los palacios, ni la de centros rurales y periféricos ni las modalidades institucionalizadas de las relaciones políticas entre el palacio y los centros rurales. A esto hay que añadir, dado el tipo silábico de escritura, absolutamente inadecuado para restituir la lengua griega, que muchos términos permanecen inciertos, mientras que otros, identificados en el vocabulario griego posterior, deben ser considerados teniendo en cuenta las posibilidades del desarrollo semántico que se han podido verificar en el transcurso de los siglos.

Por estos indicios se puede deducir lo mucho que interviene la hipótesis, y con frecuencia la fantasía, en esas reconstrucciones «globales» de la sociedad micénica, que pretenden partir de los documentos escritos contemporáneos, pero, principalmente, los peligros en que se incurre al querer proyectar tales «migajas» de organización social, que las tablillas nos permiten conocer, fuera del circuito interno representado por las relaciones entre palacio y aldeas o centros religiosos contenidos en el territorio del palacio.

Si quisiéramos, en fin, adentrarnos en el laberinto de las interpretaciones en clave «homerística» del mundo micénico, terminaríamos por enturbiar todavía más las aguas, sin aportar ningún dato digno de credibilidad histórica. Creemos que cuanto han escrito al respecto Fausto Codino, en su *Introduzione a Omero;* P. Vidal-Naquet, en *Homère et le monde mycénien,* y Pugliese Carratelli, en *Dal regno miceno alla polis*[4], es suficiente para indicar que, aunque la épica homérica puede ofrecer un interés histórico en relación con el mundo

[4] *Introduzione a Omero,* Torino, 1965; *Homère et le monde mycènien. À propos d'un livre récent et d'une polemique ancienne,* en *Annales,* 18, 1963, pág. 703 y ss.; *Dal regno miceneo alla polis,* op. cit.

micénico, debe considerarse en función de las alusiones que puede contener sobre las modalidades de desarrollo y de articulación de algunos componentes de aquel mundo subalterno y rural, vivido en edad micénica bajo la hegemonía del palacio, para comenzar desde el momento en que, destruidas las ciudadelas, una vez decaído el poder central, toman ventaja las autoridades locales que hasta entonces debieron hacer de intermediarios entre la comunidad de la aldea y el liderazgo de la ciudadela. Por otra parte, incluso en este sentido, la tradición homérica aparece bastante problemática, dado el amplio marco temporal en que se encuadra su formación y, por tanto, el proceso de encuentro y fusión de las diversas temáticas que la caracterizan [5].

Frente a un cuadro tan complejo, con el que debe contar el especialista, y, sobre todo, frente a lo específico de un campo de investigación todavía en formación y bastante mal conocido por quien no lo trabaja desde dentro, se imponían algunas elecciones para quien, como el que escribe, tenía que presentar una selección de ensayos que tratasen sobre el tema general de la «sociedad micénica».

Una reconsideración de dichas elecciones se presenta, por tanto, conveniente, bien para esclarecer los criterios que han provocado a inclinarse por un escrito antes que por otro, bien para introducir en la lectura de estas contribuciones y reconsiderar, en los casos en que sea necesario, algunos temas o ciertos argumentos que puedan aparecer insuficientemente explicados.

Ante todo, es preciso señalar que se imponía una elección de fondo: si se debían escoger esencialmente ensayos de carácter general, del tipo que podemos llamar tradicional, que presentaran, a través de todos los testimonios y disposiciones, una reconstrucción «global» de los usos, costumbres, actividades económicas, estructura política de los «micénicos», acompañados quizá de un buen repertorio gráfico y fotográfico. En tal caso, se reincidiría en los trabajos de corte clásico (de los que hay abundantes y destacadas publicaciones), con el agravante, además, en nuestro caso, de no haber respetado el carácter de «instrumento» que nos habíamos propuesto. De este modo, los diversos niveles de la investigación se habrían allanado en el cuadro general que habría resultado, como de costumbre, una representación únicamente de los aspectos «esplendorosos» (o, quizá mejor, hegemónicos) del mundo micénico y no de la sociedad mecánica completa. Otra solución hubiera podido ser la de tipo «manualístico», ejemplificando los varios aspectos de la investigación micenológica al reunir lo mejor y lo más claro (características

[5] Un cuadro bastante exacto sobre el tema se ofrece en el ensayo de A. Sacconi, *Problemi omerici alla luce dei ritrovamenti archeologici,* Roma, 1971, que cuenta con el valor, entre otros, de proporcionar un ingente material bibliográfico. También hay que recordar el cuadro general resumido y esbozado por A. Heubeck, *Die homerische Frage* (El problema homérico), Darmstadt, 1976, y la selección de ensayos sobre el tema titulada *La questione omerica,* realizada por Fausto Codino. Roma, 1976.

que no siempre son concomitantes) que se haya escrito hasta hoy. Pero en este caso, prescindiendo de las dimensiones que hubiera alcanzado semejante trabajo, tendríamos que preguntarnos por la utilidad que hubiera tenido tanto para el «no especialista» como para quien tuviera la intención de llegar a serlo, desde el momento en que, mejor que una síntesis de fragmentos extraídos de diversos manuales y revistas (gramática micénica, tratados de cerámica, estudios de las formas arquitectónicas, etc.), resulta útil una buena bibliografía que dirija al interesado a cada una de las obras específicas. Además, desde el momento en que la realidad histórica no es globalmente sintetizable, ni siquiera a nivel de introducción a su estudio, dentro de las páginas de un manual (titulado tal vez «La Micenología»), se habría realizado un trabajo tan incompleto como inútil.

Por estos motivos he elegido una tercera solución, quizá la más criticable desde el punto de vista del especialista y la más enojosa para el simple interesado: es decir, la de una selección argumentada, organizada de tal modo que pueda abarcar los temas considerados esenciales para la caracterización de la sociedad micénica. Y tales temas se han especificado, por una parte, en las posibles contradicciones internas de sus fuerzas productivas, por otra, en aquellas características extremadamente dinámicas que parecen determinar el papel jugado en la cuenca del Mediterráneo durante los siglos (XV-XIII) de mayor desarrollo.

Tal planteamiento ha permitido, por una parte, afrontar los problemas referentes a la organización productiva, en relación con los coetáneos estados del Próximo Oriente y al papel desempañado por la comunidad aldeana subalterna durante y después de la hegemonía de las administraciones burocráticas de los palacios; por otra parte, ha supuesto indudablemente descompensaciones en cuanto al perfil de ciertas nociones básicas correspondientes a diversas ramas de la investigación, frecuentemente desconocidas para el no especialista, el cual podrá encontrarse frente a fragmentos de lectura bastante difícil. Tales insuficiencias se agudizan particularmente en las contribuciones directamente relacionadas con el análisis de los documentos en Lineal B. (Cfr. parte 2.ª, titulada: *Los documentos escritos).* Lo que se debe a dos razones: en primer lugar a la dificultad y a la complejidad inherentes a la interpretación de los textos de los mismos documentos, que aparecen fragmentarios, a menudo de oscuro significado, avaros en cuanto a datos directamente utilizables en el plano histórico y, en la mayor parte de los casos, comprensibles solamente cuando se han visto correlacionados contemporáneamente con otros textos; en segundo lugar, por no haber podido dar suficiente espacio a una clarificación de las técnicas de organización y de análisis de estos documentos; es decir, por haber renunciado a un planteamiento de manual para el trabajo que, en este caso específico, habría resultado de gran utilidad. Pero renunciar a incluir las contribuciones referentes directamente al análisis de los contenidos de las tablillas, habría supuesto, por otra parte, un peligro todavía mayor:

el de no proporcionar una idea suficiente del estado efectivo de la documentación escrita y del tipo de datos que ésta puede proporcionar, corriendo el riesgo, como frecuentemente sucede incluso en las obras de inteligente documentación, de simplificar los problemas ligados a la interpretación de los textos en la medida en que vienen provistas las únicas resultantes propuestas en el plano histórico.

Se ha intentado remediar tales insuficiencias (y se podrían encontrar muchas otras, incluso en el plano de la documentación arqueológica, que también cuenta con problemas en la organización de los datos), bien con una breve sección bibliográfico-documental, añadida al final del trabajo, bien mediante la confección de esquemáticas introducciones incluidas al principio de cada una de las tres partes generales en las que se ha dividido el trabajo, y de un aparato crítico suplementario de notas a las colaboraciones presentadas. Lo que ha permitido, por ejemplo, esbozar breves *excursus* sobre argumentos que no están directamente conectados al tema de este estudio, pero tienden a clarificar el planteamiento metodológico y la elaboración teórica que se encuentra en algunos autores cautelosos, con el fin de comprender mejor los problemas relevantes dentro de lo específico de la colaboración.

Finalmente, se puede decir que el presente trabajo no pretende ser totalmente exhaustivo y completo respecto al tema propuesto en el título. Debe considerarse sobre todo como un «instrumento» adecuado para sugerir, pese a sus imperfecciones, una serie de problemas a quien tenga la paciencia de leerlo*.

---

* Deseamos expresar nuestra gratitud a los profesores L. Godart y G. Neumann por los consejos que aportaron durante la elaboración y revisión del trabajo. También queremos expresar nuestro especial agradecimiento al profesor F. Codino, que ha vigilado desde el principio este trabajo y con quien tuvimos la posibilidad de una ininterrumpida confrontación, así como de fructífera discusión respecto a los argumentos fundamentales que se han tratado en estas páginas.

Advertencia

Los fragmentos en idiomas extranjeros de los que no se indica explícitamente la traducción, están traducidos por el responsable de la edición. Las consideraciones críticas adicionales, en forma de notas a los trabajos seleccionados, se han numerado sucesivamente sin distinguirlas de las notas del autor de cada ensayo, precedidas o seguidas de la abreviatura *n.d.e.* (nota del editor). Las referencias a revistas se citan completas, indicando el título del artículo, el número del volumen (y el del fascíulo, cuando es necesario) y las páginas.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Primera parte:

V. G. CHILDE, *The Prehistory of European Civilisation,* Penguin Books, 1958; traducción italiana: *Prehistoria della società europea,* Firenze, Sansoni, 1966, cap. IX, Nascita di una civiltá europea, págs. 224-234.

CHESTER G. STARR, *The Origin of Greek Civilisation,* New York, A. Knopf, 1961.

G. BOCKISCH-H. GEISS,*Beginn und Entwicklung der Mykenischen Staaten,* en *Beiträge zur Entstehung des Staates,* Berlin, Akademie-Verlag, 1973, págs. 111-112.

Segunda parte:

M. VENTRIS—J. CHADWICK,*Documents in Mycenaean Greek,* Cambridge, 1973, segunda edición, parte I, cap. V, 4, *Social Organisation,* págs. 119-125; parte III, *Additional Commentary,* págs. 408-410.

M. VENTRIS—J. CHADWICK, *Documents in Mycenaean Greek,* op. cit., parte II, capítulo VIII, *Land ownership and land use,* págs. 232-239; *Additional Commentary,* op. cit., parte III, págs. 443-446.

L. R. PALMER, *The interpretation of Mycenaean Greek Texts,* Oxford University Press, 1969, 2.ª ed., cap. VII, *The structure of Mycenaean Society,* págs. 83-88.

M. LEJEUNE, *Le damos dans la societé Mycénienne* (El damos en la sociedad micénica), en *Revue des Études grecques,* LXXVIII, págs. 1-22, reeditado en *Mémoires de Philologie mycénienne,* tercera serie (1964-1968), Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1972, vol. XLIII, serie Incunabula Graeca, págs. 137-154.

K. WUNDSAM, *Die politische und soziale Struktur in den mykenischen Residenzen nach den Linear B Texten,* Wien, Notring Verlag, 1968, *Einleitung* (Introducción), páginas 1-10.

Tercera parte:

C. PARAIN, *Protohistoire méditerranéenne et mode de production asiatique* (Protohistoria mediterránea y modo de producción asiático), en *La Pensée,* 127, 1966; párrafos de introducción, págs. 24-28; apartado *La civilisation créto-mycénienne* (La civilización cretomicénica), págs. 31-36.

K. POLANYI, *On the comparative treatment of economic institutions from Athens, Mycenae and Alalakh,* en *City Invincible. A Symposium on Urbanisation and Cultural Development in the Ancient Near East held at the Oriental Institute of Univer-*

sity of Chicago, 4-7 diciembre, 1968. Ed. for planning comm. by Carl H. Kraeling and Robert M. Adams, University of Chicago Press, 1960: *Palace economies from the angle of money uses. Submonetary devices in Mycenae,* págs. 17-32.

J. P. OLIVIER, *Une loi fiscale mycénienne,* en *Bulletin de Correspondence Hellénique,* XCVIII, 1974, págs. 23-35.

J. P. VERNANT, *Les origines de la pensée grecque,* París, PUF, 1975, 3.ª ed.; cap. II, *La Monarquía micénica,* págs. 19-31.

A. BRELICH, ponencia presentada al I Congresso Internazionale de Micenologia, Roma, 1967, con el título *Religione micenea: osservazioni metodologiche,* en Atti del Congresso, Roma, Edizioni dell'Ateneo, serie Incunabula Graeca XXV, 2.° vol., Roma, 1968, págs. 919-928.

PRIMERA PARTE

HISTORIA

Con los tres ensayos que se ofrecen a continuación, de los que son autores G. Childe, C. Starr y G. Bockisch-H. Geiss, se pretende establecer la premisa de una discusión que se desarrollará en la segunda y tercera partes.

El cuadro de la sociedad micénica que ofrecen los cuatro investigadores citados es, indudablemente, de carácter general. Para construirlo se han fundado tanto en los testimonios arqueológicos como en los documentos escritos, resaltando los puntos de contacto. Por otra parte, un interés común agrupa las investigaciones de estos especialistas, cuyos trabajos se han ordenado aquí, también por tal motivo, en base a criterios cronológicos.

Lo mismo Childe que Starr y los dos investigadores alemanes intentan precisamente puntualizar el papel original desempeñado por el mundo micénico dentro del desarrollo del continente griego. Sobre esta base común se pueden destacar, después, los intereses más específicos que provocan dicha operación.

Para Childe, como veremos más claramente al final de esta introducción, la finalidad inmediata es individualizar, en la función de las ciudadelas micénicas, la aparición por vez primera de una «civilización europea», cuyo nacimiento, estimulado y precipitado por la existencia de los grandes estados «despóticos» del Próximo Oriente, elabora automáticamente las formas que permitirán a los grupos europeos progresar en la historia.

Para Starr, el problema consiste principalmente en precisar una caracterización autónoma de la sociedad micénica que impida seguirla considerando como un mero «apéndice» del mundo griego clásico, situándola incluso como una «introducción» a la época arcaica o a la clásica en los textos de historia o de historia del arte en las escuelas superiores (y no solamente en éstas), o para utilizar como comprobación de una presunta veracidad de los poemas homéricos.

Hoy, indudablemente, semejante batalla podría considerarse vencida de antemano; sin embargo, en el campo de los estudios histórico-literarios especialmente, todavía resulta válida y esencial (por otra parte, data del año 1963 el fuerte ataque de P. Vidal-Naquet, *Homère et le monde mycénien, à propos d'un livre recent et d'une polémique ancieenne,* en *Annales* 18, 1963, págs. 703 ss., al famoso libro debido a A. J. B. Wace y F. H. Stubbings, *A Companion to Homer,* London, 1962, en el que se intentaba demostrar, no sin gran competencia y profundidad de análisis, la tesis de la validez del testimonio homérico para comprender el mundo micénico y viceversa). La demostración de Starr pretende, aunque no sin algún pasaje un tanto simplista, devolver al mundo micénico su carácter específico y destruir el mito de la «edad de transición», subsiguiente a la caída de las ciudadelas micénicas, como una época oscura y de estancamiento, tendiendo de esta manera a recuperar el concepto de «diferencia» entre el mundo micénico y el medievo helénico, incluso dentro de una continuidad en el desarrollo histórico.

El investigador marca, pues, las premisas de la discusión que se afronta plenamente en el trabajo de Bockisch y Geiss, donde se tiende a especificar qué tipo de continuidad (y a qué niveles socioculturales) relaciona las dos épocas. En general, Starr ofrece una visión del mundo micénico bastante estática y reiterativa, incluso recogiendo la temática childeana que considera la sociedad micénica como «la punta más avanzada de civilización en la Edad del Bronce», respecto al resto de Europa, e incluso reconociendo en ella cierta independencia «de los influjos del Próximo Oriente». Esto se debe quizá a que, en su opinión, dicho mundo se reduce a «un esfuerzo irrelevante y mecánico por absorber las influencias de la Creta minoica y, en menor medida, del Próximo Oriente», o bien por su limitada base, fundada exclusivamente en el leadership (liderazgo) del palacio. También puede deberse a que la invasión doria tuvo que realizar escaso esfuerzo para barrer «la frágil superestructura de la centralización monárquica» (Cfr. *Historia del mundo antiguo,* edición española. Madrid, 1974, 1.ª ed., págs. 213-217). Estos juicios de valor dejan efectivamente abierta una serie de problemas a los que Starr no parece dar respuesta. Por ejemplo, ¿qué papel social desempeñan los comerciantes «micénicos» que, según la opinión del investigador, desarrollan una función tan importante en el proceso de acumulación de riquezas en el interior de las ciudadelas (no es gratuito que en la obra citada, *Historia del mundo antiguo,* el breve capítulo sobre el mundo micénico se titule *El rey y los comerciantes micénicos)?* Pero, sobre todo, ¿cómo entender el término «superestructura», referido a la administración palatina?

En este sentido, el cuadro histórico que encontramos en el estudio de Bockisch y Geiss (el breve comentario al trabajo más reciente de G. Bockisch sobre la formación de la polis, debatido en la introducción al ensayo de C. Parain en la tercera parte) tiene mayor amplitud

de miras y representa, quizá, uno de los escasos intentos por ofrecer una reconstrucción orgánica y motivada en todas sus partes.

Iniciar una antología de escritos sobre la sociedad micénica con el capítulo de un libro publicado en 1958 puede parecer un anacronismo, sobre todo cuando, como en este caso, se ha dado el subtítulo de «historia» a la sección en que se incluye. Se podría creer que quizá resultara más oportuno comenzar con un trabajo reciente, dado que en opinión general y especialmente en el campo histórico-arqueológico, «reciente» es sinónimo de mayor riqueza en datos y, por tanto, de mayores posibilidades de conocimiento.

Sin negar este último hecho, conviene, sin embargo, recalcar (en el caso de que fuera necesario) que conocimiento significa esencialmente posibilidad y modos de interpretación. Se justifica así la selección del capítulo de Gordon Childe referente al mundo micénico, a la vez que, al colocarlo como «ensayo inicial», se clarifica también la dirección en que se ha orientado la antología.

En consecuencia a cuanto hasta aquí se ha dicho, será verdaderamente oportuno delinear brevemente los trazos esenciales que caracterizan el planteamiento general de la investigación realizada por el arqueólogo australiano, para volver después más específicamente al cuadro que nos ofrece de la sociedad micénica. Se pueden sintetizar, en parte, en los siguientes puntos:

— Se considera al hombre como elemento en oposición a la naturaleza. Su evolución aparece proporcional a la independencia cada vez más marcada que alcanza respecto a las relaciones con la misma naturaleza; es decir, esencialmente en el tránsito de depender de ella a dominarla (o sea, en el tránsito de recolector de alimentos a productor de alimentos; cfr. *Los orígenes de la civilización,* edición castellana. F.C.E. México, 1970).

— El mediador de tal proceso es el instrumento técnico, el medio material, que supone un bagaje de experiencias técnicas que lo han hecho posible; por tanto, el instrumento, en cuanto tal y en su significado generalizado, es índice de categorías mentales y de experiencias acumuladas por el hombre como animal social que produce y elabora modelos no por sí solo, sino dentro de una estructura social que garantiza y transmite el patrimonio técnico adquirido con el tiempo (cfr. *Qué sucedió en la historia.* Ed. La Pléyade. Buenos Aires 1973. (Trad. esp.). *Progreso y arqueología.* Ed. La Pléyade. Buenos Aires 1973.

— El progreso técnico, el continuo perfeccionamiento del instrumental, resulta ser el motor del «progreso» y, al mismo tiempo, es por sí mismo portador de un mensaje técnico-social del ambiente cultural que lo ha producido (cfr. *Societá e conscenza.* Trad. ita. Milano, 1962).

— La transmisión de técnicas, testimoniada por la introducción de instrumentos más perfeccionados, es, por tanto, la difusión de ideas que se mueven desde los centros donde el progreso está más avanzado tecnológicamente. El evolucionismo multilineal, y, por

tanto, el difusionismo childeano, se mueve en este sentido, que podríamos definir como «culturológico», y no en el «ecológico», entendido como la función desempeñada en forma determinante por las condiciones naturales para el desarrollo cultural diferenciando área por área (cfr. sobre la relación entre G. Childe y las corrientes evolucionistas, M. Arioti, *Introduzione all'evoluzionismo,* Milano, 1975; de G. Childe, vd. *La Evolución Social.* Ed. Ciencia Nueva. Madrid, 1965).

— Así, pues, el progreso técnico marca y caracteriza, según un esquema multilineal y según cambios específicos propios de cada área cultural, los estados evolutivos generales a través de los cuales la humanidad pasa: del estado salvaje al de la barbarie, de éste al de la civilización, caracterizado precisamente por el logro de una serie de conquistas técnicas cada vez más perfeccionadas, que, al mismo tiempo, dan testimonio del grado de complejidad social que se ha alcanzado.

— Ampliando la perspectiva a la generalidad de los «datos materiales» descubrimos que son siempre el reflejo (o «mensaje») de las categorías de conocimiento dentro de un grupo; son, por tanto, el índice, aunque indirecto, de la organización social del mismo grupo, tanto en su relación de apropiaciones respecto a la naturaleza, como en su proceso productivo (cfr. *Società e conoscenza,* op. cit.).

Resulta evidente que «arqueología», o estudio de las manifestaciones tangibles del hombre, se considera al mismo tiempo historia y que el término de prehistoria se convierte en un simple convencionalismo para indicar la historia de los grupos humanos cuyo mensaje pasa solamente a través del instrumento manufacturado y no por el instrumento-escritura (cfr. *Qué sucedió en la historia.* Ed. La Pléyade. Buenos Aires 1973. (Trad. esp.), op. cit.; *I frammenti del passato.* Trd. It. Milano, 1960; recientemente se ha reconsiderado el problema por A. Carandini en el pequeño volumen *Archeologia e cultura materiale,* Bari, 1975).

Sería un error creer que en Childe el papel principal desempeñado por el instrumento desemboque en un rígido determinismo de causa-efecto entre nivel material (o, como generalmente entienden los llamados «materialistas-culturales», económico) y nivel ideológico (es decir, de elaboración de categorías de comportamiento). Para aclarar los términos se reproduce un párrafo del capítulo I de *Qué sucedió en la historia.* Ed. La Pléyade. Buenos Aires 1973. (Trad. esp.): «También el investigador de la cultura material debe estudiar una sociedad como organización cooperativa destinada a producir medios para satisfacer sus necesidades, para reproducirse y para producir nuevas necesidades. Pretende ver el funcionamiento de la economía. Pero la economía influye en la ideología y está influida por ella. El «concepto materialista de la historia» afirma que la economía determina la ideología. Es más seguro y más preciso repetir en otros términos lo que ya está establecido; a la larga una ideología puede sobrevivir so-

lamente si facilita el pleno y eficaz funcionamiento de la economía» (op. cit., págs. 20-21).

También en esto se diferencia Childe de los evolucionistas (antropólogos y arqueólogos), sobre todo estadounidenses, que llegan a determinar rígidas leyes de causalidad entre una presunta «estructura económica» y una superestructura económica, dando la máxima importancia a la relación de causa-efecto «naturaleza-hombre», o sea, «sistema ecológico-estructura económica», para llegar inmediatamente a la formulación de sistemas en los que el elemento humano se convierte únicamente en «uno de los elementos» que, sin ningún nexo de dependencia, se relacionan entre ellos (véase a este respecto el planteamiento expuesto en la interesante obra de M. Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica,* ed. Siglo XXI, Madrid 1978, con particular atención a los capítulos XXII-XXIII). En este sentido es absolutamente justa la consideración de que «nunca Childe ha sostenido que la historia cultural del hombre pueda ser explicada a partir de una visión ecológica. Efectivamente, la importancia que otorgaba a la tecnología en cuanto medio de producción, producto del trabajo, exponente de la división del trabajo y, en general, del modo de producción —entendido como relación dialéctica entre fuerzas productivas (medio tecnológico, trabajo humano y naturaleza) y relaciones sociales de producción (relación entre los hombres)—, presupone una gran atención respecto al factor «ambiente» en cuanto elemento de las fuerzas productivas, pero sin excluir los otros factores que suponían «dentro» de la sociedad el motor del movimiento diacrónico. En este sentido pudo observar una unidad en el devenir del desarrollo histórico, pese a las diversas formas particulares cotejables ante las diversas sociedades, y unir al aspecto del trabajo, considerado como relación entre hombre y hombre y entre hombre y naturaleza, el proceso de adaptación cultural» (F. Giacinti, cit. en M. Arioti, *Introduzione all'evoluzionismo,* op. cit., en *Orgini VIII).* A partir de aquí se comprende el significado del estudio tipológico de los datos materiales en arqueología, dado que todo tipo dentro de una clase específica encierra en sí mismo los rasgos tradicionales de la sociedad que lo ha producido; a partir de aquí también se establece la definición según la cual «el conjunto de tipos reconocibles que se dan contemporáneamente en un área determinada se llama cultura» (cfr. *Qué sucedió en la historia,* op. cit.).

Aproximémonos ahora al problema de la importancia que cobra el papel desempeñado por la sociedad micénica en el panorama histórico general de Europa y de sus relaciones con el Próximo Oriente, tal como lo expone Childe en su *Prehistoria de la sociedad europea,* del que ofrecemos una parte del capítulo IX.

Ante todo conviene citar algunas observaciones de fondo que el autor pone de manifiesto en la introducción a la segunda edición de la obra, pocos meses antes de su muerte repentina (págs. 5-7): «¿Por qué los europeos no han permanecido como salvajes analfabetos de la Edad de Piedra al igual que los pieles rojas o los habitantes de Pa-

puasia? Los investigadores de la prehistoria están de acuerdo en la respuesta que dar a esta primera pregunta: Europa está próxima a Egipto y a Mesopotamia y solamente en el valle del Nilo y en el delta del Tigris y del Eúfrates se pudo realizar la organización política y económica indispensable para el nacimiento de una industria metalúrgica. Al surgir ésta, hace 5.000 años, se dio el primer paso hacia ese «progreso» que ha hecho al viejo mundo tan diferente del nuevo. Los salvajes europeos se beneficiaron de los tres frutos de este descubrimiento y salieron de la Edad de Piedra (...). «En la primera y segunda edición de mi *Dawn of Eurpean Civilisation,* de 1925 y 1939, respectivamente, proporcionaba un conjunto de argumentos de técnica arqueológica en favor de la respuesta clásica, argumentos que podían terminar por inducir al lector a creer que las culturas europeas de la Edad del Bronce eran meramente copias inferiores y bárbaras de las civilizaciones orientales. Al mismo tiempo, en mi *New Light on the Most Ancient East* (El nacimiento de las civilizaciones orientales) y en *What Happened in History* (Lo que sucedió en la Historia), me esforzaba en formular un juicio completo sobre la importancia de la contribución oriental. Pero en 1940, C.F.C. Hawkes, en su *Prehistoric Fundation of Europe,* adoptó decididamente una nueva posición, afirmando que la Edad del Bronce en Europa no solamente no constituye en absoluto una imitación de la oriental, si no que, es más, presenta claramente innovaciones debidas a los europeos, que suponen un progreso frente a la última. Hawkes no proporcionaba todavía al lector explicaciones precisas en apoyo de su propia tesis. Revisando en 1955 el texto de mi *Dawn of European Civilisation,* tuve la impresión de haber llegado finalmente a distinguir el porqué y en qué modo los europeos de la Edad del Bronce pudieron diferenciarse de sus modelos orientales y efectivamente se diferenciaron».

No es gratuito que el capítulo IX, en el que se describen las sociedades minoica y micénica, lleve por título *Nacimiento de una cultura europea,* y que vaya precedido de una larga serie de consideraciones sobre las influencias, portadoras de nuevos conocimientos y técnicas, que desde el Próximo Oriente llegaron a las regiones occidentales del Mediterráneo, entre el III y el II milenio, gracias a la mediación de las gentes del Egeo.

Esta función de «trait-d'union» realizada por las poblaciones egeas determinó, según la hipótesis childeana, las bases del tránsito de la barbarie a la civilización. Pero si el impulso original se sitúa en el adelantado Próximo Oriente, el desarrollo que tiene lugar en Grecia asume características autónomas y originales.

En cuanto al problema de la aplicación de la «forma asiática» al mundo micénico, referido a su génesis y estructuración social (cfr. la introducción al ensayo de C. Parain en la tercera parte), Childe llegó a plantear, con extraordinaria lucidez, los términos fundamentales de la problemática histórica relativa a la civilización micénica y, al tratar la función de «trait-d'union» entre Oriente y Occidente, expu-

so uno de los puntos más interesantes y discutidos de la investigación contemporánea.

El nacimiento de una civilización europea

por Gordon Childe

En Grecia, a comienzos del Heládico Medio, los asentamientos protoheládicos fueron destruidos y, más tarde, reocupados por invasores guerreros llamados minios. Posteriormente, algunos jefes de guerra locales se encumbraron al rango real; las «tumbas reales» y los frescos de los palacios revelan los contrastes inequívocos que existían entre los reyes y sus subalternos y vasalllos. Esta realeza surgió primero en Micenas [1] que era un centro estratégicamente situado para controlar una ruta de vital importancia, que iba desde el sur del Egeo al golfo de Corinto, y lo mismo del Oeste al Norte. Dos círculos de tumbas de fosa representan quizá los cementerios reales de dos dinastías paralelas y contemporáneas [2]. Ambos cementerios se hallaban rodeados de círculos de losas verticales [3]. Algunas de las tumbas

---

[1] Aparte de la obra de G. Mylonas, *Ancient Mycenae: The Capital of Agamemnon,* Princeton, 1956 a la que hace referencia el autor, véase la reciente obra del mismo Mylonas; *Mycenae and the Mycenaean Age,* Princeton 1966. Para las características generales del mundo micénico véanse asimismo las siguientes obras: E. Vermeule, *Grecia en la Edad del Bronce,* F.C.E. 1971, trad. esp. del orig. en ing. de 1964; W. Taylour, *I Micenei,* td. it. Milán 1966; P. Demargne, *Nacimiento del Arte griego* td. ep. Aguilar, Bilbao 1964; G. Rachet, *Archéologie de la Grèce préhistorique,* Verviers, 1969; S. Sinos, *Die vorklassischen Hausformen in der Aegäis,* Mainz am Rhein, 1971. De especial utilidad como catálogo gráfico y fotográfico, con numerosos comentarios para toda clase de testimonios, es el libro de H. G. Buchholz V. Karageorghis, *Altägäis und Altkypros,* Tubinga 1971 (ahora también en inglés). Para los problemas relacionados con el período final de la civilización micénica, véanse los excelentes trabajos de V. R. d'A. Desborough, *The last Mycenaeans and their Successors,* Oxford 1966; *The Greek Dark Age,* Londres 1972. Un panorama amplio nos lo ofrece también la obra *History of the Hellenic World: Prehistory and Protohistory,* Atenas 1974, a cargo de los mejores especialistas griegos en el campo de la prehistoria y de la micenología. Un punto de referencia fundamental es sin duda la 3.ª ed. del vol. II de la *Cambridge Ancient History* (1973-1975). En concreto, para estudiar el paso del Bronce Antiguo (Heládico Antiguo) al Bronce Medio (Heládico Medio) remitimos a las Actas del 1.° Coloquio Internacional sobre prehistoria egea, *Bronze Age Migrations in the Aegeans Archaeological and linguistic Problems in the Greek Prehistory,* que tuvo lugar en Sheffield en 1970, editado a cargo de R. A. Crossland y A. Birchall, Londres, 1973 *(n.d.c.).*

[2] Más corriente es la expresión «tumbas de fosa». Las recientes excavaciones han puesto en evidencia otras tumbas similares en Lerna, Berbati y Pilos, esta última particularmente interesante por encontrarse cerca del núcleo habitado que en esa misma fase ya está fortificado (véase al respecto G. Mylonas, *Mycenae*... cit. pág. 89 ss.; C. W. Blegen, M. Rawson, W. Taylour, W. P. Donovan, *The Palace of Nestor at Pylos in Western Messenia,* vol. III, Princeton, 1973, pág. 13 ss. *(n.d.c.).*

[3] Téngase en cuenta que lo que hoy se ve del círculo A, inserto en el interior de las murallas de la ciudadela de Micenas, se debe a una refacción tardía del s. XIII a. C. apx. *(n.d.c.).*

de fosa estaban coronadas de estelas esculpidas o de lápidas sepulcrales representando al rey en un carro tirado por un caballo marchando sobre un enemigo caído, o bien cazando un león. Las tumbas se hallaban repletas de armas de bronce, entre las que figuraban enormes estoques, adornos y vasijas de metales preciosos, piedras preciosas talladas, cuentas de piedras semipreciosas y de ámbar y vasijas fabricadas a torno. No cabe duda que muchos de estos objetos habrían sido fabricados por artesanos y artistas minoicos, si bien éstos debieron trabajar algunas veces en la misma Micenas y no en Creta. Parece más bien como si las riquezas y el poder económico de los reyes de las tumbas de fosa procedieran de incursiones victoriosas llevadas a cabo en los palacios cretenses [4], parte de sus tesoros sería producto del botín, otra sería obra de artesanos minoicos hechos cautivos o atraídos por el botín de los conquistadores. Los reyes de las tumbas de fosa habrían anexionado así, por la fuerza y la violencia, una parte del excedente oriental, del que se habrían apropiado los sacerdotes-reyes minoicos [5].

Se cree que los cementerios de tumbas de fosa de Micenas fueron utilizados desde el 1600 a. J. C. o un poco antes, hasta por lo menos el 1450 a. J. C. Después del 1500 empezó la construcción de tumbas también reales de un tipo bastante diferente —las tholoi [6] en varios lugares del Peloponeso, del centro de Grecia y de Tesalia, y, por último, también en la misma Micenas. Aquí, las tholoi, nueve en total, habrían podido indicar el ascenso a la realeza de una nueva dinastía que hubiera destronado a los reyes de las tumbas de fosa, exactamente los mismo que los Pelópidas sustituyeron a los Perseidas, según la tradición heroica griega. Las tholoi micénicas son grandes tumbas de cúpula, de planta circular, muy bien construidas, que se alzan bajo un túmulo de piedras o en un entrante en la ladera de una

[4] Sobre este problema, ampliamente debatido y estrechamente relacionado con los orígenes del mundo micénico véase lo que O. P. T. K. Dickinson considera recientemente en *The Shaft Graves and Mycenaean Origins* en *Bull. Inst. Of Class. St. of the university of London,* 1972, págs. 146-147. También la reciente publicación de las tumbas del Círculo B de Mylonas *(The Grave Circle B of Mycenae,* Lund 1964; id., «Ὁ ταφικὺς κύκλος β τῶν Μυκενῶν» Atenas 1973 ha permitido relacionar este momento inicial de la civilización micénica y el mundo minoico. Al respecto, ver también E. Vermeule, *The Art of the Shaft Graves of Mycenae,* Cincinnati 1975 *(n.d.c.)*.

[5] Se debe tener en cuenta que el calificativo de «rey-sacerdote» para los señores de los palacios cretenses es muy discutible *(n.d.c.)*.

[6] Sobre la datación, distribución y procedencia de las *tholoi* cfr. E. Vermeule, op. cit. n. 1 y especialmente en el inventario de la pág. 363 y ss. de la ed. inglesa. Véase también Hood, S., *Tholos Tombs of the Aegean,* in Antiquity 34, 1960, pág. 166 ss. Sobre los problemas de su origen minoico cfr. Pini, L., *Beiträge zur minoischen Gräberkunde,* Wiesbaden 1968.

Debemos evidenciar que la datación de las primeras *tholoi* se eleva hasta el s. XVI, con lo que se verifica la contemporaneidad de las primeras *tholoi* con la época de mayor uso de las tumbas de fosa. Por otra parte, se debe tener en cuenta que si bien el origen de las *tholoi* debe encontrarse en Creta (aunque todos los investigadores no estén de acuerdo) en cambio, las tumbas de fosa deben ser el resultado de una evolución autóctona. Continúa, pues, abierto el problema de explicar esta superposición cronológica entre los dos tipos de enterramiento *(n.d.c.)*.

colina, desde donde sólo sobresalía el vértice cubierto de un bajo montículo artificial; en ambos casos, un pasadizo amurallado, aunque sin techo, daba acceso a la cámara funeraria. Así, estas tholoi parecen versiones ampliadas de las tumbas colectivas del Mediterráneo occidental y de la Europa atlántica, si bien, a diferencia de estas últimas, no parecen que hayan servido nunca de sepulcros familiares sino para el entierro de un solo rey, acompañado a veces del cuerpo de la reina y de uno o dos hijos jóvenes. Los plebeyos eran enterrados en cámaras funerarias excavadas en la roca, que constituían auténticos sepulcros familiares, utilizados en sucesivos enterramientos a lo largo de varias generaciones. Las tholoi, que excepcionalmente fueron encontradas intactas, contenían un ajuar tan suntuoso como el de las tumbas de fosa más antiguas [7]. El ajuar de las tumbas corrientes excavadas en la roca, aunque menos suntuoso, era también de una riqueza notable; abunda el ajuar de metal, a pesar de que se conserva poco oro o plata. (Puede que los oficiantes de los enterramientos posteriores hubieran robado las joyas que acompañaban los primeros enterramientos).

Las tholoi se encuentran aisladas o agrupadas en pequeños cementerios —las nueve de Micenas forman el grupo mayor que se conoce— y la mayoría se encuentran en los mismos lugares donde estaban las localidades de los héroes legendarios. Muchas de ellas están situadas de manera significativa en las cabeceras de golfos situados frente al mar —como, por ejemplo, el golfo de Volo, en Tesalia— o cerca de puertos situados en las rutas marítimas, como sucede a lo largo de la costa occidental del Peloponeso, de manera que sus emplazamientos se hallaban particularmente expuestos a la penetración minoica, al tiempo que estaban bien situados para servir de base a las incursiones marítimas contra Creta. Las tumbas constituyen nuestra mejor guía para valorar la extensión de la civilización micénica. Los lugares domésticos se conocen de manera menos exhaustiva.

La misma Micenas era apenas una ciudad. Se trataba más bien de una ciudadela sólidamente fortificada, que ocupaba casi cuatro hectáreas y media y que contenía el palacio real y las moradas de los funcionarios y servidores. Alrededor de la ciudadela se agrupaban varios poblados, cada uno de ellos con su cementerio de cámaras funerarias. No hay duda que existían verdaderas ciudades, pero sus emplazamientos, como los de Argos y de Tebas, se hallan sobrecargados de edificios clásicos y modernos, por lo que su importancia debe inferirse por el tamaño de los cementerios anejos y por algunos restos de edificios tales como el palacio de Tebas. Aunque se han excavado o

---

[7] En general, véase todo lo expuesto por Mylonas en *Mycenae...* cit. pág. 111 ss. No obstante debemos advertir que la afirmación de un limitado tiempo de uso para las *tholoi* (enterramiento únicamente del soberano y como máximo, de otros miembros de su familia) no se puede generalizar. Un nuevo estudio de las antiguas excavaciones realizadas en Mesenia hacen pensar, al igual que ocurre con las tumbas de cámara, un uso continuado por más generaciones *(n.d.c.)*.

examinado bastantes ciudadelas y algunos poblados abiertos, no ha salido a la luz nada que se parezca a un templo, a pesar de que los templos son los monumentos más grandiosos y mejor conocidos del período histórico griego [8]. [...]

---

[8] A este respecto, la situación en la que Childe escribía no ha variado fundamentalmente tanto en lo que concierne a nuestro conocimiento sobre la organización territorial, como en cuanto a la existencia de complejos constructivos independientes y de función específicamente religiosa. En el primer caso debemos decir que, en general, las excavaciones de las áreas sometidas a las ciudadelas aún se encuentran en curso, por lo que resulta imposible deliniar el cuadro completo de sus formas de habitación. Por otra parte, tampoco han sido publicados estudios completos relativos a la organización territorial de las diferentes regiones sometidas a las distintas ciudadelas si exceptuamos los dos trabajos fundamentales de R. Hope-Simpson y Mc. Donald-Rapp. Por todo ello, se comprende por qué es imposible extraer conclusiones plausibles en cuanto a reconstrucción histórica y sobre las relaciones establecidas entre los centros fortificados y los poblados rurales. Resulta indicativo, por otra parte, el que en las obras de reconstrucción general de la sociedad micénica, no más de dos o tres páginas se hayan dedicado al análisis situacional y a los testimonios «rurales-subalternos», mientras que capítulos enteros (si no volúmenes enteros) tratan sobre la arquitectura, la historia o el arte de los palacios. Indudablemente la micenología también sufre la impostación tradicional de la historia del arte clásico. De cualquier modo, ofrecemos a continuación los trabajos más recientes al respecto: P. Alin, *Das Ende der mykenischen Fundstätten auf dem griechischen Festland,* Lund 1962; R. Hope-Simpson, *A Gazeter and Atlas of Mycenaean Sites,* en *Bull. of the Inst. of Class. St. of the University of London,* Supl. 16, 1965; S. Sinos, *Die vorklassischen Hausformen* cit.; N. C. Scoufopoulos, Mycenaean Citadels, Göteborg 1971; W. A. McDonald-G. R. Rapp (Ed.), *The Minnesota Messenia Expedition Reconstructing a Bronze Age Regional Environment,* Minnesota 1972. Véase también el parágrafo *Mycenaean Roads and Aqueducts,* en G. Mylonas, Mycenae... cit. pág. 86 ss. Por último hacemos referencia a los mapas y planos que se encuentran en la *History of the Hellenic World* cit. págs. 271-298. Un detallado análisis de las acrópolis micénicas es el de S. Iakovidis, *Αι Μυκηναικαι Αχροπόλεις* Atenas 1973 (también en inglés).

En cualquier caso es necesario remarcar que este pasaje de Childe resulta bastante impreciso. El estudioso no especifica en base a qué parámetros él opone la «ciudadela» a las supuestas «verdaderas ciudades» y en qué medida esta hipótesis influye en la caracterización social del «mercader» que es visto como una entidad que opera independientemente del Palacio (que disfruta, mejor dicho, de aquéllas que podían ser las ambiciones de apropiamiento de objetos de lujo y prestigio de cada monarca local) y reside en los presuntos barrios «urbanos», o bien se entiende como mandante del mismo Palacio, implicado, con su organización burocrática, en un comercio ultramarino. Es preciso finalmente decir que, aunque nuestros conocimientos sobre la organización territorial de los centros micénicos sean escasos, no parece posible, hoy por hoy, hablar de grandes centros «urbanos», fuera de aquellos núcleos habitados que, colocados en la faja de territorio que rodeaba inmediatamente el Palacio, debían formar, en cierto sentido, un único todo con aquél.

En cuanto a las construcciones de carácter religioso, se puede afirmar la no existencia, al menos según los datos que tenemos a nuestra disposición, de verdaderos y propios «templos» como los entendíamos usualmente para la época clásica (es decir, construcciones exclusivamente funcionales para el culto, con sus características arquitectónicas peculiares). Se puede, en cambio, hablar de oratorios, recintos sagrados o «capillas» dentro de los complejos edilicios palaciales. El único ejemplo, pero no en el continente, es todavía, hasta hoy, el complejo cultural de Keos, representado por una construcción larga y estrecha (20 m. X 5 m.), subdividida en su interior en ambientes de diferente magnitud, cuya existencia parece abrazar, también a través de parciales reestructuraciones y momentos de interrupción, un arco de tiempo extremadamente largo: del siglo XV hasta la época clásica.

Para un cuadro de conjunto sobre el argumento, véase lo que se ha considerado en

Los textos del lineal B mencionan dos categorías de personas por debajo de la del rey: los que poseen individualmente tierras concedidas por el rey a cambio de la prestación del servicio militar («nobles»), y aldeanos que poseen el usufructo de parcelas en las tierras comunales sujetas a redistribución. Los «nobles» eran enterrados en tumbas de cámara funeraria que contienen abundancia de armas. ¿Eran enterrados los aldeanos en este mismo tipo de tumba? No ha sido posible identificar ningún otro tipo de tumba corriente. Palmer ha sostenido que los artesanos pertenecían a una categoría inferior, y en algunos textos se pretende que los artesanos son mencionados en calidad de agricultores, como si no fueran artesanos especializados dedicados exclusivamente a su oficio. Pero en otro lugar hemos citado pasajes homéricos que indicaban la libre movilidad de los artesanos, lo cual es incompatible con cualquier suposición de que estuvieran ligados a la tierra, como podrían estarlo los campesinos. En realidad, la situación de los artesanos debería ser, por lo menos, tan afortunada como en los primeros tiempos egeos [9].

---

el reciente escrito de E. Vermeule, *Götterkult,* en *Archaeologia Homerica,* vol. III, cap. V. También G. Mylonas, *Mycenae...*, cit. cap. IV, pág. 136 y ss. Para Micenas en particular, véase, finalmente, el reciente estudio de G. Mylonas, *The cult center of Mycenae,* Atenas 1972.

[9] En cuanto a la situación de los artesanos y su conexión con la posesión de la tierra, véase cuanto se ha dicho en la 2.ª sesión, *Organización social* (Ventris-Chadwick). La posición ocupada por algunas categorías particulares de artesanos, como por ejemplo los forjadores de bronce, no puede ser establecida con seguridad. Es cierto que, dentro de esta última categoría, encontramos una serie de personas eximidas del pago al Palacio de una serie fija de tributos (cfr., en las tablillas de la serie Ma, las contribuciones de K., Polanyi y J. P. Olivier en la 3.ª sesión). Hay que tener también presente la posibilidad de que en el interior de la sociedad micénica, como aparece más evidente en Chipre, la categoría de los trabajadores del metal estuviera ligada de algún modo a la organización religiosa (cfr. hipótesis de Ventris-Chadwick en *Docs,* págs. 411-509. Para Chipre, véase los testimonios de Enkimi contenidos en *Alasia* I, Misión Arqueológica de Alasia, París 1971, pág. 15 y ss., pág. 105 y ss. Para Kition cfr. V. Karageorghis, *The Mycenaean at Kition: a preliminary survey,* en *Studi Ciprioti e rapporti di scavo* 1, Roma 1971, pág. 217 y ss. Id., *Excavations at Kition,* 1971, *ibidem 3,* Roma 1976, pág. 69 y ss.

En cualquier caso, un hecho parece emerger de las tablillas con cierta claridad; a pesar de que una parte de los artesanos y trabajadores de diversas categorías, cuyo «estatus» social no aparece todavía claro, (cfr. 2.ª sesión, *Organización social* de Ventris-Chadwick. Todo el problema ha sido tratado de nuevo recientemente en el interesante volumen de S. Hiller-O. Panagl, *Die frühgriechischen Texte aus mykenischer Zeit,* Darmstad 1976, pág. 105 y ss.) dependan directamente del Palacio, una buena parte de la fuerza de trabajo artesanal era localizada en la comunidad del poblado relativamente autónomo respecto al Palacio, el cual, en cualquier caso, organizaba la producción en sectores, como el trabajo del metal, de particular interés (cfr. 3.ª sesión, introducción a la contribución de C. Parain, y lo considerado por Bockish y Geiss en las líneas presentadas más adelante).

Hay que tener, finalmente, presente que la mayor parte de los datos utilizados por Childe son recobrados no sólo en la primera edición de *Documents,* sino también en el ensayo de L. R. Palmer, *Achaeans and Indo-Europeans,* Oxford 1956, de por sí bastante discutible (especialmente en lo que atañe a la caracterización de los presuntos «barones» y el implícito acercamiento a una sociedad de tipo feudal. Cfr. las notas críticas contenidas en la 2.ª y 3.ª sesiones.

En Grecia y en Creta, la revolución urbana no creó un solo estado capaz de coartar la libertad de movimiento de las personas. Esta revolución había creado un cierto número de reyezuelos [10] virtualmente independientes, lo bastante ricos cada uno de ellos para ser patronos generosos. Y, aunque «nacidos de dioses», eran hombres prácticos, no sólo aptos para combatir en la guerra, sino también capaces en tiempos de paz de colaborar en trabajos manuales como la construcción de los barcos. Los reyes no eran tampoco los únicos posibles clientes de los artesanos. Los ajuares de las tumbas excavadas en la roca revelan la existencia de una importante y próspera clase media, cuyos miembros adquirían sin duda los productos de los artesanos. Por último, el gran número de cortes y de ciudades independientes, muchas de las cuales estaban tan próximas las unas de las otras que la distancia entre ellas podía ser recorrida con un simple paseo a pie, habrían podido engendrar fácilmente una competencia en relación con los servicios de un artesano hábil. Los artesanos micénicos, estimulados por el acceso a tantos mercados, desplegaron la misma originalidad y capacidad de invención que sus antepasados minoicos. Aunque las industrias micénicas posteriores al 1400 a J. C. son estéticamente inferiores a los productos minoicos de fecha anterior, no por ello se detuvo el progreso técnico.

No cabe duda de que los micénicos, quizá también los minoicos, se habían asegurado una participación en el excedente oriental, en parte mediante la simple rapiña [11]. [...]

Pero la mayor parte de esta riqueza se obtenía por medio de un comercio de acuerdo con las normas protoegeas primitivas y minoicas. Chipre, la isla del cobre, se convirtió en una colonia micéni-

---

[10] En efecto, no queda claro qué relaciones existieron entre las diversas ciudadelas y cómo se correlacionaban la una con la otra. Si se piensa que, por ejemplo, las fechas de las destrucciones definitivas de la fortaleza de Tebas y, en parte, de la misma Micenas, son aún objeto de discusión, y si se tiene presente lo poco que sabemos de la organización territorial de Grecia en este período, podemos darnos cuenta de que cualquier conclusión sobre una centralización del poder en toda Grecia micénica (vista por muchos estudiosos en la ciudadela de Micenas) o una convivencia de varios centros (como parecía más probable) permanece a un nivel de pura hipótesis. Ciertamente no puede excluirse que federaciones o acuerdos de carácter transitorio, finalizados al terminar empresas de diverso tipo, podrían ser verificados al nivel de diversas entidades políticas autónomas (¿ciudadelas?). En esta perspectiva pueden incluirse trabajos de saneamiento del tipo del lago Copais en Beocia, cuyas extensiones aguanosas fueron saneadas por medio de obras de ingeniería hidráulica extremadamente avanzadas, a fin de conseguir nuevas áreas para el aprovechamiento agrícola (cfr. todo lo observado en el ensayo de C. Parain, 3.ª sesión. El estudio de los trabajos de saneamiento del área de Gla y de la funcionalidad de las construcciones eregidas en la acrópolis ha sido guiado por S. Iakovidis, en *History of Bellenic World,* cit., pág. 319 y ss. Id. en Aι Μυκηναικαι Ακροπόλεις, cit., pág. 143 y ss.

[11] El tema de la acumulación de riqueza inicial mediante saqueos y acciones de piratería contemporáneas y ligadas a la aparición de una especie de «leadership», caracterizada por sus méritos y por su pericia bélica-organizativa, pero todavía inserta en una comunidad fundada sobre bases de parentesco, es recogido y desarrollado, con una cierta «ortodoxia engelsiana», por Bockish y Geiss en el ensayo presentado en esta primera sesión.

ca, junto con Rodas y otras islas egeas. En las costas del Levante, en Ugarit (Ras Shamra), el mejor puerto para las comunicaciones con Mesopotamia, se estableció una factoría, primero minoica (1500-1400 antes de J. C.) y después micénica. En Colofón, parece que también se instaló una especie de colonia. A Egipto, Palestina y Siria se importaban enormes cantidades de vasos, sobre todo entre el 1400 y el 1300 a. de J. C. Estos vasos llegaban llenos de vinos, de aceite y de ungüentos y constituyen los únicos documentos arqueológicos que se conservan relativos a un comercio muy importante de materias orgánicas perecederas y de objetos fabricados. En el 1800 a. de J. C., los tejidos cretenses son mencionados en los textos procedentes de Mari, en el Eúfrates. Los barcos que transportaban estas mercancías micenominoicas y los mercaderes que disponían de ellas en los mercados orientales eran también micénicos. Así, todos los beneficios de este comercio fueron a enriquecer la economía micénica y a aumentar incluso las reservas de alimentos, ya que una parte de los productos del comercio y de los obtenidos por las incursiones debieron de consistir en productos alimenticios [12].

---

[12] Es vastísima la bibliografía relativa a la expansión micénica en el Mediterráneo oriental, y particularmente controvertido el debate entre los estudiosos acerca del valor y la consistencia que se le atribuye durante el período de tiempo en que tuvo lugar (aprox. siglos XV-XII). Por otra parte, en tales regiones (especialmente la costa anatólica, siria y la isla de Chipre) las excavaciones en curso proporcionan, de año en año, siempre nuevos datos, conformando un cuadro histórico de extrema complejidad. No estamos muy lejos de la verdad al decir que, en algunos aspectos, el estudio de las manifestaciones «periféricas» de la sociedad micénica ayuda a desvelar aspectos que, de limitarnos a los datos proporcionados únicamente por los archivos de la ciudadela, permanecerían totalmente oscuros. La impresión que se deduce, en base a la intensidad es, en cuanto a la intensidad, continuidad, y extensión del fenómeno, por lo menos dinámica, induciendo a situar el candente problema de la organización y de la importancia, al interior de los Palacios continentales con una actividad «ultramarina» similar. Nos referimos aquí únicamente a algunas de las contribuciones más recientes e interesantes. Sigue siendo fundamental el trabajo de F. Stubbings, *Mycenaean Pottery from the levant,* Cambridge 1951, cuyo catálogo ha sido actualizado recientemente por V. Hankey en el artículo *Mycenaean Pottery in the Middle East: Notes on Finds since 1951,* en *Annual of the British School at Athens 62,* 1967, pág. 107 ss.; una actualización general ha sido efectuado por H. G. Buchholz, *Aegäische Funde und Kultureinflüsse in den Randgehieten des mittelmeeres,* en *Archaeologischer Anzeiger* 3, 1974, pág. 325 ss.; para la costa anatolia, ver la información proporcionada por K. Bittel, *Karabel,* en *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft* 98, 1967, pág. 5 ss.; de J. Mellaart, *Anatolian Trade with Europe and Anatolian Geography and Culture Provinces in the Late Bronze Age,* en *Anatolian Studies* 18, 1968, pág. 187 ss.; recientemente, de J. J. Mellink, *Archaeology in Asia Minor,* en *American Journal of Archaeology* 78, 1975, pág. 105 ss.; es de señalar, además, el congreso celebrado en Chipre, en la primavera del 72, con el título de *The Mycenaeans in the Eastern Mediterranean,* cuyas actas fueron publicadas en 1973, a cargo del Departemt of Antiquities de Chipre. Sobre el tema es obvio recordar las breves aportaciones de V. Hankey, *Aegean Finds at Late Bronze Age Sites in the South-eastern Mediterranean,* en *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of London* 19, 1972, pág. 413 ss.; y de G. Cadogan, *Mycenaean Trade, ibidem* 16, 1969, pág. 152 ss.

Para los problemas relacionados con posibles procesos y mecanismos de cambio, ver lo considerado en la sección 3.ª, en relación al ensayo de K. Polanyi; finalmente, en cuanto a lo referente a la relación existente entre manufactura de ungüentos y ex-

Sin embargo, no todas las mercancías transportadas en las naves minoicas y vendidas por mercaderes micénicos en los mercados orientales fueron solamente productos de Grecia y de Chipre. Es seguro que los micénicos importaban de la Europa bárbara materias primas, particularmente estaño, que volvían a exportar con beneficio al Oriente y de las que se servían también para abastecer sus propias industrias domésticas y de armamento. Respecto al ámbar, era ya muy apreciado por los reyes de las tumbas de fosa, que lo alababan por sus virtudes mágicas. La codicia supersticiosa que en ellos despertaba fue heredada por los reyes de las tholoi y por los vasallos más prósperos del rey que vivían en el contingente griego y en Creta. El ámbar, naturalmente, procedía del Báltico, aunque parte de él parece que llegó indirectamente a través de Gran Bretaña, elaborado. En dos tumbas de fosa de Micenas y en una tholos de la costa occidental se encontraron collares de cuentas de ámbar en forma de luna creciente con espacios curiosamente perforados. Ahora bien, los collares de este tipo en forma luna creciente se estilaban mucho en las islas británicas [13]. [...]

[...] No es posible determinar la procedencia del estaño; teniendo en cuenta que las pruebas relativas a la existencia de cierto tipo de comercio entre el Egeo y la Gran Bretaña se hallan docomentadas tanto por los objetos importados como por los exportados, podemos, pues, inferir con certeza que los micénicos extraían estaño de Cornualles con el fin de satisfacer su propia demanda y para satisfacer la del mercado oriental de este producto raro y de vital importancia. Por otra parte, puede que también obtuvieran suministros de estaño de Bohemia.

El estaño de Cornualles pudo haber llegado al Egeo a través de las rutas marítimas occidentales, lo mismo que llegaría mil años después. El comercio micénico en el Mediterráneo se halla abundantemente documentado, llegando al occidente hasta Sicilia. Vasos micénicos y otros artículos fabricados llegaron en grandes cantidades hasta el sudeste de Sicilia, entre el 1400 y el 1300 a. de J. C. A Lipari, en las islas eólicas, llegaron objetos de cerámica en cantidades todavía mayores; parte de estos objetos están documentados en el 1500 a. de J. C., junto con cuentas de pasta vítrea. Parece que Lipari sirvió de

---

portación de los vasos-contenedores, en el levante, ver E. Foster, *The manufacture and trade of mycenaean perfumed oil,* Ann Arbor Diss. microfilm (Duke university) 1974, en especial el capítulo IV.

13 La bibliografía sobre el comercio del ámbar y sobre la ruta seguida, del Norte de Europa al Mediterráneo centro-oriental, es también muy amplia. Nos remitimos al reciente artículo de A. Harding y H. Hughes-Brock, *Amber in the mycenaean World,* en *Annual of the British School at Athens* 69, 1974, pág. 145 ss.; de todos modos, se ha de tener presente, en relación a la sostenida vía del ámbar que debía, pasando por Europa central, desembocar en el área nord-adriática, los recientes hallazgos de notable importancia efectuados en Frattesina de Polesine (en curso de excavación, bajo la dirección de A. M. Bietti Sestieri, del Museo Pigorini de Roma), algunos datos de los cuales han sido previamente publicados en los números 1-4, 1972-73, de la *Revista Padusa.*

escala de transbordo para un comercio con toda seguridad indirecto. La expansión de este comercio hacia occidente resulta difícil de reconstruir [14].

[...] En todo caso, la Creta minoica y la Grecia micénica proporcionaban un mercado seguro a algunos productos de la Europa bárbara y la participación de ambas en el excedente oriental aumentaba en la medida en que estos productos eran exportados de nuevo.

Gracias a su participación en este comercio, los pueblos egeos estuvieron en condiciones de crear una civilización urbana sin someterse a la extrema concentración de poder económico, que había sido la condición indispensable de la revolución urbana de Egipto y de Mesopotamia, y sin llegar tampoco a tener que someterse a la dominación económica de compradores totalitarios. Puede que incluso en el Egeo la revolución urbana redujera al campesinado a una clase social inferior formada virtualmente por siervos. No hay duda de que una parte importante del capital oriental transferido a Creta y a Grecia había sido acumulado en manos de los reyes. Pero, a juzgar por el contenido de las tumbas privadas, una parte bastante grande de este capital debió de repartirse entre una extensa clase media compuesta de ciudadanos y de «compañeros», que no estaban separados de los reyes por ninguna barrera económica infranqueable. En particular, la revolución había dejado a los artesanos casi las mismas posibilidades que habían tenido en los tiempos del primitivo egeo. En este sentido, la sociedad micénica puede ser ya considerada como europea.

---

[14] El tema de la penetración micénica en Occidente, y más en general, en Europa centro-septentrional ha sido y es todavía objeto de estudio por parte de numerosos investigadores. Entre las aportaciones de carácter más general, hay que recordar: S. Marinatos, *The Minoan and Mycenaean Civilisation ant its Influence on the Mediterrane an and Europe,* en *Atti VI Congresso internazionale di scienze preistoriche e protostoriche,* Roma 1962, pág. 161 ss.; S. Piggott, *Mycenae and Barbarian Europe: an Outline Survey,* en *Shornik Narodniko Muzeav Praze XX,* 1966, pág. 117 ss.; J. Bouzek, *The Aegean and Central Europe. An Introduction on the Study of Cultural Interrelations,* en *Pamakti Archeologiké,* 1966, pág. 242 ss.; H. McKerrel, *On the Origins of British Faience Beads and some Aspects of the Wessex-Mycenae Relationship,* en *Proceedings of the Prehistoric Society* 38, 1972, pág. 286 ss.; más en general, ver, S. Piggott, *Ancient Europe,* 2.ª ed., Edinburgh, 1976 (trad. it. Torino 1976). En particular, sobre las relaciones con Italia, recomendamos el catálogo bibliográfico-crítico, puesto al día en la primavera de 1976 por M. Marazzi-S. Tusa, *Interrelazioni dei centri siciliani e peninsulari durante la penetrazione micenea,* en *Sicilia archeologica,* Abril 1976. Hay que tener en cuenta además, particularmente para los problemas relacionados con la producción metalúrgica en el Egeo y en Occidente, las dos contribuciones, fundamentales, de R. Peroni, *Per uno studio della economia di scambio in Italia nel quadro del l'ambiente culturale dei secoli attorno al 1000 a. C.,* en *La Parola del passato* XCCV, 1969, pág. 134 ss.; A. M. Bietti-Sestieri, *The Metal Industry of Continental Ytaly, 13th-11th Century and its Aegean Connections, en Proceedings of the Prehistoric Society* 39, 1973, pág. 313 ss.; A. Harding, *Mycenaean Greece and Europe: the Evidence of Bronze Tools and implements,* en *Proceedings of the Prehistoric Society* 41, 1975, pág. 183 ss.

NACIMIENTO Y DECADENCIA DEL MUNDO MICENICO *

por Chester G. Starr

El Mediterráneo oriental experimentó una prosperidad y un desarrollo político sin parangón en los siglos de la mitad del II milenio hasta el 1200 a. de C. Los reyes se rodearon de la majestad de los grandes palacios. Sus gobiernos se basaron en una burocracia de escribas y tesoreros relativamente bien organizada. En templos ricamente dotados y adornados suntuosamente, como las enormes salas de Amón en Karnak, los sacerdotes invocaban las bendiciones de los dioses para las potencias terrestres. Mientras relucían el bronce y el oro, nadie pensaba en el afilado hierro que daría fin a esta magnífica Edad del Bronce Tardío.

El mundo minoico de Creta era una de estas estrellas refulgentes. También Egipto evitó lo peor de las invasiones que irrumpieron en el Próximo y Medio Oriente a principios del milenio, para entrar, en el siglo XVI en el período que llamamos el Imperio Nuevo. Cultural y económicamente dominaba gran parte de la costa de Palestina y de Siria; de vez en cuando sus faraones también detentaban el dominio político de dicha área. Recíprocas conexiones comerciales y culturales irradiaban de la costa de Siria, al oeste hacia el Egeo, al este hacia Babilonia y las florecientes llanuras de Mesopotamia —las tierras de los mitanos y de los asirios— y al norte hacia el imperio hitita, centrado en torno a Hattusas. Aunque tales relaciones no fueron tan intensas como las que se dieron en la base de los imperios asirio y persa en el primer milenio, las civilizadas superestructuras orientales se conocían mucho mejor entre sí en la Edad del Bronce Tardío que antes.

Las nuevas corrientes tuvieron que soplar a través de muchas millas de mar abierto para alcanzar el Egeo; así, el mundo griego quedó ligado en forma más libre y también más directa al centro cosmopolita del Próximo y medio Oriente. Dentro de la cuenca del Egeo la dirección correspondió a Creta hasta el 1400, después pasó al continente y permaneció allí hasta la caída de los reinos micénicos, poco después del 1200. Las modernas excavaciones han descubierto abundantes testimonios de que la Edad del Bronce Tardío (1500-1100, aprox.) era la más avanzada que hasta entonces había atravesado Grecia. Los seño-

* La bibliografía general citada por Starr coincide con la que ya se ha dado en el capítulo de Childe, por tanto, reproducimos solamente las observaciones que ofrecen un carácter particular. En cuanto al aspecto más específicamente histórico hay que tener en cuenta el reciente volumen de M. I. Finley, *Grecia primitiva: La Edad del Bronce y la era Arcaica,* Eudeba. Buenos Aires 1974, (trad. esp.); además siempre continúa siendo válido el clásico estudio de G. Glotz *La civilización egea,* UTEHA, México 1962; una orientación general se puede extraer de los capítulos XXII, XXVII, XXXVI, XXXIX, XL de *Cambridge Ancient History,* II, parte 2.ª, 3.ª ed., Cambridge, 1975 (N. del E.).

res de Pilos, Orcomenos, Micenas, Tirinto y otras fortalezas vivían en palacios de múltiples columnas y se rodeaban de tesoros de marfil, oro y bronce, trabajados por hábiles artesanos. El centro de esta civilización estuvo en Micenas, desde donde se difundió a la Grecia meridional y central.

La época micénica es atractiva. En los últimos años, no obstante, ha sido objeto de tanta atención que su verdadero lugar en la prehistoria egea se ha falseado frecuentemente. Tratar de todas las particularidades de la época nos llevaría muy lejos de nuestro principal propósito; lo que aquí hace falta es prestar atención a los aspectos por los que el mundo micénico se diferenciaba señaladamente de los siglos siguientes, cuando surgió la civilización griega propiamente dicha. Sin embargo, debemos de recordar también que el mundo del Bronce Tardío abrió el camino de posteriores desarrollos. Las áreas en que floreció la civilización micénica corresponden muy estrechamente a las regiones en las que tuvo sus principales sedes la civilización griega histórica; a medida que avancemos encontraremos continuidad histórica y geográfica. La decadencia y el hundimiento del mundo mincénico, en particular, precisan una atenta consideración a fin de poder determinar las causas, fechas y alcance de una nueva influencia de los bárbaros.

Reyes y comerciantes en la época micénica

Los centros micénicos no eran verdaderas ciudades, aunque muchas veces se las llame de este modo. En Micenas, que ha experimentado decenas de excavaciones, desde los primeros y sorprendentes descubrimientos de Schliemann hasta el reciente y cuidado trabajo de Wace, Papademetriou y otros, la misma ciudadela era evidentemente una fortaleza. Al pie de la roca, sobre la que se alza la ciudadela, han aparecido, poco a poco, algunas casas, quizá de criados y de artesanos; pero a esta agrupación no se la puede llamar con propiedad una ciudad. Parece ser que la población en masa vivía en aldeas sobre las colinas de alrededor [1]. Aunque el alojamiento tal vez era más compacto en Tirinto y en las aldeas fortificadas, como Malti, existía una gran diferencia entre estos lugares y las verdaderas aglo-

---

[1] Ya se ha indicado, en nota a la colaboración de Childe, el estado en que se encuentran las investigaciones sobre la localización y estudio de los centros secundarios. Aún se puede añadir que el hallazgo de tablillas en Lineal B, en algunas casas de Micenas, fuera del trazado de las murallas (recuérdese, por ejemplo, la definición, quizá un poco fantástica, de «casa del comerciante de aceite» para una de ellas), ha planteado el problema de la ampliación del empleo de la escritura hasta posibles núcleos «privados». En efecto, el equívoco parece provenir precisamente de los nombres convencionales, como el más arriba recordado, que se ha asignado a tales estructuras edilicias; actualmente se tiende a interpretarlas como «dependencias» fuera de los muros del palacio. (Cfr. al respecto, Ventris-Chadwick, en *Docs,* pág. 109 y ss.; G. Mylonas, *Mycenae...,* op. cit., pág. 80 y ss. (N. del E.).

meraciones urbanas del Oriente medio. Grecia permaneció muy por debajo del nivel oriental durante la Edad del Bronce Tardío.

Sin embargo, la riqueza de sus señores no se puede explicar simplemente como la consecuencia de los tributos de los campesinos. Artesanos de origen cretense o local, bajo la guía de los administradores del palacio, trabajaban continuamente en la producción de cerámicas, numerosas armas de bronce y otros artículos, siguiendo modelos fijos; además del material arqueológico, tenemos actualmente referencias a los artesanos en las tablillas de Pilos, que parecen indicar como en un área relativamente pequeña se encontraban 193 artesanos en activo (y 81 inactivos). Estos hombres retiraban del palacio pequeñas cantidades de bronce y lo devolvían en forma de armas. Los testimonios materiales muestran también que los hombres de este mundo también eran muy activos como marineros. En ocasiones favorables se dedicaban sin duda a la rapiña y al saqueo, pero en otros momentos debieron ejercitarse en el comercio y elegir lugares de residencia. La riqueza de estas fuentes también se vertía en las manos de los reyes.

Hasta que, posteriormente, tratemos de los comerciantes, el principal aspecto de la sociedad micénica que salta a la vista son los reyes. Este hecho constituye una de las diferencias fundamentales entre la Edad del Bronce Tardío y el mundo griego histórico, que primero se dividió en tribus bajo jefes locales y después en ciudades-estado. La misma cultura micénica estuvo directamente en contacto con la consolidación de los poderosos reinos griegos y avanzó por el territorio a la vez que surgieron los grandes palacios. Gran parte de su cerámica se puede clasificar con razón como estilo de corte, porque los campesinos sólo abandonaron los estilos del Heládico Medio en forma lenta e incompleta [2]. En las tumbas de los monarcas se han encontrado tesoros de oro, marfil y otros materiales.

Los capitanes que dirigieron las invasiones, a comienzos del heládico medio, se encontraron ante un mundo en el que los señores locales predominaban política y socialmente. Cuando ellos mismos zarparon por mar y llegaron a Creta descubrieron allí una centralización todavía más avanzada; el último paso consistía en conocer las monarquías orientales en sus tierras. Como resultado, los señores de Grecia imitaron, se diría que deliberadamente, este modelo en su madre patria. Aunque no tengamos noticias directas sobre las proporciones de los reinos micénicos, las grandes distancias que separan los mayores palacios que hasta ahora se han identificado sugieren que cada señor gobernaba en una amplia comarca. Seguramente, los reyes podían reunir una gran cantidad de trabajo humano, esclavos prisioneros o campesinos locales, para construir sus palacios y las

---

[2] Para la afirmación del nuevo estilo cerámico relativo a los inicios del Bronce Tardío (Micénico I), cfr. el reciente ensayo O.T.P.K. Dickinson *The definition of Late Helladic I,* in *Annual of the british school at Athens* 69, 1974, pág. 109 y ss. (n.d.e.).

grandes tumbas de falsa cúpula o *tholoi,* excavadas en las laderas de las colinas y cuidadosamente labradas en piedra.

Los investigadores modernos tienden a dirigirse a la épica homérica[3] para completar nuestros conocimientos de los reyes micénicos y de su mundo en general; precisamente en años recientes la opinión más divulgada hace coincidir notablemente la edad homérica y la micénica. Considero que esta tendencia resulta excesivamente atrevida en sus suposiciones, equivocada en su lógica y desorientadora históricamente en peligrosa medida. No podemos fiarnos nunca de la Ilíada y de la Odisea como testimonios directos de las condiciones del II milenio. Entre los siglos XIII y el VIII, en los que la épica adopta su forma actual, se produjeron verdaderas épocas de agitación e incluso caóticas. Y el espíritu fundamental de los poemas homéricos corresponde principalmente a los períodos finales del medioevo.

Además de este punto (...) hay otros serios argumentos para rechazar los testimonios homéricos y mitológicos para la Edad del Bronce Tardío. La raíz, tanto épica como mítica, puede remontarse a esta época —en las tablillas micénicas aparecen como nombres de personas los usados más tarde para héroes troyanos y figuras míticas—, pero el historiador no dispone de un instrumento válido para separar la tradición popular de la elaboración tardía. En estas circunstancias, aunque pueda resultar fascinante hurgar en los mitos y en la época para convertir en viva una narración, gris de lo contrario, y basada en vasijas rotas o en piedras *ralladas,* el procedimiento estaría completamente equivocado desde el punto de vista histórico. Para épocas más tardías tenemos a veces una leyenda de la que también conocemos la situación histórica en que nació: *Nibelungenlied,* por ejemplo, que pertenece a la corte burgundia del siglo V d. C.; aquí podemos observar como, mientras un suceso importante puede ser recordado durante mucho tiempo, su detalle y también su forma son alterados por la tradición poética.

La tendencia común a considerar que Homero y el mito pueden reflejar las condiciones micénicas encuentra muchas dificultades, a menos que se demuestre lo contrario. Los investigadores que han pretendido recavar una realidad históricamente detallada en este material tradicional han terminado por urdir débiles construcciones y se encuentran en desesperado desacuerdo entre sí. Las descripciones homéricas, aunque sean de temas concretos, se pueden relacionar muy raramente con los prototipos micénicos. Respecto al argumento que tenemos en las manos, las referencias épicas a Agamenón y a los otros personajes nacidos de Zeus no concuerdan bien, como podría parecer a primera vista, con nuestros conocimientos del reino de la Edad del Bronce Tardío. Los caballeros ganaderos de los poemas homéricos se encuentran situados espiritualmente en el medievo, no en

[3] Véase al respecto el ensayo de K. Wundsam presentado en la 2.ª parte; sigue siendo fundamental la contribución de M. I. Finley *Homer and Mycenae: Property and Tenure, en Historia* 6, 1957, pág. 133 y ss. (n.d.e.).

el amplio mundo de los tiempos micénicos; no es exacto decir que la tradición épica muestre algo más que un vago recuerdo de la geografía política micénica.

Hoy podemos dejar fácilmente de investigar en la épica homérica sobre este tema ya que disponemos de un notable testimonio coetáneo en las tablillas de la burocracia palatina [4]. Los investigadores modernos refutaron durante mucho tiempo las esporádicas indicaciones escritas por los griegos del segundo milenio y describieron a los señores de Micenas prácticamente como bárbaros; pero este desprecio no puede durar por mucho tiempo. Inmediatamente antes y después de la segunda guerra mundial se descubrieron en Pilos grandes cantidades de tablillas de arcilla en Lineal B; un obstinado trabajo de muchos investigadores, cuyas dificultades resolvió el genio de Michael Ventris, proporcionó prácticamente la clave para leer la escritura silábica de este material. Pese a que una interpretación detallada de las tablillas resulta frecuentemente desatinada, la lengua en que están escritas es una forma clara del griego. Tal y como los filógogos habían supuesto, el dialecto de finales del II milenio (o, por lo menos, su forma escrita) es semejante al posterior arcadio o chipiotra, pero también parece haber sido un antepasado de todos los dialectos griegos orientales. Aparentemente, la lengua era la misma dondequiera se escribiese el Lineal B —en Knosos, en Pilos, en Micenas, en Atica y en Beocia— y la escritura presenta pequeñísimos cambios en el curso de los siglos en que se utilizó. Mientras que sería mucho más correcto el llamar micénico a este dialecto, el término «aqueo» se ha fijado sólidamente en el lenguaje histórico gracias a la épica homérica; de cualquier modo se puede dudar que todos los pueblos de lengua griega en la Edad del Bronce Tardío se aplicaran a sí mismos este nombre.

El desciframiento del Lineal B ha revelado el mundo micénico, visto por los administradores de los palacios. La capacidad de escribas y contables reales es menos vasta de lo que se podría desear, pero pese a ello sus límpidos registros administrativos son muy importantes. El cuadro general es el conocido en los estados orientales, donde la burocracia real desempeñó por mucho tiempo su táctica centralista. Artesanos y campesinos se incluían ampliamente en una economía de palacio bajo el control real, aunque contaran también con una organización de cierta independencia en el marco de las estructuras aldeanas. Los dioses, que eran en general las divinidades de la Grecia más tardía, parece que dispusieron de sus propis dominios con sacerdotes y esclavos. La estructura de clase se formó mediante siervos y esclavos, señores y consejeros de aldea *(basileis, gerontia* y semejantes) hasta los partidarios y representantes del gran

[4] En este sentido es muy significativo el título del capítulo XIIIb de *Cambridge Ancient History* (3.ª ed. 1973, pág. 609 y ss.), de J. Chadwick, *The Linear B Tablets as Historical Documents,* aunque haya que preguntarse en qué sentido y en relación a qué realidad social utilizar tales «documentos históricos» (N. del E.).

rey, el *wanax*[5]. Se cree que al menos treinta escribas o secretarios administradores trabajaban en Knossos y también en Pilos. Parece ser que la tierra pertenecía en parte al rey y en parte a la organización de la aldea[6]; pero últimamente abundan más las conjeturas al respecto que las pruebas.

La documentación de las tablillas micénicas prueba que, para aspectos tales como la lengua y la religión, ya existía antes del 1200 mucho de lo que aparece en los siglos posteriores; además, los testimonios arqueológicos muestran claramente cómo en muchos campos se dio una continuidad de la época micénica en el mundo griego. De todos modos, los aspectos de la *superestructura social y política*[7], ligados al poder siempre creciente de los reyes, poderosos en la guerra y en el comercio, no sobrevivieron a esta época.

El rasgo más significativo de la edad micénica en el extranjero era el gran poder expansionista de su sociedad, totalmente diferente a las condiciones predominantes en el siguiente medioevo. Los pueblos grecoparlantes del II milenio eran menos cívicos que los de las regiones orientales, pero, apenas pasada la agitación de los movimientos medievales heládicos, aprovecharon valerosamente la situación. La gran oleada colonizadora griega histórica tuvo una notable anticipación[8]

---

5 Los términos «siervo», «esclavo», «consejero de aldea» están utilizados por Starr con cierta aproximación y, digámoslo también, superficialidad. Se trata, en efecto, de definiciones que suponen análisis históricos muy precisos. Ya se puede anticipar aquí (pero se verá mejor más adelante, tanto en lo expuesto por Bockisch y Geiss, en esta parte, como en lo que se expone en la tercera parte) que no se puede hablar de servidumbre o de esclavitud en el mundo micénico como situaciones efectivas descollantes de los grupos sociales inferiores, sino de contraposiciones y contradicciones entre el palacio, con su articulación interna, y la comunidad de la aldea (también con su particular estructuración) fundada esencialmente sobre base «gentil» y sobre la propiedad común de la tierra (N. del E.).

6 La clara diferenciación entre la tierra del rey y la tierra de la aldea no parece la más indicada para identificar las relaciones de producción/explotación que debían mediar entre el «palacio» y la comunidad de la aldea. Quizá, hablar de *propiedad* y *posesión* (propietario = *Eigentümer;* poseedor = *Besitzer)* refiriéndose, respectivamente, al palacio y a los miembros de las comunidades rurales (y a la comunidad rural en su conjunto en las confrontaciones del palacio) permitiría un tipo de análisis más profundo (cfr. al respecto lo expuesto en la tercera parte en relación con el trabajo de Parain) (N. del E.).

7 La cursiva es del encargado de la edición. Véase lo expuesto en la introducción (N. del E.).

8 Es preciso recordar que el término «colonización» tiene un significado muy preciso que rebasa los simples «puntos de apoyo» o «lugares de encuentro» con fines eminentemente comerciales, como parecen haber sido la mayor parte de los puntos señalados en la distribución de las cerámicas micénicas de importación. La discusión entre los historiadores micenólogos está al rojo vivo y se ha desarrollado especialmente en el reciente congreso sobre la presencia micénica en el Mediterráneo oriental (citado en la nota 12 de la colaboración de G. Childe). Se puede decir que, en general, es hipotética la presencia de efectivas colonias «micénicas» (cuyos tiempos y modos están todavía por definir), particularmente en el área levantina y a lo largo de la costa anatólica. Para el Occidente, el problema se complica bastante más debido al estado de las investigaciones todavía en curso. De todos modos, teniendo en cuenta los conocimientos que poseemos actualmente, no parece que se pueda hablar de «colonias micénicas» en Occidente, distinguiendo los posibles fenomenos de culturización, por obra de grupos re-

en el vigor y velocidad de los viajes micénicos más allá de los mares; los efectos de este primer lanzamiento hacia el exterior tuvieron un peso considerable en la preparación del panorama de los siglos futuros. Cuando los griegos salieron una vez más de su patria, buscaron prácticamente las mismas áreas de sus predecesores y encontraron el camino empedrado de residuos de la precedente oleada, que a veces dejó instalaciones duraderas.

Al oeste, los mismos exploradores micénicos siguieron el camino de los tiempos antiguo-cicládicos y probablemente por las mismas razones: a la búsqueda de los metales cada vez más usados por los artesanos de la Edad del Bronce Tardío. La cerámica micénica de los siglos XV al XIII y otros objetos se han hallado en la Grecia occidental, a lo largo del camino marítimo, en Sicilia y en varios puntos de la Italia meridional; se cree que Tarento fue probablemente un verdadero lugar de residencia, pues la cerámica de tipo micénico se hacía *in loco*[9] incluso después de romperse las relaciones, alrededor del 1200. En las islas Lipari, donde se dirigieron los comerciantes minoicos, se han encontrado depósitos micénicos muy extendidos a partir del siglo XVI. Más al oeste, en Francia y en España, no se encuentran objetos similares, pese a que las influencias micénicas irradiaran indirectamente hasta Inglaterra. En compensación, en una casa de Micenas se ha encontrado un molde de piedra usado para fundir hachas de doble filo, perteneciente a un tipo común en el norte de Italia y en el Danubio superior[10]. Además, la presencia de ámbar del Báltico en las tumbas de la época micénica, sugiere que el comercio se movía entre el Egeo y la Europa central, seguramente en busca de metales. Las minas de cobre de esta región se explotaban mucho más intensamente y sus culturas recibían estímulos que tuvieron importantes consecuencias hasta el primer milenio.

En los tiempos micénicos se dirigía, sobre todo, a través del Egeo, hacia los principales centros de la civilización oriental. En Grecia propiamente dicha, organizaciones políticas de tipo micénico avan-

---

ducidos, que pudieran realizarse después de la caída de las ciudadelas (cfr. al respecto lo expuesto en *Egeo ed Occidente alla fine del II milenio a. de C. Considerazioni per l'impostazione di uno studio storico sui rapporti fra il mondo egeo e l'ambiente italico e siculo nei secoli XIII-X a. de C.* (Egeo y Occidente al final del II milenio a. de C. Consideraciones para el planteamiento de un estudio histórico sobre las relaciones entre el mundo egeo y la sociedad itálica y sícula en los siglos XIII-X a. de C.). Roma, 1976. (N. del E.).

[9] La producción de cerámica micénica (o de imitación) en Occidente no es un hecho comprobado con seguridad (prescinciendo de las manufacturas, relativamente tardías, de las llamadas cerámicas yapigias protogeométricas y similares; cfr. G. F. Lo Porto en *Notizie degli scavi* (Noticias de las excavaciones), 1964, pág. 209 y ss.). Consúltese a propósito el trabajo de W. Taylour, *Mycenaean Pottery in Italy and Adjacent Areas,* Cambridge, 1958; de F. Biancofiore, *La civiltà micenea nell'Ialia meridionale, I La ceramica,* Roma, 1967, 2.ª ed.; de L. Vagnetti, *I Micenei in Italia: la documentazione archeologica,* en *La parola del passato,* 1970, pág. 359 y ss. (N. del E.).

[10] Cfr. A. M. Bietti Sestieri, op. cit., en la nota 13 del texto de Childe, pág. 396 y ss. No se trata de hachas de doble filo, sino de hachas de aletas. (N. del E.).

zaron a través de Beocia hasta Tesalia, donde se encontró recientemente un palacio en Yolcos; asimismo, cerámica y productos metálicos de esta época llegaron hasta la costa septentrional del Egeo y de Macedonia a través de Troya VI-VII. Esta última fue probablemente atacada por los señores de Grecia, más por sus riquezas que por su dominio del Helesponto o de las llanuras noroccidentales de Asia Menor; por lo tanto, cierta base de realidad se encuentra quizá más allá del famoso ciclo épico troyano. Hasta ahora, tenemos testimonios dispersos de un comercio micénico, o de un asentamiento en Delos y a lo largo de la costa occidental de Asia Menor; especialmente en Mileto la cerámica griega aparece sobre vasijas minoicas, y continúa en los siglos siguientes. Muy lejos, en el centro de Asia Menor, los señores hititas tuvieron contacto con los Ahhijawa (aqueos) de finales del siglo XIV; pero las referencias hititas son muy vagas para permitir una localización precisa de los Ahhijawa sobre la costa o más allá de ésta [11].

Antes de la caída de Knossos, en el camino marítimo hacia el este, se dio un gran movimiento de hombres del continente griego. Mientras que los contactos con Egipto quizá fueron más estrechos antes y durante la época de El Amarna (a mediados del siglo XIV) y pudieron establecerse en parte por medio de Creta, las conexiones micénicas con Siria fueron seguramente directas y se hicieron cada vez más intensas hasta el siglo XIII. Las mercancías micénicas se encuentran a lo largo de la costa siria y también en el interior en cantidades mucho mayores que las de origen minoico. Además de la cerámica, el mundo egeo comerciaba aceite y vino, metales, como el plomo y el estaño, extraídos en Grecia y al oeste; esclavos, etc., a cambio de marfil, oro, tejidos (incluidos el lino y la lana de color púrpura), adornos de *pasta vítrea,* miel, papiro, perfumes y ungüentos, especias y otros productos acabados. Si este comercio oriental está en relación con los testimonios micénicos al oeste, se justifica tal vez la conclusión de que el espíritu aventurero de los egeos desempeñó el papel de primer intermediario entre el Oriente y Europa.

Las abundantes manifestaciones de cerámica micénica a lo largo del camino de Siria, la documentación lingüística de tiempos más tardíos y el incierto testimonio de la tradición, todo sugiere que las

[11] El problema de Ahhijawa ha estado durante años en el centro de la atención de los investigadores, orientalistas y helenistas. Ofrecemos algunas referencias bibliográficas esenciales: G. Pugliesi Carratelli, *Il re di Ahhijawa nel trattato di Tudhalijas IV con Istarmuwa,* en *La Parola del passato,* XV, 1960, pág. 321 y ss.; íd. *I Micenei nel mondo mediterraneo,* en *Atti del I Congresso Internazionale di micenologia,* vol. III, Roma, 1968, pág. 1.231 y ss.; G. Steiner, *Die Ahhijawa-Frage heute,* en *Saeculum,* 15, 4, 1964, pág. 365 y ss.; una selección bibliográfica actualizada se incluye en la breve colaboración de H. J. Houwink ten Cate, *Anatolian Evidence for Relations With the West in the Late Bronze Age,* en *Bronze Age Migrations in the Aegean, Proceedings of the First International Colloquium on Aegean Prehistory* (Shelffield), London, 1973, pág. 141 y ss., y en la relación de S. Iakovidis, *Rhodes and Ahhijawa,* en *Acts of International Archaeological Symposium: «The Mycenaeans in the Eastern Mediterranean»,* op. cit., pág. 189 y ss. (N. del E.).

colonias micénicas se extendieron desde Grecia hacia el este. En las islas egeas se producía localmente cerámica de tipo continental durante el siglo XIII. En la parte noreste de Rodas, en la accesible llanura de Trianda, aparecen colonos micénicos al lado de hombres de origen minoico por primera vez alrededor de 1450; después suplantan a los cretenses hacia el año 1400. Knossos cae por última vez alrededor de esta última fecha y la variedad de influencias continentales en Creta, entre las que se cuenta la introducción del idioma griego, indica sin lugar a duda un asentamiento del continente griego. También se ha hablado de colonización en Cilicia y en Chipre, pero es más discutible. La aparición de un dialecto arcaico griego en Chipre, muy afín al arcadio y al «micénico», puede reflejar un asentamiento en los inciertos días posteriores a la caída de la época micénica; pero, por otra parte, el hecho de que un gran número de mercancías micénicas aparecieran anteriormente en Chipre y el que estén confeccionadas en el lugar, podría convalidar fácilmente la hipótesis de que los pueblos de lengua griega llegaron a este punto del Oriente antes del 1200 [12].

En comercio, asentamientos y rapiñas los reyes y comerciantes de la época micénica llegaron muy lejos, hasta los confines, tanto orientales como occidentales del Mediterráneo. Esta actividad ultramarina ayudó, en aquellos tiempos, a mantener el lujo de la superestructura micénica e influyó en el carácter de su civilización [13]; a largo plazo, la expansión de los pueblos del continente no estará totalmente desligada del sucesivo florecimiento griego en los tiempos históricos. Entre ambas oleadas, el caos del antiguo medievo fue solamente un parcial paso atrás. No se perdieron todas las áreas asimiladas en la época micénica y el contacto por vía marítima con Siria probablemente no se interrumpió nunca.

---

[12] Véase cuanto se ha dicho en la nota 8 y en la nota 12 de la colaboración de Childe (N. del E.).

[13] Como ya se ha puesto en evidencia en la introducción y en la nota 8 al trabajo de Childe, tampoco Starr, incluso centrando el apartado en cuestión sobre los «reyes y comerciantes», no llega a proporcionar ninguna indicación sobre el tipo de relación social entre estas dos entidades. Este fragmento, en el que se habla en términos de «superestructura» en las confrontaciones del palacio, es un ejemplo típico. A propósito, sin embargo, del significado que se debería asignar a la definición de «superestructura», tal y como la entiende el autor, parecería que se identifique con la restringida clase hegemónica que habita en la ciudadela, cimentada sobre la explotación de los grupos subalternos ligados en gran parte a la producción agrícola, quienes, por lo tanto, representarían la «estructura productiva» interna en los reinos micénicos. Resulta evidente que, entendido de tal modo, el término «superestructura» aparece como inadecuado y equívoco, dado su significado «dialéctico» dentro de la historiografía marxista. Además, queda siempre el problema de cómo definir la actividad piratesco-comercial que el autor relaciona directamente a las personas del monarca y de los «mercaderes» y que ve estrechamente ligados al crecimiento del prestigio de la pretendida «superestructura micénica» (N. del E.).

En el siglo XIII un contexto muy semejante de civilización micénica se extendió por la Grecia meridional y central, a través de Creta, Rodas y Chipre. En función de su cerámica se dividen comúnmente las siguientes fases de esta civilización[14]:

I		c. 1550 a. C.
II		c. 1500
III A		c. 1425
III B		c. 1300
III C	(incluido el submicénico)	c. 1230-1050

Esta división es como un esquema de sucesiones relativas, sujeto a los acostumbrados problemas arqueológicos que están implícitos

[14] El estudio de la producción de cerámica representa, quizá, el campo más amplio y complejo en el ámbito de las diversas clases de testimonios materiales referentes a la civilización micénica. La imponente obra de clasificación y datación publicada por A. Furumark en dos volúmenes, *Mycenaean Pottery: I Analysis and Classification, II Chronology,* Stockholm, 1941 (reimpresión: 1972), representa, todavía en la actualidad, el texto fundamental sobre el tema. La cronología establecida entonces por el investigador sueco (vol. II), en base a las concordancias e interrelaciones conocidas, ha sido objeto de algunas correcciones, especialmente en los últimos años, en función de los nuevos datos conseguidos que no siempre concuerdan entre sí. Recordamos en este aspecto: para una revisión de las últimas fases (IIIB-IIIC), V. R. d'A. Desborough, *The Last Mycenaean...,* op. cit.; para las conexiones con las cronologías orientales, V. Hankey-P. Warren, *The Absolute chronology of the Aegean Late Bronze Age,* en *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of London,* 21, 1974, pág. 142 y ss.; V. Hankey, *The Aegean Deposit at El Amarma,* en *The Mycenaeans in the Eastern Mediterranean,* op. cit.; para un cuadro cronológico sistemático y la indicación de los tipos más significativos, S. Symeonoglou, *A. Chart of Mycenaean and Late Minoan Pottery,* en *American Journal of Archaeology,* 74, 1970, pág. 287 y ss. Además, para un tratamiento actualizado y de cómoda consulta, el manual de A. D. Lacy, *Greek Pottery in the Bronze Age,* London, 1967.

Para un cuadro cronológico general de todo el Mediterráneo central y oriental, véase H. L. Thomas, *Near Eastern, Mediterranean and European Chronology. The Historical, Archaeological, Radiocarbon, Pollenalytical and Geochronological Evidence,* Lund, 1967.

En todo caso, téngase presente que, dada la existencia de variados centros de producción no solamente en Grecia, sino también en las islas egeas y en algunas áreas de la zona costera e insular levantina-anatólica, la tendencia que se afirma cada vez con más fuerza es la de efectuar análisis preventivos y profundos a nivel regional y, mediante la ayuda de medios químico-físicos para el estudio de las arcillas, de individualizar los diferentes centros de producción-exportación de algunas clases de cerámicas, con todas las consecuencias de una mayor articulación geográfica y cronológica de las tentativas de reconstrucción de los cuadros generales. Por otra parte, es necesario recordar en todo momento que las posibilidades de engancharse a las cronologías orientales, en función de los productos micénicos de cerámica para la exportación (sobre todo en Egipto) presentan múltiples dificultades e incertidumbres a causa de las oscilaciones a las que están sujetas dichas cronologías (cfr., por ejemplo, la aportación de Hankey-Warren anteriormente citada).

Finalmente, hay que decir que la cronología ofrecida por Starr, susceptible de posteriores articulaciones (por ejemplo, IIA-IIB, etc.) es la tradicional confeccionada por Furumark (N. del E.).

cuando se sistematiza cada pequeño depósito y se definen las fases de transición (especialmente de IIII B a IIII C).

Hasta ahora en ninguna excavación se han descubierto niveles estratificados de cerámica micénica que se extiendan a lo largo de toda la época, pero las grandes cantidades de mercancías provenientes de muchísimos lugares bastan para indicar las diferentes vías de desarrollo. Se han obtenido resultados considerables. Por primera vez en la historia egea podemos seguir los cambios artísticos siglo por siglo y, en algunos casos, incluso podemos esperar a individualizar a cada artista; la uniformidad de la cerámica, cualquiera que sea el lugar en que está fabricada, permite establecer una relación entre las diversas localidades de la cuenca del Egeo; también se pueden ordenar con perspectiva histórica otros muchos aspectos de esta civilización, que presenta las mismas tendencias generales encontradas en las vasijas.

Las fechas absolutas a. C. indicadas en el cuadro suponen un problema completamente diferente. Se basan en descubrimientos de vasijas micénicas en contextos datables en Egipto y en Siria; es decir, según la cronología egipcia. La cual es más bien segura y las relaciones con los materiales egeos son suficientes para sugerir el ritmo del progreso del mundo micénico; sin embargo, las relaciones distan mucho de ser las adecuadas para definir con exactitud los estilos de cerámica. Cualquier fecha absoluta que se asigne a la cerámica micénica resulta todavía imprecisa en un margen de alrededor de medio siglo. Especialmente en el período III C, cuando declina rápidamente el comercio entre el Egeo y Oriente, las correlaciones desaparecen prácticamente; lo que significa una grave dificultad para el importantísimo problema de fijar el final de la época micénica.

La cultura micénica fue, bajo muchos aspectos, una clara y verdadera adaptación de la cultura minoica; bajo otros, sus hombres copiaron del Oriente mucho peor de cómo lo hicieran los artistas de Creta. Ambas características, junto a una relativa riqueza, distinguen nítidamente la Edad del Bronce Tardío de la pobreza de los siglos posteriores. Además, la diferencia entre los esquemas micénicos y los de la Grecia histórica aparecen claramente en cualquier parte donde se consideren los testimonios artísticos [15]. Las formas de la cerámica micénica tenían más alto el centro de gravedad; muchas de las vasijas son completamente diferentes a las de tiempos posteriores; elementos decorativos, tomados en gran parte de la vida marina y vegetal, tienen un aspecto absolutamente diferente, sobre todo en el Micénico I y II, reflejan en su aplicación a la vasija un sentido de la lógica y del orden totalmente diferente. Las escasas obras de los escultores micénicos ofrecen las mismas desigualdades, así como las de los pintores de frescos y las de los artesanos del oro y del bronce.

---

[15] Completamente diferente el meticuloso análisis realizado por D. Levi, *Continuitá della tradizione micenea nell'etá grecoarcaica,* en *Atti I Congresso internazionale di micenologia,* Roma, 1968, vol. I, pág. 185 y ss. (N. del E.).

Esta profunda diferencia en el mundo cultural se manifiesta admirablemente al viajar desde la Atenas clásica, que se hiergue fuerte y libre en la llanura ática, hasta Micenas, situada en un tranquilo paraje de la Argólida. La tumba de *tholos* llamada Tesoro de Atreo representa el mayor monumento arquitectónico del continente europeo, pero, por impresionante que sea su acabado trabajo en el ensamblaje de las piedras, la firme cúpula y la noble entrada, se construyeron en honor de un rey, no del dios protector de una ciudad-estado. Todavía es más sugestiva la severa y arrogante fortaleza que circunda el amable palacio de los reyes miceñicos. El mundo que se expresa aquí era tosco y bárbaro, aunque los señores concentrarán las energías de sus súbditos para su propio lujo. Hubo poder y fuerza suficientes para levantar las espléndidas estucturas de Micenas: no se volvió a producir algo semejante durante siglos en Grecia. Sin embargo, cuando el mundo egeo alcanzó de nuevo un avanzado nivel, dirigió su renovado vigor social y económico hacia otros fines y sujetó sus creaciones dentro de un esquema más disciplinado intelectualmente. La cultura micénica no constituye un sistema del que surgiera directamente la cultura griega.

Merece la pena subrayar la importancia de esta observación. La cultura de la Edad del Bronce Tardío, no obstante, no se debe separar del fondo griego, puesto que el mundo micénico no era una simple provincia de inspiración cretense y oriental. Durante la época micénica se prolongó claramente gran parte de la estructura vital, así como del pensamiento del Heládico Medio. Persistieron los tipos de tumba de los tiempos precedentes, también formas de cerámica y de decoración derivadas del Bronce Medio, los habitantes de las aldeas vivían indudablemente casi como antes bajo la superestructura de los palacios, incluso los lugares de sus residencias continuaron siendo los de la época precedente. Detrás de la corriente superficial de copias minoicas y orientales yacen interesantes señales de una escondida línea de desarrollo nativo. Cuando los investigadores de hoy definen a veces las estelas funerarias colocadas sobre las tumbas en Micenas y la famosa Puerta de los Leones como primeras obras maestras de la civilización griega, ignoran demasiado la diferencia que acabo de señalar; sin embargo, se puede percibir en estas obras el embrión inicial de la lucha por expresar la concepción de la vida que más tarde llegó a su grandeza en los siglos de la Grecia histórica. Igualmente significativa es la atención dispensada al *megarón,* una unidad simétrica centralizada interiormente, completamente diferente de los desordenados edificios de origen minoico (...).

La época micénica está formada por una receptiva mezcla de fuerzas, tanto en su escultura, arquitectura y cerámica, como en sus manifestaciones sociales, políticas y religiosas. Nunca la historia humana es un desarrollo mecánico y cíclico, pero la experiencia micénica constituye, sin embargo, un interesante precedente de la síntesis de influencias locales y orientales que caracterizó al gran siglo de la revolución en los años 750-650 a. de C. La semejanza es suficiente para

indicar algunas de las fuerzas duraderas que influenciaron el desarrollo egeo a lo largo de la época; las diferencias también son evidentes. Si la síntesis posterior debía de ser más libre y producir resultados más significativos, su mejor fruto se tiene que atribuir en primer lugar a una base mayor de cultura griega surgida durante el medievo: la civilización micénica estuvo demasiado encerrada dentro de un limitado círculo alrededor de sus monarcas. Otro factor lo constituye la sólida asimilación de los estímulos más antiguos que se produjo en los lentos siglos que siguieron a la caída del mundo micénico [16].

En términos generales se puede afirmar que el continente griego durante su fase del Bronce Tardío estuvo obstaculizado por un problema insoluble. El continente no se pudo sustraer a los atractivos de la sociedad minoica, cuyo dominio fue notable al principio del período micénico. Al mismo tiempo tendía a recoger su herencia medio-heládica. Este animoso experimento encontró los mayores obstáculos en las halagüeñas tentaciones de los más avanzados motivos y técnicas cretenses; la innovación solamente podía ser débil y casi inconsciente. Los ceramistas estaban más interesados por la técnica y por la cantidad de la producción que por su originalidad. Un investigador moderno define su trabajo como «más ordenado que imaginativo»; términos como «comercialización» y «copia» aparecen casi inevitablemente en toda discusión sobre esta cerámica. Las variaciones locales, que lentamente se hacen discernibles a medida que se estudia la cerámica más a fondo, estuvieron muy limitadas hasta sus últimos períodos. Históricamente, el problema fundamental de integrar la inspiración ajena con la autóctona tuvo que causar una catástrofe, pero también supone un nuevo comienzo en un plano mucho más simple. Los hombres de aquel tiempo heredaron mucho de la época micénica, pero se pudieron mover más libremente.

ORIGEN Y DESARROLLO DE LOS ESTADOS MICÉNICOS*

por G. Bockisch, H. Geiss

La formación del estado se produce en el continente griego durante los períodos micénicos antiguo y medio. Se caracteriza por las

---

[16] El razonamiento de Starr, como ya se ha indicado en la introducción, se resuelve precisamente en estos puntos críticos a un nivel demasiado limitadamente «ideológico», sin conseguir penetrar en las efectivas contradicciones sociales posibles en el seno del mundo micénico, excepto en pocas alusiones demasiado fragmentarias y frecuentemente genéricas (como en el caso de la permanencia de un sustrato medieval heládico o en el de la existencia de una escisión demasiado profunda entre el leadership palatino y la población de las aldeas) (N. del E.).

* También para esta colaboración se destacan solamente las notas de especial relieve, enviando para una bibliografía general a lo indicado en la nota 1 y con asterisco del texto de G. Childe y de C. Starr. Un encuadre más preciso de la colaboración de los dos autores alemanes, junto con una bibliografía de algunos trabajos más recientes que han publicado, se encuentra en la tercera parte, en relación con la discusión intro-

tumbas de fosa o en cúpula, las cuales están en relación directa con la fundación de ciudadelas y establecimientos de necrópolis, en cuyos alrededores surgirán centros rurales, que indican la formación de un poder real de carácter despótico. Precisamente en esta época comienza a establecerse, aunque de forma limitada, el intercambio de productos, en competencia con la isla de Creta, cuya organización dirigen dichas ciudadelas.

Otro aspecto que se puede asociar a la disolución de la originaria estructura social de base familiar es la aparición de las razzias militares, inicialmente dirigidas contra regiones fuera de Grecia y, a continuación, contra las ciudadelas vecinas (por ejemplo, Tebas en Beocia); el jefe de la tribu se apropiaba de la mayor parte del botín obtenido. Estas razzias condujeron a la sumisión de las ciudadelas y al nacimiento de mayores unidades territoriales.

Micenas, en la Argólida, representa el centro más destacado en tal sentido y, tal y como ocurrió con Knossos en la isla de Creta, se transformó en el polo dominante dentro del ámbito de la civilización micénica.

Las tumbas de fosa, que datan aproximadamente de principios del 1600 a. de C., indican la formación de un linaje privilegiado dentro de la aristocracia tribal, que llegó a consolidar su poder al asumir las funciones de caudillaje en las acciones bélicas y en las razzias. Las tumbas de fosa más antiguas, que cuentan con un equipo funerario todavía relativamente modesto, pertenecen al círculo B, descubierto en Micenas entre 1951 y 1954 [1]. Dichas tumbas aparecen como fosas cuadrangulares cubiertas de piedras, frecuentemente de considerables dimensiones, y están situadas en el interior o en las proximidades de las estructuras amuralladas que circundan la ciudadela. Dado que en alguna de estas tumbas se encuentra reunida a

---

ductoria sobre el «modo de producción asiático» y en el artículo de C. Parain. Véase también lo que se expone en la introducción al segundo ensayo de la tercera parte, a propósito de la aproximación de K. Polanyi al tema de la circulación y redistribución de los bienes. Los problemas ligados a la exégesis de las tablillas se desarrollan en la segunda parte.

Finalmente, téngase en cuenta la siguiente lista de trabajos generales a los que los dos investigadores alemanes han hecho referencia principalmente: G. Karo, *Die Schachtgräber von Mykenai,* München, 1930-33; R. Hampe, *Die Homerische Welt,* en *Gymnasium,* 63, 1956; S. Hood, *The Home of Heroes,* London, 1967; F. Matz, *Creta e la Grecia preistorica,* tr. it., Milano, 1963; L. R. Palmer, *Minoici e Micenei,* tr. it., Torino, 1969; F. Schachermeyr, *Die ältesten Kulturen Griechenlands,* Stuttgart, 1955; id., *Die gäische Frühzeit,* en *Anzeiger für die Altertumswissenschft,* 6, 1953; J. Tegyey, *Die Organisation des pylischen Staates,* en *Acta Antiqua,* 15, 1967; A. G. B. Wace, *Mycenae,* Princenton, 1959; T. B. L. Webster, *From Mycenae to Homer,* London, 1964, 2.ª ed. Conviene añadir, además, que, junto a la visión de tipo «bélico» relativa a la primitiva acumulación de riquezas en manos de una clase en formación, testimoniada por el lujo de los ornamentos funerarios de las tumbas de fosa (visión también compartida por Childe, como se ha visto), adquiere cada vez mayor forma una interpretación en clave «comercial» (cfr. bibliografía indicada en la nota 4 de la colaboración de Childe) (N. del E.).

[1] Cfr. las varias colaboraciones de G. Mylonas, citadas en la nota 4 al texto de Childe.

veces una familia principesca, se puede deducir que, dentro del linaje dominante, el orden gentil permanecía todavía intacto, al menos desde el punto de vista cultural. En las aldeas situadas al pie de las ciudadelas se encuentran también agrupamientos de tumbas usadas por varias generaciones, aunque de construcción más simple y con ajuares funerarios más modestos.

Las famosas tumbas de fosa, descubiertas en el círculo A de la ciudadela de Micenas por Schliemann, datan de 1570 a 1560 a. de C. Sus características arquitectónicas todavía primitivas, así como la fase todavía poco desarrollada de la producción coetánea de la llamada cerámica minia, contrasta con la presencia en los ajuares funerarios de objetos de metales preciosos, sobre todo armas, que no encuentran paralelos en el continente griego. Las diademas y los cetros, los objetos de uso cotidiano y los de adorno se caracterizan por los motivos propios del estilo cretense de Camares; por tanto, su manufactura indica que proceden de la isla de Creta, donde, por el contrario, tales trabajos artesanales se realizan sobre modelos de cerámica y no de metal noble [2]. Por otra parte, tampoco el tipo de habilidad artística del artesanado micénico que aparece en las máscaras de oro colocadas sobre el rostro de los cadáveres y en los bajorrelieves decorativos que aparecen en otros objetos del mismo metal, se pueden comprobar en la época precedente [3]. Así, pues, se puede admitir que artesanos minoicos se establecieron en Micenas en esta época.

Además, no está comprobado que soldados mercenarios micénicos prestaran servicio en Egipto, ni tampoco se encuentran para la época de las tumbas en pozo hallazgos de origen egipcio en el continente griego, excepto las cuentas de pasta vitrea; tampoco está claro si el uso del carro de guerra como nueva técnica de combate, que encontramos representado por primera vez alrededor de 1570 a. de C. en las estelas colocadas sobre las tumbas de fosa, se haya introducido en el ambiente micénico a través de Creta o de Egipto.

Mientras que los jefes de tribu en la edad protomicénica no estaban todavía en posesión de un efectivo poder político sobre quiénes producían los bienes, para el período micénico medio (siglos XV-XIV a. de C.) se puede hablar, en función de los testimonios de la cultura material, de la formación de clases sociales y del nacimiento de un poder estatal. Efectivamente, una posterior especialización en el campo de las actividades artesanales, refinadas por el contacto con los modelos cretenses, conduce, aunque de manera todavía limitada, a un desarrollo de la actividad de intercambio de productos: las manufacturas micénicas se comienzan a afirmar en los almacenes cretenses de Melos, Rodas y Mileto. A finales del siglo XV el fuerte proceso de estabilización comprobable en la artesanía del bronce in-

---

[2] Véase lo dicho en las notas 1 y 3 a la colaboración de G. Childe y, más en general, las obras citadas aquí en la nota con asterisco.

[3] En particular, sobre este tema, cfr. G. Mylonas, *Mycenae...*, op. cit., pág. 192 y ss. (N. del E.).

dica que la ruta comercial marítima del metal desde oriente hasta occidente, desde Chipre a lo largo de las costas de Asia Menor, estaba bajo control micénico; por el otro lado, la ruta terrestre cruzaba los Dardanelos para llegar a la ciudad de Troya, cuya competencia, con el curso del tiempo, terminaría por incomodar a Micenas.

Bajo el impulso del aumento de la división del trabajo y al pasar del simple intercambio de productos a un comercio orientado hacia lejanas regiones, se disgregó definitivamente en el continente griego la organización social fundada sobre la base familiar. El nacimiento de instituciones de tipo estatal y de una economía de palacio se verifica del mismo modo que en la isla de Creta, aunque no se pueda definir con seguridad hasta qué punto las formas organizativas cretenses del siglo XV fueran adoptadas por los habitantes de Micenas. Acciones bélicas y razzias, dirigidas por los príncipes micénicos, empezaron a llevarse a cabo no sólo contra Creta, sino también contra las ciudadelas del territorio griego: un testimonio lo constituye la destrucción de la ciudadela de Tebas, el mítico palacio real de Cadmo, que tuvo lugar en el siglo XV. Efectivamente, al convertirse la ciudadela de Micenas, desde los principios del 1400 a. de C., aproximadamente, en el centro económico y cultural de la civilización micénica, resulta bastante verosímil que al menos la destrucción del Cadmeion se pueda relacionar con las luchas por el poder entre los príncipes de las diversas dinastías [4].

Las reestructuraciones urbanísticas que se realizaron en la época micénica tardía, aproximadamente a partir del 1400 a. de C., han removido y destruido los estratos arqueológicos más antiguos de las ciudadelas, hasta el punto de que poco o nada se ha conservado de los establecimientos de la época micénica media [5]. Por otra parte, no poseemos para esta época ningún tipo de material epigráfico, por lo que solamente es posible establecer una situación aproximada de la división del trabajo a partir de los testimonios que nos proporcionan los hallazgos de productos artesanales; mientras que la aparición de

[4] El problema de la destrucción definitiva de Tebas está todavía sub iudice. En líneas generales, se reconocen dos fases de vida del palacio: la primera, hasta el siglo XIV, y la segunda, durante el siglo XIII. Las causas de dichas destrucciones no se han establecido plenamente todavía, aunque sí existe una tendencia a creer que, por lo menos para la segunda destrucción, se deben relacionar con un terremoto. La datación de las tablillas que allí se encontraron (en el 1964-65 y en el 1970) es bastante discutible; últimamente, J. Chadwick y Th. G. Spyropoulos mostraron la tendencia a datarlas todas a finales de la segunda fase. Es preciso añadir, además, que, como ya se ha señalado, no se está hoy todavía en la situación de definir con seguridad la relación en que se encontraban entre sí las principales ciudadelas. Por lo tanto, hay que conceder un valor puramente hipotético a toda reconstrucción en este sentido. En cuanto a los descubrimientos tebanos, consúltense los siguientes escritos: S. Symeonoglou, *Kadmeia I*, Göteborg, 1973; Th. G. Spyropoulos-J. Chadwick, *The Thebes Tablets II*, en *Minos*, supl. núm. 4, Salamanca, 1975 (N. del E.).

[5] Téngase presente que las excavaciones en centros como Pilos, Tirinto, etc., continúan todavía hoy y que pretenden esencialmente individualizar las fases más antiguas de estas ciudadelas. Un cuadro general de las diversas fases de su vida se deduce del cuidado trabajo de S. Iakovidis, History of the Hellenic World, op. cit. (N. del E.).

tumbas de cúpula, alrededor del 1500 aproximadamente, nos induce a mantener la hipótesis de la formación de un poder estatal [6]. Efectivamente, dichas tumbas de cúpula debieron servir para los enterramientos de los jefes de linaje, tanto masculinos como femeninos, según se puede deducir del tipo de ornamentos funerarios que conservan. En Micenas, al igual que en Creta, aparecen personajes femeninos relacionados con el cumplimiento de prácticas cultuales. Hasta ahora solamente se pueden establecer hipótesis respecto a la importancia efectiva de las personalidades de rango femenino en el ámbito de las ciudades, lo mismo que respecto al papel de la mujer dentro de la sociedad micénica. Un hecho destaca de todos modos: las tumbas de cúpula, cuyos orígenes se pueden remontar al mundo cretense, no se encuentran nunca dentro del área de la ciudadela, contrariamente a las más antiguas tumbas de fosa, sino en las inmediaciones. Se construyeron en parte al mismo tiempo que se realizaron las obras de reestructuración y ampliación de los recintos de las ciudadelas; sus dimensiones son tales que permiten relacionarlas verosímilmente con la época en que la figura del jefe de la tribu ya se había afirmado. Además, desde el momento en que aproximadamente en el mismo período se puede señalar el desarrollo de las tumbas de cámara, situadas también en las proximidades de la ciudadela y reagrupadas formando necrópolis, aparece como igualmente verosímil el creer que estas estuvieran relacionadas con una nobleza de linaje que tendía a estructurarse como nobleza cortesana semejante al modelo cretense.

Aunque el poder estatal, representado en la época micénica media por la figura del jefe de linaje o déspota, había sometido a los campesinos, les había convertido también en arrendatarios de la tierra que trabajaban, puesto que dentro del estado micénico permaneció siempre intacta la actividad agrícola, dirigida por cada familia y fundada en la parcelación del terreno; por otra parte, es muy probable que dentro de la economía centralizada de palacio existieran centros rurales relativamente independientes.

Los resultados de la investigación arqueológica, afirmados a fines del siglo XIX con las excavaciones de Schliemann en Micenas y desarrollados a continuación con el descubrimiento de los sistemas de escritura lineal realizados por Evans, nos inducen a afirmar que en el II milenio, tanto en Creta como en el continente griego, se llegaron a formar estados. Estos testimonios tan recientes naturalmente que no pudieron ser utilizados por Engels cuando, contando con la única base de la tradición literaria y, más en particular, de los poemas homéricos, llegó a la conclusión de que los griegos de la época heroica pertenecieron al último período de la barbarie y de que, en el tránsito a la civilización, dieron vida mediante la función cumplida por «jefe militar, consejo, asamblea popular» a los «organismos de la sociedad

[6] En cuanto a la primera aparición de las tumbas en *tholos* en Grecia, véase lo dicho en la nota 6 a la colaboración de Childe (N. del E.).

gentilicia que se desarrolla progresivamente en una democracia militar». Esta fase, en la cual «la guerra y la organización para la guerra se convirtieron en funciones regulares» y, es más, en la que «el régimen de guerras aumenta el poder de los jefes superiores y de los subjefes», corresponde, en nuestra opinión, precisamente a la época protomicénica, o sea, a la época de las tumbas de fosa [7]. Precisamente «la guerra como rama de producción permamente» llevó a las expediciones y a las razzias contra la isla de Creta y, probablemente, también a la destrucción de la ciudadela de Tebas. Contemporáneamente, la cada vez mayor división del trabajo, conectada con el desarrollo de un artesanado especializado, y la relevante posición asumida por la familia del príncipe, indican la definitiva disolución de la organización gentilicia fundada en el linaje; este hecho condujo, aproximadamente alrededor del año 1400 a. de C., a la afirmación de un poder de tipo estatal.

Las ciudadelas micénicas tardías

Alrededor del año 1400 a. de C., tras la definitiva decadencia de Creta como centro de poder, tanto político como económico, el continente griego se convirtió en el punto de referencia para el mundo egeo. En el período comprendido desde el 1400 al 1200 se asiste al máximo desarrollo de los estados micénicos, que serán víctimas a continuación de las destrucciones causadas por fenómenos de grandes desplazamientos de grupos humanos.

Para esta época contamos con una vastísima documentación de carácter epigráfico, además de los testimonios materiales provenientes de los emplazamientos de las ciudadelas, de los centros rurales menores y de los almacenes situados en las rutas comerciales. Las inscripciones se encuentran en tablillas de arcilla provenientes de Pilos, Micenas, Tebas y también de Knossos [8]. Estas tablillas nos permiten formular algunas consideraciones relativas a la base socieconómica que caracteriza la estructura del estado micénico, aunque los archivos de palacio se refieran únicamente a los relativos estratos de destrucción, y a pesar de que la escritura Lineal B no ofrezca, por ahora, segura lectura ni que su caracterización lingüística pueda decirse que esté completamente clara, pese al ingente número de ideogramas interpretables que contienen [9].

A la vista de los testimonios que poseemos, podemos trazar hoy un cuadro, incluso para el continente griego, que nos permite hablar, de un tipo de sociedad comparable a la antigua asiática.

---

[7] Cfr. F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado,* (trad. esp.) Ed. Fundamentos. Madrid 1970, pág. 125 ss.

[8] Se debe incluir ahora también a Tirinto (cfr. bibliografía recogida en el apartado I de la parte documental al final del trabajo (N. del E.).

[9] Cfr. colaboraciones de Ventris-Chadwick en la segunda parte (N. del E.).

La economía de palacio micénica no se basa solamente en los productores que trabajan en sus dependencias; por otra parte, se caracteriza por un desarrollo diferente al que encontramos en Creta y corresponde a la estructura social de base gentilicia propia de las estirpes aqueas que penetraron en Grecia alrededor del III milenio. En efecto, sobre todo, en el terreno de la producción agrícola, que representa la base de la producción, continuaban existiendo comunidades rurales, cuyas prestaciones respecto a palacio presentaban más el aspecto de un cambio interno de productos, dirigido y organizado por palacio, que el de una verdadera y típica forma de impuesto [10]. Esta característica, comprobable en las relaciones de propiedad de la sociedad micénica, se puede destacar especialmente gracias al testimonio de un grupo específico de tablillas provenientes del palacio de Pilos (...).

Las tablillas de la serie E de Pilos [11] se refieren de todos modos, con cierta seguridad, a la posesión de la tierra, como indica claramente el ideograma principal que las caracteriza. Este ideograma, que representa la mayor unidad de cantidad o de peso de grano, seguido de otras medidas más pequeñas, nos indica la correspondiente unidad de semillas para un lote de terreno determinadas dimensiones. A su vez, tal lote de terreno aparece sujeto a diversas relaciones de propiedad, como parecen indicar los siguientes signos que continuamente se repiten en los textos:

kekemena kotona GRA 1 T3

en oposición a

kitimena kotona GRA 3 T1

La primera anotación nos indica, según lo afirmado por Ventris, la tierra ke-ke-me-na, es decir, la tierra común perteneciente a la aldea, mientras que la segunda se refiere a la tierra ki-ti-me-na, de propiedad privada. Esta última se encontraba, pues, en las manos de los

[10] Este concepto, aquí apenas señalado, lo vuelve a emplear G. Bockisch en su ensayo más reciente, *Die Rolle der Volksmassen bei der Entstehung der frühen Polis* (El papel de las masas populares dentro del proceso de formación de la polis), Berlín, 1975, y destacado como uno de los factores que caracterizan el tipo de «modo de producción oriental antiguo» que caracteriza la sociedad micénica. Aunque, aquí, como en el ensayo más reciente, no se dan las coordenadas según las cuales el investigador formula esta hipótesis (cfr. tercera parte, introducción al ensayo de C. Parain). Téngase también en cuenta que el término aquí expresado con la palabra «envío» (Abgabeleistung) aparece muy equívoco, sin que se comprenda bien si los autores se refieren a la esfera de la «tasación» o a la del «tributo», elección esta última que supondría implicaciones de interpretación de gran alcance (N. del E.).

[11] Cfr. las colaboraciones de M. Lejeune y de Ventris-Chadwick presentadas en la segunda parte, junto con el esquema de los registros de asignaciones de tierras (N. del E.).

propietarios que la concedían a su vez a los arrendatarios sometidos a tributo. Así, la tierra llamada ki-ti-me-na tendría su origen en las nuevas tierras de cultivo englobadas bajo la directa vigilancia del palacio. Tal estructuración en clases sociales, que estaba basada en Micenas en las diferentes categorías de propietarios superintendentes, arrendatarios y propietarios de tierras comunales, se corresponde con un cierto tipo de organización política.

El estado micénico era una monarquía de tipo despótico oriental[12], representada por el *wanax,* es decir, el señor que residía en palacio. Tanto el *wanax* como el *lawagetas* disponían de un *temenos,* eran, por tanto, propietarios de un lote de terreno de cuyos productos se beneficiaban. Relaciones de propiedad semejantes encontramos en la Ilíada, donde se habla del *temenos,* perteneciente a diversos héroes, así como en la Odisea, en el episodio de Nausica[13].

Desde el momento en que el título de *wanax* se atribuía también a los dioses y, en la época siguiente, el *temenos* cobró el significado de lote de terreno dedicado a los dioses, podemos considerar que el monarca micénico desempeñara también funciones sacerdotales[14]. En cualquier caso es necesario ver en el personaje del *wanax* al jefe y señor supremo del palacio, de la ciudadela, por tanto, y de todos los que en ella realizaban una actividad productiva.

La función del *lawagetas*[15] permanece todavía poco clara: podría tratarse del representante del rey-sacerdote y, al mismo tiempo, del *laos* (es decir, de la aristocracia); de todos modos, para está época, no se puede hablar todavía con seguridad de una forma de división de los poderes.

Con el nombre de *telestai,* que también aparece en los archivos, se podría entender a los propietarios de la tierra llamada *ki-ti-me-na,* que debían representar la nobleza cortesana dentro de las ciudadelas mientras que, entre las diversas titulaciones que conservamos, *ko-re-te* y *basileus* debían representar una especie de cargo con mando local, ligado, por tanto, a los centros rurales. El *ko-re-te,* en efecto, parece que fue el representante de los *telestai,* responsable de los beneficios que se derivaban del tipo de tierra llamado *ki-ti-me-na,* mientras que el *basileus* era seguramente el anciano de la tribu o de la aldea, ligado a la tierra llamada ke-ke-me-na. En el ámbito de las al-

---

12 Tal juicio sobre el «despotismo oriental» lo atenúa Bockisch en su ensayo más reciente, citado en la nota 10. Sobre la aplicación del término «despotismo» al mundo micénico y sobre su valor en cuanto a caracterizar el modo «asiático», consúltese la introducción al ensayo de C. Parain en la tercera parte (N. del E.).

13 En Odisea 6, 219 y ss., se habla del *temenos* de Alcinoo, localizado cerca del santuario de Atenas; cfr. también Odisea, 11, 185, donde se habla de los *temene* de Odiseo (N. del E.).

14 Cfr. lo expuesto en colaboración de Ventris-Chadwick sobre la organización social, segunda parte, en especial la nota 2 (N. del E.).

15 Al respecto y también para todas las categorías de funcionarios mencionadas a continuación, consultar la segunda parte, principalmente, en cuanto se refiere al *damo,* a la colaboración de M. Lejeune (N. del E.).

deas también está documentada la superviviencia de un consejo de ancianos, hecho que indicaría un fenómeno de permanencia de una situación de democracia militar dentro de la organización del *damos* (es decir, de las masas populares), que no estaría completamente integrado en la economía del palacio. La existencia del papel de productor agrícola, que se mantiene como campesino libre dentro de su aldea, representa el elemento determinante de los que será después, tras el final del mundo micénico, el desarrollo económico y social de la historia griega.

El excedente derivado de la producción agrícola, absorbido en parte bajo forma de impuesto (= Abgaben) y en parte bajo forma de cambio interno organizado por las ciudadelas, servía para el mantenimiento de la corte del monarca: bien para el aprovisionamiento de la nobleza cortesana, de la servidumbre y de los artesanos residentes en las ciudadelas; bien para la economía de acumulación, o bien, finalmente, para el comercio con los países extranjeros (...)

La variedad de los ideogramas, evidente en las tablillas, proporciona la posibilidad de precisar una división del trabajo diferenciada según las diversas funciones. Los artesanos recibían lo necesario para su manutención sólo en parte directamente del palacio: en realidad poseían con mucha probabilidad lotes de terreno cuyos beneficios disfrutaban, aunque no esté claro quiénes se dedicaban a cumplir con tales trabajos [16]. Además, los palacios micénicos también poseían esclavos, aunque no se puede afirmar rotundamente que la esclavitud jugará un papel primario en el proceso productivo. A este propósito se puede recordar que en el archivo de Pilos están catalogadas numerosas mujeres que realizan diferentes servicios, como hilar la lana, moler el grano y transportar el agua; según la interpretación suministrada por Ventris, los países de origen de dichas mujeres correspondían a regiones en la que es reseñable la presencia del comercio micénico, aunque también parece posible que fueran raptadas o esclavizadas, incluso compradas como mercancías [17].

Las ciudadelas micénicas exportaban productos agrícolas y manufacturas de su artesanía; dichas mercancías, sin embargo, no fueron suficientes como contrabalanza para los productos de importación que debían de consistir no solamente en materias primas para el trabajo de los metales, sino también en géneros de lujo como el marfil, las especies y el ámbar. Por tanto, se puede considerar como

[16] Para el problema de la plena dedicación de los artesanos y de su posesión de tierras, cfr. Ventris-Chadwick, *Docs*[2], págs. 508-509. El tema también lo trata Lejeune en *Les forgerons de Pylos*, en *Memoires de philologie mycénienne*, 2me Série, Roma, 1971, pág. 169 y ss.; cfr. también lo ya señalado en la nota 9 a la colaboración de G. Childe en la primera parte (N. del E.).

[17] En relación con el uso de la definición de «modo de producción esclavista» véase, además, de la bibliografía indicada en la introducción al primer ensayo de la tercera parte, el trabajo de W. Berlinger, *Zu den Begriffen, für «Sklaven» und «Unfreie» bei Homer*, en *Historia*, 10, 1961, pág. 259 y ss. Para el problema del origen y del status de las mujeres aquí recordadas, véase el ensayo de Ventris-Chadwick sobre la organización social, incluido en la segunda parte (N. del E.).

probable que las ciudadelas disponían de otras fuentes de riqueza que nosotros no podemos precisar con certeza, tales como operaciones comerciales particularmente convenientes cuya función declarada era la de trait-d'union entre diversas regiones, papel que ya había desempeñado precedentemente la isla de Creta, pero, sobre todo, las acciones de piratería y de razzia. Las naves micénicas se dirigieron hacia el Occidente y alcanzaron regiones más alejadas de las que sabemos visitadas por los cretenses: se puede comprobar la importación de productos micénicos en Sicilia, en la Italia meridional, hasta en las islas Eólicas y en Isquia. Esta línea de penetración testimonia la ingerencia de los micénicos, como comerciantes con función de intermediarios, en la ruta del comercio del estaño, que se desarrolla durante esta época en las regiones occidentales y tiene como cabeza las zonas mineras de España y de las islas británicas.

En el ámbito de las islas del Egeo se ha comprobado la presencia micénica en Melos, Delos, Paros, Naxos, Thera, Rodas, Cos, Samos y Chipre; sobre la costa del Asia Menor, en Mileto, Colofón y, en menor medida, en Efeso y Focea.

Esta expansión de la actividad comercial micénica, que se desarrolló hasta Egipto, Siria (Ugarit) y, en Asia Menor, desde Mileto a Troade y en Cilicia, representa el fondo histórico sobre el que situar la guerra de Troya. De cualquier modo la Ilíada de Homero no se puede entender como una verdadera crónica relativa a tales hechos [18]; parece más verosímil considerarla como la tentativa por parte de los micénicos de apoderarse de la llanura del Escamandro y, por tanto, del puerto de enlace con el final de la ruta del cobre, puerto representado por la ciudad de Troya. También puede ser posible que los micénicos se establecieran en colonias precisamente en las zonas donde ya ocupaban los centros comerciales estratégicos y, como consecuencia, provocaran encuentros bélicos con la población local de Asia Menor.

Las causas de semejante expansión económica y bélica encuentran su motivación en el desarrollo coetáneo destacable del continente griego. La cultura micénica tenía su centro en la Argólida y se desarrollaba en las regiones limítrofes, desde Corinto a Acaya, Elide, Arcadia, Mesenia y Laconia hasta el Atica, Beocia, Eúbea, Fócida, Etolia, Acarnania y Tesalia. De las 390 instalaciones en el continente griego, cuya pertenencia a la cultura micénica se da como segura, las de Arcadia, Acaya y Elide se remontan al período de las tumbas de fosa, o sea, a la época en que se verificó en Grecia la formación del estado. Todas las regiones parece que estuvieron bajo el control de las diversas ciudadelas en las que se concentraba el poder territorial. Las ciudadelas y palacios más importantes, cuya tradición histórica

---

[18] En cuanto respecta a la penetración micénica en Oriente y Occidente, véase lo indicado en las notas críticas a las colaboraciones de G. Childe y C. Starr. Sobre el problema de la guerra de Troya, además de las notas críticas a la colaboración de K. Wundsam (2.ª parte), véase lo expresado por el mismo Geissen en el artículo *Troja, Streit ohne Ende,* en *Klio,* 57, 1, 1975, pág. 261 y ss. (N. del E.).

está reflejada en los ciclos legendarios, eran Micenas, Tirinto y Midea en la Argólida, Vafio en Laconia, Pilos en Mesenia, Yolcos en Tesalia, Orcomenos y Gla en el lago Copais y el Cadmeion de Tebas en Beocia; finalmente, el más antiguo establecimiento fortificado se alzaba sobre la acrópolis de Atenas en el Atica. Las ciudadelas fortificadas solamente son comprensibles si se admite la existencia de hostilidades entre cada centro de poder territorial.

Dado que en el continente griego faltan los presupuestos para un trabajo de tipo comunitario bajo la dirección de una autoridad estatal centralizada, exceptuando las obras como las de drenaje del lago Copais o las de regadío del valle del Eurotas, no se llegó a la creación de grandes estados territoriales, como por el contrario se formaron en Oriente, sino simplemente al desarrollo de menores unidades territoriales estatales, caracterizadas precisamente por la presencia de sendas ciudadelas [19]. Resulta ciertamente posible el admitir la realización de una empresa conjunta por parte de todos los señores locales, similar a la recordada en la Ilíada, tanto en el caso de una guerra de conquista como en el de una acción de razzia en tierras lejanas.

La instalación de los palacios micénicos se conserva sobre todo en Micenas y en la vecina Tirinto. Por lo que respecta a sus estructuras, hoy todavía visibles, ambos datan alrededor del 1350 a. de C., del período de mayor florecimiento del estado micénico. Alrededor del año 1250 toda la extensión de las estructuras defensivas se reforzó y, en parte, se renovó. Las imponentes murallas de Micenas, provistas de pasajes y de casamatas, rodean una zona de 300 metros por 200, aproximadamente, incluyendo las estructuras del palacio y el círculo de las tumbas de fosa: la entrada a la ciudadela la constituye la famosa Puerta de los Leones que, por las características de su construcción, es contemporánea a la tumba de cúpula llamada del rey Atreo. En el centro del palacio está colocado el megarón, formado por tres partes: un atrio provisto de dos columnas, un recinto interior y la sala principal en la que se encontraba el hogar sagrado.

Tirinto se estructura de manera semejante. Mientras en Micenas los barrios habitados por la servidumbre y por los artesanos estaban colocados fuera del recinto amurallado, Tirinto está formada por una fortaleza superior, otra inferior y una tercera para ser usada como refugio, que ofrecía la posibilidad de defensa en caso de ataque enemigo. Los edificios de la ciudadela aparecen ricamente decorados con estucados en las fachadas de los palacios y sobre los pavimentos, así como con frescos en las paredes, cuyos motivos reproducen modelos minoicos (...).

Aunque en las ciudades micénicas la organización de la actividad

---

[19] Esta característica del mundo micénico vuelve a examinarla G. Bockisch, con mayor profundidad, sobre todo en lo que respecta a la definición «asiática» de la sociedad micénica, en el trabajo citado en la nota 10. Para los trabajos de drenaje del lago Copais, cfr. S. Iakovidis, *History of the Hellenic World,* vol. I, op. cit., con especial referencia a la hoja explicativa que contiene (N. del E.).

comercial y la de producción de bienes parece que estuvieron en manos de la aristocracia cortesana, pese a las posibles consecuencias de enriquecimiento y de formación de propiedad privada, esto no llevó a la destrucción de la economía centralizada del palacio, dado que debieron existir posibilidades de empresas coloniales en regiones fuera de la esfera de influencia político-económica de los respectivos señores del palacio [20]. Las contradicciones fundamentales dentro de la sociedad micénica se comprueban, sin embargo, en la coexistencia junto a la organización estatal de tipo antiguo oriental, de los centros rurales no integrados en la economía de palacio y regulados por el anciano de la aldea (el *basileus)* y por el consejo de ancianos. La participación de los *basileis* en las acciones de expansión emprendidas por las ciudadelas contribuyó indudablemente al enriquecimiento de dichas personalidades locales y, en consecuencia, a un fenómeno de descentralización conectado al desarrollo de los centros de poder menores, hecho que, aunque bajo otra forma, encuentra sus raíces en Creta.

Por otra parte, la llamada a las armas de todos los hombres útiles del territorio y una acción conjunta de varias ciudadelas, debieron de significar una necesidad urgente para la defensa contra la persecución de las estirpes implicadas en el gran movimiento invasor de principios del 1250 [21].

Durante la fase final del estado micénico se puede destacar, en el campo de la técnica bélica, una importante innovación, que llegará a ser determinante en el siguiente desarrollo de la historia griega: un cambio del papel jugado por el combatiente sobre carro, a favor de las tropas de infantería. El llamado «Vaso de los guerreros» y una estela funeraria descubierta en la acrópolis de Micenas representa filas de soldados en marcha, armados con lanza, espada y escudo. Las tropas de infantería existirían ciertamente en la época precedente, aunque no serían determinantes en la batalla, donde el papel decisivo lo desempeñaría cada guerrero de ascendencia noble. A tal efecto, resulta particularmente sobresaliente el hecho de que, en un territorio tan caracterizado geográficamente como el griego, era imposible organizar cualquier forma de defensa basada en una técnica militar, como la más antigua, fundada en el carro de guerra y en la función de

---

[20] Este punto no lo aclaran suficientemente los autores, como tampoco aparece claro en Childe ni en Starr. El problema de la relación o identificación entre las tres categorías posibles en la organización del palacio entendida en sentido estricto, o sea, bajo el mando directo del príncipe, los ejecutores materiales del comercio ultramarino y los eventuales emprendedores responsables, continúa siendo hoy tema de suposiciones (N. del E.).

[21] El *deus ex machina* de las invasiones dorias es un tema bastante peligroso en la literatura sobre Micenas, que induce a descuidar un análisis de las posibles contradicciones internas en la sociedad micénica. Tampoco en este caso los autores han escapado de caer en la tentación, aunque en parte hayan tocado algunos puntos focales del efectivo proceso de corrupción de la estructura estatal micénica (véase a continuación en la introducción al ensayo de C. Parain, parte tercera) (N. del E.).

cada guerrero. No es posible decir en qué medida tal consolidación de las tropas de infantería se pueda señalar como síntoma del mayor relieve alcanzado por los productores rurales y, por consiguiente, de una crisis de la economía de palacio micénica. En efecto, precisamente en este período asistimos a la destrucción de las distintas ciudadelas (...).

Con la destrucción de las ciudadelas también desapareció en las zonas habitadas de Grecia la forma estatal del despotismo oriental antiguo.

Así, justo en la edad de las grandes invasiones, se establecieron las premisas a partir de las que se desarrollaron las relaciones de producción que caracterizaron la forma antigua y la polis, en las cuales, como ya se ha demostrado, confluyeron determinados elementos que se formaron en la época de los estados micénicos.

SEGUNDA PARTE

LOS DOCUMENTOS ESCRITOS

La selección de los escritos que se han incluido en esta parte es indudablemente una selección de tipo «clásico», que quizá no refleja completamente un tipo de análisis paralelo al de los textos, cada vez más especializado; es decir, el estudio estructural interno de los documentos y de su recíproca organización basada en la correlación entre el aspecto funcional de las zonas de hallazgos y a la individualización de las características que se repiten en los escribas. Sin embargo, se ha pensado que podría resultar interesante hacer referencia, precisamente, a algunos trabajos que, por esclarecer solamente un aspecto del análisis de los textos, el de la interpretación de su valor y significado histórico-social, siempre representan una base en este campo de la investigación. Tampoco hay que olvidar que, debido al carácter específico de todas las contribuciones dedicadas a la exégesis y a la clasificación de las tablillas en Lineal B, estos estudios son únicamente comprensibles para los especialistas (hecho que está íntimamente ligado al grado de desarrollo alcanzado por este tipo de estudios, todavía jóvenes, como a las dificultades objetivas que presentan los textos en cuestión).

Resulta evidente e innegable que la selección, la ordenación en «corpora», la caracterización de los diversos tipos de «ductus», es decir, la individualización de los diferentes escribas, relativos a los textos objeto de la interpretación en clave socio-histórica, significan momentos preliminares de fundamental importancia. Precisamente este tipo de estudio «archivero» de los documentos en cuestión es el que nos permite establecer su correlación según agrupaciones significativas, que puedan reflejar las necesidades y las funciones en base a las que verosímilmente fueron redactados. La tablilla inscrita considerada en sí misma, como elemento aislado, no nos proporciona más que un dato para nuestro conocimiento, limitado en exceso y frecuentemente falseado. Por ejemplo, la presencia en los archivos de la ciudadela del registro de un cierto número de lotes de terreno, asigna-

dos a cualquier categoría de personas por parte de las diferentes entidades (el palacio directamente o las autoridades locales de un centro rural), significa en términos reales un variado número de tablillas escritas, clasificadas según los diversos momentos y los diversos niveles de la operación de registro: en función a los nombres de cada asignatario, a los diferentes estatutos a que podían estar sujetas las tierras en cuestión, a posibles consuntivos o elencos generales según los diversos criterios funcionales, etc. Si estas necesidades, breve e imprecisamente señaladas, se proyectan sobre toda la esfera de los intereses que el palacio podía tener en relación con las diversas producciones sometidas bajo su control (sobre este problema, véase cuanto se indica en la tercera parte, en la introducción a la colaboración de K. Polanyi y J. P. Oliver), se comprende lo significativo que es el análisis y la caracterización en términos «archiveros» de los documentos escritos que han llegado hasta nosotros, precisamente para la reconstrucción y comprensión de todos esos mecanismos. Dichos documentos nos permiten adentrarnos en la «organización del poder», reconstruir el funcionamiento de los «oficios» pertenecientes a los registros y del personal que los regentaba.

En el preciso momento en que se intenta recoger en corpus los documentos escritos provenientes de un palacio, todos estos aspectos juegan un papel fundamental en relación a los criterios elegidos para su clasificación.

Lo delicado de este aspecto de la investigación y las dificultades que conlleva se pueden comprender si se lee, por ejemplo, la exposición de J. Chadwick durante las sesiones del 5.° Coloquio internacional de estudios micénicos (Salamanca, 1970), *The Classification on the Knossos Tablets* (pág. 20 sgs. de las Actas) y la discusión mantenida a continuación por los principales especialistas en la materia.

Estas breves advertencias no agotan, naturalmente, el problema (cuya bibliografía esencial se recoge en la parte documental al final de este libro); pero, al menos, sirven para acentuar este aspecto esencial de los estudios micenológicos que en la presente obra, por las razones de economía del trabajo expuestas en la introducción, no encuentra el puesto preeminente que ocupa en la praxis de la investigación. Por otra parte, también se pretende reivindicar su valor desde el punto de vista histórico, puesto que los mecanismos reguladores y registradores de los que se puede servir el elemento hegemónico dentro de una formación cultural, inciden de manera a menudo determinante sobre la organización y el desarrollo de las fuerzas productivas subalternas.

Los trabajos cuya traducción ofrecemos se han ordenado cronológicamente. Se ha partido del famoso libro *Documents in Mycenaean Greek* (abreviado: *Docs.),* escrito por el descifrador de la Lineal B, Michael Ventris y por el filólogo John Chadwick, quien pronto se unió al primero en el trabajo de poner en orden y desarrollar los resultados obtenidos. La publicación de la primera edición de *Documents,* en 1956, supuso la primera tentativa de ofrecer un cuadro

completo del mundo revelado al descifrar las tablillas; en efecto, no es erróneo afirmar que la mayor parte de las aportaciones publicadas a continuación, a cargo de otros investigadores, parte de la riquísima serie de elementos que la de Ventris y Chadwick puso a su disposición. Después de una reimpresión corregida y aumentada, en el año 1959, los *Documents* se han vuelto a publicar, completamente actualizados, en 1973, en un volumen de casi el doble de páginas que la primera edición. El ingente trabajo de actualización, llevado a cabo por J. Chadwick, permite que los investigadores encuentren en esta obra un método de investigación de excepcional importancia, aunque en la actualidad, debido al desarrollo de los estudios «micenológicos» de los últimos años, el panorama de la investigación en este campo se presente mucho más complejo y articulado.

Los dos pasajes que se reproducen, *Organización social* y *Posesión y uso de la tierra,* muestran características bastante diferentes en su planteamiento. El primero, en efecto, es uno de los apartados, el cuarto, de un capítulo introductor (cap. V: *Evidence of the Tablets)* que se incluye en la primera parte del libro, con el título de: *Escritura, lengua y cultura.* Se trata de una discusión fundada en los testimonios ofrecidos por las tablillas, pero de carácter muy general y, en cierto sentido, de resumen. Los problemas referentes a las personalidades del entramado social micénico (siempre dentro de los límites que podemos conocer por los documentos escritos) no se han analizado específicamente sino sólo aludidos o descritos teniendo en cuenta las formulaciones realizadas por otros investigadores. Así pues, la lectura resulta relativamente fácil y no presupone un conocimiento directo de la documentación escrita.

El segundo pasaje, por el contrario, no es más que la introducción a uno de los capítulos, el VIII, en el que se recopilan por temas los textos de las tablillas que forman la segunda parte del libro, bajo el título de *Tablillas escogidas.* Por tanto, la lectura resulta bastante más problemática para quien desconozca la materia o para quien no tenga a su alcance los textos en cuestión.

El criterio seguido para la selección de estos dos fragmentos entre otros muchos, que hubieran ofrecido igualmente un extraordinario interés, es innegablemente discutible. Se basa en las siguinetes consideraciones: si es cierto que, como se ha recalcado en el interesante ensayo de S. Hiller y O. Panagl recientemente publicado en Alemania (citado en la nota 9 de la colaboración de G. Childe), el mundo descubierto por las tablillas se refiere, fundamentalmente, a la organización de las relaciones entre el palacio y las tierras bajo su jurisdicción, o a las formas en base a las que la leadership que vivía en la ciudadela se aseguraba la explotación de las gentes, tanto habitantes en el campo bajo su jurisdicción como en el interior del palacio a su directo servicio, para disponer de una determinada cantidad de productos de primera necesidad para su mantenimiento o un cierto potecial de fuerza-trabajo artesanal, entonces resulta de primordial importancia intentar comprender ante todo qué aparato administrativo

y qué tipo de gestión de las tierras se desprende de tales documentos. Por otra parte, no se puede considerar como fortuito que todos los otros argumentos específicos, tratados claramente en las tablillas o que se puedan deducir de su lectura, aparezcan estrechamente ligados o estén en función de estos dos temas fundamentales para nuestra investigación.

Hay que señalar una diferencia que se refiere al diferente carácter de los dos textos escogidos: mientras que para la organización social no se trata de testimonios directos, sino de deducciones extraídas de las tablillas referentes a los asuntos más diversos (listas de ofertas, anotaciones de contribuciones a entregar o ya entregadas al palacio, distribución por parte del palacio a los centros periféricos de materias primas, tales como metales para trabajar en el caso de preparativos bélicos, etc.), en el caso del uso y pertenencia de la tierra nos encontramos ante testimonios directos que nos proporcionan elementos que permiten deducir cómo funcionaba la producción agrícola, aunque con frecuencia no lo expliquen expresa y claramente.

En este sentido, no conviene olvidar que existe una serie importante de estudios, realizados durante estos últimos años, sobre todo por L. Godart, J. T. Killen y J. P. Oliver, dedicados a un aspecto que, con toda probabilidad, es igualmente esencial para la vida económica de los palacios micénicos: el de la cria de ganado ovino, directamente relacionada con la producción lanera y con el desarrollo de la industria textil (L. Godart, *The grouping of the placenames in the Cn Tablets,* en *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the Univ. of London,* 17, 1970, págs. 159 sgs.; id. *Valeur des Ideogrammes* $OVIS^{m}$, $OVIS^{f}$, CAP^{m}, CAP^{f}, SUS^{m}, BOS^{m}, BOS^{f} *dans les tablettes de Cnossos et de Pylos,* en *Kretika Chronika,* 23, 1971, págs. 89 sgs.; íd. *Les tablettes de la serie Co de Cnossos,* en *Acta Mycenaea,* vol. II, Salamanca, 1972, págs. 418 sgs.; J. T. Killen, *The Wool Industry of Crete in the Late Bronze Age,* en *Annual of the British School at Athens 59,* 1964, pág. 1 sgs.; íd. *The Knossos Lc Cloth Tablets,* in *Bulletin of the Institute of Classical Studies,* op. cit., 13, 1966, págs. 105 sgs.; J. P. Olivier, *La serie Dn de Cnossos,* en *Studi micenei e egeo-anatolici 2,* 1967, págs. 71 y sgs.; íd., *La serie Dn de Cnossos reconsiderée,* en Minos 13, 1972, págs. 22 sgs.; de reciente publicación sobre la totalidad del tema, acompañado de exhaustiva bibliografía: S. Hiller O. Panagl, *Die frühgriechischen Texte aus mykenischer Zeit,* Darmstadt, 1975, capítulos XII, XIII y XVIII). Debido a la complejidad del tema y a las investigaciones actualmente en curso, teniendo asimismo presente la falta de un trabajo general al respecto (al que se dedica L. Godart) se ha preferido no afrontar dicho tema en este lugar. Sin embargo, se debe de tener en cuenta la importancia, que se desprende de la lectura de los estudios más arriba reseñados, que este sector productivo debió desempeñar en el conjunto de las interrelaciones entre el palacio y la fuerza-trabajo que le estaba sometida.

De particular interés para el tema (especialmente respecto a una

valoración de los distintos grados de intervención-dirección por parte del palacio en los procesos de producción que se desarrollaron en las zonas que mantenía controladas) son las recientes observaciones de L. Godart y J. P. Oliver en *Tiryns VIII* (1975) *Nouveaux Textes en linéaire B de Tirynthe,* donde se analizan comparativamente los mecanismos de control y registro por parte de la autoridad central en el panorama de la producción y de la elaboración de la lana y de la cerámica.

Todos estos elementos se apoyan y en parte confirman el cuadro de relaciones que nos ofrecen los documentos relativos a la asignación de las tierras. Por tanto, hay que tenerlos presentes como factor complementario.

La tercera colaboración que aquí se ha incluido presenta un significado diferente; se trata del trabajo de L. R. Palmer relativo también a la organización social del mundo micénico. Hay que decir ante todo que la publicación del libro *The Interpretation Mycenaean Greek Texts* (1.ª ed., Oxford, 1963; 2.ª ed., con breves notas para su puesta al día, págs. 483-496, Oxford, 1969), del que se ha extraído el fragmento seleccionado, ha representado y representa todavía hoy, pese a las muchas críticas que haya recibido, sobre todo en cuanto al aspecto metodológico, un interesante intento de síntesis histórica mediante una ampliación de la perspectiva de análisis, basado en el estudio comparado, en el campo de la lingüística indoeuropea, de las instituciones que podían aproximarse a aquellas de las que daban testimonio incompleto las tablillas o que podían explicar en parte los mecanismos socioeconómicos que los documentos en Lineal B por sí solos no alcanzaban a poner en evidencia claramente. Las virtudes y los defectos de una investigación planteada en tal sentido están presentes en los pasajes ya recordados de Ventris-Chadwick (sobre todo en lo relativo al uso y pertenencia de la tierra) y también, aunque quizá de manera demasiado polémica, en la breve introducción de K. Wundsam, también seleccionada en esta parte, a su ensayo sobre la estructura político-social de las ciudadelas micénicas.

Hay que señalar que, aunque metodológicamente las comparaciones que establece Palmer adolecen de muchos defectos (entre los que no es el menor la falta de relieve con que presenta la diacronía y las variaciones dentro de las que se forma y se desarrolla un sistema socioeconómico), las sugerencias que se derivan de los paralelos propuestos, especialmente con el mundo anatólico, contribuyeron a superar, en el seno de los estudios micenológicos, la acostumbrada visión «micenocéntrica» que indudablemente dañó, y perjudica todavía en la actualidad, un planteamiento histórico correcto del estudio de dicha cultura. La parte del capítulo que se refiere a las instituciones sociales, extraída del libro de Palmer, obtiene su valor principal como documento relativo a la «historia de los estudios» más que por los datos que incluye, por interesantes que estos sean.

El tercer trabajo aquí seleccionado, el de Lejeune, se refiere, sin embargo, a un tema específico, al de la organización de los centros

rurales periféricos, a la estructuración del elemento «subalterno» dentro de la sociedad micénica. La importancia de este elemento para comprender el «modo de producción egeo» (si se nos permite utilizar esta definición) ya ha quedado bien clara con la lectura de los tres ensayos históricos que constituyen la primera parte, en particular con el análisis que los dos investigadores alemanes, Bockisch y Geiss, llevan a cabo en su escrito. En efecto, desde el momento en que se pretenden reconstrucciones de gran amplitud, del tipo de la intentada por los dos autores recientemente citados, existe siempre el peligro de caer en peligrosas generalizaciones; al menos, de no evidenciar con la claridad debida como algunos elementos, en los que se fundan cierto tipo de reconstrucciones, carecen de seguridad o no han sido totalmente comprendidos. Igualmente existen puntos todavía oscuros en cuanto se refiere al *damos,* a su función y características dentro de la sociedad micénica completa, particularmente en las relaciones del leadership palatino. Por otra parte, la hipotética autonomía relativa de esta estructura social en relación con palacio, se puede proponer, con un alto grado de credibilidad, como punto de partida (hecho que se debe principalmente a los documentos referentes al uso y pertenencia de la tierra).

La investigación de Lejeune se refiere a un tema específico a la vez que a uno de los enfoques de las relaciones de producción que caracterizan a toda la sociedad micénica. Aumenta el interés de este ensayo, tanto su corrección metodológica como la categoría científica del autor, uno de los mayores lingüistas en el campo indoeuropeo. También hay que tener en cuenta que muchos de los estudios realizados por Lejeune están dedicados precisamente al problema de las relaciones entre el palacio y los centros secundarios, así como a la articulación de éstos (véanse los estudios recogidos en el libro titulado *Mémoires de Philologie Mycénienne,* en tres volúmenes: París, 1958; Roma, 1971; Roma, 1972, y en particular el famoso ensayo *Les forgerons de Pylos,* en Mémoires II, cap. XXIII, relativo a las relaciones entre el palacio y la mano de obra especializada en el trabajo del metal).

Finalmente, casi a modo de conclusión de los problemas que han puesto de manifiesto los escritos que hasta aquí se han considerado, se ha juzgado interesante y oportuno incluir, como quinta aportación, la introducción de K. Wundsam a su ensayo sobre la estructura sociopolítica de las «Residencias» micénicas. El mérito de dicha introducción consiste en la reconsideración, a veces es posible que en exceso polémica, de las varias corrientes, tanto en el campo más estrictamente lingüístico como en el de la reelaboración histórica, que han caracterizado la investigación en este terreno durante los últimos diez años (hasta 1968, fecha de publicación del referido ensayo).

Tras el desarrollo alcanzado recientemente por el análisis estructural interno de los documentos micénicos, sobre todo gracias a las contribuciones de investigadores como J. P. Oliver, L. Godart, A.

Sacconi y el mismo J. Chadwick, la inclusión de K. Wundsam puede parecer, en cierto sentido, anacrónica (téngase en cuenta que un libro de importancia fundamental para la correlación de los diferentes grupos de documentos entre ellos y el estudio de la organización burocrática en el interior de palacio, como lo es el de J. P. Olivier sobre los escribas de Knossos —*Les scribes de Cnossos. Essai de classement des archives d'un Palais mycénien,* Roma, 1967— se puede decir que apareció contemporáneamente al trabajo de Wundsam). Sin embargo, sobre todo con relación a los problemas que surgen en el momento que se intenta una transposición de los datos específicos que ofrecen los documentos escritos al plano de la reconstrucción histórica global, resulta en extremo interesante la polémica abierta por Wundsam (quizá uno de los primeros filólogos no marxistas que al menos tuvieron en cuenta los intentos de reelaboración «marxista» en este terreno, aunque no comprendiera completamente la problemática).

Como conclusión de estas pocas líneas de introducción sobre el carácter de los ensayos reunidos en esta parte (sobre los que verdaderamente habría mucho más que decir), téngase en cuenta los siguientes criterios que conformaron la presentación:

— Se ha intentado, dentro de los límites de lo posible, evitar el «despedazamiento» de los fragmentos seleccionados, con la finalidad de dar al lector una idea completa del escrito (aun a costa de presentar algunos pasajes cierta complejidad para el no especialista).

— En donde se ha realizado cualquier «corte», nos hemos preocupado de resumir en una nota las ideas expresadas, a la vez que indicar bibliografía al respecto.

— La bibliografía, con frecuencia por el autor en forma abreviada, se ha reproducido completa y, en algunas ocasiones, repetido dentro del mismo ensayo.

— Las referencias a las tablillas, incluidas tanto en los fragmentos reproducidos como en las notas, se han efectuado o modificado en función de las nuevas colecciones de reciente publicación:

Para Pilos: *The Pylos Tablets Transcribed,* vols. I-II, Roma, 1973-1976, a cargo de Emmett L. Bennett y J. P. Olivier.

Para Knosos: *The Knossos Tablets IV,* Cambridge, 1971, a cargo de J. Chadwick, J. T. Killen y J. P. Olivier.

Para Micenas: *Corpus delle iscrizioni in Lineare B di Micene,* Roma, 1974, a cargo de A. Sacconi.

Para Tebas: *Linear B Tablets from Thebes, en Minos X, 2,* 1969, págs. 115-137, a cargo de J. Chadwick.

The Thebes Tablets II, en Supl. a *Minos,* Salamanca, 1975, a cargo de Th. G. Spyropoulos y J. Chadwick.

— Además, para las colaboraciones de Ventris-Chadwick, se han citado en nota con asterisco también los números de las tablillas relativos a la numeración progresiva de los textos seleccionados en la obra; para las rectificaciones de 1973, contenidas en la segunda parte de la última edición del libro, se ha preferido, para la contribución sobre la organización social, citar el texto en nota bajo la indicación

rectificación Chadwick y la indicación de la página, mientras que para el uso y pertenencia de la tierra, dado el carácter de breve monografía que la misma rectificación de Chadwick presentaba, se ha considerado oportuno añadirlo como apéndice a continuación del texto del 56.

Para las referencias a otros pasajes de los *Documents* relacionados con los temas de organización social y de pertenencia de la tierra o a otras tablillas allí analizadas, se ha empleado en nota la abreviatura *Docs. (Documents;* 2.ª ed.) seguida del número de la página o del de la tablilla indicado en la obra, señalado por + y precedido por la sigla y por el número referente a las colecciones poco antes citadas.

— Téngase en cuenta, finalmente, que según las convenciones establecidas en el terreno de los estudios micenológicos, cada número de inventario de tablilla va precedido por:

1. Sigla relativa a la procedencia del documento:
PY = Pilo; MY = Micenas; KN = Knossos; TH = Tebas, etc.
2. Sigla relativa a la clase de pertenencia:
A-B = registro de personas.
C-D = registro de animales.
E-U = registro de productos agrícolas, artesanales, armas, etc.
3. Sigla secundaria, escrita en letras minúsculas, que indica bien el tipo de tablilla (en forma de hoja o de página), bien el lugar de procedencia dentro de una misma clase de pertenencia.

(Para todas las características ligadas a la catalogación de los documentos micénicos, véase, en cualquier caso, las ilustraciones y bibliografía de la cuarta parte).

ORGANIZACIÓN SOCIAL

por M. Ventris y J. Chadwick

La frecuente costumbre de calificar a las personas por sus apelativos profesionales posibilita, en general, extraer conclusiones sobre la estructura social en un reino micénico; trabajos posteriores ampliarán y corregirán indudablemente el cuadro que aquí se ofrece.

La mayor parte de los testimonios proviene de Pilos, pero muchos temas importantes se encuentran representados en Knossos, sin que aparezca ninguna indicación de que la estructura social fuera significativamente diferente (...). Se ha documentado un sistema de gobierno monárquico, tanto en Knossos como en Pilos, gracias a las referencias al rey *(wanax);* la ausencia de otras calificaciones demuestra que el estado conocía un único rey. La hipótesis de Palmer [1], según la cual se trataría de un rey-sacerdote resulta bastante acep-

[1] L. R. Palmer, *Mycenaean Geek Texts from Pylos,* en *Trans. Philol. Soc.,* 1954. pág. 37.

table, tanto en base a los testimonios arqueológicos como a la luz de la investigación comparativa; lo que resulta evidente en los documentos referentes a sus incumbencias civiles es que su poder fue al mismo tiempo temporal y religioso. Cierto número de artesanos —un alfarero, un batanero y un armero (?)— aparecen calificados efectivamente como «reales» (wanakteros) y el mismo término, que se repite en un contexto poco claro en un jarro de Tebas, parece probar al menos la existencia de otro reino en aquel lugar [2] (...).

En la distribución de los τεμένη [3] en Pilos, encontramos, inmediatamente después de la asignación relativa al rey, la hecha al *lawagetas* [4]. Esta última denominación representa un conocido término griego que sobrevive en la épica bajo la forma de λαγέτας, aunque en este ámbito signifique aparentemente sólo «leader» o «príncipe», sin el significado técnico específico que debió tener el micénico. En las tablillas faltan indicios directos de su función particular, pero tanto la etimología como los paralelismos germánicos aducidos por Palmer [5] sugieren que se tratará del comandante militar encargado de conducir el ejército a la guerra. Si el paralelismo germáni-

---

2 La hipótesis de los «reyes-sacerdotes» han sido atacada por E. L. Bennett *(On the use and misuse of the term «Priest-King» in Minoan Studies,* en Κρητικα χρονικα, 15-16, 1961, I, págs. 327-335), quien subraya justamente que no existen pruebas positivas en las tablillas que indiquen el carácter divino del rey. De todos modos, se da un problema en cuanto al término *wanax,* que muchos investigadores consideran como un título divino en algunos casos. La dificultad radica en el que sea cierto que se refiera efectivamente a una divinidad. En las tablillas Fr de Pilos, sin embargo, se da el caso, al menos por una vez, de que se pueda interpretar así el título. Si el jarro de Tebas es de importación, el reino deducible del adjetivo «real» será de otro lugar, lo que confirmaría al menos la ubicuidad del rey en la Grecia micénica (...) *(rectificación Chadwick,* pág. 408).

Discusión sobre la serie Fr en *Docs.*[2], pág. 476 y ss. Puntualizaciones y reconsideraciones del problema en K. Wundsam, *Die politischen und soziale Struktur in den mykenischen Residenzen nach den Linear B Texten,* Wien, 1968, pág. 24 y ss., que parece negar cualquier valor divino al apelativo. Los términos de la discusión los reconsidera J. Chadwick en relación con los nuevos testimonios de Tebas, serie Of *(The Thebes Tablets II,* op. cit, pág. 91 y ss.). Sobre la procedencia del jarro de Tebas y sobre el valor de su inscripción, cfr. L. Godart-J. P. Olivier, en *Tyrnis,* VIII, op. cit., pág. 38 y ss. (la inscripción se recoge ahora en el *Corpus delle iscrizioni vascolari in Lineare B,* al cuidado de A. Sacconi, Roma, 1974, TH Z 839). Sobre el valor político-social del adjetivo en *—tero—. Cfr. M. Lejeune, en *Mémoires,* op. cit., vol. II, cap. XXVIII; íd. en *Minos,* XIV, 1973, pág. 62 y ss. (N. del E.).

3 Cfr. PY Er 312 (= 152 +).

Sobre el problema de los τεμένη. Cfr. el estudio sobre el uso y pertenencia de la tierra que se ofrece a continuación. En particular, sobre la tablilla Er 312 cfr. M. Lejeune, en *Minos,* XIV, 1973, pág. 60 y ss. (N. del E.).

4 Hay que reconocer que no se conocen todavía pruebas irrefutables relativas al hecho de que el *lawagetas* fuera un oficial militar; se podría considerar otras soluciones como, por ejemplo, la de que fuera un título concedido al legítimo heredero. La etimología ofrece una débil base para una explicación de su función *(rectificación Chadwick,* pág. 408).

Sobre la interpretación de la función del *lawagetas,* sobre todo como máximo exponente de la aristocracia (guerrera), cfr. K. Wundsam, *op. cit.,* pág. 50 y ss. (N. del E.).

5 L. R. Palmer, *op. cit.,* en la nota 1, págs. 35-36.

co fuera exacto (cfr. Tácito, *Germania,* 7), podríamos admitir que solamente fuese elegido en tiempo de guerra y podríamos estar seguros, gracias a las tablillas de tema militar, que en aquel período Pilos estaba precisamente en estado de guerra[6]. Dicho título también se encuentra en Knossos, donde hasta ahora no se ha sabido de ninguna indicación sobre preparativos contra un ataque enemigo. Confróntese al respecto §§ 1, 22-24 de la autobiografía del rey hitita Hattusilis III: «Pero cuando mi padre Mursili se hizo dios, mi hermano Muwatallis ocupó el trono del padre, y delante de mi hermano me convertí en *jefe de las fuerzas armadas* (EN KI.KAL.BAD)». Encontramos además nombres profesionales que están calificados con el adjetivo *lawagesios*[7].

La lista relativa a la asignación de un *temenos* enumera, inmediatamente después, algunas personalidades llamadas *te-re-ta,* τελεσταί, título oficial que sobrevivió en la Elide hasta el período clásico[8]. A éstos se les asigna en total la misma cantidad de grano (¿tierra?) que al rey, dividida entre tres poseedores, de modo que las propiedades individuales vienen a resultar las mismas que la del *lawagetas.*

---

6 Sobre la supuesta organización para la defensa de Pilos, testimoniada fundamentalmente en las tablillas llamadas *o-ka* (PY An 657, 656, 519, 654, 661) —término diversamente interpretado: ὀρκᾶ = ἀρχή «destacamento militar/comando (de tierra)»; ὁλκάς «destacamento militar/comando (marino)»; ὀρχάς «fortificación (costera)»—; véase el reciente estudio de R. Schmitt-Brandt, *Die OKA-Tafeln in neuer Sicht,* en Studi miceni ed egeo-anatolici 7, 1968, pág. 69 y ss.; confróntese, además, cuanto ha expuesto el mismo Chadwick en *Docs.* [2], pág. 427 y ss., donde se incluye también una breve puntualización sobre la posible función militar del *e-qe-ta.* Una reconsideración general de todo el problema y una exposición de las principales investigaciones sobre el tema se encuentra en el óptimo libro de S. Hiller-O. Panagl, *Die Frühgriechischen Texte aus mykenischer Zeit,* Darmstadt, 1976, cao. XI, pág. 117 y ss. (N. del E.).

7 Cfr. PY Na 245 (= 195 +).

8 La función y el status de *te-re-ta* sigue siendo uno de los problemas más oscuros relacionados con la pertenencia de la tierra. Se trata de oficiales o de funcionarios mencionados en relación con la pertenencia de la tierra, al menos cada vez que el contexto resulta claro. También es probable, en base etimológica y en relación a los testimonios de PY Eb 149 y PY Ep 613.4 (= 148 +), que el verbo *te-re-ja-e* exprese la función del *te-re-ta,* aunque cualquiera que fuese permanece incierta (...). Las principales hipótesis que se confrontan al respecto son: 1) Los *te-re-ta* tienen función religiosa —el término *telestas* presenta obvias asociaciones con τέλη, en el sentido de «deberes religiosos» (cfr. Chadwick, *Potnia,* en *Minos,* 5, págs. 126-129); 2) Los *te-re-ta* son personas que tienen la posesión de la tierra a cambio de los servicios prestados al rey (cfr. L. R. Palmer, *The Interpelation of Mycenaean Greek Texts,* Oxford, 1963, págs. 190-196); en este último caso el término se asocia con τέλη, en el sentido de «lo que se debe» o «tributo». Palmer insiste justamente en retener que los *te-re-ta* tuvieron otras ocupaciones, puesto que la función ejercida no debería representar una ocupación de dedicación exclusiva. Es más, la actividad religiosa en Grecia raramente significaba una ocupación exclusiva y, por otra parte, la comunidad de *Pa-ki-ja-ne* era claramente religiosa y estaba dirigida por una sacerdotisa. La posesión de la tierra a cambio de deberes religiosos puede encontrar paralelismos en la Grecia más tardía *(rectificación Chadwick,* pág. 408). (Sobre este problema, que incide profundamente sobre el tipo de testimonios a nuestra disposición acerca de la posesión de la tierra, véase lo expuesto por Chadwick en su colaboración siguiente y especialmente en las notas añadidas el año 73 (N. del E.).

Palmer[9] equipara a los *telestai* con los LÚ ILKI, «poseedores de feudo», hititas, que tenían una obligación especial en sus relaciones con el rey, y los contrapone a los «artesanos», a quienes equipara con los δημιοεργοί homéricos, término que todavía no se ha encontrado en las tablillas, aunque el término *damos* sea muy común. Se puede dar por cierto cualquier clase de sistema feudal de posesión de la tierra; pero el punto de vista de Palmer se presta a objecciones, especialmente en relación a un nuevo texto de Pilos Un 718[10], donde los *telestai* aparecen equiparados al *damos*. Un número considerable de *telestai* parece confirmado según la tablilla En 609[11], de la que resulta que el distrito de *Pa-ki-ja* cuenta solamente con catorce, mientras que para Knossos tenemos la tablilla Am 826[12], en la que se mencionan al menos cuarentaicinco *telestai* de Aptara. Es probable que el verbo *te-re-ja-e (¿teleiaen?)* expresara la función del *telestas,* puesto que en otros casos es sustituido por *wo-ze-e (worzeen),* que parece referirse a la función del *ka-ma-e-u,* probablemente debe de indicar cualquier tipo de servicio feudal. El *ka-ma-e-u* es simplemente el poseedor de la tierra llamada *ka-ma.*

La explicación más natural es que sea el obsoleto nombre * χαμά del que se formó el locativo χαμαί, conclusión que corrobora una glosa cretense en Hesiquio (χαμάν τὸν ἀγρόν). De cualquier modo, su significado es más específico y denota un tipo particular de posesión feudal. Los hombres distinguidos con este título parecen tener un humilde status: están incluidos un panadero (?) y un «esclavo del dios»[13].

Un título más importante es el *e-qe-ta, hequetas* = ἑπέτης. Se trata de una palabra rara en el griego clásico y parece que no significa otra cosa que «compañero, secuaz». Pero Palmer[14] tiene probable-

---

[9] L. R. Palmer, *op. cit.,* en la nota 1, pág. 39. Sobre las aproximaciones entre la sociedad hitita y la micénica deben confrontarse las anotaciones críticas a la nota 10 del ensayo *Posesión y uso de la tierra* que se ofrece a continuación (N. del E.).

[10] Cfr. *Docs.* [2] 171 +, pág. 282, notas de rectificación, pág. 458. La discusión de esta tablilla se encuentra también en Lejeune, *El damos en la sociedad micénica,* presentado en esta parte. La equiparación *damos* = *telestai* que aquí se señala no resulta tan absolutamente segura como se desearía. El reciente estudio de M. Lejeune en *Minos,* XIV, 1973, pág. 60 y ss., donde se confrontan las tablillas relativas a los τεμένη (serie Er) con Un 718 (que fija las ofertas religiosas de un cierto número de categorías de propietarios de tierras, indicados en Er, en función de la extensión de las posesiones), confirma lo infundado de tal ecuación (N. del E.).

[11] (= 114 +).

[12] Cfr. 47 +, pág. 179, notas de rectificación en *Docs.* [2], pág. 426.

[13] Toda la bibliografía más reciente sobre la terminología relativa a la posesión de la tierra se recoge en el trabajo de S. Hiller-O. Panagl, *op. cit.,* cap., XIV (N. del E.).

[14] L. R. Palmer, *op. cit.,* nota 1, pág. 51.

Posteriormente se ha descubierto un detalle relacionado con los *e-qe-ta* en la tablilla PY Sa 790 (= 288 +), en la que se muestra que tenían un signo característico de rueda de carro; por tanto, podemos suponer que poseyeran carros. Debieron de ser los oficiales de la corte real y se distinguían de los oficiales locales enviados a los destacamentos de vigilancia costera. Según las tablillas, parece que su principal misión fue la militar; versosímilmente pudieron mandar los regimientos del ejército de Pilos, pero esto no excluye otras funciones relacionadas con la casa real ni el carácter religioso de

mente razón al ver en esta palabra el equivalente del ἑταῖρος homérico y al entenderla en su significado de «compañero del rey», como más tarde el término latino *comes* y otros semejantes en celta y en germánico. La prueba de su posición se desprende de las tablillas militares donde regulármente están señalados por un patronímico, otra distinción igualmente rara. Estos cargos parecen asignados a cuerpos del ejército en carácter de oficiales de estado mayor, quizá como oficiales de enlace representantes de la autoridad central, mientras que el mando directo estaba en las manos de los señores locales. Por otra parte, aparecen mencionados ocasionalmente en contextos relativos a la posesión de tierras [15]. Pueden tener escalvos y visten indumentaria característica [16].

Junto a ellos encontramos también muchos administradores que parecen estar destinados en las regiones más distantes. Efectivamente, no aparecen en relación con Pilos o con Knossos, sino con ciudades secundarias.

El título de *qa-si-re-u* está claramente ligado con el βαδιλεύς homérico, que no es un rey, sino un tipo de señor feudal, dueño del propio territorio, pero con compromiso de fidelidad al rey. Carratelli disiente de este punto de vista y prefiere ver en estos βαϭιλεις funcionarios religiosos como los φυλοβατιλεις. Pero su asociación con las ciudades lejanas es significativa. Tienen una *qa-si-re-wi-ja,* quizá un «séquito», menos probablemente un «palacio» (...). La *ke-ro-si-ja, geronsia* = γερουσία es, tal vez, el consejo del *basileus,* puesto que en la tablilla PY An 261 esta palabra se encuentra asociada con un hombre al que en otro lugar se le llama *qa-si-re-u*. Resulta menos seguro que *ke-ro-te,* que se encuentra en KN B 800, sea *gerontes* [17].

---

algunas referencias (cfr. L. R. Palmer, *The Interpretation...,* cit., págs. 87, 151-153) *(rectificación Chadwick,* pág. 409).

Para el problema de la defensa costera de Pilos, en conexión con la función de «oficial de enlace» de los *e-qe-ta,* véase cuanto se ha dicho en la nota 6 (N. del E.).

15 Cfr. PY An 724 (= 55 +) y Ed 317 (= 142 +), donde uno o más están junto a la sacerdotisa, a los «guardianes de la llave» y a un hombre llamado *we-te-re-u.* (Un personaje relacionado con el culto —*i-e-re-u*— y usufructuario de un lote de terreno del tipo *kitimena;* cfr. *Posesión y uso de la tierra* y la tabla adjunta de las asignaciones de tierras) (N. del E.).

16 Cfr. *Docs. ², págs. 258-357 (N. del E.).*

17 Para cuanto concierne a la hipótesis de Pugliesi Carratelli, cfr. *Nuovi studi sui testi micenei,* en *La parola del passato,* 36, pág. 217. PY An 261 = 40 * (N. del E.).

La equiparación del *qa-si-re-u* con el βαϭιλευς clásico difícilmente se puede poner en duda, mientras que todavía permanece incierto cuál fuera el status de los individuos que llevaban dicho título. Palmer *(The Interpretation...,* op. cit., págs. 39-280) se inclina a poner en duda la identificación con el βαϭιλευς, que sosteniendo que se trata de simples superintendentes responsables de los grupos de artífices. Tanta prudencia carece de justificación, pero el valor semántico en micénico debía ser el de «jefe», a partir del que es bastante fácil ver cómo el significado de «rey» se haya desarrollado después del hundimiento de los reinos micénicos gobernados por los *wanaktes.* Homero, como de costumbre, utiliza una terminología confusa y no establece las distinciones exigidas por las costumbres micénicas.

Consideraciones semejantes se aplican a la *ke-ro-si-ja,* que muy probablemente debe de entenderse como *geronsia,* pero que se articula de manera completamente dife-

Otro título que podría estar relacionado con las provincias es el de *mo-ro-qa*[18], que probablemente se pueda interpretar como *moroppas* (Palmer: μοιρόπαζ) «poseedor de una porción, ocupante de una parte». Su importancia está comprobada por el hecho de que Klumenos, que resulta ser *moroppas* en la tablilla PY Aq 64, resulta ser también comandante de un ejército en la tablilla PY An 654[19]. Su colocación regional se deduce de una serie de indicaciones: su presencia en el elenco de los tributos PY Jo 438[20]; el hecho de que *Ka-do-wo moroppas* en PY Aq 64 sea en otro lugar asociado con el topónimo *Ma-ro;* la anotación, sobre la misma tablilla, que demuestra que Klumenos era *ko-re-te* del lugar llamado I-te-re-wa.

Finalmente, sabemos de un funcionario local llamado *ko-re-te,* que parece ser una especie de alcalde. La palabra indica un sustantivo agente en *-ter;* sin embargo, no ha sido hasta ahora explicada satisfactoriamente, pero su status se deduce con bastante claridad de PY Jn 829[21], en la que se nombran 16 lugares y la contribución en bronce, para cada uno de ellos, *ko-re-te* y del *po-ro-ko-re-te.* El prefijo *pro-* debe de significar en este caso «vice» o «sub», signigicado que no permanece en ninguna palabra compuesta clásica. El encabezamiento de esta tablilla enumera no solamente a estos dos, sino también otros títulos que se mencionan a continuación. ¿Quizás podemos explicar esto por el hecho de que el encabezamiento dé todos los posibles títulos equivalentes a los dos términos generales de *ko-re-te* y *po-ro-ko-re-te?* Se puede defender contra esta hipótesis que los *klawiphoroi* son en otros lugares femeninos, aunque resulte menos probable que lo mismo sea verdad para *du-ma-te.* El *da-mo-ko-ro*, que aparece mencionado en algunas ocasiones, puede ser, tal vez, algún otro título relativo a un oficial local designado por el rey. Hay también otras referencias ocasionales relativas a «instalados», *ki-ti-ta,* y a «habitantes de una colonia» (?), *me-ta-ki-ti-ta,* pero no sería prudente por ahora extraer conclusiones de estas palabras.

Todavía menos se puede decir de los miembros más humildes de la población[22]. La variedad de los oficios ejercidos señala una divi-

---

rente a la más tardía γερουσια. El término *ke-ro-te* reaparece en PY Jn 881, en un contexto oscuro, relacionado con el bronce; lo que no supone, sin embargo, un motivo para dudar de la explicación etimológica. Véase sobre este tema, J. L. O'Neil, *The words «qasireu», «qasirewija» and «kerosija»*, en *Ziva Antika,* 20, 1970, págs. 11-14 *(rectificación Chadwick,* pág. 409).

[18] *Mo-ro-pa,* en la 1.ª ed.; sobre *mo-ro-qa* = mo(i) ro-qqᵘas, cfr. *Docs.* ², nota adicional, pág. 423 (N. del E.).

[19] Aq 64 = 43 +; An 654 = 58 +.

[20] Jo 438 = 258 +.

Se trata de una lista de administradores locales relacionados con un tributo en oro; sobre los problemas para la interpretación de dicha tablilla, cfr. *Docs.* ², nota adicional, pág. 514 (N. del E.).

[21] Jn 829 = 257 +.

[22] El elenco de los oficios se podría ampliar; por ejemplo, las tablillas más recientes de Micenas incluyen el término de «trabajador de *kyanos» (ku-wa-no-wo-ko),* que se puede situar junto al de orfebre. El *ra-pte* se podría emplear para coser cuero mejor

sión del trabajo muy desarrollada, pero no está claro hasta qué punto fueran los artesanos servidores reales, esclavos o a qué status pertenecían. Hay una omisión absolutamente obvia en la lista de oficios: la ausencia de cualquier término que implique que el cuidado de las cosechas fuera una ocupación específica. Por el contrario, los documentos de posesión de tierras mencionan a obreros especializados como los bataneros y a trabajadores del campo como los pastores. Todo lo cual sugiere que cada individuo cultivaba una porción de tierra, además de dedicarse a su propia ocupación específica.

Entre las denominaciones profesionales hay muchas que todavía no se han interpretado de una manera satisfactoria y, en algunos casos, se ha perdido el significado específico de la palabra; la etimología resulta con frecuencia una guía mediocre para analizar el significado; por eso se considera incompleta la lista de los oficios. Sabemos que entre los funcionarios públicos se encontraban un mensajero y un heraldo *(a-ke-ro, ka-ru-ke),* pero todavía no hemos localizado el nombre del escriba. Los trabajadores agrícolas reseñados incluyen pastores *(po-me),* cabreros *(ai-ki-pa-ta),* cazadores *(ku-na-ke-ta-i)* y leñadores *(do-ru-to-mo).* Los oficios referentes a la construcción están representados por albañiles *(to-ko-do-mo)* y carpinteros *(te-ko-to);* la construcción de navíos representa un trabajo aparte *(na-u-do-mo).* El personal empleado en la elaboración del metal comprende trabajadores del bronce *(ka-ke-u)* y fabricantes de espadas *(pi-ri-je-te?);* otros artesanos son los fabricantes de arcos *(to-ko-so-wo-ko),* de sillas (?) *(to-ro-no-wo-ko)* y los alfareros *ke-ra-me-we).* La manufactura de las telas era un trabajo femenino: sabemos de cardadoras, hilanderas y tejedoras *(pe-ki-ti-ra*$_2$, *a-ra-ka-te-ja, i-te-ja-o),* además se utilizan términos diferenciados para quienes tejen el lino *(ri-ne-ja)* y quizás también para quienes confeccionan algunos tipos determinados de indumentaria *(a-pu-ko-wo-ko, e-ne-re-ja, o-nu-ke-ja).* El prensado de la tela era una ocupación masculina *(ka-na-pe-u)* y el rey tenía su propio batanero. La confección de los vestidos se dividía entre hombres y mujeres *(ra-pte, ra-pi-ti-ra*$_2$). Los oficios concernientes a los artículos de lujo están certificados por los preparadores de ungüentos *a-re-pa-zo-o)* y por los orfebres *(ku-ru-so-wo-ko).* También se encuentra una referencia a un médico *(i-ja-te).* La molienda, la medida del grano, eran trabajos realizados por mujeres *(me-re-ti-ri-ja, si-to-ko-wo),* mientras que la preparación del pan corría a cargo del personal masculino *(o-to-po-ko).* Blegen[23] mantiene injustamente la hipótesis de que la figurilla micénica que representa al panadero sea de sexo femenino. Parece que se pueden identificar ocupa-

---

que tela. Los fogoneros *(pu-ka-wo* podrían ser los custodios del fuego sagrado. Las trabajadoras empleadas en la producción textil son esclavas o, por lo menos, maestras obreras de los talleres de palacio, ya que, tanto en Pilos como en Knossos, el palacio es responsable de su alimentación *(rectificación Chadwick,* pág. 409).

[23] C. W. Blegen, *A Mycenaean breadmaker,* en *Annuario della Scuola archeologica di Atene,* Nuova serie, 8-10, 1950, págs. 13-16.

ciones más humildes en los fogoneros *(pu-ka-wo),* en los conductores de bueyes *(ze-u-ke-u-si)* y, entre las mujeres, el personal de los baños *(re-wo-to-ro-ko-wo)* y de servicio *(a-pi-ko-ro).*

Es segura la existencia de una determinada forma de esclavitud. Algunos esclavos *(do-e-ro, do-e-ra)* están claramente definidos como propiedades de algunos: por ejemplo, las mujeres de *Amphiq^{u}hoitas* (KN Ai 824)[24], los que pertenecen a los artífices y continúan el oficio de su maestro (PY Jn 310)[25]. El esclavo de *We-da-ne-u* se encuentra además en la situación de tener que contribuir al beneficio de su patrón y su tratamiento no es diferente del que reciben el resto de los individuos en condición de libertad. La tablilla PY An 607[26] sugiere que si uno cualquiera de los padres era esclavo también lo era el hijo, contrariamente a la costumbre de la Grecia clásica; con esto no se quiere decir que se establece una regla válida para todos los casos. Las tablillas de Pilos de las clases Aa y Ab implican que la fuerza-trabajo se reclutaba mediante correrías cuyo resultado era llevar a la patria mujeres y niños prisioneros para que fueran adiestrados en diferentes oficios; tal conclusión parece confirmada por la palabra prisioneros» *(ra-wi-ja-ja)* referida a algunas mujeres; sin embargo, hay otras a las que se designan con apelativos étnicos[27]. La serie Ad parece indicar que los hijos de los esclavos constituyeron un importante elemento de la fuerza-trabajo disponible. También se encuentran algunos testimonios de mujeres asalariadas que se incluían en esta clase *(e-ke-ro-qo-no);* pero es muy posible que su remuneración no la recibieran para su propio beneficio, sino que estuvieran alquiladas para aumentar los ingresos del palacio.

En su mayor parte, los esclavos mencionados en Pilos son «esclavos del dios (o de la diosa)». Hay dos posibles explicaciones: lo mismo podemos suponer que un determinado número de esclavos se había convertido en propiedad de una divinidad en vez que de un individuo, como que el título esconde en realidad un status completamente diferente del que correspondía a los esclavos normales. En

---

24 KN Ai 824 = 20 +.

25 PY Jn 310 = 253 +.

26 PY An 607 = 28 +.

27 Conviene reconsiderar la hipótesis de que los étnicos referidos a algunas de estas mujeres indiquen las localidades que sufrieron razzias de los barcos de Pilos. Si las *mi-ra-ti-ja* provienen de Mileto en la Jonia, parece que era en la época una colonia griega y es imposible que haya estado sometida a razzias con el fin de procurarse esclavos. Parece, por tanto, más probable que los lugares así nombrados representen los puntos de encuentro comercial o mercados de esclavos donde se podían comprar las mujeres, mientras que el empleo de la palabra «prisioneros», referido a un grupo, podría significar que los otros se compraban de modo diferente. Se ha sugerido que los lugares nombrados con este propósito pertenecieran a los dominios de Pilos; destaca el hecho de que un nombre *(ti-nwa-si-ja)* esté mencionado en otros lugares de las tablillas aparentemente en la zona del dominio de Pilos. Los nombres incluen: *mi-ra-ti-ja* (Mileto), *ki-ni-di-ja* (Cnido), *ra-mi-ni-ja* (Lemno), *a-$^+$64-ja* (quizá *Aswiai* de Asia, la Lidia clásica), *ze-pu$_2$-ra$_3$ (Zephyria* = Halicarnasos?); así se relacionan uno con otro y presentan un cuadro de referencias comerciales esparcidas a lo largo de las costas occidentales de Asia Menor *(rectificación Chadwick,* pág. 410).

el primer caso no resulta indicado pensar exclusivamente en ἱερόδουλοι, esclavos ligados al templo, como está comprobado para épocas posteriores. La dedicación a una divinidad podría ser un tipo de posesión relativo a la propiedad pública, como sabemos que se dio el caso en las tierras de Dionisio y Atenea por las famosas tablillas de Heraclea. La otra alternativa resulta atrayente por el hecho de que los esclavos del dios tenían tierras en alquiler y parecían vivir como hombres libres en realidad. La traducción de «esclavo» nos lleva en este caso, probablemente, a una representación equivocada del status social y sería preferible adoptar la terminología feudal de «siervo» o «villano». El paralelismo con las sociedades del Próximo Oriente, cuyos títulos semejantes son efectivamente honoríficos, no es válido probablemente para la Grecia micénica. En efecto, se dan algunos casos aislados en los que el esclavo de un hombre parece disfrutar del mismo status que el esclavo de un dios, mientras que los esclavos de la sacerdotisa alcanzan una posición embarazosa en la jerarquía social.

Mientras que para Knossos no sabemos casi nada de la organización militar, aparte de la existencia del *lawagetas,* en Pilos descubrimos que se efectuaban preparativos contra un ataque enemigo; hay una serie de tablillas relacionadas con temas de carácter naval y militar. Según estas tablillas, parece que el mando de los cuerpos destacados para la vigilancia de la costa se encontraba en manos de los señores locales, cada uno de los cuales estaba asistido por un pequeño grupo de oficiales; a cada sector estaba asignado además un *heq^{u}etas,* que puede haber sido un oficial de enlace representante del rey. Las características específicas de las tropas permacenen oscuras, puesto que los términos que se refieren a ellas, *ke-ki-de* y *ku-re-we,* no se han explicado de manera satisfactoria. Palmer [28] sugiere que el segundo término significa en otros lugares «hombres en armas», pero también sostiene que aquí se trata solamente de un topónimo. Otros grupos de hombres se designan solamente por apelativos étnicos. El número total de las tropas registradas en las tablillas conservadas de la serie militar es de 740. Los remeros para equipar los barcos de guerra parece que se tomaban, según las necesidades del momento, de las ciudades costeras; es probable que éstos se enrolaran con tal fin, en vez de tratarse de remeros profesionales, al menos si nuestra interpretación de PY An 724 [29] es correcta. También hay algunos remeros mencionados en Pilos como padres de hijo de mujeres esclavas (Ad 684) [30]. Sorprendentemente, en Knossos los remeros figuran en una lista de oficiales locales que proporcionan o reciben ganados (C 902) [31].

---

[28] L. R. Palmer, *op. cit.,* nota 1, pág. 52, núm. 4.
[29] PY An 724 = 55 +; véase también la rectificación en la pág. 431.
[30] PY Ad 684 = 15 +.
[31] Kn C 902 = 83 +.

POSESIÓN Y USO DE LA TIERRA

por M. Ventris y J. Chadwick

La serie E de las tablillas, una de las más abundantes en Pilos y, sin embargo, de las menos representadas en Knossos, se distingue por el ideograma * 120 ⚲ (grano) medido en cantidades que varían de 137 unidades (¿16.440 litros?) a 1 ⚲ (2 litros). Este tipo de vitualla es uno de los cereales fundamentales en forma de grano y se ha traducido por el término «grano»; aunque tanto Furumark como Carratelli lo hagan por «cebada».

Antes del descifrado también se podía comprender, por la organización conjunta de las tablillas E de Pilos, que se referían a jerarquías de diferentes clases de individuos, relacionados con la explotación del territorio. Esto fue confirmado por la transcripción fonética. En efecto, la palabra *ko-to-na* (en Knossos *ko-to-i-na)* cuya detallada determinación constituye el primordial objetivo de la serie, se relaciona, evidentemente, con la κτοίνα clásica. Este término se utilizó en Rodas referido a una unidad territorial equivalente al *demo* de Atica y se encuentra en una glosa de *Hesiquio,* en plural, como δῆμος μεμερισμένος, «demo subdividido»; deriva de la raíz *kti-* «instalarse, con edificios y/o cultivos» (cfr. Skt *ksitiih* «instalación», Arm. *šen* «instalado, aldea»). En Pilos parece referirse a la unidad de cultivo a pequeña escala: un «campo» o un «lote de terreno» (...)[1].

---

[1] La lista bibliográfica en su momento *(Docs.* 1.ª ed., 1956), citada por Ventris y Chadwick, es la siguiente: A. Furumark, *Aegäische Texte in griechischer Sprache,* en *Eranos,* 52, 1954, págs. 36—37; T. B. L. Webster, *Pylos Aa, Ab tablets —Pylos E tablets— Additional Homeric notes,* en *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of london,* 1954, págs. 13-14; G. Pugliese Carratelli, *La decifrazione dei testi micenei,* en *La Parola del passato,* 35, 1954, págs. 102-112; id., *Nuovi studi sui testi micenei, ibídem,* 36, 1954, págs. 221-222; L. R. Palmer, *Achaeans and Indo Europeans,* en *Inaugural Lecture,* 4 November 1954, Oxford, págs. 6-18. Hay que señalar, finalmente, el fundamental trabajo de E. L. Bennett, *The Landholders of Pylos,* en *American Journal of Archaeology,* 60, 1956, pág. 103 y ss., publicado casi contemporáneamente a la primera edición de los *Documents.*

Desde 1956 hasta hoy la lista de las obras sobre este tema se ha ampliado desmedidamente a través de la publicación de innumerables contribuciones, frecuentemente fundadas en simples hipótesis, debido a lo conciso de los documentos en cuestión y a la oscuridad que todavía envuelve no solamente a la mayoría de los términos burocráticos y administrativos que contienen, sino también la situación total y la finalidad específica en que fueron redactados. El mismo Chadwick, en sus notas de rectificación en la segunda edición de los *Documents,* que ofrecemos como apendice a continuación del texto, se muestra muy específico respecto a las múltiples reconstrucciones que se han llevado a cabo y tiende a limitar las posibilidades interpretativas que ofrecen dichos documentos y, finalmente, cierra el balance científico con marcado pesimismo.

Pese a todo, hay un hecho cierto: tanto el estado de los documentos a nuestra disposición como una predominante tendencia a favor del análisis de cada término, sobre todo las «intuiciones» basadas en especulaciones etimológicas, han obstaculizado seriamente un estudio estructural de los mecanismos determinantes del cuadro proporcionado por los textos, que, en principio, se debe fundar exclusivamente en el número de relaciones que se puedan establecer, bien entre las diferentes categorías de las personas implicadas, bien entre los diversos tipos de posesión del terreno que se pueden señalar. En pocas palabras podemos dar un cuadro de la situación en que se encuentran

Las *ktoinai* suelen definirse como *ki-ti-me-na* y también como *ke-ke-me-na:* el exacto significado de esta distinción es motivo de discusión. El primer término, limitado al «primer set»[2] de tablillas, que parecen registrar clara, verdadera y típicamente *ktimenai,* de la misma raíz *kti-* «instalarse», y formalmente idéntico al participio que se encuentra en:

---

los estudios sobre el tema diciendo que el excesivo interés semántico específico ha perjudicado una clarificación funcional de los significantes en su conjunto (en este aspecto puede resultar iluminador el proyecto de elaboración de los datos proporcionados por las tablillas mediante calculador, ilustrado por H. Geiss en *Kadmos,* 1972, pág. 14 y ss.). Por otra parte, con frecuencia se han establecido precipitadamente las confrontaciones con determinadas situaciones registradas en los documentos del Próximo Oriente, lo que no ha servido para mucho y, en la mayoría de los casos, se ha tratado de correlaciones entre elementos específicos y particulares, no entre sistemas.

En este campo tan discutido de la epigrafía micénica se puede encontrar un punto de referencia en los cuatro trabajos fundamentales de M. Lejeune (a los que nos referiremos frecuentemente a continuación). El primero, cuya traducción ofrecemos en esta misma parte (el *damos* en la sociedad micénica), relativo a la organización de los centros rurales y a la administración interna de las tierras (los lotes de tierras calificados *pa-ro da-mo* y definidos *ke-ke-me-na);* el segundo, *Le récapitulatif du cadastre Ep de Pylos* (en *Proceedings of the Cambridge Colloquium on Mycenaeam Studies,* 1966), sobre las categorías sociales en función de las que verosímilmente se redactaron los documentos sobre las tierras asignadas por las administraciones locales (es decir, las tierras *ke-ke-me-na);* el tercero, *Sur l-intitulé de la tablette pylienne En 609* (en *Revue de Philologie,* 48, 1974), relativo a los criterios de intitulación (es decir, en base a las precisas categorías de posesores) de las series de tablillas Ep y En en forma de página en la que se registran, según grupos de personas, tanto los ocupantes de las tierras directamente asignadas por el palacio (En, tierras *ki-ti-me-na),* como los de las tierras asignadas por *damo* (Ep, tierras *ke-ke-me-na);* finalmente, el último, *Le dossier sa-ra-pe-da du scribe 24 de Pylos* (en *Mimos,* XIV, 1973), relativo tanto a las tablillas de la serie Er (800, 312), en las que se registran los posesores de la tierra en la localidad de *sa-ra-pe-da,* comprendido el *temenos* del monarca (wa-na-ka-te-ro), como a la tablilla Un 718, que indica cuáles de dichos posesores estaban obligados a una entrega de productos naturales (vino, grano, harina, etc.) establecida en función de la extensión de las propias tierras (con interesantes referencias también al similar registro de las posesiones inmobiliarias en la localidad de *ki-ri-ti-jo,* que se encuentra en la serie Es).

Ateniéndonos a estas contribuciones de Lejeune y a las nuevas proposiciones de Chadwick en *Docs.* [2], hemos intentado resolver gráficamente, en un cuadro colocado al final de esta parte, la situación del registro de las tierras en la localidad de *Pakijanija.*

Para una posterior discusión de la bibliografía principal, se debe de consultar, además de las referencias contenidas en las notas siguientes, al cuadro confeccionado por S. Hiller y O. Panagl, *Die frügriechischen Texte... op. cit.,* cap. XIV (N. del E.).

[2] En la obra de Ventris y Chadwick el «primer set» comienza con la tablilla PY En 609 (= 114 +), que representa, junto a En 74, 467, 659, la llamada «versión A» de la catalogación de las tierras en cuestión. En efecto, tal «versión A», caracterizada por las tablillas en forma de página (que contienen hasta un máximo de 29 líneas), representa una especie de registro definitivo respecto a una catalogación primaria de las tierras *kitimena* registrada en tablillas más pequeñas (del tipo llamado «en hoja de palma», que contiene un máximo de cinco líneas) que constituyen la serie Eo, también llamada «versión B» y que es cronológicamente anterior a la A (véase el esquema resumido de los registros de tierras incluido en esta parte). Sobre la organización y sucesión temporal de las diferentes catalogaciones y redacciones, consúltense las notas de rectificación de J. Chadwick, en *Docs.* [2], págs. 446-447. Sobre el problema en general, véase también O. Panagl, *Eine Wortstellungsopposition im Mykenischen,* en *Acta Classica Univ. Scient. Debrecensis,* IX, 1973, pág. 3 y ss. (N. del E.).

Odisea, XXIV, 226:

τὸν δ' οἶον πατέρ' εὗρεν ἐϋ-κτιμένῃ ἐν ἀλωῇ[3]

Odisea IX, 130:

οἵ κέ σφιν καὶ νῆσον ἐϋ-κτιμένην ἐκάμοντο[4]

Carratelli sostiene que la oposición *ktimenai/kekeimenai* (?) permite distinguir la tierra «cultivada» de la «en barbecho» o «no cultivada». También aquí se da un paralismo con Ugarit en la distinción entre *śd ubdy* «campos en barbecho o no cultivados» y los *n'my* «en flor»[5]. Es difícil considerar como una coincidencia el hecho de que *kekeimenai* (?) se limite casi exclusivamente a los campos administrados por el *damos* o «aldea» (término que tanto podría referirse a los habitantes como a la tierra) [6] (...).

Nuestra interpretación seguirá, provisionalmente, lo que ha propuesto Furumark, traduciendo los dos participios por los términos «privado» y «común», respectivamente, aunque precisando que se deben entender según su valor práctico más que en el etimológico. *Ktimenai* pudo significar en un tiempo «tierra fuera del ager publicus reclamada por la iniciativa privada». Webster establece un parangón con la Odisea XXIV, 205-7 (y el comentario de M. Nilsson en *Homer and Mycenae,* London, 1933, pág. 242):

οἱ δ' ἐπεὶ ἐκ πόλιος χατέβαν, τάχα δ' ἀγρὸν ἵκοντο
καλὸν Λαέρταο τετυγμένον, ὅν ῥά ποτ' αὐτὸς
Λαέρτης κτεάτισσεν, ἐπεὶ μάλα πόλλ' ἐμόγησεν[7].

Bajo este punto de vista, los *ktoinai ktimenai* corresponden aproximadamente a la categoría de la *γῆ ἰδιόκτητος* en el sistema egipcio de la posesión de la tierra recordado en Tebtunis (cfr. M. Rostovtzeff, *Historia Social y Economía del Mundo Helenístico,* Espasa-Calpe, Madrid, 1967, págs. 277-297). Otras alternativas menos probables son: «Tierra efectivamente ocupada por los propietarios» o «tierra con vivienda separada en ella», sugeridas por la acostumbrada traducción del texto homérico *ἐϋ-κτίμενος* por: «Buena para ser habitada».

El segundo término, *ke-ke-me-na,* se puede relacionar tal vez con *κειμαι, κείμενος*, cuya raíz muestra la duplicación en Skt. çiçye; aun-

---

3 «Sólo, pues, el padre encontró en el huerto ordenado».

4 «Pudieron también hacer la isla habitable».

5 C. Virolleaud, *Les nouveaux textes alphabétiques de Ras-Shamra (16e campagne, 1952),* en *Syria,* 30, 1953, pág. 32.

6 Para las tierras *kekemena,* representadas en el trabajo de Ventris y Chadwick por el segundo, tercero y cuarto set (en base al título de la tierra comunal dada en usufructo *—onato paro damo; etonijo; kama—* y en base a las clases de personas indicadas como usufructuarios), conviene recordar que la «versión A» (es decir, la recapitulativa/definitiva), está representada por la serie de documentos Ep, mientras que la «versión B» (es decir, la preliminar, la que contiene los registros independientemente de cada usufructurario) está representada por la serie Eb (confróntese al respecto el esquema resumido al final de esta parte) (N. del E.).

7 «Entre tanto salieron de la ciudad y pronto llegaron al campo/bello, bien cultivado, de Laertes; lo había comprado/Laertes mismo, luego de muchas fatigas».

que haya otras derivaciones posibles (por ejemplo, de la raíz del homérico *γέντο* «poseído»).

Palmer[8] conecta *kekeimenai*(?) con *κοινός*, «común» y con el germánico *haim-* «núcleo de asentamiento de aldea»: el significado «comunal» estaría confirmado por la frase *ke-ke-me-na, ko-to-na-ko-na* (Ep 212.3), si la transcripción representara efectivamente: *ke-keimenas* (?) *ktoinas koinas,* y no un error de repetición de sílaba por parte del escriba. Además, Palmer[9] establece un parangón al propósito con las cláusulas del códice hitita (párrafos 39-40, trad. Götze, en *Pritchard,* 1950)[10]: «Si el habitante de una ciudad detenta la pose-

---

[8] L. R. Palmer, *op. cit.,* nota 1, pág. 7.

[9] *Ibídem,* pág. 11.

[10] Se reproduce la traducción de Götze utilizada por el autor. Sin embargo, se debe de tener en cuenta que: a) La traducción de Götze es *una* de las posibles interpretaciones del fragmento en cuestión, probablemente ni siquiera la más exacta (cfr. al respecto la discusión de F. Imparati, *Le leggi ittite,* Roma, 1964, pág. 24 y ss.); b) Los términos que indican tanto los dos tipos de propietarios que en este caso se confrontan (LÚ ^{GIS}KU «el hombre del utensilio/el artesano»; LÚ IL.KI «el hombre del feudo») como los dos tipos de usufructo/obligación (^{GIS}KU/TUKUL-li, *šaḫḫan),* no están completamente claros ni su significado más específico ni en su relación con los lotes de terreno atribuidos a las diversas clases de individuos (cfr. F. Imparati, *op. cit.,* pág. 226, n. 6); c) En general, la misma organización de la sociedad hitita, vista en diacronía y sincronía, es objeto de discusión (véase por todos los demás, I. M. Djakonoff, *Die Hethtische Gesellschaft,* en *Mitteilungen des Instit. für Orientforschung,* XIII, 3, 1967, pág. 313 y ss.), por lo que resulta muy peligroso fundarse en cierto tipo de analisis comparativo para comprender los mecanismos que controlan la distribución y el usufruto de las tierras en la sociedad micénica.

Para dar una idea de la problemática interna del mismo texto hitita y de las dificultades que presenta la traducción que aquí reproduce acríticamente Chadwick, se confrontan los siguientes puntos (escribiendo entre paréntesis las citas del texto en inglés y entre corchetes los términos hititas correspondientes, para lo que se ha seguido el texto típico de J. Friedrich, *Die hethitischen Gesetze,* Leiden, 1959, señalando las integraciones solamente donde resulta particularmente necesario):

a) *Si el habitante de una ciudad* —(Inhabitant of a town)— [*ták-ku* LÚ. ULÚ^{LU}-*ăs]:* la traducción es de lo más desafortunada, tratándose al pie de la letra de *un hombre;* los habitantes de la ciudad de LÚ^{MES}URU^{LIM} tienen, en los textos en cuestión, una valor y unas implicaciones muy particulares: cfr. A. Archi, *Bureaycratie et communautés d'hommes libres dans le système économique hittite,* en *Festschrift H. Otten,* Wiesbaden, 1973, pág. 17 y ss.

b) *Servicio feudal al feudatario* —(feudal service to the liege lord)— *[šaḫḫan]: beneficiario feudal/posesión feudal* —(socman/socage)— [^{LU}IL.KI/*šaḫḫan]:* las diversas soluciones ya se encuentran a un nivel de interpretación en términos *feudales,* lo que resulta enormemente peligroso e históricamente inexacto: cfr. por todos A. Archi, *Il «feudalesimo» ittita,* en *Studi micenei ed egeo-anatolici,* XVIII (en prensa).

c) *Si por el contrario deja sin cultivar los campos* —(if he allows the fields to lie idle)— *[ták-ku sa-aḫ-ḫa-an ar-ḫa pí-eš-ši-ia-zi,* sic Friedrich, cfr. también H. Otten-Vl. Soucek, en Archiv für Orientforschung, 21, 1966, págs. 1-2]; *...y un beneficiario feudal se asigna a su puesto* —(... is assigned in his stead)— *[ti-it-ti-an-za]; ...y la gente de la ciudad los trabajará* (and the people of the town shall work them) —*[na-an* LÚ-^{MES} URU-*ri an-ni-eš-kán-zi];* en los otros tres pasajes las soluciones propuestas son tema de debate; cfr. F. Imparati, *op. cit.,* notas críticas y filológicas a los párrafos que hemos citado.

Hay que tener presente que el texto de las leyes presenta variaciones frecuentemente, incluso notables, entre las diversas redacciones que se efectuaron a lo largo de los siglos, por lo que resultaría metodológicamente correcto, al examinar un parrafo de-

sión de los campos de otro, deberá cumplir también con el respectivo servicio feudal al feudatario; si deja sin cultivar los campos, otro hombre puede tomarlos, pero no debe venderlos.

Si un «artesano» desaparece y un beneficiario feudal es asignado en su puesto, si el beneficiario dice: «Esta es mi posesión de artesano, pero esta otra es mi posesión feudal», se asegurará un acta sellada respecto a los campos; entonces tendrá la posesión legal de la propiedad del artesano y deberá además atender a los deberes relativos a la posesión feudal. Si rehusa la prestación del artesano, *se declararán vacantes los campos del artesano y la gente de la ciudad los trabajará.*»

De ésta y otra cláusula, más bien oscuras, sobre el tema, se desprende que la tierra hitita se dividía al principio en dos clases (cfr. O. R. Gurney, *The Hittites,* London, 1952). La tierra inalienable del poseedor de bienes feudales sujetos a prestaciones de servicios (o «detentador del feudo») y poseída bajo específicos términos de servicio (llamado *saḫḫan)* a cuya muerte el feudo vuelve al palacio; la propiedad del artesano («el hombre del utensilio»), o miembro de la clase artesana, cuyo título proviene de la autoridad local, puede ser comprada o vendida, pero vuelve a los «hombres de la aldea» cuando se pierda el título.

Los poseedores de *ktoinai ktimenai* en Pilos, entre los que no se encuentran mujeres, están clasificados como *te-re-ta,* probablemente *telestai;* cfr. el texto eleo: αἴτε ϝέτας αἴτε τελεστά «sea un ciudadano privado o un magistrado». En base del *t-* inicial, y no del q^u-, el término micénico deriva probablemente de τέλη «servicios debidos» y no de τέλος «cumplimiento», y puede implicar obligaciones feudales originarias por parte de los poseedores de dicha tierra. Palmer[11] sugiere un parangón directo entre estas obligaciones y el *saḫḫan* de los propietarios de terrenos hititas. Traduce *telestai* por el término «ba-

---

terminado, tener presentes las modificaciones que se han verificado (confróntese al respecto la útil selección de R. Haase, *Die Fragmente der hethitischen Gesetze. Transkribiert und nach Paragraphen geordnet,* Wiesbaden, 1968; cfr. para una útil actualización bibliográfica, A. Kammenhuber, *Keilschrifttexte aus Bogazköy (KBo XIX),* en *Orientalia,* 43, 1974, pág. 114 y ss.; finalmente, sobre los problemas de la historia del derecho, véase A. Archi, *Sulla formazione del testo delle leggi ittite,* en *Studi micenei ed egeo-anatolici,* VI, 1968, pág. 54 y ss.).

Como inciso, se ha de advertir que la extrapolación de los párrafos 39 y 40 ya representa un peligro de distorsión del cuadro que pueden ofrecer las leyes hititas al respecto (cfr. Djakonoff, *op. cit.,* pág. 326 y ss.).

Desde luego que el mundo micénico, tal como aparece en parte a la luz de la documentación escrita, se puede considerar, efectivamente, por razones de comodidad de análisis, casi como un «apéndice» del mundo del Próximo Oriente, a condición de que (como se verá más adelante en el ensayo de C. Parain) no se caiga en cualquier forma de etiquetación (por ejemplo: «Modo de producción asiático», deteriorado ya por la rigidez de su formulación que frecuentemente se propone en los estudios del antiguo Oriente Próximo) y de que no se olvide que la comparación entre *cada* institución de dos sistemas sociales diferentes en el espacio y en el tiempo no puede ofrecer ninguna validez histórica (N. del E.).

[11] *Op. cit.,* nota 1, pág. 13.

rones», sosteniendo que dicho término, quizá derivado del germánico *bara* relativo a φόρος «tributo», puede reflejar una organización feudal paralela.

De la misma manera, Palmer equipara las tierras administradas por el damos de Pilos con la «tierra de la aldea» hitita, sugiriendo que el apelativo homérico δημιοεργός, referido a los artesanos, menestrales y médicos, significara precisamente en su origen «los que trabajan la tierra de la aldea», es decir, una clase paralela a los «hombres del utensilio» hititas [12].

Sacar conclusiones respecto a las precisas condiciones de la posesión de la tierra en el mundo micénico a partir de la aparente etimología de los términos empleados, es, naturalmente, un procedimiento más bien inseguro si se piensa en las adaptaciones históricas a las que tanto el sistema como su termimología pueden haber estado sometidas desde la época del asentamiento original de los griegos en el país. Las mismas dificultades encuentra la tentativa de Palmer al usarlos para una reconstrucción de las instituciones «indoeuropeas» que pudieron introducir en el país (como también el descuidar las posibles influencias de las instituciones «minoicas»); pero representa el primer paso decidido en una línea necesaria de investigación.

El testimonio de las tablillas no nos permite admitir con seguridad el hecho de que la tierra administrada por el *damos* fuera verdaderamente un *ager publicus,* en el sentido de estar poseída colectivamente y de estar sujeta a redistribuciones periódicas. Es inimaginable que las *kekeimenai* (?) *ktoinai* signifiquen solamente el residuo de un sistema semejante, quizá la «tierra que queda abandonada», cuya propiedad se ha perdido por muerte o por castigo, y que solamente entonces vuelve a ser administrada por la aldea —como parece ser el caso de la tierra «falta de propiedad» del artesano en las cláusulas hititas (...) [13].

Para la discusión teórica sobre la posesión primitiva de la tierra se puede consultar el libro de Thomson, *The prehistoric* Aegean, London, 1949, págs. 297-331. El autor pone de manifiesto que los δῆμοι representan las unidades de instalación clásica, fundadas incialmente en una administración colectiva de la tierra. La aglomeración de las aldeas originarias en ciudades centralizadas no estaba, evidentemente, muy avanzada en los tiempos micénicos: Tucídedes (I, 5 y 10) mantiene el recuerdo de «πόλεις no fortificadas, cuyos habitantes vivían en aldeas dispersas».

---

[12] Sobre la proximidad entre el LÚ[GIS]KU hitita y la clase de los :: δημιουργοι, cfr. F. Imparati, *op. cit.,* pág. 226 (N. del E.).

[13] Chadwick y Ventris recuerdan en este punto las notas de Gardiner relativas a la categoría de la tierra *khato* del papiro de Wilbour. (A. H. Gardiner, *The Wilbour Papyrus,* Oxford, 1948, vol. II, pág. 210). También debemos añadir que un parangón directo con un documento complejo, como lo es el papiro de Wilbour, no ayuda mucho. La cita de un fragmento de este documento no resulta particularmente útil para una clarificación de la situación micénica, como se verá al reproducirla al final de este apartado (N. del E.).

La mayor parte de las referencias relativas al *damos* en las tablillas de Pilos está en conexión, probablemente, no con el propio centro de «Pilos» (¿comprendiendo sólo el Palacio y la sede de la administración?), sino más bien con la aldea de *Pa-ki-ja,* una de las nueve que se encuentran frecuentemente enumeradas siguiendo un orden fijo. En la mayor parte de los casos, la solución gráfica de este nombre parece implicar un nominativo plural en *-anes,* que podría ser un nombre tribal o de un clan más que un nombre de lugar (cfr. Ἕλλανες, Ἀχαρνᾶνες). Se puede admitir que el *theos* que aparece con tanta frecuencia en los documentos de esta aldea (cfr. PY Tn 316) [14] represente la divinidad tutelar del clan. Thomson *(op. cit.* págs. 361-2) sostiene, basándose en la Odisea III, 7, que Pilos consistía en nueve δῆμοι; la posible conexión con las nueve aldeas recordadas en las tablillas hace ya tiempo que se puso en evidencia por Blegen y por Bennett [15].

Aunque la «primera serie» de Pilos contenga registros de *ktoinai ktimenai* como tales, no comprende, sin embargo, tablillas que cataloguen la tierra del *damos* más que en la forma de *o-na-ta* (singular *o-na-to,* evidentemente neutro). Tales *o-na-ta* constituyen una especie de título subordinado para el uso de los campos particulares, traducidos por el término de «tierras en alquiler». Los que en el «primer set» tienen «en alquiler» las *ktoinai kitimenai* son llamados *o-na-tere* (nom. plural), término que se puede equiparar con «arrendatarios». Por otra parte, no está claro que los *onata paro dāmōi* repre-

---

[14] PY Tn 316 = 172 +.

Se trata de un documento de difícil interpretación a causa de una confusión inicial entre el «derecho» y el «revés» (cfr. *Docs.* [2], págs. 458-459, 462). La interpretación propuesta inicialmente, la de un calendario ritual *(ibídem,* pág. 284 y ss. y también págs. 459-462), se debería modificar, en líneas generales, por la de una serie de ofrendas/sacrificios (?) efectuados por la comunidad y por la ciudadela (si *wa-tu* en la línea 1 del «derecho» debe interpretarse efectivamente como *wastu;* ; Ventris y Chadwick: «city») de Pilos en un mes determinado en el lugar de *Pakijane* y ante los oratorios de algunas divinidades (N. del E.).

[15] Mucho se ha discutido, sin que se haya conseguido llegar a una conclusión común, sobre la división del reino de Pilos en dos provincias. Una estaría caracterizada por nueve centos principales y se localizaría más hacia aquí (respecto a Pilos) del macizo que divide la costa occidental de Mesenia del golfo de Mesena hasta el cabo Acrita (definida en los textos como *de-we-ro-a3-ko-ra-i-ja);* la otra se caracterizaría por siete centros principales y se localizaría en la región más allá de ese macizo, asomándose sobre el citado golfo (en los textos: *pe-ra3-ko-ra-i-ja).* Es evidente, que el tema se encuentra íntimamente ligado con el estudio arqueológico sobre el emplazamiento de Pilos (examínese cuanto se ha expuesto en relación con la colaboración de G. Childe). El problema se ha replanteado en su totalidad recientemente por S. Hiller y O. Panagl, *Die Frügriechschen Texte..., op. cit.,* cap. XXVI *(ibídem* para la bibliografía esencial). Recordamos ahora solamente las más recientes aportaciones al tema: J. Chadwick: *The Mycenaean Documents,* en *The Minnesota Messenia Expedition,* cit. en la nota 8 de la colaboración de G. Childe; íd., *The Geography of the Pylian Kingdom,* en *Bulletin of the Ins. of the Class. Stud. of the University of London,* 19, 1972, págs. 147-148; íd., *The Geography of the Further Province of Pylos,* en *American Journal of Archaeology,* 77, 1973, pág. 276 y ss.; S. Hiller, *Studien zur Geographie de Reiches um Pylos nach den mykenischen und homerischen Texten,* Wien, 1972 (N. del E.).

senten el único modo en que era cultivada la tierra «comunal», dado que los registros conservados se limitan a algunas restringidas categorías de posesión, en las que estaban particularmente interesadas las autoridades palatinas (...).

La clase de los onātēres comprende bataneros, alfareros y otros oficios, además de uno o dos sacerdotes o sacerdotisas; sin embargo, a la mayor parte se los describe como «siervos del dios», incluyendo tanto a los hombres *(theoio doelos)* como a las mujeres (t. doelā). Probablemente, se trata de un título formal y no se relaciona con la clase de los *doeloi* y de las *doelai* de las otras tablillas en que están enumerados, pero no se mencionan con nombres propios. Resulta tentador trazar un parangón con el apelativo de ἱεροδόυλοι dado a los cultivadores de las tierras del templo en Egipto [16], pese a que su status preciso permanezca oscuro para nosotros. ¿El gran número de estos *Theodules,* y de adeptos al culto recordados en el «tercer set» [17], indica quizá que la posesión de la tierra indicada en estas tablillas se relacionase principalmente con la organización de las instituciones religiosas en Pilos? ¿Se debe, tal vez, al hecho de que ciertos artesanos favoritos y acogidos en el templo eran las únicas personas por debajo del nivel del *telestas,* a quienes les estaba permitido mantener tierras en alquiler? ¿Puede ser que los *theoio doeloi* fueran solamente agricultores, cuya obligación de pagar impuestos al templo se registra de tal manera? (...) [18].

La relación entre los registros de posesiones de tierras y sus correspondientes cantidades de GRANO se expresa mediante la fórmula *to-so-(de) pe-mo* o *pe-ma.* Ya que *pe-ma* se aplica a la semilla de cilandro en KN Ga 674 es natural leerlo como σπέρμα «semilla» (o siembra», generalmente en clásico σπορά o σπόρος). *Pe-mo* aparentemente tiene el mismo significado, tanto como variante ortográfica (*-mo* ¿de * -mn?) que como duplicado en *-mos,* cfr. ὀδυρμός/ὄδυρμα, καθαρμός/χάθαρμα en Esquilo.

No está claro si la cantidad de grano indicada en los documenos se refiere a una efectiva operación concreta (¿del tipo de una distri-

---

16 Cfr. M. Rostovtzeff, *Historia Social y Económica del Mundo Helenístico,* Espasa Calpe. Madrid 1967.

17 El «tercer set» *(Docs.* ², págs. 252-258), al que hacen referencia los autores, reagrupa las tierras *kekemena* asignadas a los personajes pertenecientes a la esfera religiosa, bajo diferentes formas *(onato paro damo, etonijo,* etc.) (serie Ep/Eb) (N. del E.).

18 A propósito del tipo de tierra *ka-ma,* los autores remiten a otro lugar más específico de su obra (es decir, a la pág. 261 y ss., en relación con el análisis de la tablilla PY Ep 613), lo que supone, en cierto sentido, un índice de la evidente dificultad de encuadramiento orgánico de este tipo de posesión. En el ensayo de Y. M. Charue, *Mycénien kama, kameau,* en *Recherches de philologie et linguistique,* 3, 1972, pág. 97 y ss., se encuentra una contribución reciente al análisis de este tipo de tierra (que pertenece en cualquier modo, incluso a nivel de cómputo general, a las tierras llamadas *kekemena;* cfr. M. Lejeune, *Le recapitulatif du cadastre Ep de Pylos,* en *Proceedings of the Cambridge Colloquium on Mycenaean Studies,* cit. pág. 260 y ss.; íd., en *Minos,* XIV, cit., pág. 60 y ss.) (N. del E.).

bución proveniente de los graneros reales?) o meramente una manera convencional de expresar las superficies del terreno (¿con fines fiscales?). En ambos casos resulta evidente que existiera una forma de densidad de siembra universalmente reconocida que hiciera inútil el registro de las áreas mediante otras medidas de superficie (excepto en una ocasión, en la tablilla PY En 609.1)[19]. Los textos de Nuzi emplean el *imêru* babilónico, «carga de asno», para medir tanto las cantidades de grano como las superficies de los campos. Lewy[20] sostiene que el sistema numérico de medición de tierras deriva igualmente de la unidad correspondiente de volumen de semillas; recuerda que los lexicógrafos árabes definían las unidades de superficie mediante los volúmenes de grano necesarios para sembrarlas.

Las densidades de siembra citadas antiguamente por los textos neobabilónicos, por Cicerón y Columela y por el Talmud, concuerdan con las actualmente en uso y varían, generalmente, entre 150 y 200 litros por hectárea (12/3 -21/4 bushels por acre). Webster[21] señala las superficies absurdamente pequeñas que resultan para las tierras de Pilos si usamos dicha muestra de siembra y, como factores de conversión, los equivalentes en litros de las medidas de granos sugeridas en este lugar[22]. La situación mejora si suponemos que las cantidades

---

19 PY En 609 = 114 +.

Sobre la presunta unidad de medida a la que aquí se recurre *(damate* Da 40) debe verse lo estudiado por el propio Chadwick en *Docs.* ², pág. 447; cfr. además el reciente artículo de Y. Duhoux, *Les mesures mycéniennes de surface,* en *Kadmos,* 1974, pág. 34 y ss. Sin embargo, la solución más aceptable parece ser la que da Lejeune en el reciente y fundamental artículo *Sur l'intitulé de la tablette pylienne En 609,* en *Revue de philologie, de littérature et d'histoire ancienne,* 48, 2, 1974, págs. 247 y ss. La importancia de esta aportación, que está esrechamente ligada a la que se refirieren las tablillas de recapitulación de la serie Ed (cit. en la nota 18: la sigla Ep se ha cambiado en Ed para esta serie de tablillas de recapitulación de las tierras *kekemena),* no radica solamente en el hecho de haber proporcionado pruebas suficientes para excluir el posible valor de medida de «DA 40», sino también en haber dado un cuadro orgánico y creíble de la estructuración de los registros definitivos de las tierras en el distrito de *Pakijane.* La intitulación de En 609, según la interpretación de Lejeune, supone la intitulación general de las versiones A de las tierras *kekemena* y *kitimena,* de modo que en el número 40 se determina la cantidad de tierras parceladas según las «disposiciones institucionales y permanentes» (véase también el cuadro de registros de las tierras que se encuentran al final de esta parte). El mismo Lejeune (en *Minos,* XIV, citado ya varias veces) pone en claro la relación existente entre extensión de las tierras (al menos para las registradas en Er 880 y 312) y envíos de los detentadores de esas parcelas (¿tasa o tributo?; Un 718) (N. del E.).

20 H. Lewy, *Origin and development of the sexagesimal system of numeration,* en *Journal of American Oriental Society,* 69, 1949, pág. 1 y ss.

Incluso en el caso de la confrontación con los documentos de Nuzi conviene emplear cierta cautela debido a su amplitud y complejidad. Una reciente y exhaustiva investigación sobre la relación entre dimensiones de los campos y volumen de cosecha en Nuzi se encuentra en el trabajo de C. Zaccagnini, *The yield of the fields at Nuzi,* en *Oriens Antiquus,* XIV, 1975, pág. 13 y ss. (N. del E.).

21 T. B. L. Webster, *op. cit.,* en nota 1, pag. 13.

22 Sobre el esquema de las unidades de medida para sólidos, conviene señalar que la discusión parte de la interpretación de las raciones mensuales de grano y de higos entregadas por el palacio a grupos de trabajadores de diferentes edades y sexo (serie A de Pilos y Knossos, cfr. *Docs.* ², págs. 58-60, 115 y ss.). Ventris y Chadwick, basándo-

de grano fuesen las distribuidas efectivamente para la siembra de una estación, no los teóricos equivalentes de superficie, y que la mitad de la tierra se dejara mientras tanto en barbecho; en tal caso podemos

---

se en éstas y en las relaciones relativas, ya comprobadas en los textos, entre la unidad de medida y sus submúltiplos, establecen los siguientes valores:

Medidas	Valores en litros	Relación con la medida anterior
T T T	1 unidad = 120 (falta el ideograma)	—
ꟼ ꟼ ꟼ	1 unidad = 12	1/10
⊓ ⊓ ⊓	1 unidad = 2	1/6
	1 unidad = 1/2	1/4

Basándose en los estudios realizados por M. Lang sobre la capacidad de las vasijas de Pilos *(Excavations of the Palace of Nestor,* Part II, *American Journal of Archaeology,* 68, págs. 99-105). Chadwick corrigió posteriormente estas valoraciones (cfr. *Docs.* [2], págs. 393-4), según el siguiente esquema:

Medidas	Valores en litros	Relación con la medida anterior
T T T	1 unidad = 96 l.	—
ꟼ ꟼ ꟼ	1 unidad = 9,6 l.	1/10
⊓ ⊓ ⊓	1 unidad = 1,6 l.	1/6
	1 unidad = 0,4 l.	1/4

Si se da por bueno este esquema y si se tienen en cuenta las consideraciones de la nota 25 (por las que el cálculo en semillas relativo al *temenos* del *wanax* se debería efectuar no en base a lo indicado en Er 880: GRA 50 (?), sino en base a Er 312: GRA 30), y manteniendo siempre como factor de referencia el de 50,1 l. por hectárea (o sea, 1,92 hectáreas por unidad de medida de grano) tendríamos las siguientes cifras, limitadas a las posesiones del *wanax* y del *lawagetas:*

Temenos del rey	30 unidades (2880 l.)	57,6 ha.
Temenos del *lawagetas*	10 unidades (960 l.)	19,2 ha.

Palmer (The Interpretation..., cit., pág. 11 y ss.), también a partir del estudio de las listas del personal aprovisionado por el palacio, llega a asignar valores absolutos todavía más bajos:

Medidas	Valores en litros	Relación con la medida anterior
T T T	1 unidad = 60 l.	—
ꟼ ꟼ ꟼ	1 unidad = 6 l.	1/10
⊓ ⊓ ⊓	1 unidad = 1 l.	1/6
	1 unidad = 1/4 l.	1/4

Sobre la discusión entre Palmer y Chadwick cfr. *Docs.* [2], págs. 393-394, 418. También ha tenido lugar un intercambio de cartas entre investigadores; se han publicado en *Nestor,* 1 agosto 1975, págs. 1.003-1.004; 1 octubre 1975, págs. 1.011-1.012; 1 enero

llegar a duplicar el área del *temenos* del rey y de las *ktoinai ktimenai* que habíamos calculado en relación a la cantidad de *sperma*. La propuesta alternativa, en base a la que *pe-mo* se considera no como grano sembrado, sino como una especie de tasa impuesta sobre las recolecciones de *ktoinai*[23], no supone ninguna mejora de las cifras, ya que un impuesto razonable sobre una cosecha de grano podría muy bien ser mayor que la cantidad de semillas necesaria para producir tal cosecha; pero no se puede excluir únicamente en base de este criterio.

Lewy [24] ha demostrado que la muestra de siembra que adoptan los documentos mesopotámicos anteriores al 1000 a. de C. era considerablemente inferior respecto a las cifras actuales. Indica la medida de 150 litros para los períodos neosumerio y casita, 60 litros para los textos de Nuzi y aporta pruebas de Mishna para un sistema más antiguo del cultivo de cereales, según el cual en vez de dejar un campo entero en barbecho durante una estación, los agricultores del antiguo Próximo Oriente prevenían el agotamiento del suelo dividiendo sus campos en surcos que alternativamente se trabajaban o dejaban en barbecho. La distancia entre estos surcos sembrados debió de ser tres o más veces más ancha que la utilizada posteriormente. Para que sea posible o no emplear esta explicación para la Grecia micénica, puede ser interesante el ver cuáles son las superficies que resultan para las tierras de Pilos, considerando una siembra de 50 litros por hectárea y un valor para la unidad de medida del grano de 120 litros (es decir, un factor de 2,4 hectáreas por unidad de medida)[25].

	Siembra de grano	Area	Población alimentada
Tememos del rey	50 unidades (6.000 litros)	120 = 297 acres	83 hombres por un año
Total para la primera serie	40 unidades	96 ha = 237 acres	67 hombres por un año
Ktoina ktimena de medias proporciones	2 T 3	5.4 ha = 13.3 acres	4 hombres por un año
Onaton de medias proporciones	T 1	0.24 ha = 6/10 acres	1/6 hombre por un año
El menor *onaton* (solamente una vez)	<| 1	0.04 ha = 1/10 acres	1/36 hombre por un año

1976, págs. 1.027-1.028. En el reciente trabajo de S. Hiller y O. Panagl, *Die frühgriechischen Texte...*, cit. págs. 73-74, los autores parecen tomar posición a favor de la hipótesis de Palmer (cfr. en particular nota 7, pág. 73, donde, sin embargo, no aparece bien explicado el razonamiento que llevó a Chadwick a aceptar en parte las correlaciones propuestas por M. Lang). Sobre el problema de los sistemas de medir en especie en el mundo micénico, consúltese cuanto se ha dicho sobre las colaboraciones de K. Polanyi y J. P. Olivier en la tercera parte (N. del E.).

[23] G. Pugliese Carratelli, *La decifrazione*... cit. en la nota 1, págs. 102-110.

[24] H. Lewy, *Assyro-Babylonian and Israelite measures of capacity and rates of seeding*, en *Journal of American Oriental Society*, 64, 1944, pág. 65 y ss.

[25] La extensión del *temenos* del monarca se calcula aquí en base a 50 unidades. Es-

Las pequeñas dimensiones de algunos campos no son sorprendentes para el territorio griego y tienen un paralelismo con las tablillas de Alalakh[26] y con el *Papiro de Wilbour* (se verá a continuación). Las cifras relativas a la población alimentada se estiman en base de un rendimiento quíntuple respecto a las dimensiones (que es el límite superior para el grano mencionado en las tablillas de Nuzi[27], y en razón de una ración mensual de T 2½ = 30 litros; este resultado, naturalmente, no está influenciado por las variaciones de la muestra de siembra que se recibe. Las tablillas conservadas registran evidentemente nada más que una fracción muy pequeña de la superficie total que servía para alimentar a la población de Pilos y a sus instalaciones periféricas. Se puede admitir que, en tal caso, o bien los arrendatarios menores tuvieran más tierra para sustentar a sus familias respecto a los pequeños *onata* registrados en las tablillas que han llegado hasta nosotros, o bien que dichos *onata* no fueran más que lotes con los que se integraban las entradas provenientes de otro tipo de trabajo, como parece evidente en el caso de los bataneros y alfareros. Por establecer un parangón, en el ámbito anglosajón la posesión normal de una familia campesina, que tuviera dos bueyes de tiro, era de ¼ «hide» (30 acres), aunque los campesinos arrendatarios pudieran mantenerse solamente con cinco acres. Aún se podría considerar si las cifras relativas al *pe-mo,* en vez de referirse a la semilla de grano, pudieran, en efecto, «representar solamente una fracción de

---

ta cifra no corresponde directamente a la registrada en la tablilla PY Er 312 (= 152 +):

1. *Wa-na-ka-te-ro, te-me-no.*
2. *To-so-jo pe-ma* GRA 30.

1. La posesión del rey.
2. Siembra de esta entidad: Grano 30.

A lo que sigue, en la tercera línea, la indicación relativa al *lawagetas:*

3. *Ra-wa-ke-si-jo te-me-no* GRA 10.

Los autores han efectuado el cálculo de las 50 unidades en base a la tablilla PY Er 880, aceptando la hipótesis de que el nombre *(e)-ke-ra2-(wo),* contenido en la primera línea no fuera otra cosa que el nombre del mismo monarca (cfr. *Docs.* ², pág. 264 y ss.; notas adicionales en págs. 446, 453-454). Esta hipótesis se formuló, además de establecerse sobre la restitución del texto *e-ke-ra2-wo* en Er 880.1, a partir de la comparación de An 724, Er 312. Un 718 (cfr. el esquema de las atribuciones de tierras y del orden que ocupan en las listas los diferentes personajes o categorías de personajes en la pág. 265). Por otra parte, Lejeune, en su reciente trabajo, *Sur l'intitulé...,* citado, sitúa en la misma localidad *(Sarapeda)* los campos registrados en Er 880 y Er 312, que suman una superficie correspondiente a una siembra de 170 unidades de grano; el mismo investigador ha demostrado también lo inadmisible de la ecuación *wanax = e-ke-ra2-wo* en su segunda contribución fundamental sobre el régimen territorial micénico, *Le dossier sa-ra-pe-da...,* citado. Finalmente, se debe tener en cuenta, como ha señalado el mismo Lejeune, que la posesión del monarca mencionada en esta localidad no excluye que pudiera tener otros lotes de terreno en localidades diferentes; lo que justificaría las limitadas dimensiones de la posesión mencionada (N. del E.).

[26] Cfr. D. J. Wiseman, *The Alalakh Tablets,* Brit. Inst. of Archaeology at Ankara, 1953.

[27] E. R. Lacheman, *Epigraphic evidence of the material culture of the Nuzians, Appendix D to R. F. S. Starr: Nuzi,* vol. I, Harvard, 1939.

[28] T. B. L. Webster, *op. cit.,* en la nota 1, pág. 13.

la siembra total»; así se puede imaginar, por ejemplo, que los graneros de palacio proveyeran la mitad o una cuarta parte de las semillas necesarias, probablemente en situación de emergencia; también se podría creer incluso que los graneros del palacio recibieran *de los* campesinos una tasa igual a la mitad o a un cuarto de lo sembrado por ellos (...).

Efectivamente, no hay testimonios explícitos que permitan ofrecer una respuesta definitiva a este difícil problema.

Podemos tomar, como ejemplo para una comparación, dos tablillas cuneiformes con texto bastante similar [29].

1. Tablilla sumeria de Lagaš (H. De Genouillac, *Tablettes sumériennes archaiques (Lagaš),* París, 1909, XXXVIII:

«2.580 litros de grano [30] (primera vez), 600 litros de grano (segunda vez) y 1.250 litros de cebada se han extraído del campo de Datiramma: el admimistrador Enniggal los envió del edificio Ekiqala al superintendente de la factoría Ur-Enki (sexto año)».

2. *Nuzi (Annual of the American School of Oriental Research,* 16, 1935-36, núm. 87):

«500 litros de cebada, entregados a Kipali para sembrar cinco *imêru* de tierra pertenecientes a Uzna; las tierras de Uzna son para la «sociedad» (cfr. *¿o-na-to?)* y Kipali no podrá disponer de ellas».

Hay que señalar que las dotaciones de grano para la siembra en Babilonia incluyen frecuentemente un extra en relación con lo que se ha calculado de la superficie de terreno para la alimentación de los animales de tiro.

El paralelismo más acusado con la organización de las tablillas E- de Pilos se encuentran en los párrafos del largo papiro de Wilbour (Gardiner, *op. cit.).* En éste se contiene un registro catastral, efectuado aproximadamente en el 1150 a. de C., de un gran número de

---

[29] Como ya se ha demostrado anteriormente, los parangones específicos con el Oriente Próximo pueden resultar peligrosos una vez aislados de su contexto sociopolítico y cronológico. No es a través de las confrontaciones entre elementos de «sistemas», con frecuencia no contemporáneos, como se puede arrojar luz precisamente sobre la escasez de pruebas documentales. Las confrontaciones ofrecidas por Ventris y Chadwick son estimulantes para un futuro trabajo de cotejo y relación entre el mundo micénico y la situación del Próximo Oriente, trabajo que, sin embargo, se realizará sobre bases muy distintas. En todo caso, consideramos útil indicar, a título informativo, algunos estudios ligados a los dos ejemplos aquí reproducidos; para Lagaš hay que tener presente la reciente publicación de G. Pettinato, *Untersuchungen zur neusumerischen Landwirtschaft, I: die Felder,* Napoli, 1967; respecto a la discusión que se mantiene actualmente sobre el tipo de organización socioeconómica en Mesopotamia durante la época protodinástica y neosumeria, véase el reciente estudio de K. Mackawa, *The development of the é-mi in Lagash during early dynastic III,* en *Mesopotamia,* VIII-IX, 1973-74, pág. 77 y ss.; para Nuzi se deberá tener en cuenta el ya citado trabajo de C. Zaccagnini, *The yield...,* y, en particular, para el texto aquí considerado, pág. 183 y ss. (N. del E.).

[30] Para mayor facilidad, se ha traducido por «grano» lo que en la traducción inglesa aparece como «emmer-wheat». Conviene, por tanto, precisar que en este caso se trata del «triticum dicoccum», generalmente traducio por el término «farro» (N. del E.).

campos situados a lo largo de la orilla izquierda del Nilo, junto a su valoración para la imposición del tributo en grano. Pese a la elaborada fraseología y a los cálculos de cada párrafo, Gardiner admite que gran parte del verdadero significado y finalidad de las series permanece oscuro, al igual que en el caso de las tablillas de Pilos [31].

Los varios términos que diferencian los campos, muestran distinciones: 1) de propiedad, según sea individual, del templo, real, etc.; 2) de condición: «apenas roturado», «(normalmente) arable», «agotado», «no cultivado», etc.; 3) de colocación, en relación con las crecidas y decrecidas del Nilo. Los registros de pequeños propietarios, que constituyen el tema de muchos párrafos recuerdan los de Pilos en su catalogación de nombres propios y ocupaciones, así como en el hecho de que aparecen muchas mujeres.

Ejemplo:

Párrafo 84.

El embarcadero del faraón en Hardai. Medidas realizadas al sur de P-ma:

La señora Hathor, junto a sus hermanos: 3 arouras = ½ (tasable) y a 1½ sacos de grano (por aroura).

Repartido para Suchus de P-ma, cultivado por mano de Hori: 10 arouras = 2½ a 1½ sacos de grano.

El auriga Pra' (hi) wenmaf, cultivado por mano del campesino Amenemope: (20) 5 arouras = ½ a 1½ sacos de grano.

La señora Tkamen: 5 arouras = ½ a 1½ sacos de grano.

El pastor Set (em) hab: 5 arouras = ½a 1½ sacos de grano.

El agricultor Pkhore: 5 arouras = ½ a 1½ sacos de grano.

El servidor Nakhthikhopshef: 5 arouras = ½ a 1½ sacos de grano.

El encargado de establo Kenhikhopshef: 5 arouras = ½ a 1½ sacos de grano.

El esclavo Shedemdei: 3 arouras = ½ a 1½ sacos de grano.

Las dimensiones de propiedades tan pequeñas varían de un mínimo de 0,0164 hectáreas (1/25 acre) hasta 11 hectáreas (27 acres), mientras que los campos de tierra *khato,* pertenecientes a la corona, varían entre 0,55 y 93 hectáreas (1 1/3 - 230 acres): Gardiner *(op. cit.,* vol. II, pág. 98) cita a Lozach-Hug con respecto al hecho de que en tiempos recientes alrededor del 40 por 100 de las propiedades en Egipto alcanzan ½ acre e incluso menos.

---

[31] El monumental trabajo de Gardinier ofrece una lectura bastante complicada. Una exposición de los problemas y del significado de este documento se encuentra en la reciente aportación de M. Liverani, *Il modo di produzione,* en *L'alba della civiltà,* vol. II, Torino, 1976. Para un tratamiento más general en relación con las condiciones económicas del mundo egipcio, véase el reciente trabajo de W. Helck, *Wirtschaftsgeschichte des alten Aegypten,* en *Handbuch der Orientalistik,* 1. Abt., 1 Bd., 5 Abschnitt, Leiden, 1975, parte 3.ª: *Neues Reich,* pág. 200 y ss. (N. del E.).

Ninguna clase de documentos micénicos ha dado tanto motivo de discusiones como las tablillas relativas a la posesión de la tierra en Pilos. Sin embargo, permanecen entre las zonas más oscuras en el ámbito de la interpretación de los testimonios en Lineal B. No se puede decir que en este caso el vocabulario o la sintaxis sean más difíciles que de costumbre, aunque también en este aspecto se encuentren problemas sin resolver. Se trata más bien de ignorancia sobre la situación general, de la que las tablillas nos proporcionan solamente elementos marginales. La mayor parte de las tentativas de solución parten de una teoría preconcebida sobre la posesión de la tierra en la Grecia micénica y, por tanto, los testimonios de las tablillas se han interpretado de manera que se adaptaran a dicha teoría. Hay que observar, sin embargo, que sin una operación teórica semejante toda explicación global resultaría probablemente imposible. Es más, las escasa cantidad de hechos incontrovertibles que se desprende de los documentos permite la más amplia variedad de interpretaciones. En este apartado intentaremos puntualizar tales hechos sin considerar distintamente cada teoría.

Ante todo, es preciso destacar que las tablillas de la serie E de Pilos no representan un censo de la tierra arable de todo el reino, ni siquiera de la provincia citerior. La gran mayoría se refieren a la localidad de *Pa-ki-ja-ne* [32] que es la más próxima al palacio entre las nueve ciudades de la misma provincia; dicha localidad figura también en un documento religioso (PY Tn 316) [33] como sede de un santurario. Todo esto, junto al hecho de que muchas de las personas citadas en las cuatro series principales tengan títulos religiosos, justifica la consideración de este lugar como un caso especial. Las otras dos series principales de documentos sobre la tierra (Ea y Es) se refieren, aparentemente, a zonas diferenciadas, pero, por desgracia, no tenemos elementos que permitan localizarlas. Si creemos encontrarnos ante una constatación de carácter general, tenemos que preguntarnos por qué se recibieron tan pocas informaciones [34]. Por tanto, parece que es más prudente suponer que las únicas zonas catalogadas son aquellas en las que surgieron particulares problemas de propiedad. Es muy peligroso generalizar la situación de *Pa-ki-ja-ne* que, por lo que se puede deducir, pudo muy bien ser excepcional.

De lo anteriormente expuesto se deduce que cualquier intento de comprender la manera en que se cultivaba y distribuía el grano resul-

[32] Cfr. En 609 = 114 +.

[33] Cfr. PY Tn 316 = 172 +.

[34] Hay que recordar la postura crítica de J. Chadwick y St. Dow en *The Linear Scripts and the Tablets as Historical Documents, Cambridge Ancient History II,* 2.ª ed., 13 (fascículo 70), respecto a la interpretación de la serie como verdadero «catastro». Lejeune también adopta la misma posición en *Sur l'intitulé...,* cit., pág. 247 y ss. (N. del E.).

ta vano. Indudablemente, la tierra arable se debió de trabajar en forma intensiva para alimentar a la población, pero los detalles del proceso se nos escapan por completo. El palacio distribuía grandes cantidades de grano todos los meses: el fragmento Fg. 253, con su total de GRANO 192 T 7 representa probablemente la ración mensual de las mujeres que aparecen en las listas de las tablillas Ab; dicha cantidad supone alrededor de los 18.500 litros. Ciertamente debió de darse un sistema eficaz de cobro con el fin de satisfacer semejante necesidad, pero no nos resulta posible determinarlo mediante los documentos conservados.

En segundo lugar, aparece claro que la tierra puede corresponder a una de las dos categorías llamadas en las tablillas *ke-ke-me-na* y *ki-ti-me-na*. La etimología del primer término es todavía un problema por resolver; mejor dicho, no faltan las soluciones plausibles, de lo que carecemos es del medio para elegir entre ellas. El significado efectivo lo recogió Furumark y se acepta generalment la idea de que dicha tierra sea «comunal». El término opuesto, *ki-ti-me-na,* debe significar, por consiguiente, la tierra «privada», aunque etimológicamente sea el participio presente de un verbo atemático * *ktiemi* = κτίζω, del que tenemos la tercera persona del plural del presente de indicativo *ki-ti-je-si* en el documento Na 250 [35]. La oposición entre este participio presente y *ke-ke-me-na,* que casi con toda seguridad es un participio perfecto duplicado, debe, por tanto, encontrar su explicación en el ámbito etimológico de estos términos. Es suficiente para desmentir la sugestión de que *ki-ti-me-na* signifique «reclamada por la iniciativa privada»; debe de significar «habitada» o «cultivada» y, dado que también *ke-ke-me-na* era cultivada, quizá la distinción se daba entre las tierras en las que la aristocracia tenía las casas de campo y las tierras dejadas a la ocupación por parte de las comunidades locales (...) [36].

Como tercer punto, conviene admitir que cometimos un error al emplear el término «feudal» a lo largo de nuestra discusión sobre el

---

[35] Py Na 520 = 193 +.

[36] En cuanto a la posición crítica adoptada por diversos investigadores respecto al análisis etimológico del primer término, recordemos: A. Heubeck, *Myk. «ke-ke-meno»,* en *Ziva Antika,* 17, 1967, págs. 17-21; C. J. Ruijgh, *Etudes sur la grammaire et le vocabulaire du grec mycénien,* Amsterdam, 1967; este último ve en *ke-ke-mena = kekhemena* el participio perfecto de +kikhemi «abandonar» (cfr. χήρα «viuda»), hom. κιχάνω<* κιχάνjω, con significado de «alcanzar (en la carrera)»; por tanto, en base a un desarrollo semántico del tipo «abandonar, dejar detrás de sí «alcanzar (en la carrera) *(op. cit.,* párrafo 328); cfr. también Y. Duhoux, *Aspects du vocabulaire économique mycénien,* Louvain, 1971, vol. I. I. Heubeck, negando la posibilidad de tal pasaje semántico si se lo sitúa en la época postmicénica, propone la lectura *kekesmenos,* de la raíz + *kes-* «cortar» (cfr. κεάζω, κειων). Para una relación con κοινός (por alternancia de una raíz común + *kei-),* cfr. lo expuesto por K. Wundsam, *Die politische und Soziale Struktur in den mykenischen Residenzen nach den Linear B Texten,* cit. pág. 143 y notas 35-36; esta interpretación parece también aceptada, en un plano de análisi histórico, por G. Bockisch, en *Die Rolle der Volksmassen in der frühen Polis,* cit., pág. 89 (N. del E.).

tema, lo que ha dado lugar a muchas discusiones y malentendidos. Efectivamente, dicho término se debería de limitar exactamente al sistema que encontramos en la Europa medieval; sin embargo, se ha empleado libremente para designar cualquier sistema en el que la tierra sea ocupada a cambio de prestaciones. Puesto que una economía no monetaria se ve obligada en la práctica a instituir un sistema semejante, no hay nada de extraordinario (y mucho menos de indoeuropeo) en la existencia de un sistema «feudal» en Pilos, entendido en este sentido. Surgirá espontáneamente en cualquier lugar donde se den condiciones paralelas. Sin embargo, las características específicas del feudalismo medieval están ausentes o, por lo menos, no comprobadas. Por ejemplo, no hay nada que demuestre que una de las obligaciones impuestas a los ocupantes sea el servicio militar. Aclarado esto, podemos admitir que posesiones de tierras aparezcan asociadas con el desempeño de servicios determinados, puesto que se indica que algunos ocupantes «debían» llevar a cabo algunos actos que, por el contrario, no efectuaron (cfr. los documentos Ep 704.7; Ep 613.4)[37]. Sin embargo, la naturaleza de estos servicios sigue siendo tema de conjeturas; en ambos casos la obligación concierne a la tierra *ke-ke-me-na* y, por consiguiente, al *dāmos*. No se registra una obligación similar para quienes detentan la tierra *ki-ti-me-na,* aunque se pueda suponer que, si eran «barones», sus posesiones implicaran prestaciones relacionadas con el rey[38].

Lo que hacen estos ocupantes privados es alquilar parte de sus posesiones a *onātēres,* traducido por el término «arrendatario»; aunque se eviten las implicaciones de tal término. Estos *onātēres* son personas que disfrutan efectivamente de los productos de la tierra, pero no se especifica lo que dan a cambio. Se puede presumir que los nobles cultivasen parte de su propiedad y alquilaran otras extensiones a los «arrendatarios» a cambio de una parte del producto o de cualquier otro «canon de alquiler»[39] (...)[40].

El cuarto punto lo constituye la discusión relativa al status de las personas catalogadas. Algunos son artesanos, como el batanero del

[37] PY Ep 704 = 135 +, PY Ep 613 = 148 +.

[38] La definición de «feudal», dada frecuentemente al mundo micénico, sobre todo en el campo de los estudios filológicos, ha producido una serie de confusiones e inexactitudes que han impedido un exacto análisis histórico. La misma «autocrítica» realizada aquí por Chadwick no resulta muy útil, dado que el investigador parece relativizar el término en su significado (y abuso) más amplio, pero, al mismo tiempo, concentrar su especificidad sobre el tipo de obligaciones (de carácter militar) que comprendería. En este aspecto, consideramos luminoso el análisis de M. Godelier en *Il concetto di «modo di produzione asiatico» e gli schemi d'evoluzione delle società,* traducción italiana, Milano, 1972, págs. 118-121 (véase más adelante todo el debate, en relación con el ensayo de C. Parain, en la tercera parte) (N. del E.).

[39] Los detalles de este proceso han sido estudiados por Bennett en *Landholders of Pylos,* en *American Journal of Archaeology,* 60, págs. 103-133.

[40] Sobre el problema de *o-na-to* como derivado de ὀνίνημι, resumido aquí brevemente por Chadwick, consúltese M. Lejeune, *Mémoires de philologie mycénienne II,* Roma, 1971, pág. 287 y ss.; C. J. Ruijgh, *op. cit.,* párrafo 89 y nota 57 (N. del E.).

rey[41], pero la mayoría, excepto altos funcionarios llamados *te-re-ta,* son personajes pertenecientes a la esfera religiosa: la sacerdotisa, los portadores de llaves y los numerosos *te-o-jo do-e-ro* y *do-e-ra.* El predominio de una sacerdotisa y el hecho de que *Pa-ki-ja-ne* sea la sede de *Potnia,* sugiere que en este caso *theos* sea femenino. Pero el status de sus siervos no es el de los esclavos, ya que poseen lotes de terreno; debe tratarse más bien de siervos del templo o ἱερόδουλοι, una posición relativamente honorable.

Como quinto punto, está el hecho de que la relación entre la cantidad de grano registrado y la tierra poseída necesita una explicación. La práctica de medir la tierra mediante la cantidad de semillas necesaria para sembrarla está ampliamente extendida desde la antigua Babilonia hasta los modernos países mediterráneos. En las islas egeas todavía es posible oír hablar de una viña de dos «pinakia», donde el pinaki es una medida de volumen. Sin embargo, el motivo práctico del sistema no se ha llegado a comprender. No hay equiparación absoluta posible entre medida en semillas y superficie, puesto que la relación entre semillas y área variará según los tipos de tierra. Una pendiente escarpada y pedregosa producirá claramente menos grano por acre en comparación con una llanura rica y nivelada. Pero, si ambas se miden en términos de productividad, es posible parangonar posesiones de tipo diferente. Presumiblemente sería conocido el producto medio, mientras que la cantidad de semillas sería una proporción fija (...). Quizá las medidas de siembra mencionadas en la antigüedad se basan en fértiles tierras para el cultivo del grano, mientras que los declives rocosos de las colinas mesenias exigirían una medida inferior. Pero, aun admitiendo una medida de 50 litros por hectárea, las propiedades rurales siguen siendo pequeñas, como se ha señalado anteriormente, y hay que tener en cuenta que la indicada reducción de dimensiones de la unidad métrica las hace disminuir en un quinto[42]. Si, además, la unidad realmente se demedia o más, el problema se agudiza. Es difícil creer que *pe-mo* sea otra cosa que σπέρμα o que haya un factor escondido por el que se multipliquen todas estas cifras[43] (...).

ESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD MICÉNICA

por L. R. Palmer

El cuadro actual de la sociedad micénica surge del análisis de los

---

41 Py En 74.3 = 115 +.

42 Cfr. cuanto se ha expuesto en la nota 22 (N. del E.).

43 No hemos reproducido las últimas cinco líneas donde Chadwick ya no considera como válida (o, por lo menos, no como segura) la identificación de *e-ke-ra2-wo* con el *wanax,* a partir de la que se habían deducido las dimensiones del *temenos* real. Véase lo ya aducido en las notas 22 y 25 (N. del E.).

textos en conjunto [1]. Aquí nos limitaremos a recapitular el tema, prestando especial atención a la metodología aplicada, lo que es esencial para cualquier valoración de los resultados, pese a que hasta ahora haya sido subvalorada [2].

En base a los textos de la serie E de Pilos, referentes a la posesión de la tierra, podemos establecer la siguiente relación de propietarios y de sus respectivas posesiones:

wanax: temenos.
lawagetas: temenos.
te-re-ta: ki-ti-me-na ko-to-na.
damos: ke-ke-me-na ko-to-na.

Para examinar cada enunciado, procederemos teniendo en cuenta los siguientes apartados:

a) Diagnosis mediante el análisis contextual.

b) Tentativa de identificar la palabra dentro del vocabulario del griego histórico.

c) Valoración de la evidencia proporcionada por el significado de la palabra identificada.

d) Estudio comparativo de la estructura social en que se produce.

El primer enunciado de los que acabamos de presentar supone pocas dificultades. Difícilmente el *wanax* pude ser otra cosa que el rey. El gran registro de tierras contenido en la serie E [3] se refiere, con toda probabilidad, a las propiedades del *wanax* en el lugar sagrado de *pa-ki-ja-ne (s),* donde se encuentra precisamente el santurario de *po-ti-ni-ja.* En efecto, todo el lugar parece ser que estuvo consagrado

---

1 El autor se refiere aquí al apartado *Social Organisation* de los *Documents* de Ventris y Chadwick (pág. 19 y ss.), cuya traducción hemos incluido como primera colaboración en esta parte (N. del E.).

2 La polémica a que se refiere Palmer es la que se produjo tras sus interpretaciones en clave «indoeuropeísta» de muchos términos que se hallan o se deducen en las tablillas. El mismo Wundsam, cuyo ensayo se reproduce, limitado a la introducción, al final de esta parte, se expresa en términos bastante críticos respecto a Palmer. De todas maneras, tenemos que recordar los trabajos fundamentales del investigador en los que se desarrolla este tipo de análisis comparado: *Achaeans and Indo-Europeans,* en *Inaugural Lecture,* 4 noviembre 1954, Oxford, 1955; *Mycenaean Texts from Pylos,* en *Transactions of the Philological Society,* 1954 (1955), págs. 18-53b; *The Concept of Social Obligation in Indo-European,* en *Latomus,* 23, 1956, págs. 258-259; *The Mycenaean Tablets and Economic History,* en *The Economic History Review,* 11, 1958, págs. 87-97; *Linear B Texts of Economyc Interest,* en *Serta Philologica Aenipontana* (Innsbrucker Beiträge zur Kulturwissenschaft, 7-8), 1961, págs. 1-12 (N. del E.).

3 Analizado principalmente por el autor en las páginas 168 y siguientes de su trabajo. Hay que añadir aquí, para mayor claridad de los términos, que la afirmación siguiente, relativa al *wanax* como propietario, se refiere solamente a las tierras designadas como *ki-ti-me-na.* Efectivamente, en la página 191 (cap. IV, *Land Ternure),* el autor se pregunta «¿quién era el que asignaba las tierras *ki-ti-me-na* de la misma manera que para el *damos* las tierras *ke-ke-me-na?*». También está en relación con este problema la continuación que emprende Palmer en este apartado, aclarando metodológicamente el planteamiento, tanto de los análisis etimológicos como de los comparativos realizados en sus estudios precedentes (parte de los cuales hemos visto citados en el capítulo de Ventris y Chadwick *Posesión y uso de la tierra)* (N. del E.).

a él. Respecto a este tema, podemos recordar que Alcinoo tenía su *temenos* cerca del bosquecillo de Atenas (Odisea, 6.921). Otro elemento se desprende del hecho de que el *wanax* y *po-ti-ni-ja* estén colocados uno al lado del otro en PY Un 219.7[4], y de que *wanax* sea también, probablemente, el título de un dios, identificado por nosostros como el «Joven Dios»[5]. Todo ello parece apoyar la hipótesis de que el *wanax* micénico fuera un rey sagrado. Coinciden muy bien con esta interpretación su conexión con Potnia y el gran predominio de administradores del culto que aparecen como poseedores de tierras en *pa-ki-ja-ne (s).*

En cuanto al *ra-wa-ke-ta* es muy significativo que, mientras muchos de los arrendatarios en *pa-ki-ja-ne(s)* se describen como *wa-na-ka-te-ro,* no aparezca esta palabra en la serie Ea, donde encontramos, sin embargo, *ra-wa-ke-si-jo.* En particular, podemos constatar la presencia de *a-mo-te-u ra-wa-ke-si-jo;* es decir, «el aúriga del *ra-wa-ke-ta*» (...)[6].

Ahora, identificamos fácilmente la palabra (ra-wa-ke-ta) como λαϝαγέτας, que significa claramente «jefe del λαϝός; si damos al λαϝός el significado que tiene preferentemente en Homero y que corrobora el análisis etimológico[7] el título de «conductor de escuadras en guerra» resulta perfectamente compatible con el análisis textual.

El wanax y el lawagetas son las dos únicas personalidades de Pilos a las que se atribuye un *temenos.* Es más, el que representen a dos personajes de relieve también lo indica el espaciado de Er 312, donde el escriba ha dejado cuidadosamente una línea vacía tras los dos primeros registros, en los que se refiere a ellos, antes de pasar a los de los *te-re-ta;* sería imprudente ignorar semejante indicación.

Si volvemos ahora a los testimonios griegos más tardíos, encontramos en Homero que las personas que poseen un *temenos* son principalmente el rey y el caudillo. Odiseo posee uno. Podemos añadir el testimonio de Herodoto (IV 161) que señala, significativamente, el hecho de que a Bato, rey de Cirene, se le permitiera conservar sus τεμέγεα y ἱερωσύνας. Respecto al *temenos* del caudillo no es nece-

---

[4] Conviene tener presente que la lectura *wa-na-ka-te* en la línea 7 ha sido rechazada definitivamente por Bennett y Olivier en: *The Pylos Tablets Transcribed,* op. cit., pág. 248, mientras que Chadwick *(Docs.* [2], *Mycenaean Glossary,* sub. v. *a-na-ka-te)* no excluye un posible error por *wa-na-ka-te* (N. del E.).

[5] Véase lo que se ha expuesto en la nota 2 del capítulo *Organización social* de Ventris y Chadwick (N. del E.).

[6] Se acepta que las series Ea y Es recogen los datos relativos a las tierras de otro distrito (cfr. las notas adicionales de J. Chadwick al uso y posesión de la tierra). También parece posible que los «hombres de la casa del rey» y los de la «casa del lawagetas» aparezcan relacionados con el usufructo de tierras diversamente localizadas; los primeros limitados a las series Eb/Ep - Eo/En relativas a *Pakijane,* los segundos a la serie Ea. Posibilidad que indujo a Lejeune (en su colaboración sobre el *damos* que ofrecemos a continuación) a mantener que los τεμ ένη de los dos personajes y de sus agregados se hayan localizado en dos regiones diferentes (aunque este punto de vista no quede confirmado en el artículo ya citado, *Sur l'intitulé...,* pág. 248, en el que las tablillas Er 880 y Er 312, las que registran las posesiones, se atribuyen al dominio de *Sarapeda)* (N. del E.).

sario recordar a Meleagro y Belerofonte. Sarpedonte (Il. 12. 310 ss.) relaciona precisamente su *temenos* con la obligación de combatir al frente de los licios.

Los términos *te-re-ta* y *da-mo* no se pueden estudiar separadamente de los términos de posesión a los que están ligados en los textos. *Ki-ti-me-na ko-to-na* están siempre poseídas por *pa-ro X*, representando X al individuo que se menciona. El análisis textual debe preceder a la identificación etimológica. De esta forma, basándonos en los testimonios a nuestra disposición, la tierra *ki-ti-me-na* es, en primer lugar, la poseída por los individuos llamados *te-re-ta*. El análisis puro y simple, sin intentar ninguna identificación etimológica, muestra además que *te-re-ta* es un término genérico que incluye ocupaciones como pastor, alfarero, batanero. Además, cuando a las mismas personas se las indica como propietarios de tierra *ke-ke-me-na*, dada por el *damos*, su designación cambia por *ko-to-no-o-ko*. De ello podemos deducir que es un término ligado a la posesión de tierra y que es inseparable del status del poseedor de *ki-ti-me-na*. Además, el término *wa-na-ka-te-ro* designa a un cierto número de arrendatarios de esta tierra. Parece, por tanto, que los *te-re-ta* gozan de este status en virtud de su relación con el wanax. No hay ninguna clase de prueba de que los *te-re-ta* tuvieran funciones religiosas. Una indicación importante la constituye su colocación en los registros de tierras: en las tablillas no se los incluye agrupados junto a personajes de los que se conoce su función religiosa. En Knossos también aparecen agrupados con los «carpinteros», lo que concuerda con las tablillas de Pilos. La palabra se ha identificado generalmente con τελεστάς, que significa literalmente «hombre de la prestación (del gravamen)». Esta palabra no adquirió significado religioso hasta el siglo II a. de C. Ateniéndonos a las pruebas disponibles, el título debía designar a los hombres al servicio del rey (hay que señalar que el término *te-re-ta* no reaparece en la serie Ea, donde se encuentra *ra-wa-ke-si-jo* en lugar de *wa-na-ka-te-ro)*.

En los textos aparece claro la identificación de *da-mo* con *damos*, así como que éste sea una sociedad colegiada con órganos y voluntad propia (véase en el caso de disputa relativa a la propiedad)[8]. A la luz de la constante asociación con la frase *pa-ro da-mo*, el término *ke-ke-me-na* se interpreta generalmente en el sentido de «tierra comunal», bajo el control del *damos*. Esto constituye el primer paso, efectuado solamente a base del análisis contextual, antes de intentar cualquier identificación etimológica de la palabra. Esta última pone a *ke-ke-me-na* en posible relación morfológica con κοινός, aunque el núcleo se presente como una raíz *kei*. En un posterior estudio del vocabulario griego se descubrieron otros miembros pertenecientes a la misma familia en los términos * κέαμι, κεάζω «divido», κώμη (originalmen-

[7] Cfr. L. R. Palmer, *Mycenaean Texts from Pylos*, op. cit, pág. 35.

[8] Tema que trata Palmer más adelante en el libro (pág. 221 y ss.) y que considera Lejeune, con todas sus implicaciones, en el estudio sobre el *damos* (N. del E.).

te «tierra dividida», de aquí su equivalencia con δᾶμος, que también es un término derivado de un verbo que significa «distribuir») y χῶμος «una banda de hombres». De cualquier modo, el cuadro de la situación micénica surge del simple análisis contextual, aparte de las posibles identificaciones etimológicas. Ninguna división de opiniones al respecto puede modificar la identificación de la tierra *ke-ke-me-na* como tierra del *damos*.

La situación que se desprende del análisis de los textos es la siguiente: un rey sagrado estaba al frente de la sociedad de Pilos y estrechamente relacionado con Potnia. Le sigue un personaje cuyo título significa «jefe de escuadras». Después de los τεμένεα asignados a éstos, la principal dicotomía relativa a la posesión de la tierra se establece entre la poseíada por individuos que deben prestaciones de diversos tipos al *wanax* y la del *damos*, que posee tierra propia. Parte de ésta se arrendaba a gente del palacio de varias clases (...)[9].

Solamente en esta etapa del análisis se busca la confirmación confrontando las instituciones de otras sociedades, en primer lugar, la hitita con su gobierno monárquico «indoeuropeo», no asiático, y la asamblea plenaria de la nobleza[10]. Allí encontramos una dicotomía similar, con la tierra del palacio en manos de los «Hombres del servicio» y la tierra controlada por la aldea. Eminentes investigadores en el campo de los estudios anatólicos han demostrado la existencia de una clase de especiales «burgueses» que se han comparado a los δημιουργοί griegos. Ya que éstos recibían tierra de la aldea, ha sido posible sugerir una interpretación del desconcertante término δημιοϝεργοί, que no parecía adecuado a una traducción anacrónica de δημο- como «público»[11].

---

[9] En este punto, Palmer añade la siguiente consideración: «but the idiom (esto es el verobo e-ke-qe, empleado en las concesiones en usufructo por parte del *damo:* «Fulano recibe del *damo* en forma de *onato...»,* etc.) suggests the that it (il *damo)* was the final instance in its disposal (de las tierras para dar en concesión)». Como se puede ver en las páginas sucesivas (pág. 189 y ss.), tal suposición se funda en una interpretación particular de *e-ke-qe,* considerado como ἔχει + la partícula *qe,* entendida en sentido «perspectivo», de donde el significado «...fulano debe recibir..., etc.». El hecho de que tal fórmula aparezca principalmente en la prinera lista de las tierras otorgadas en usufructo (esto es, en la versión B, serie Eb para las tierras *kekemena),* supone para el autor la confirmación de esta interpretación: solamente en la relación posterior de las tablillas incluidas en Ep; por consiguiente, la versión A, se confirma la asignación de tierra, sólo «formulada» con anterioridad (para los casos en que *e-ke-qe* aparece también en la versión A, Palmer añade: «The use of *e-ke-qe* in the exceptional *damo* tenures of the second version implies that the proposal sitll requires ratification» [el uso de *e-ke-qe* que aparece excepcionalmente en los registros de las tierras del *damo* relativas a la segunda versión nos indica que la asignación material se tiene que ratificar todavía]). Ruijgh, *Etudes...,* op. cit., págs. 280-284, ha demostrado ampliamente que tal interpretación, esencial para la reconstrucción de las distintas modalidades en la asignación de las tierras, no ofrece, sin embargo, serios fundamentos lingüísticos, como pide Palmer, y que la partícula *-qe* mantiene también en este caso su sustancial función coordinativa (entre dos predicados de los que el primero se sobreentiende, como en: *...fulano (es poseedor de la tierra) y tiene...,* etc.») (N. del E.).

[10] Cfr. L. R. Palmer, *Achaeans...,* op. cit.; id., *Mycenaean Texts...,* op. cit.

[11] Cfr. L. R. Palmer, *Achaeans...,* op. cit., pág. 12 y ss.; íd., *Mycenaean Texts...,*

A partir del mundo germánico se han podido establecer los paralelismos más notables. La palabra *haims* se utiliza efectivamente en gótico para traducir κώμη, a la que es etimológicamente correlativa; en germánico tiene los significados de «aldea colectiva» y tierra (ἀγροί) que le pertenece.

La palabra griega cubre aproximadamente el mismo campo semántico que su pariente germánico; recordemos la aseveración de Aristóteles según la cual κώμη se utilizaba en el Peloponeso como equivalente del ático δῆμος (Pol. III, 1448ª 36), que se refiere tanto a un grupo o clase social como al territorio que le pertenece. Ahora bien, la familia de *haim-* se encuentra bastante difundida por todo el mundo indoeuropeo y las palabras se refieren a los diversos aspectos de la instalación y de la «familia». El concepto de «tierra dividida» ha pervivido, como lo demuestra la palabra del inglés antiguo *gedalland* y, sobre todo, por la céltica (galesa) *rhandir* «tierra dividida», que continuó siendo el término técnico para la aldea *openfield* hasta tiempos recientes.

La sociedad germánica nos ofrece todavía equivalentes más exactos de los términos técnicos descubiertos por el análisis de los documentos de Pilos. También aquí tenemos un rey (= Hombre de la estirpe), un caudillo del ejército [12] y, sobre todo, un equivalente muy curioso para el «Hombre del *telos*»: *baro* «Hombre del gravamen». A la luz de las modernas connotaciones de «barón», que inducen al error, conviene recordar el análisis de R. Much [13], en el que afirma

---

op. cit., pág. 42 y ss.; id., *Mycenaean Tablets and Economic History,* op. cit., pág. 17, así como la bibliografía que cita.

(N. del E.): Ya hemos señalado los problemas y peligros que presentan este tipo de apartados (cfr. la colaboración de Ventris y Chadwick, *Posesión y uso de la tierra,* núm. 10). Permanece como hipótesis el que una clase determinada de «burgueses» pudiera existir efectivamente dentro de la sociedad hitita (aunque se debería prestar mayor atención en el empleo de semejantes términos con sabor demasiado modernista, tal vez). Pero la sociedad hitita, como la micénica, encierra un desarrollo secular, por lo que es absolutamente imposible construir semejantes generalizaciones. Además de las referencias bibliográficas anteriormente citadas, se pueden añadir las siguientes aportaciones sobre el tema: A. Götze, *State and Society of the Hittites,* en *Neuere Hethiterforschung, Historia Einzelschriften,* 7, Wiesbaden, 1964, pág. 23 y ss.; E. Laroche, comentario a la interpretación de tipo «feudal» de Götze, en *Bibliotheca Orientalis,* XXIII, 1-2, 1966, pág. 58 y ss.; K. Riemschneider, *Zum Lehnswesen bei den Hethitern,* in *Archiv Orientalni,* 33, 1965, pág. 30 y ss.; V. Korosec, *Einige Beiträge zur gesellschaftlichen Struktur nach hetitischen Rechtsquellen,* en *Gesellschaftsklassen im Alten Zweistromland,* Hrgs. D. O. Edzard, München, 1972, pág. 105 y ss.; respecto al problema en su totalidad: A. Archi, *Il «feudalesimo» ittita,* op. cit, donde también se examina la posición de Palmer. Igualmente, es necesario admitir, prescindiendo de cualquier observación metodológica sobre la validez del método comparativo que la dicotomía tierras del palacio-tierras de la comunidad de la aldea, evidenciada por Palmer (también de manera quizá demasiado simplificada y con ribetes interpretativos de carácter feudal), centra uno de los puntos focales sobre la organización de las tierras dentro del estado hitita (cfr. Djakonoff, op. cit., A. Archi, *Bureaucratie...,* op. cit.).

12 Cfr. L. R. Palmer, *Mycenaean Texts from Pylos,* op. cit., pág. 36 y las referencias bibliográficas que contiene.

13 *Ibídem,* pág. 40.

que los barones fueron originalmente *«zinspflichtige Leute»* y que el término debe su significado como status social a causa de su uso para referirse a los servidores del rey. De todas maneras, aun tenemos que insistir en el hecho de que todo esto se desprende del análisis directo de los textos micénicos, que mantiene su validez autónoma (...).

El mismo rigor metodológico se aplica también al análisis de los *e-qe-ta.* En primer lugar se ha señalado que éstos eran los únicos personajes que se adornaban de nombre y patronímico a modo de la gran tradición épica [14]. Aparecen, al final de los párrafos relativos a la serie *o-ka,* como acompañantes de contingentes de hombres destinados a tareas de vigilancia costera [15], por lo que se les consideraba como personas de excepcional dignidad e importancia. Solamente al llegar a este punto se procedió a la identificación etimológica; esto es, después del análisis contextual según los enunciados principios metodológicos. Los importantes personajes se revelaron como «compañeros». Se han buscado otros paralelismos en el mundo homérico ante todo, luego en el macedonio; finalmente, ha sido el mundo germánico el que una vez más ha proporcionado otro preciso paralelismo con sus diversos términos referentes a los «condes» al servicio del rey. También en este caso, sin embargo, la analogía con otras formas de sociedad ha servido simplemente de telón de fondo para las posteriores interpretaciones de un término ya delimitado mediante el análisis contextual (...). De todas maneras se debe de poner en evidencia que es frecuente entre los historiadores el método de analizar el significado literal de un término y buscar en otro lugar analogías que iluminen el cuadro tan provisoriamente elaborado. Por ejemplo, M. Finley, mediante el análisis etimológico, ha llegado a sostener la hipótesis de que los *δημιουργοί* fueran «trabajadores públicos» y ha buscado, como pruebas que defendieran esta idea, el ejemplo de las kabilas del norte de Africa [16].

EL «DAMOS» EN LA SOCIEDAD MICÉNICA

por M. Lejeume

(...) [1].

2. La noción de *damos* se puede aclarar, por una parte, mediante cuanto sabemos, o podemos intuir, del sistema social micénico

[14] Cfr. L. R. Palmer, *Achaeans and Indo-Europeans,* op. cit., pág. 20 y ss.; íd., *Mycenaean Texts from Pylos,* op. cit., pág. 53.

[15] Véase lo ya dicho a propósito de la colaboración de Ventris y Chadwick sobre la organización social (N. del E.).

[16] Para una crítica del método, cfr. L. R. Palmer, *The Mycenaean Tablets and Economic History,* op., cit.

[1] Se ha prescindido completamente del primer apartado, en el que el autor enumera las manifestaciones del término, comprendidos los compuestos, en los diversos lugares de la documentación en Lineal B. La decisión de excluir dicho apartado no está

(§ 3-4); por otra, mediante la discusión de los textos en que el término se encuentra atestiguado (§§ 5-13). Es más, el carácter contable de nuestros documentos hace que los datos a nuestra disposición presenten lagunas y sean con frecuencia inciertos a las formas institucionales y, por consiguiente, también a las realidades materiales. Además, incluso los datos mismos varían según los diferentes lugares: actualmente Tebas y Micenas [2] no ofrecen nada particularmente interesante, mientras que la documentación de Pilos nos aparece mucho más precisa sobre el tema que la de Knossos [3]. A título de hipótesis de trabajo (los datos que ofrecen Knossos, incluso dentro de su escasez, no parecen contradecir los de Pilos), hay que admitir que todo lo que se discutirá a continuación puede ser válido para el conjunto de reinos micénicos hacia el 1200 a. de C.

3. A un nivel más bajo, la producción en el mundo micénico parece estar basada en la esclavitud. La existencia de esclavos *(doero, doera)* está asegurada por los textos a nuestra disposición [4], así como

---

en absoluto motivada por considerarla de poca importancia respecto a una premisa, como lo es la de los datos objetivos de los que se pretende partir; premisa que, por el contrario, representa un elemento fundamental, según nuestra opinión, en un análisis de este tipo (sobre todo para los especialistas en la materia). El motivo es mucho más práctico y se debe a la fecha (1965) en la que este ensayo se publicó por primera vez. Desde entonces hasta hoy las nuevas ediciones de las tablillas de Pilos y Knossos han cambiado sensiblemente el cuadro de los contextos, por lo que parece más prudente, para quien desee reconstruir con precisión el esquema de las repeticiones, dirigirse al *Index generaux du Linéaire B,* y, para algunas interpretaciones, al *Mycenaean Glossary,* incluido en el apéndice IV de la 2.ª ed. de los *Documents.* En todo caso, hay que tener presente que las diferentes localizaciones, esquemáticamente registradas por Lejeune en este apartado, vuelven a considerarse en los apartados sucesivos, en relación con los diferentes aspectos examinados, donse se ha procurado corregir los números de catálogo o las siglas que, desde 1965 hasta hoy, han cambiado.

Finalmente, recordamos lo que no hemos traducido: la nota 48 que contiene las referencias bibliográficas relativas a la presencia de κτοῖνα en los epígrafes de Rodas; la nota 56 relativa a la discusión, lectura e interpretación del término *damokoro,* para el que nos remitimos a la colaboración de A. Heubeck, *DA-MO-KO-RO,* en *Atti e memorie del I Congresso internacionale di micenología,* Roma, 1968, vol. II, pág. 611 y ss.; la nota 63, relativa a la interpretación del nombre *pu2keqiri.* Respecto a otras pocas notas que no se ha considerado oportuno incluir en la traducción, se trataba de temas ya abordados por Lejeune a lo largo del texto o de referencias que han perdido su validez después de la reedición de las nuevas recopilaciones (N. del E.).

2 La situación para Tebas y Micenas es hoy muy diferente. Para Micenas tenemos el *Corpus,* ya citado en la introducción a esta parte, a cargo de A. Sacconi, que bien puede definirse como *editio maior* para este tema. Para Tebas, disponemos de dos recopilaciones, a cargo de J. Chadwick, también citadas en la introducción. Finalmente, queda por añadir Tirinto, cuyas fragmentarias tablillas con tema que también se refiere en parte a problemas relacionados con el uso de la tierra, se han analizado detalladamente por L. Godart y J. P. Olivier, en *Tiryns,* VIII, pág. 43 y ss. (N. del E.).

3 Para Pilos y Knossos hay que tener presentes las recopilaciones ya citadas en la introducción. Además, para Knossos, recordamos los sucesivos añadidos publicados por L. Godart y J. P. Olivier, en *Studi micenei ed egeo-anatolici,* 15, 1972, pág. 33 y ss.; id., en *Minos,* 13, 1972, pág. 113 y ss.; íd., en *Bulletin de correspondance hellénique,* 97, 1973, pág. 5 y ss. (N. del E.).

4 Cfr. nuestro artículo *Texts mycéniens relatifs aux esclaves,* en *Historia,* 8, 1959, págs. 129-144, y la nota de J. P. Olivier, *Nouvelles mentions d'esclaves dans les tablettes mycéniennes,* en *L'Antiquité classique,* 33, 1964, págs. 5-9.

su carácter de objeto vendible y la transmisión hereditaria de la condición servil[5].

El que la población «libre» se dividiera en tres clases a su vez (correspondientes a las tres «funciones» en las que G. Dumézil ve jerarquizada la sociedad indoeuropea primitiva) no pasa de ser una hipótesis de trabajo propuesta por L. Palmer, nosotros mismos y otros. Hipótesis que no parece estar en contradicción con los datos disponibles, pero, al mismo tiempo, éstos no le proporcionan más que un apoyo efímero, debido a sus abundantes lagunas y a su forma

---

[5] En el inventario de las esclavas PY An 607, en que se indica la filiación de las interesadas, todas tienen un padre esclavo o una madre esclava, cuando no ambos.

N. del E.: El papel de los esclavos en la sociedad micénica representa un problema bastante discutido y que ha sido muy afectado por las influencias de la contemporánea discusión sobre el análisis histórico que, en los últimos diez años, han mantenido antropólogos culturales y economistas en torno al concepto de «modo de producción» y «formación económica de la sociedad». La completa falta de conocimientos relativos al mundo micénico en la época en que Marx trazó sus *Formen,* la inseguridad que caracteriza aquí las escasas referencias a un «modo de producción asiático» y la reticencia por parte de los investigadores soviéticos en aceptar y aplicar este concepto, con el consiguiente abuso de la caracterización esclavista para la definición de la civilización del Próximo Oriente y del Egeo en el II milenio (véase, a título indicativo, la interesante reseña de M. Liverani, en *Oriens Antiqus,* 1971, pág. 226 y ss.; la recopilación a cargo de I. M. Djakonoff, *Ancient Mesopotamia. Socio-economic History. A Collection of Studies by Soviet Scholars,* Moscow, 1969), junto al recientemente renovado interés por la «forma asiática», sobre todo en la historiografía marxista occidental (cfr. lo expuesto por G. Sofri en *El modo de producción asiático. Historia de una controversia marxista.* Ed. Península, Barcelona, 1971; véase también la reciente edición alemana, a cargo de Europäische Verlagstalt, Frankfurt, 1972, con un interesante apéndice bibliográfico), han provocado que en el campo de los estudios micénicos, muy influenciado también por las tesis indoeuropeístas de carácter «feudal», se exagerasen cada vez más, en diferentes intentos de reconstrucción histórica, los aspectos que mejor se podían adaptar a una determinada etiqueta preconcebida (esclavista, feudal o asiática). Para una bibliografía sobre el tema, nos remitimos al breve debate que sirve de introducción al ensayo de C. Parain, en la tercera parte; basta con señalar aquí que si, por una parte, la existencia de mano de obra en condiciones de esclavitud parece comprobada por el análisis de las tablillas (cfr. *Docs. 2,* pág. 157 y ss.,418 ss.; así como el apartado sobre la organización social que aquí se ha incluido; el problema ha sido recientemente reconsiderado por P. Debord, *Esclavage mycénien, esclavage homérique,* en *Revue des études anciennes,* LXXV, 3-4, 1973, pág. 225 y ss.), esta mano de obra no parece representar el sostén de la producción en el mundo micénico (cfr. también cuanto se ha dicho sobre el tema por G. Bockisch y H. Geiss en la colaboración presentada en la primera parte). Siempre queda el problema de los pocos y frecuentemente oscuros elementos que proporcionan los documentos en Lineal B; está claro, de todos modos, que la complicación organizativa de la sociedad micénica (hecho que, según nosotros, se relaciona con los problemas de su propia génesis) no permite, más que a costa de generalizaciones demasiado amplias, que se le atribuya cualquier etiqueta preconcebida.

[6] De reciente aparición sobre el tema el brillante ensayo de A. Yoshida, *Survivances de la tripartition fonctionelle en Grèce,* en *Revue d'histoire des religions,* 166, 1964, pág. 21 y ss.

N. del E.: Sobre la llamada «función tripartita» en el pensamiento y, por reflejo, en la estructura social de los pueblos indoeuropeos, formulada por Dumézil (soberanía, poder combativo, fecundidad), véase el ensayo introductorio de M. Détienne, *Mito e linguaggio da Max Müller a Claude Lévi-Straus,* en la recopilación de escritos sobre el mito titulado *Il mito: guida storica e critica,* Bari, 1975.

alusiva más bien que explícita respecto a lo esencial. Pese a todo, se la aceptará como supuesto previo.

Con la «primera función», la doble soberanía política y religiosa se relaciona indudablemente el complejo aparato administrativo y dedicado al culto que dejan entrever los textos conocidos, así como el gran número de funcionarios civiles y religiosos (sin que tengamos claro cuáles eran sus atribuciones precisas). Sin embargo, todo esto no basta para establecer la existencia de una verdadera clase en el sentido de la palabra. Por otra parte, es verdad que el término ϝάναξ se refiere, en nuestros textos, tanto al soberano del estado de Pilos como a algunas deidades; ¿todo esto basta para afirmar la efectiva compenetración de las dos fuentes de la realeza? En efecto, si Agamenón es ἄναξ en Homero, de la misma manera se podrá considerar que se trata de pura tradición oral, referida a un status culural más antiguo que debió conocer, si no el rey-dios, al menos el rey-sacerdote. ¿Qué nos garantiza que ya en el estadio cultural micénico la ambigüedad del término ϝάναξ no sea ella misma un hecho diferente respecto a la herencia lingüística de un status social ya superado? De todas maneras, el carácter singular y eminente de la «soberanía» en el estado está indicado por la derivación en -τερος del adjetivo *wanakatero,* lo que implica la existencia de dos ámbitos distintos entre sí: en uno se incluye cuanto se ha relacionado con el ϝάναξ, en el otro, todo lo demás [7].

Seguramente, el estado micénico contaba con una organización militar muy desarrollada [8], caracterizada por una aristocracia guerreta que combatía sobre carros [9]. En este sentido es como quizás nos aproximamos a la realidad de una verdadera «clase». Además hemos de tener en cuenta, para cada reino semejante al de Pilos, la existencia de un personaje cuyo título es el de *rawaketa* = λᾱϝ-ᾱγέτᾱς, el cual, según diversas indicaciones, se puede considerar como la segun-

---

[7] M. Lejeune, *Le suffixe -tero-*, en *Revue des études anciennes,* LXIV, 1962, págs. 5-19 (N. del E.: reeditado en Roma, en *Mémoires de philologie mycénienne,* Deuxième série, 1971, pág. 269 y ss.).

[8] Lo hemos tratado en nuestra contribución al volumen colectivo *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne,* Bibliothèque de l'Ecole Pratique des Hautes Etudes, VI[e] Section.

N. del E.: El volumen se publicó en 1968 en francés; el ensayo de Lejeune, *La Civilisation mycénienne et la guerre,* se reeditó después en *Mémoires de philologie mycénienne,* Troisième série, Roma, 1972, pág. 55 y ss.).

[9] Se deben de recordar las aproximadamente 140 tablillas o fragmentos de la serie Sc de Knossos, que registran la dotación para otros tantos «caballeros» de armaduras, carros y caballos. (N. del E.: Véase sobre el tema el óptimo trabajo del mismo autor, *Chars et roues à Cnossos: structure d'un inventaire,* en *Minos,* IX, 1, 1968).

[10] Los únicos dos τεμένη que se conocen son el *wanakatero temeno* (superficie valorada en 3.600 l. de semilla de grano) y el *rawakesijo temeno* (1.200 l.), que se encuentran asociados en PY Er 312.

N. del E.: Sobre el cálculo de las dimensiones de los campos, véase lo expuesto por Ventris y Chadwick en *Posesión y uso de la tierra.* Para la transposición en valores absolutos de las medidas de volumen para áridos, confróntese cuanto se ha indicado en la nota 22 del mismo artículo.

da personalidad del estado, inmediatamente detrás del ϝάναξ. Hasta este momento y basándonos únicamente en el análisis del término, en la medida en que se atribuye a λᾶϝός el significado con el que se encuentra en Homero, se puede deducir el carácter guerrero del *rawaketa.* En realidad, solamente aparece en los textos conocidos a propósito de la «casa civil» y de sus asignaciones territoriales.

Queda por considerar, en este punto, la «tercera función». ¿En qué medida campesinos y artesanos no esclavos constituían una «clase»? ¿Cuál era su grado de organización? ¿A qué nivel de la estructura administrativa (aldea o pueblo, distrito, provincia) se podía producir tal organización? ¿Existía, a nivel estatal, un personaje o más personajes (cualquiera que fuese su designación) que representasen de cualquier manera al δᾶμος junto al ϝάναξ y al λᾶϝ-ᾱγέτᾱς?

Estos son los interrogantes que es necesario plantearse en relación con el problema del *damo;* como se verá, no se podrán responder más que de modo parcial.

4. La existencia de antropónimos compuestos con δᾶμος como primer o segundo término, paralelos a los antropónimos compuestos con λᾶϝος de la misma manera *(rawodoko* = Λᾶϝόδοκος, etc.; *akerawo* = Ἀγέλᾶϝος, *apirawo* = Αμφίλαϝός, etc.), parece testimoniar, para la edad micénica, el conocimiento general de una clase civil (δαμος) paralela a la de una clase militar (λᾶϝος) y la tendencia, igual para ambas, a estar representadas en el registro «noble» de la antroponimia («noble» por tradición, aunque si en realidad tanto el 'Εχέδαμος en PY Cn 285, como el 'Αγέλᾶϝος de PY Cn 599 no son más que propietarios de pequeños ganados).

Si, pese a todo, parece posible que λᾶϝος no fuera más que una denominación de clase (lo que explica por qué * *rawo* no figura aisladamente en nuestros textos, desde el momento en que la clase militar se realizaba concretamente en entidades diversas, como, por ejemplo, las *oka* = ορχαί), nos podemos todavía preguntar si la palabra *damo,* fuera de los nombres propios (donde indica una noción general), empleada aisladamente, designa siempre una unidad particular, una fracción de la población social y geográficamente definida; en otros términos, nos podemos preguntar si existe concretamente cualquier otra cosa que los δᾶμοι.

El λᾶϝός, sin duda, es una abstracción; pero, sin embargo, tiene una cabeza, el λᾶϝᾱγέτᾱς, sin que nada permita impugnar la unicidad del *rawaketa* tanto en Pilos como en Knossos.

Si es verdad que en Pilos todos los *rawakesijo,* es decir, las personas que pertenecen a la «casa» del λᾶϝαγέτᾱς, se mencionan [11] en sólo uno [12] de nuestros censos (Ea; escriba 43), no es menos verdad que los

---

[11] Bien con su nombre: *Kuro 2* (Ea 814), *Rukoro* (Ea, 132, 782, 823, 882, 1.424) bien con nombre de oficio: *amoteu* («conductor de carro», Ea 421, 809), *maratewe* (plural en ῆϝες, de dudoso significado, Na 245), *suqota* («porquero», Ea 822). Uno u otro para la palabra mutilada, que comienza por e[, de Ea 59.

[12] Hay que añadir Na 245, que localiza en *ewitewijo* los *maratewe rawakesijo;* sin

wanakatero, las personas de la «casa» del ϝάναξ [13], se mencionan solamente en el censo Eo/En de *pakijanija* (escriba 41 para la primera versión, escriba 1 para la segunda [14]. Sin duda, los τεμένη de los dos grandes personajes se localizaban en regiones diferentes, así como también sus «casas», esto es, el personal adscrito a los τεμένη. Naturalmente, de todo esto no se puede derivar una subdivisión territorial de las esferas de autoridad del ϝᾶναξ y del λᾱϝᾱγέτᾱς, ni mucho menos una pluralidad de los λᾱϝᾱγέται (...) [15].

Si el λᾱϝός constituye una clase, esta clase tiene, dentro de cada reino micénico, su representante supremo en la persona del λᾱϝᾱγέτας. Es, pues, con esta situación con la que conviene, en nuestro ca-

---

embargo, los otros registros de este topónimo (Mn 456, Vn 130) no permiten situar dicho centro, ni siquiera saber a cuál de las provincias perteneciese.

[13] Un *kanapeu* («batanero») llamado *pekita* (Eo 276.2 = En 74.3; Eo 160.3 = En 74.3), un *kerameu* («alfarero») llamado *piritawo* (Eo 371 = En 467.5), un *etedomo* (¿«armero»?) llamado *atuko* (Eo 212.2 = En 609.5).

[14] Si la restitución del texto es correcta, un personaje *(wana)katero* debería figurar en Eb 903; el catastro Eb/Ep, como también el Eo/En, pertenece al distrito de *pakijanija* por lo que hay un cierto número de usufructuarios comunes en ambos.

[15] Por lo que hasta aquí se ha dicho parecería posible concluir que en las dos regiones, cuyas tierras aparecen, respectivamente, registradas en las series Ea y Eb/Ep-Eo/En, se pueden situar los τεμένη de los dos personajes en cuestión o, por lo menos, que los lotes de terreno de propiedad del caudillo y del rey debían de estar situados en regiones diferentes.

Esta conclusión se complica al añadir cuanto ha puntualizado el mismo Lejeune en su reciente contribución *Sur l'intitulé de la tablette pylienne En 609,* op. cit.; donde tras haber examinado los «inventarios globales por localidad» (par. 1, 1a y 1b), pasa el autor a las «encuestas de los beneficiarios individuales de parcelas según posesiones». Sobre este tema afirma lo siguiente (págs. 246-7): «Las parcelas *(kotona* = κτοῖναι), tanto de tierra *kitimena* como de tierra *kekemena,* están determinadas en base a su estado jurídico y a su superficie (elementos que debían bastar para la definición de la naturaleza y de la suma de las obligaciones contraídas por los beneficiarios). Nunca se encuentran identificadas en base a su posición (es decir, mediante un conjunto de delimitaciones de propiedad); de aquí proviene la impropiedad del término «catastros» empleado por los micenólogos de lengua francesa; pese a todo, mejor que crear una nueva denominación, se continuará usando la palabra «catastro». (...) Hecha esta reserva, los catastros de Pilos llegados hasta nosotros, que se refieren siempre a dominios (tierras de santuarios u otros) y no a circunscripciones administrativas, son cinco:

a) Dominio de *pakijanija:* serie Eo/Eb (escriba 41), serie En/Ep (escriba 1), serie Ed (escribas 1 y 41).

b) Dominio X: serie Ea (escriba 43).

c) Dominio Y: serie Eq 36 (junto a 1451, 1452) y 146 (escriba 1).

d) Dominio de *kiritijo:* Es 650 (escriba 11).

e) Dominio de *sarapeda:* Er 880 y 312 (escriba 24)».

La tablilla Er 312 es precisamente la relativa a los τεμένη del *wanax* y del *lawagetas* y se incluye en el mismo «dominio», el de *sarapeda* (a propósito del *damo* con él relacionado, véase más adelante). Todavía se ha de destacar que los elencos de las tierras se refieren a *dominios* y no a *circunscripciones.* Se trata de un concepto que ciertamente estaría mejor especificado, sobre todo en relación con las consecuencias de carácter «geográfico-arrendatario» que supondría. Precisamente en relación con la confusión que podría surgir por *Pakijane,* Lejeune añade (nota 10 y pág. 248): «En un solo caso se da una homonimia entre un dominio *(pakijanija* = santuario de ποτνια cerca de Pilos) y una circunscripción *(pakijanija* = subdivisión de la provincia próxima)» (N. del E.).

so, confrontar los datos relativos al δᾶμος (relativos, por tanto, a la «tercera función»).

5. En nuestros textos el *damo* se presenta como una entidad administrativa local de carácter agrícola:

a) Posee tierras, parte de éstas se parcelan y reparte a beneficiarios individuales en usufructo (§ 6), mientras que otra persona permanece seguramente en condominio.

b) Esta parte en condominio debía de ser objeto de aprovechamiento colectivo; podemos suponer verosímilmente que se emplearán en ella «esclavos del δᾶμος» y «animales de carga del δᾶμος», unos y otros seguramente de propiedad colectiva; en los pastos comunales, vaqueros y porqueros *opidamijo* criaban el ganado colectivo.

c) El δᾶμος obtenía productos agrícolas y ganaderos que le permitían, por una parte, asegurar la subsistencia comunal y, por otra, procurarse, mediante el intercambio, los artículos que necesitaba; además, debían servir para satisfacer sus obligaciones fiscales respecto al palacio y las obligaciones religiosas (§ 7) ante el santurario. Estas entradas provenían bien del exceso de producción en especies entregado por los beneficiarios de las tierras parceladas, bien de la explotación colectiva de las tierras en condominio.

d) Aunque bajo la vigilancia, o al menos bajo el control de un funcionario en representación del palacio, el δᾶμος parece ser que estuvo administrado por un colegio de cultivadores agrícolas (§ 8).

6. Se sabe que nuestros catastros de Pilos distinguen las parcelas (kotona = κτοίναι) (§ 9) en dos tipos: las llamadas *kitimena* (= κτίμεναι) y las llamadas *kekemena* (= ¿* κεκεσμέναι?). El grupo de los dos grandes censos Eo/En y Eb/Ep *pakijanija* considera separadamente las tierras *kitimena* (Eo/En) y las tierras *kekemena* (Eb/Ep); solamente por estas últimas se relaciona con el δᾶμος. El escriba 41 registró los documentos preparatorios tanto de Eo como de Eb, mientras el escriba 1 se encargó del registro definitivo tanto de En como de Ep; finalmente, el escriba 43 registró los documentos preparatorios de otros dos catastros (Ea), uno de parcelas del tipo *kitimena*[16] y el otro del tipo *kekemena*[17], pertenecientes a una región diferente a la de *pakijanija*. La redacción definitiva de estos últimos puede no haberse llegado a realizar o estar perdida. Además, en las tablillas Ea, la mención del *damo*[18] y la del carácter *kekemena* de las tierras consideradas no se encuentran expresamente unidas; se admitirá, sin embargo, que la mención de uno u otro es suficiente para indicar una situación jurídica análoga a la del catastro Eb/Ep, al que se refieren las observaciones que siguen.

La intervención del *damo* consiste en hacer objeto de concesión

---

[16] Así, expresamente en Ea 71, 756, 781, 817, 821.

[17] Así, en Ea 59.2-3, 305, 480, 757, 801, 802, 806, 809, 922, 1042.

[18] Menciones *paro damo* (Ea 52, 59.4-7, 136, 258, 259, 460, 773, 778, 808, 816, 824) o *damijo* (Ea 803).

en usufructo [19] individual [20] algunas parcelas *kekemena* sacadas de su patrimonio en tierras; se ha dicho del beneficiario [21] que conserva *(eke* = ἔχει) la parcela en calidad de usufructo *onato* = ὄνατον) mediante un pago anticipado [22] al δᾶμος *(paro damo* = παρό δᾶμωι). Normalmente, las asignaciones de este tipo no revierten a terceros [23].

En realidad, sobre un total de tierras *kekemena* [24] en Ep, que se puede evaluar en más de 8.000 l. de grano, las que se dan en concesión a título de *etonijo* [25] representan más de 1.000 l.; por el contrario, las que se dan en concesión a título de *kama* [26] representan casi 5.000 l.;

---

[19] El aprovechamiento del usufructo *(onato)* representa la regla general de la concesión de las tierras *kekemena* (salvo, quizás, las que aparecen a título *etonijo:* Ep 704.5 = Eb 297, Ep 539.14 = Eb 473). El aprovechamiento en usufructo *(onato)* es igualmente la norma para todas las parcelas *(kitimena* o *kekemena)* cedidas a terceros por parte del beneficiario de origen.

[20] El único ejemplo conocido de un *onato pro damo* que sea colectivo es el del que se benefician (Ep 704.4 = Eb 321) colegiadamente los *kiritewija* (pertenecientes al servicio del santuario).

[21] El catastro preparatorio Ea presenta una sola vez (803), a propósito de un cierto *kodo,* una fórmula diferente *(eke damijo* = εχει δαμ ιον) que creemos no puede tener otro significado que *eke paro damo.*

[22] Se debe recordar que las proposiciones indicativas de origen se construyen en micénico con el dativo (como en arcadio-chipriota); *paro damo* corresponde en su significado al ático παρα δημ ου.

[23] Conocemos solamente una excepción al respecto: la sacerdotisa *erita,* habiendo recibido un *onato paro damo* valorado en 48 litros de semillas de grano (Ep 704.3 = Eb 409), cede una porción (18 litros) a una *teojo doera,* llamada *uwamija,* a título de *kera* = γέρας (Ep 704.2 = Eb 416). Por otra parte, éste es el único uso de γέρας en micénico.

[24] Téngase presente que el valor absoluto resultante en litros se somete ahora a modificaciones en relación con los nuevos valores base calculados por Chadwick en *Docs. 2,* págs. 393-394. Para el debate sobre las diversas soluciones respecto a las medidas de volumen, véase cuanto ya se ha recordado en la nota 22 de la colaboración de Ventris y Chadwik, *Posesión y uso de la tierra.* Estas observaciones valen también para las otras cifras del mismo tipo reproducidas en este artículo. Los totales de las tierras *kekemena* los ha calculado Lejeune en base a los datos ofrecidos por la serie Ed. Cfr. *Le récapitulatif du cadastre Ep de Pylos,* en *Proceedings of the Cambridge Colloquium on Mycenaean Studies,* Cambridge, 1966, págs. 206-64; reeditado en *Mémoires de philologie mycénienne,* III serie, Roma, 1972, pág. 107 y ss., que representaría (con la exclusión de Ed 411) los títulos reunidos según agrupaciones particulares (véase el esquema de los registros de las tierras reproducido al final de esta parte) en los que no se hubieran contado los *onata* cedidos a terceros (N. del E.).

[25] Un *etonijo* (lectura incierta quizá compuesto * ετ-ώιον, del que el primer miembro estaría emparentado con ετεϝός, ετυμ ος, ετα αληθη: ¿«en pleno y completo aprovechamiento»?) es, en cualquier caso, algo diferente a una asignación en usufructo; conocemos dos: el (protestado) de *erita* (que tiene la calificación de sacerdotisa) y el de *apimede* (que está señalado como *eqeta);* ambos parecen ser de dimensiones considerables (480 y 652 litros de semilla de grano, respectivamente).

[26] Un *kama* (lectura incierta; probablemente neutro en —ας, a juzgar por la derivación *kamaeu)* es una concesión en usufructo en condiciones particulares (oscuras para nosotros): obligaciones de *wozee,* etc. En Ep 613.2-14 hay diez *kamaewe* (dos de ellos con concesiones del orden de 1.200 y 1.500 litros); además de éstos conviene recordar la χλαϝιφόρος *kapatija* (Ep 704.7), cuya concesión (parece que del orden de 1.250 l.) debía de ser un kama, a juzgar por las obligaciones a que estaba sujeta *(wozee,* etc.) Un *kamaeu* podía (como también un *tereta* del catastro En) ceder a terceros una parte de su tierra (así en Ep 613.12 = Eb 173.2 = Ep 539.5 a beneficio de *posoreja;* en Ep

las concedidas a título de *onato paro damo,* y que interesan particularmente en este lugar, suben hasta cerca de 2.000 l.; los beneficiarios de estas últimas se llaman *kotoneta* = κτοινέται y alcanzan el número de cincuenta.

Entre los *kotoneta* figura (por casi 1/3 de los *onata paro damo,* por tanto, ½ de las tierras *kekemena)* una subcategoría privilegiada, la de los *kotonooko* = κτοινοόχοι[27], constituida por un colegio de 12 miembros *(adamao,* III; *aiqeu,* XII; *atuko,* IV; *$a_3$tijokp,* I; *keraujo,* IX; *$koturo_2$,* XI, *kuso,* VIII; *parako,* X; *pikereu,* VI; *rakuro, VII; tataro, V; wanatajo,* II).

Están enumerados en la lista del catastro (Ep 301, líneas 2-14) más por su importancia personal (más adelante veremos que quizá constituyen una especie de «consejo de administración» del δᾶμος) que por el valor material de sus concesiones *paro damo*[28]; estas últimas, aun no siendo puramente simbólicas, son generalmente modestas, por lo que las consideraremos como una especie de «fichas de presencia» de administradores que ya están bien provistos de otros modos, como podremos comprobar a continuación; también se ha querido ver en el primero de los mencionados, *$a_3$tijoqo,* cuya concesión aparece como la menos modesta (174 l.), al presidente de dicho colegio.

Por lo demás, los *kotonooko* tenían casi todos otras asignaciones territoriales. Dos de ellos son a la vez *kamaewe* (a título de tierras *kekemena). $koturo_2$* (Ep 613.13 = Eb 839) y *parako* (Ep 613.11 = Eb 173); quizá se pueda contar también un tercero si se enmienda *(pike)reu* en Ep 613.6 = Eb 177. Seis de ellos, son al mismo tiempo, *tereta* (a título de tierras *kitimema): adamao* (En 659.8 = Eo 351), *aiqeu* (En 659.12 = Eo 471), *$a_3$tijoqo* (En 74.11 = Eo 247), *pikereu* (En 74.20 = Eo 160), *rakuro* (En 659.15 = Eo 281), *wanatajo* (En 609.3 = Eo 211); hay otros dos que también parece lo fueron: [29] *pa-*

539.7, a beneficio de *mereu);* entonces las obligaciones del *kamaeu* pasaban (¿proporcionalmente a la porción cedida?) al nuevo ὀνατήρ

[27] Nos quedan once de las doce tablillas Eb correspondientes a esta categoría; en todas el escriba reprodujo la mención de *kotonooko.* Pero el escriba 1 la omitió en Ep 301 para las cinco primeras personas de su lista (líneas 2-6); debe de haberse dado cuenta (y quizás la línea 7, dejada en blanco, corresponde precisamente a este momento) y redactó la parte final de la lista (líneas 8-14) cuidando de señalar *kotonooko* al lado de cada uno de los siete nombres. Después, se sintió obligado a corregir el principio del texto, añadiendo, no sin dificultad, *kotonooko* para la primera lista en el poco espacio que había sobre la línea 2. Finalmente, debió de renunciar a efectuar tan desafortunada corrección para las líneas 3-6 (pensando, quizás, que el *kotonooko,* añadido a la línea 2, podía ser válido también para las siguientes).

[28] Concesiones de las que conocemos el montante: 174 l. (I), 84 l. (X), 72 l. (XII), 60 l. (II), 48 l. (III, IX), 12 l. (XI), 6 l. (VIII).

[29] El problema al que alude Lejeune en este punto es el siguiente. En el encabezamiento de la tablilla En 609.2 se nombran 14 *tereta;* sin embargo, en la misma serie En solamente se enumeran 13. Una de las soluciones propuestas es que las dos κτοῖνα poseídas por los tereta *parako* y *tataro,* recordados en la serie Eo, pero no citados más en En, hayan sido quitadas a las dos personas en cuestión, por cualquier motivo, en el espacio de tiempo comprendido entre la primera encuesta (Eo) y la redacción definiti-

rako (Eo 224.3) y *tataro* (Eo 224.7). Así, pues, cada uno de estos notables tenía, además de su *onato* de *kotonooko,* otras concesiones de un valor que va generalmente desde el doble al cuádruple[30].

Resumiendo, para los catastros de *pakijania,* una cuarta parte de las tierras *kekemena* se encontraba repartida entre una cincuentena de *kotoneta* a título de *onato paro damo;* estos cincuenta *kotoneta* comprendían los doce *kotonooko* (§ 8) y otros beneficiarios, la mayor parte de los cuales parece relacionada con la dirección del culto *(ijereu, ijereja, kiritewija,* una treintena de *teojo doero* o *doera,* etc.). Los otros 3/4 de las tierras se repartían en parcelas del tipo *etonijo* o del tipo *kama.*

Lo que permanece oscuro es a base de qué procedimiento[31], por qué duración y mediante qué contrapartidas en especie, se llevaban a cabo estas diversas concesiones.

Por otra parte, parece verosímil que el término *kekemena* no se aplicara a todo el conjunto de las tierras del δᾶμος, sino solamente a las que se parcelaban (hecho que, dicho sea de paso, favorece, entre las diversas lecturas de *kekemena,* la que implica etimológicamente la idea de repartición: raíz de κεάζω). En efecto, es necesario pensar que, además de lo que se concedía bajo forma de *onato paro damo, kama* o *etonijo,* quedaba intacto un importante patrimonio de tierras en condominio (§ 5), los cuales no aparecerían en el catastro (que solamente es un proceso verbal de repartición).

Se podrá objetar con motivo que el inventario Ep se inicia, antes de cualquier mención, incluso la relativa a los *kotonooko,* con una línea (Ep 301.1 = Eb 818) dedicada a la valoración (132 l.) de la llamada *kekemena kotona anono,* y que *anono* (ἄν-ωνος) se presenta, en su forma, como privativo respecto a ὄνᾶτος. Pero no se debería ver en éste la tierra propiamente en condominio del δᾶμος, debido a dos razones: ante todo, es improbable que los bienes comunales de

---

va (En), y devueltas a *amaruta* (En 609.10-18). Esta solución. la que se admite en este apartado, se ha complicado recientemente por Lejeune, quien vería en el *tereta suko,* señalado con este título en la registración de las tierras *kekemena* (Ep 613.4-5 = Eb 149 + 940), al *tereta* que falta efectivamente en la serie En, que por cualquier motivo debió perder su *kotona,* sin que se tuviera que cambiar el número 14 por los *tereta,* establecido según un reglamento fijo (esta hipótesis presupone que un registro Eo fuera destruido en el momento de tal variación y que el nombre *suko* se haya hecho desaparecer también de la serie En, ya escrita en el momento de la eliminación de *suko* por los posesores de la tierra *kitimena,* hecho que Lejeune identificaría con la posible rotura intencionada de la parte inferior al final de la tablilla En 467). Toda la reconstrucción en *Sur l'intitulé...,* op. cit., en la nota 15 (N. del E.).

30 De este modo tenemos (primera cifra: concesión en condición de *kotonooko;* segunda cifra: concesión de otro tipo) *adamao:* 48 + 216 l.; *aiqeu:* 72 + 144 l.; *a,tijoqo:* 174 + 188 l.; *koturo:* 12 + 60 l.; *parako:* 84 + 120 l.; *wanatajo:* 60 + 242 l.

31 En una ocasión (Ep 613.10 = Eb 159) se registra un sorteo respecto a la atribución de un *kama,* que, en consecuencia, pasa de las manos de *sirijo* a las de *pereqota: (pere)qota padeweu (e)keqe kama onato sirijo(jo) rake* (Ep: *sirijo* (sic); Eb *si(ri)jojo);* ὀνᾶτὸν Σῖλοι (ver Σῖλοιο) λάχε representaría un paréntesis explicativo añadido a la fórmula acostumbrada: *eke(qe) kama.* (N. del E.: Véase también la diferente solución en *Docs. 2,* pág. 450).

pakijanija, los cuales permanecen como propiedad colectiva, representen solamente el 1,5 por 100 del conjunto; además (en otro catastro), se pueden descubrir concesiones individuales efectuadas sobre esta tierra *anono*[32]. Por ello, resulta oportuno pensar que con el nombre de anono se designe el (modesto) sobrante de tierras del δᾶμος destinadas a la parcelación *(kekemena),* que todavía no se han dado en concesión, pero que son susceptibles de posteriores asignaciones.

Nuestros catastros no recogen la situación de las tierras del δᾶμος destinadas a permanecer en condominio y de las que, por tanto, ignoramos tanto su denominación (diferente de *kekemena)* como su importancia.

7. El *damo* del catastro Ep/Eb (relativo a la localidad de *pakijanija)* y el *damo* del catastro Ea deben de ser entidades de la misma naturaleza, pero distintas geofráficamente. El acontecimiento por el que llegamos a los textos ha permitido también que conozcamos (Un 718) otro *damo* de Pilos, relativo a la localidad de *sarapeda.* No nos descubre su organización interna, pero sí una de sus obligaciones colectivas.

Algunas de las ofrendas agrícolas a Poseidón están presentadas, efectivamente, por dos grupos de sometidos, claramente diferenciados entre sí por la redacción y la disposición de la tablilla[33]. En el primer grupo encontramos un personaje llamado *ekera$_2$wo* (para 480 l. de grano, 108 l. de vino, etc.) y el *damo-(para,* 240 l. de grano, 72 l. de vino, etc.); en el segundo, el *rawaketa* (72 l. de harina, 24 l. de vino, etc.) y el *kama worokijonejo* (72 l. de grano, 12 l. de vino, etc.).

Se trata del único texto encontrado hasta hoy sobre prestaciones colectivas pedidas por un δᾶμος *(damo dose* = δᾶμος δώσει) y, en particular, prestaciones de carácter religioso. Pero es probable que los δᾶμοι estuvieran también obligados a prestaciones de tipo fiscal y que figurasen entre los contribuyentes que aseguraban el palacio, por cada distrito, un stock anual de productos agrícolas (serie Ma, etc.).

---

[32] Cfr. Ea 992.

N. del E.: A propósito de *anono* Chadwick señala *(Docs. 2,* pág. 448): «The *o-na-to* is a position of a holding wich is surrendered to someone else; thus «not subjet to *o-na-to* may mean only that the holder does not have any *o-na-te-re,* but enjoy the full use of the land himself» (el *o-na-to* consiste en una posesión que ha sido cedida a cualquier otro; así la expresión «no sujeto a *o-na-to*» solamente puede significar que el posesor no tiene *o-na-te-re* y mantiene, por tanto, enteramente para sí el uso del terreno).

[33] Cfr. el análisis de L. R. Palmer, *The Interpretation of the Mycenaean Greek Texts,* Oxford, 1963, pág. 215 y ss.

N. del E.: La relación entre los tributos al ente/entidad religiosa que aquí se mencionan y la extensión de las tierras poseídas por los contribuyentes (tablillas Er 880, 312), así como la identificación de las posibles categorías privilegiadas no sujetas al pago, han sido ilustradas por Lejeune en *Le dossier sa-ra-pe-da...,* op. cit. Para una discusión relativa a los circuitos internos de circulación de los bienes, nos remitimos a la introducción al ensayo de K. Polanyi, parte 3.ª.

[34] Este hecho ya se ha indicado desde hace tiempo y los dos textos en cuestión han sido objeto de numerosas discusiones y análisis; cfr. últimamente L. R. Palmer, *The Interpretation...,* op. cit., pág. 211 y ss.

8. Que el δᾶμος no representa solamente una entidad territorial, de la que una parte debía ser exactamente susceptible de parcelación a favor de los usufructuarios (§ 6), así como que tampoco representa una agrupación asociada de arrendatarios agrícolas, sometidos a prestaciones respecto a un santuario o quizás al palacio (§ 7), sino que constituye una entidad administrativa dotada realmente de poder jurídico, es lo que aparece a través del curioso recuerdo contenido en el catastro Eb/Ep sobre una controversia surgida en relación con una parcela de cierta importancia detentada por la sacerdotisa *erita:*

Ep 704.5, *erita ijereja eke euketoque etonijo eke teo damodemi pasi kotonao kekemenao onato ekee...*

Eb 297, *ijereja ekeqe euketoqe etonijo ekee teo koto nookode kotonao kekemenao onata ekee...*

La primera parte de la frase está clara: ἱέρεια ἔχει εὔχετόι τε *ἐτώνιον ἔχεεν θεῷι «la sacerdotisa detenta (esta parcela) y declara que la detenta para la divinidad[35] a título de *etonijo*». Sigue después una segunda parte, opuesta a la primera mediante δέ. En la versión Ep, a esta parte está ligado un verbo *pasi* = φᾶσι, cuyo sujeto no puede ser más que *damo:* δᾶμος δέ μίν φᾶσι κτοινᾱ́ων *κεκεσμενᾱ́ων ὀνᾶτόν ἔχεεν: «pero el δᾶμος afirma que ella la detenta en usufructo en cuanto sacada de las parcelas *kekemena*». En la versión Eb el segundo miembro no tiene el verbo en indicativo: εὔχετοι debe funcionar como factor común para los dos miembros; el sujeto de ἔχεεν no está (Ep: μιν), pero se puede deducir fácilmente de la primera parte; en este aspecto, la redacción Eb resulta más rápida y elíptica que la de Ep; ésta, sin embargo no es menos exacta e inteligible: κτοινοόχοι δέ [μιν εὔχοντοι] κτοινᾱ́ων *κεκεσμενᾱ́ων ὀνᾱτά[36] εχεεν.

La confrontación de las redacciones pone en evidencia la equivalencia δᾶμος = κτοίνοόχοι: dentro de la controversia abierta (pero todavía sin resolver en el momento del inventario), una de las partes que se enfrentan jurídicamente (el demandante precisamente) y el δᾶμος, colectividad local, representado por el colegio (de doce miembros) de los κτοινοόχοι (§ 6).

9. Al llegar a este punto, conviene abrir un paréntesis respecto a *kotona* y a los derivados o compuestos que provienen de ella. En Knossos[37] tenemos tres ejemplos (Uf 981, 1022, 1031) de la fórmula: ο δεῖνα ἔχει κτοίνᾱν φυτηρίαν *(eke kotoina puterija).* Pero la palabra se ha comprobado, sobre todo, en Pilos (175 ejemplos aproxi-

[35] Otra interpretación posible (siendo la misma divinidad la que presuntamente detenta la parcela): εὐχετοί τε *ἐτώνιον ἔχεεν θεόν.

[36] Este plural se explica quizá por el hecho de que la sacerdotisa posee dos concesiones de tierra *kekemena:* una (Ep 704.3 = Eb 409) de proporciones modestas (48 l.), cuyo carácter de *onato paro damo* no es discutido por la interesada; otra, que es objeto de disputa. El texto Eb se debe de entender así: «Los κτ, afirman que la sacerdotisa no tiene nada más que concesiones en usufructo.»

[37] Sobre los registros en Knossos de *kotoina* (escrito: *ko-to-i-na)* nos remitimos al *Index généraux...,* op. cit. (N. del E.).

madamente): catastro Eb/Ep de las tierras llamadas *kekemena* de *pakijanija* (donde figuran los *kotonooko),* catastro Eo/En de las tierras *kitimena* de *pakijanija,* junto a otros documentos catastrales (Ea; Aq 64; Wa 784). El término, determinado la mayor parte de las veces por los epítetos *kekemena* y *kitimena,* se encuentra tanto en nominativo (con el nombre de quien la detenta en genitivo), como en acusativo (objeto del verbo *ἔχειν* «detentar»), o en genitivo ligado a *ὀνᾶτόν* («concesión en usufructo de una *κτοίνᾱ*»).

De la raíz **kˢei* [37b] se dan en micénico: un presente **κτεῖμι* [38], con los participios y adjetivos vervales *κτίμενος* y *ἄκτιτος* [39]; un nombre de agente, *κτίτᾱς*, con compuesto *μετακτίτας*; finalmente, el derivado *κτοίνᾱ*. Parece que todos estos términos poseen un sentido abstracto fundamentalmente y no concreto y que se refieren a las instituciones inmobiliarias y no a la implantación material de edificios o de cultivos. *Kitimena* debía significar, con mayor exactitud, «tierras de fundación», esto es, tierras (probablemente en relación con un santuario) repartidas (atendiendo a cierto reglamento) entre miembros (en número de doce) de un colegio de *τελέσται*. En Pilos, los catastros Eo/En y Es (aunque en este último no aparecen explícitamente los términos *kitimena* ni *tereta)* se relacionan (para dos santuarios diferentes) con este tipo de instituciones. Por el contrario, las tierras del *δᾶμος*, exceptuando la parte dedicada a la explotación colectiva, susceptibles de una explotación no orgánica y mucho más variadas, se llamaban «tierras de repartir» *(kekemena).* Dentro de este cuadro es necesario admitir que el significado primitivo de *κτοίνᾱ* (* «fundación») tiene doble acepción. De una parte, se tiene que pasar de lo abstracto (institución) a lo concreto (resultado) de la aplicación de la institución) para llegar a individualizar la «parcela» (atribuida al *τελέστᾱς* en base al reglamento de fundación); por otra parte, su uso se extendió secundariamente a las «parcelas» cultivables de otro origen, procedentes del fraccionamiento del *δᾶμος*.

La palabra sobrevivió, aunque débilmente, en el griego del primer milenio; quizá en Beocia (desde el momento en que no se ve otro posible origen para la forma de vocalismo radical -*υ*- transmitida por Hesiquio), seguramente en Rodas (inscripciones); en Beocia, por lo menos hasta el siglo III (ya que *οι* < *υ* es anterior al 250), en Rodas hasta la época romana.

La glosa: *κτύναι ἢ κτοῖναι· χωρήσεις προγονικῶν ἱερείων, ἢ δῆμος μεμερισμένος* debe leerse probablemente [40]: *κτῦν(η) ἤ*

[37b] En cuanto respeta a la hipótesis de una «gutural» en explosión sibilante del tipo * *Kˢ*, con resultados ξ,σσ,κτ cfr. M. Lejeune, *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien,* París, 1972², § 28 (N. del E.).

[38] Este será reemplazado más tarde por κτίζω; 3.ª pers. pl. κτίενσι *(kitiesi,* PY Na 1179; *kitijesi,* PY Na 520).

[39] Para la sucesión de los términos *akitito, kitita* y *metakitita,* nos remitimos al *Index généraux...,* op. cit. (N. del E.).

[40] En el momento en que οι pasa a υ en beocio, αι ya hace más de un siglo que pasó a η, de ahí nuestra enmienda κτῦν(η). Las otras dos correlaciones ya se han propuesto por los comentaristas de las inscripciones de Rodas.

κτοιναι ˙χωρ(ί)σεις προγονικῶν ἱερ(ῶ)ν, ἢ δῆμος μεμεριομένος. Esta conserva el recuerdo, cerca de mil años después de los documentos micénicos, de una institución parcelaria de doble origen, que conviene relacionar con la de las tierras *kitimena* y *kekemena* de las tablillas.

En Rodas, κτοίνᾱ no designa la «parcela», pero conserva el sentido de «comunidad colegial» (regida por un reglamento de fundación); los miembros de la comunidad recibían el nombre de κτοινᾶται o χτοινέται (cfr. micénico *kotoneta).* Las κτοῖται de Rodas pudieron ser bastante numerosas y un decreto de los camireos organizó su censo; actualmente, conocemos los nombres de dos de ellas (Ποτιδαίεων; Ματίων). La κτοίνᾱ celebraba asambleas regulares, realizaba sacrificios, votaba decretos de honras y las atribuciones de la corona; algunas tierras de la κτοίνᾱ podían ser objeto de donaciones.

En micénico, *kotona* ha servido como base para el compuesto *kotonooko* y para los derivados *kotoneta* y *kotoneu,* de los que es interesante precisar los respectivos significados.

A juzgar por la relación entre la fase preparatoria (Ed 236, 317, 847, 901) y la redacción definitiva (Ep) del catastro *kekemena* de *pakijanija*[41], el término *kotoneta* (Ed 901) = κτοινέτας[42] no designa a cualquier detentador de *kotona,* sino al que detenta una parcela en usufructo perteneciente al δᾶμος *(onato paro damo);* el término *kotonooko* (Ep 301.2-14) = κτοινοόχος[43] indica una aceptación todavía más restringida y se aplica a una categoría limitada y jurídicamente privilegiada de *kotoneta.*

Por el contrario, sí que se presentan dificultades para determinar el significado del término derivado κτοινεύς[44]. Tenemos únicamente un testimonio (en PY Ae 995, escriba no identificado), elemento aislado (y mutilado: falta el número final de la tablilla) de un inventario de personal del que no se sabe a qué subdivisión administrativa de Pilos pertenece: *kotonewe* VIR (con la variedad 103 [45] del ideograma VIR, reservado (a juzgar por el ejemplo de Knossos) al personal

---

41 Cfr. la bibliografía a la nota 24 (N. del E.).

42 Derivado en —ετᾱ; cfr. P. Chantraine, *La formation des noms en grec ancien,* en *Soc. ling. de París,* 38, 1933, pár. 249. Se observará que estos derivados de nombres, de los que conocemos ejemplos homéricos, ya son micénicos y que en micénico se encuentran ya como derivados no solamente de nombres temáticos, sino también de otros tipos nominales.

43 A propósito de la escritura de este término, nos remitimos a cuanto ha expuesto el mismo Lejeune en *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien,* París, 1972, pár. 45, n. 3 (N. del E.).

44 En micénico, como en el griego posterior, los nombres en —ᾰ/ᾱ— daban origen a derivados en —εύς, donde —ᾰ/ᾱ— se eludía; pese a que algunos investigadores lo hayan admitído, ni *kamaeu* y ni siquiera *ekaraeu* son derivados de temas en —ᾰ/ᾱ—. (N. del E.: Véase también cuanto se ha expuesto en *Docs. 2,* págs. 409-449).

45 El ideograma + 103 ya se ha asimilado al + 100 = VIR (cfr. *Docs. 2,* pág. 391), por lo que no se da una especial diferencia de significado, como quería en este caso Lejeune (N. del E.).

de condición humilde o servil: ¿se trata quizá de esclavos sometidos al trabajo agrícola en las *κτοιναί*?

10. En caso de controversia sobre el reparto de las tierras del *δᾶμος* (¿en el origen de esta repartición?) intervenía un colegio de *kotonooko*. No sabemos cómo éstos eran designados, ni siquiera sabemos qué atribuciones administrativas les correspondían; tampoco las que fueran competencia de un representante (o más representantes) del poder central[46].

Por lo que podemos entrever sobre el tema de la organización parcialmente autónoma de la comuna rural, ¿podemos suponer que a niveles más elevados (¿distrito? ¿provincia?) se encontraran personajes encargados de las cuestiones concernientes a los *δᾶμοι*, al igual que, a nivel del estado, un personaje cuyas funciones le llevaran a simbolizar el *Δᾶμος* en cuanto clase (en lo que relaciona con los nombres propios) junto al *ϝάναξ* y al *λᾱϝαγέτᾱς*?

Efectivamente, la discusión sobre el *damokoro* se establece precisamente por la misma forma del término; esta institución es común, una vez más, a Knossos y a Pilos, pero los dos ejemplos de Knossos[47] no nos sirven de gran ayuda, mientras que los de Pilos (Ta 711.1; On 300.7) nos proporcionan datos difíciles de interpretar.

Si, dentro de este compuesto, *damo-* es de lectura segura (aunque el significado sea discutible: ¿*δᾶμοι* o *Δᾶμος*?), el segundo término, *-koro*, resulta de lectura ambigua y, por consiguiente, de incierto significado. La solución más aceptable es la de reconocer el mismo nombre agente que en *ζακόρος* (micénico *dakoro*), *νεωκόρος*, a condición, sin embargo, de no ver en este nombre (sin etimología) un «barrendero», sino un «superintendente» (sea *κορέω* «barrer» resultante de una especialización secundaria del significado, sea un término de otro origen). En este caso, el significado de *damokoro* permanece todavía más vago.

11. La intitulación (Ta 711.1: *owide pu$_2$keqiri ote wanaka teke aukewa damokoro*) del inventario de utensilios Ta sugiere las siguientes observaciones:

a) Parece que conviene distinguir los inventarios regulares, exigidos por la contabilidad anual del palacio, de los inventarios ocasionales. En esta última categoría deben incluirse dos inventarios de Pilos cuya intitulación comienza con la fórmula: *ὥς ϝίδε ο δεῖνα* (con el nombre del inspector encargado de la documentación) y continúa

[46] ¿Quizá era un *eqeta* (ἑπέτας) el que desempeñaba la tutela ante el *δᾶμος*? Para pakijanija, en el catastro de las tierras *kekemena, apimede* (Ep 539.14 = Eb 473), que es probablemente el *eqeta* nombrado en Ed 317, es el único beneficiario importante de carácter civil y no religioso; goza de un *etonijo* de considerables dimensiones (552 l.) y es con su nombre con el que concluye el escriba primero el catálogo Ep que comenzara con los *kotonooko*.

(N. del E.: Sobre este problema, confróntense también los dos ensayos de Lejeune, *Sur l'institulé...*, op. cit.; *Le récapitulatif...*, op. cit.).

[47] Para los registros en Knossos nos remitimos al *Index généraux...*, op. cit. (N. del E.).

con la indicación de las circunstancias en que tuvo lugar la inspección: por una parte, Eq 213.1 *owide akosota toroqejomeno aroura a₂risa*[48]; por otra, Ta 711.1, *owide pu₂keqiri ote wanaka teke aukewa damokoro*[49]; en el primer caso, la ocasión queda explícita por un participio (τϱοπεόμενος), en el segundo por una proposición temporal (ὅτε ϑῆκε).

b) Partiendo de la idea de que el ajuar inventariado en la serie Ta pertenece a una tumba real, L. R. Palmer[50] interpreta *wanaka teke* como «*rex sepeliuit*». Tiene que tratarse de un gran personaje para que un rey presidiera los funerales, probablemente fuera de un miembro de la familia real; dado que nada indica que el *aukewa* registrado en An 192 y Jo 483 lo sea, puede tratarse de otro *aukewa* de alto rango y, por tal razón, designado (lo que de por sí es excepcional en micénico) por medio de un nombre individual + patronímico. Se mantendrá, por tanto, Δᾱ́μοκλος = Δᾱμοκλεϝειος. Se da el caso de que también On 300 enumera (sucesivamente, para la provincia próxima y para la lejana) un cierto número de funcionarios: ante todo los responsables locales (un *korete* por distrito), después un *duma* y, finalmente, un último personaje todavía; la lista de la provincia lejana tiene como último personaje (sin indicar la función) *teposeu,* que es un antropónimo: se deberá ver como un gobernador de provincias (demasiado conocido para que se tenga que precisar su función); para terminar, desde el momento en que la lista de la provincia próxima (esto es, la que comprende la capital Pilos) finaliza, simétricamente, con *damokoro,* se le deberá ver como al hijo de Damocles, que es nuestro *aukewa,* con cargo de gobernador de la provincia de Pilos, hecho que lo califica para presidir los funerales reales.

c) Esta reconstrucción contiene dos elementos disociables: la explicación dada a *wanaka teke* y la hipótesis de que *damakoro* sea un nombre propio. Nada impediría mantener la primera y rechazar la segunda. Efectivamente, si *damakoro* significara algo como «gobernador de provincia», la teoría general de Palmer no quedaría afectada. En realidad, pretendemos rechazar tanto una como otra.

d) Indudablemente, la serie Ta inventaría utensilios de lujo, describe con minuciosidad la rica decoración; incluso menciona en algunas ocasiones objetos en mal estado, como el trípode cuyos so-

---

48 El resto de la tablilla confirma que se trata de una catalogación de tierras laborables (ἄϱουϱα; *akosota* es un personaje frecuentemente citado en otros lugares (An 39: Cn 40 y 719; Pn 30; Un 267; Va 482).

49 Caso ambiguo (nominativo o acusativo) para *wanaka* (que se puede leer ϝάναξ o ϝάνακα; también es verdad que el acusativo que esperaríamos sería mejor **wanakata* = ϝάνακτα) y para las otras dos palabras finales.

(N. del E.: Lejeune reproducía en este ensayo *85-kewa,* proponiéndose en esta nota el problema de la transliteración de * 85. Sabemos ahora que * 85 = au (cfr. *Acta Mycenaea, Proceedings of the Fifth International Colloquium on Mycenaean Studies,* Salamanca, 1972, vol. I, pág. XVI).

50 Ya en *Minos V, A Mycenaean Tomb Inventory,* pág. 58 y ss.; por último, en *Interpretations...,* op. cit., caps. XIII (pág. 338 y ss.), XVI (pág. 374 y ss.).

portes han sido deteriorados por el fuego (641.1) *(tiripo... apu kekaumeno kerea₂*: τρίπος ... ἀπυκεκαυμένος σκέλεα); es difícil admitir que este hecho exluya [51] la hipótesis de una decoración destinada a la sala del trono y no la de una decoración perteneciente a una tumba real. Por otra parte, no se encuentra en griego ni un solo ejemplo [52] de ϑειναι empleado indeterminadamente en el sentido de «enterrar».

e) Además, nunca en griego un hipocorístico (como sería en el caso de Δᾱμοκλος) está ligado a otro antropónimo con función de designación patronímica; en micénico, como en eólico del primer milenio, esta función está desempeñada por los adjetivos en -ιος: *dikonaro adaratijo (*Δ. Ἀδπάστιος, PY An 654), *neqeu etewokereweijo (*Ἀλεκτρυϝών Ἐτεϝοκλεϝέϊος, PY An 654), *neqeu etewokereweijo* (N, 'E., P Aq 64), *rouko kusamenijo* (Λ. Κυρσαμένιος, PY Aq 218 y PY An 519), etc.

f) Mantenemos, pues, que conviene permanecer fieles a la interpretación tradicional [53] que hace de *wanaka* el sujeto, de *aukewa* el complemento objeto, de *damokoro* (designación de función) el atributo de *aukewa* y que da a ϑῆκε el significado, por lo demás perfectamente establecido, de «instituit», «creâuit». Todo esto a condición de aclararlo.

g) Nos encontramos ante un inventario del guardián real de la decoración (que conserva, eventualmente, los objetos en mal estado a la espera de que sean reparados o sustituidos). El funcionario encargado de esta misión era, hasta aquel momento, cierto *aukewa.* Fue transferido y nombrado *damakoro,* a la vez que fue reemplazado por cierto *pu₂keqiri.* Desde el momento en que el valor de la decoración en cuestión tenía que ser establecido, se procede, como de costumbre, a realizar un inventario en el momento de la transmisión de poderes: inventario ocasional, cuya fórmula es: ὡδ ϝιδε... ὅτε...

12. Desconocemos, cualquiera que fuese su nivel, cómo se producía en la sociedad micénica la asignación de las funciones tanto de orden civil como militar o religioso.

Los textos no nos proporcionan ningún testimonio sólido sobre una atribución de funciones que sea, por ejemplo, hereditaria [54], electiva o ligada al azar. El único documento que menciona una designación (incluso de una manera accidental) es el texto Ta 711, en el que el ϝάναξ nombra un δαμοκόρος.

---

51 Palmer, op. cit., pág. 355.

52 Palmer, (pág. 340) remite claramente a la sección A11 del término τίθημι de Liddel-Scott-Jones; pero, remitiéndonos precisamente a los ejemplos aquí contenidos, no se tiene ni una sola vez ϑεῖναι con significado funerario sin que resulte de un objeto (οστέα, etc.) o de un complemento de lugar (que nunca falta) o tanto de uno como de otro (...) (N. del E.: Siguen los ejemplos sacados de Liddel-Scott).

53 *Documents,* pág. 335.

54 En asociación con los nombres individuales de los επέται se encuentran principalmente los derivados en —ιος, cuyo valor es probablemente el de patronímico: *arekuturuwo etewokereweijo,* etc. Se puede preguntar si no se trata en este caso de un título hereditario, justificando de esta manera una fórmula onomástica desacostumbrada: 'Αλεκτρυϝών sería entonces επέτας *en cuanto* hijò de 'Ετεϝοκλέϝης, etc.

No se puede partir de lo anteriormente expuesto, ya que faltan términos de comparación, para efectuar una valoración de la importancia jerárquica del *damakoro*. Si el soberano se encarga absolutamente de tomar las decisiones en el nombramiento de funcionarios, ¿hasta qué nivel alcanza su intervención (provincia, distrito, etc.)? Por otra parte, ¿quién nos garantiza que *wanaka teke* no sea más que una fórmula administrativa de uso generalizado, que incluye, junto a las nóminas procedentes en directo del soberano, también las que, a niveles inferiores, realizan otros en su nombre?

13. Queda el testimonio de On 300, texto mutilado y de difícil comprensión[55], que menciona una distribución de mercancías (no identificadas), ideograma * 154, entre los funcionarios principales de la provincia próxima (líneas 1-7), seguida de la provincia lejana (líneas 8-12), enumerando primero los prefectos de los distritos *(korete),* después de un *duma* (líneas 6 y 12) y, finalmente, un *damokoro* (línea 7) y *teposeu* (línea 12), respectivamente.

El texto presenta numerosas lagunas. Además, no está completamente conforme con el sistema administrativo «canónico», ya que, si se puede admitir (especulando con las lagunas) que enumerase nueve *korete* para la provincia próxima, no indica posiblemente que fueran seis para la provincia lejana (en lugar de los siete que sería de esperar). En tercer lugar, se trata de una redacción que no es homogénea: para la provincia próxima encontramos (línea 2) entre los *korete* (designados solamente por el título y la indicación de su distrito) un antropónimo *apia$_2$ro),* sin que sepamos si se trata o no del nombre de un *korete;* en caso afirmativo, desconocemos el modo de explicar esta particularidad en la redacción. Otra disparidad: el *duma* de la línea 6 debía ser identificado, respectivamente, por su nombre, *(du)nijo,* por la indicación de su título y por la de su lugar; el de la línea 12, sin embargo, no puede ser identificado más que por su nombre o por su lugar (la segunda posibilidad resulta más verosímil), aunque conste su título. Ultima disparidad: tenemos un apelativo *damokoro,* línea 7) y un antropónimo *(teposeu,* línea 12) que forman pareja al final de las dos líneas. Todas estas observaciones menoscaban la fe que se pueda tener sobre el rigor en la presentación del texto.

Consideraremos las indicaciones de On 300, aunque no sin reservas, como simétricas para las dos provincias y dispuestas, respectivamente, en un orden jerárquico decreciente. Aceptando esta hipótesis, el texto enumeraría, para cada provincia, ante todo, los responsables de distrito (los *koretere),* después dos funcionarios provinciales (de quienes ignoramos sus respectivas competencias), un *duma* y un *da-*

[55] Cfr. L. R. Palmer, *Interpretation...,* op. cit. págs. 89-374 y ss.; ya hemos tratado sobre este documento en el artículo *Les circoscriptions administratives de Pylos,* en *Revue des Etudes Anciennes,* LXVII, págs. 5-24. (N. del E.: Reeditado en *Mémoires de philologie mycéniennes,* III serie, Roma, 1972, pág. 115 y ss.; véase también Chadwick, *Docs. 2,* pág. 466 y ss.).

mokoro. Por simetría, se debería admitir que *teposeu* (línea 12) fuera un *damakoro*. En relación a Ta 711, se podría considerar que *aukewa* fuera, o estuviera a punto de serlo, el *damokoro* de la provincia próxima (línea 7)[56].

En conclusión, en la medida en que nos podemos basar sobre On 300, tendremos que admitir al *damokoro* como personaje importante (pero no el único) dentro de la provincia (no del estado), personaje del que ni los textos conocidos ni el análisis de la palabra permiten precisar sus atribuciones.

ESTRUCTURA POLÍTICA DE LAS RESIDENCIAS MICÉNICAS

por K. Wundsan

Ante todo, consideramos necesario afrontar dos posibles objeciones de principio; después, profundizamos en el tema. La primera, de carácter fundamental, se refiere al problema de si al tratar la época micénica se entra en los dominios de la historia antigua; la segunda, más importante, es de carácter metodológico, consiste en preguntarse si para investigar la estructura política y social de los palacios micénicos no se deben considerar también otras fuentes, además de las tablillas en Lineal B; en otras palabras, si es posible llegar a consideraciones auténticas sobre las relaciones en la época micénica sin tener en cuenta el desciframiento que llevó a cabo Ventris.

El primer tema se puede localizar en el título de un trabajo de J. Chadwick, *Una burocracia prehistórica*[1], pese a que el autor no aclare el motivo que le decidió a definir como «prehistórica» la burocracia micénica. Por otra parte, a partir de la definición de R. Pittioni sobre el concepto de «prehistoria», resulta evidente que la época micénica, tras el desciframiento de sus testimonios escritos, ya ha entrado en los dominios de la historia. El investigador escribe lo siguiente[2]:

---

[56] Es necesario pensar que On 300 fuera redactada cuando el puesto de *damokoro* para la provincia próxima estaba todavía vacante, en espera de la nominación de *aukewa*, mientras *teposeu* ocupaba todavía el puesto para la otra provincia; ¿esto explicaría la diferencia de las redacciones?

[1] En *Diógenes*, 26, 1959, pág. 7 y ss.

[2] R. Pittioni, *Vom Faustkeil zum Eisenchwert*, 1964, pág. 7.

N. del E.: Efectivamente, aquí se pone en evidencia la ingenuidad, por no decir lo peligroso, de este tipo de esquematizaciones. Dar el rango de «históricas» a manifestaciones culturales caracterizadas por la presencia de documentos escritos es, en ciertos aspectos, la misma clase de operación que se lleva a cabo cuando se relegan al estado «primitivo» los grupos de interés etnológico *diferentes* a nosotros en el espacio. Así, dar al concepto de «prehistoria» un significado subalterno («pre-historia», antes de la historia, lo que equivale a decir «sin historia, como si el desarrollo diacrónico estuviera marcado por la aparición de los documentos escritos) significa negar al dato material el valor de «mensaje» cultural que le pertenece (cfr. cuanto ya se ha considerado en la introducción a G. Childe en la primera parte).

«Prehistoria es la ciencia de la época más antigua del hombre. Estudia su destino (...) desde el principio hasta el momento en que se hace posible, gracias al descubrimiento de la escritura, una forma de autoexpresión. El momento en el que se realiza este descubrimiento fundamental varía según las diferentes regiones de la tierra (...). En Creta y en el continente griego se inician (los testimonios escritos) alrededor de 1400 a. de C., para interrumpirse, a causa de los grandes fenómenos migratorios, aproximadamente hacia el 1200 a. de C., y recomenzar después, sin ninguna nueva interrupción, a partir del siglo VIII a. de C.»[3] Las dudas planteadas por G. Thomson[4] respecto del

---

[3] Semejantes definiciones se encuentran en A. Scharff y A. Moortgat, *Aegypten und Vorderasien im Altertum,* 1950, pág. 7 (edad histórica = desde que se afirman los documentos escritos comprensibles para nosostros); H. v. Effenterre, en *Revue historique,* 229, 1963, pág. 1. También sobre el problema de los testimonios escritos en el paso de la prehistoria a la historia en J. A. Lencman, *Die Sklaverei im mykenischen Griechenland,* ed. en lengua alemana, Wiesbaden, 1966, pág. 143 y ss.

[4] G. Thomson, *Forschungen zur altgriechischen Gesellschaft,* I: *Frühgeschichte Griechlands und der Aegäis,* Berlín, 1960, pág. IX (N. del E.: ¡Citado así por Wundsam!).

N. del E.: Tal vez sean necesarias algunas precisiones sobre la obra de Thomson, tan poco comprendida por el autor. Ante todo, es preciso decir que el libro de Thomson sobre la prehistoria griega salió, en su primera edición, en Londres, el año 1949; en aquellos tiempos, representó una interesante tentativa de interpretación marxista de la génesis de la sociedad griega arcaica. Casi toda la primera parte del volumen (titulada *El parentesco)* se centraba en la relación arqueología-etnología y estaba bastante influenciada por cierto tipo de evolucionismo que hunde sus reaíces en las elaboraciones de Morgan y Spencer (cfr. el reciente ensayo de M. Arioti, *Introduzione all'evoluzionismo,* Milano, 1975). Las sucesivas ediciones de la obra (y Wundsam se refiere aquí a la alemana, publicada en la Alemania Oriental el año 1960 por la Akademie Verlag) no modifican mucho el planteamiento del trabajo. Por otra parte, al intentar ofrecer un cuadro esquemático sobre la obra realizada por el investigador, podemos decir que ha pretendido, mediante una investigación inserta esencialmente en la tradición literaria épico-mitológica, localizar en ésta el eco de las fases del desarrollo socioeconómico que la investigación etnoantropológica y, para ciertos versos, arqueológica de tendencia evolucionista había creído identificar, siguiendo otro camino y según articulaciones diferentes. Está claro que, precisamente por esta razón, el trabajo de Thomson, incluso representando un momento «anticlasicista» dentro de los estudios helenistas y una importante tentativa de investigación interdisciplinaria, pese a todo resulta irremediablemente anticuado, debido al rapidísimo desarrollo de los estudios micénicos. Hay que decir, sin embargo, que precisamente esta última característica evidencia su gran importancia actual, en un momento en que los estudios de filología y literatura clásicas se debaten en una profunda crisis (cfr. B. Gentili, *L'interpretazione dei lirici greci arcaici nella dimensione del nostro tempo. Sincronia e diacronia nello studio della cultura orale,* en *Quaderni urbaniti di cultura classica,* 8, 1969, pág. 7 y ss.). Tanto bajo el perfil metodológico como el teórico (y téngase en cuenta la riqueza de consideraciones etnoantropológicas que esto contiene) una relectura del trabajo de Thomson se revela, indudablemente, como fundamental para el actual proceso de reapropación de las temáticas básicas que caracterizan las investigaciones de la complicada escuela histórico-cultural durante los primeros decenios de nuestro siglo.

Finalmente, otra puntualización: las páginas a que se refiere Wundsam forman parte del prólogo en la edición alemana del libro. Consideramos, por afán de precisión y claridad, que conviene reproducir íntegro el pasaje en cuestión, cuyo significado es muy diferente respecto al de un rechazo del descifrado del Lineal B (que en aquella época contaba con poquísimos años): «Una segunda contribución (al estudio de la prehistoria griega) consiste en el descifrado del Lineal B, realizado por Ventris y Chad-

descifrado del Lineal B para la reconstrucción de la historia de la Grecia micénica solamente se pueden demostrar infundadas mediante un trabajo especializado, como el que se realiza en este apartado.

En el caso de la segunda objeción, la primera fuente documental que se nos presenta como posible medio de integración es, indudablemente, la homérica (esto es, la tradición épica). Palmer demuestra una actitud de extrema confianza al respecto cuando escribe: «Para estas conjeturas confusas, Homero será nuestro constante guía» [5]. La idea de que Homero reconstruya sencillamente el cuadro de la sociedad de los siglos X y IX está considerada por el investigador como «safe and unprovable» [6]. Por el contrario, M. I. Finley adopta una postura opuesta y llega a la conclusión [7] de que Homero no sólo no puede significar una guía para la interpretación de las tablillas en Lineal B, sino que «no nos sirve». Efectivamente, una confrontación entre la terminología de las tablillas y la homérica ha demostrado más puntos de divergencia que de concordancia [8]. Debemos añadir a todo esto que también conviene tener en cuenta las variaciones de significado de las que pueden ser objeto algunos términos [9]. Con tal perspectiva resulta fácilmente comprensible el por qué muchos investigadores se muestran particularmente desconfiados respecto a una relación demasiado estrecha entre Micenas y Homero [10]; G. Kirk expone

---

wick. El lector se preguntará por qué no me he referido en el presente volumen o en el siguiente —titulado *Los primeros filósofos* (1955)— a esta serie. Mi respuesta se basa en que deben superarse todavía muchas dificultades de orden lingüístico antes de poder conseguir esta proposición de descifrado; por tanto, todo intento de reconstrucción histórica que lo utilizara se sostendría sobre una base muy frágil. Estoy convencido de que los problemas lingüísticos se superarán, de modo que podamos tener a nuestra disposición nuevos elementos para la investigación de la prehistoria griega. Entonces estos datos deberán ser explicados a la luz del marxismo, que representa la única metodología histórica con valor científico» (1959). La actualidad de esta última consideración no necesita comentarios.

[5] («En esta oscura maraña de conjeturas, Homero será nuestro guía constante»), L. R. Palmer, *Achaeans and Indo-Europeans,* Oxford, 1955, pág. 4. Esta convicción la comparte J. P. Olivier, *Demokratia, the Gods and the Free World,* Baltimore, 1960, pág. 2: La épica homérica nos restituiría situaciones y terminología (¡sic!) de la Edad de Bronce.

[6] L. R. Palmer en *MNHMHC XAPIN,* en *Gedenkschrift P. Kretschmer,* Wien, 1957, pág. 77 (en el caso particular, en respuesta a M. I. Finley).

[7] M. I. Finley, *Homer and Mycenae: Property and Tenure,* en *Historia,* 6, 1957, pág. 133 y ss.; cita de la pág. 159.

N. del E.: Consideramos útil recordar que el problema ha sido reconsiderado por P. Vidal-Naquet en *Homère et le monde mycénien. A propos d'un livre récent et d'une polémique ancienne,* en *Annales,* 18, 1963, págs. 703-719. El tema reaparece en el ensayo de F. Codino *Introduzione a Omero,* Torino, 1965; recientemente, el ponderado volumen de G. Vlachos, *Les sociétés pilitiques homériques,* París, 1974, que resulta bastante confuso en algunos puntos.

[8] Ejemplos de tablillas en M. I. Finley, op. cit., pág. 141; cfr. E. Risch, en *Anthropos,* 53, 1958, pág. 159.

[9] Cfr. A. J. Tjumenev en *Vestnik Drevnej Istorij,* 4, 1959, pág. 24 y ss.

[10] M. I. Finley, op. cit., pág. 137; id., *The Mycenean Tablets and Economic History,* en *The Economic History Review,* 10, 1957, pág. 140; M. Jameson, *The Mycenaean and Homeric Political System* (Ponencia al congreso de S. A. Immerwahr), en

el tema con extraordinaria claridad: «Las diferencias en la estructura social, económica y en la especialización en el trabajo son las más notables.» [11]

A partir de lo que hasta aquí se ha dicho, surge espontáneamente la pregunta sobre el tipo de relaciones sociales que Homero bosquejó en sus obras [12].

Como para todo poema, que no puede representar una verdadera y exacta fuente en el sentido estricto de la palabra, también en este caso resulta imposible dar una respuesta precisa. Pese a todo, podemos afirmar con cierta seguridad que muchas de las referencias relacionadas con el ambiente social proporcionadas por Homero se sitúan en la época del poeta [13], lo que concuerda perfectamente con la opinión de que la poesía épica griega, tal como ha llegado hasta nosotros, encontró probablemente su forma definitiva en los «siglos oscuros» [14]. Por tanto, cuando Palmer [15] ve en los textos micénicos una

---

Archaeology, 11, 1958, pág. 60; F. Papazoglu, *Zur Frage der Kontinuität zwishen der mykenischen und der homerischen Gesellschaftsordnung,* en *Bibliotheca Classica Orientalis,* 8, 1963, pág. 22 y ss.; A. Bartonek en *Neue Beiträge zur Geschichte der Alten Welt,* I v., 1964, pág. 159; J. A. Lencman, *Die Sklaverei im mykenischen und homerischen Griechenland,* en *Bibliotheca Classica Orientalis,* 9, 1964, pág. 202 y ss.

11 «Las diferencias en la estructura social en la organización económica y en actividades laborales especializadas aparecen con toda evidencia» (G. Kirk, *The Songs of Homer,* Cambridge, 1962, pág. 38).

12 La pregunta la plantea precisamente J. A. Lencman, op. cit., pág. 205.

N. del E.: Consideramos que el problema ha estado correctamente expuesto y resuelto en parte por F. Codino, op. cit.

13 A. Lesky, *Geschichte der griechischen Literatur,* 2.ª ed., 1963, pág. 73.

14 M. I. Finley, *Homer and Mycenae...,* op. cit., pág. 159; id., *The Trojan War,* en *Journal of Hellenic Studies,* 84, 1964, pág. 8; G. Kirk, op. cit.; A. Lesky, op. cit., pág. 76.

15 En *MNHMHC XAPIN,* op. cit., pág. 69; íd., *The Mycenaean Tablets and Economic History,* en *The Economic History Review,* 11, 1958, pág. 90; íd., *Mycenaeans and Minoans,* 2.ª ed., London, 1965 (trad. it., Torino, 1969), pág. 98 y ss.

N. del E.: En efecto, si se excluyen las ingenuas simplificaciones «homeristas», el razonamiento de Palmer, por lo menos en este caso, no es tan simple como Wundsam pretende hacer creer, y no se refiere a toda la sociedad micénica, al menos no en su aspecto «hegemónico», sino a la organización de los centros agrícolas. Tampoco se puede liquidar de la manera que desearía Wundsam la hipótesis según la cual, al caer los palacios hacia el final del II milenio, se afirmase aquella cultura «subalterna», que se estaba desarrollando durante la segunda mitad del segundo milenio en conexión con el mundo rural y con el pequeño artesanado periférico, así como que en Homero quedan ecos de lo que se ha llamado «democracia primitiva» (cfr. F. Codino, op. cit.), en descendencia directa de la organización del *damo* al que aluden las tablillas. Efectivamente, si hubo continuidad (y no admitimos la credibilidad histórica de los cuadros catastróficos de las «grandes invasiones»), ésta debe de haber implicado precisamente a las comunidades agrícolas y artesanales, parcialmente independientes de palacio, como las referencias al *damo* en los documentos en Lineal B parecen reflejar. El verdadero problema, como se verá más adelante al tratar el tema del modo «asiático» (introducción a la colaboración de C. Parain en la tercera parte), es otro: el por qué al caer un sistema económico-social, como el representado por los palacios micénicos, que se aproximaba por sus características burocrático-administrativas al mundo del Próximo Oriente, no se reconstruye algo similar, sino que sale a la superficie un aspecto que hasta entonces era subalterno y explotado. Un problema de tanto alcance, que de otras maneras se han propuesto tantos investigadores marxistas más o menos ligados a un

confirmación de las teorías de W. S. Ridgeway [16], basándose en el hecho de que en algunas tablillas se encuentran referencias a un *open-field System (kekemena kotona paro damo),* tal como Ridgeway dedujo en Homero, no se da cuenta de que cae en un círculo cerrado. Para poder argumentar que los textos micénicos proporcionan una confirmación de las teorías de Ridgeway sería necesario aceptar previamente una continuidad entre Micenas y Homero. Aunque se dieran por válidas dichas teorías, no se confirmaría dicho fenómeno de continuidad, puesto que siempre quedaría abierta la posibilidad de que el *open-field System* existiera tanto en la época micénica como en la homérica. El resultado al que se llega puede expresarse de la siguiente manera: «En cuanto se refiere a las relaciones socioeconómicas, no está hoy todavía lo suficientemente claro lo que del poema épico puede referirse a la época micénica y lo que pertenece a la homérica» [17].

Los problemas no se resuelven, desde luego, con la simple afirmación de que es prácticamente imposible atribuir a cada época diferente determinadas características de los poemas épicos. La poesía oral, que se puede reconocer en la épica homérica, no tenía en absoluto la finalidad de mostrar un cuadro exacto de una época histórica, sino la de ofrecer una época heroica [18], una especie de paraíso perdido. A través de la tradición oral era necesario reducir personas y acontecimientos a figuras y representaciones simbólicas» (F. Schachermeyr) [19], por lo que se puede llegar a variaciones especialmente notables, como lo ha demostrado claramente M. Finley [20], a partir de ejemplos tomados de la Canción de Roldán, del Canto de los Nibelungos y de los poemas eslavos del sur sobre la batalla de Kossovo. No se puede considerar como posible extraer el núcleo histórico o, en otras palabras, planificar lo que encontramos en forma «concentrada» [21].

Por tanto, tenemos que reconocer en el mundo homérico un mundo propio del poema, que ha hecho suyas unas características que pertenecen a épocas diversas, pero que, en realidad, nunca existió [22]. De lo anteriormente expuesto se desprende la advertencia de que los parangones que se establezcan entre el mundo micénico y el homérico

---

esquema evolucionista unilineal, implica la misma génesis de las manifestaciones que acostumbramos a llamar «micénicas», así como su funcionalidad económico-política en el cuadro histórico del Mediterráneo oriental (véanse las contribuciones presentadas en la primera parte y sus comentarios críticos).

[16] W. S. Ridgeway, *The Homeric Land-System, en Jour. Hell. St.* 6, 1885 pág. 319 ss.

[17] J. A. Lencman, op. cit., en la nota 10, pág. 205.

[18] A. Lesky, op. cit., pág. 33.

[19] F. Schachermeyr, *Die minoische Kultur des alten Kreta,* Stuttgart, 1964, pág. 296 y ss.

[20] M. I. Finley, *The Trojan War,* op. cit., pág. 3.

[21] F. Schachermeyr, op. cit., págs. 299-301.

[22] A. Lesky, op. cit., pág. 77; íd., *Homer,* en *Anzeiger für die Altertumswissenschaft,* 17, 1964, pág. 142; A. Heubeck, *Aus der Welt der frühgriechischen Lineartafeln,* Göttingen, 1966, pág. 69 y ss.

solamente alcanzarán cierta credibilidad después de que se haya desarrollado una investigación sobre los documentos en Lineal B [23] y a condición de que los poemas épicos no se utilicen para una interpretación de dichos documentos.

Un aspecto particular de la problemática hasta aquí examinada, al que sólo se puede atender brevemente, es el de la credibilidad histórica de la expedición contra Troya [24].

Desde el momento en que la ciudad de Troya VI parece que fue destruida por un terremoto [25], mientras que la VII lo fue por los llamados «pueblos del mar» [26], el relato homérico sobre la conquista de Troya por los aqueos no se puede considerar como verdadero. La Troya de la que habla Homero se puede identificar, efectivamente, con la Troya VI, que, sin embargo, no fue destruida por los aqueos, sino por Poseidón sacudidor de tierras, imaginado bajo los despojos de un caballo. Esta solución, propuesta por Schachermeyr [27], tiene la ventaja de resolver al mismo tiempo el problema del caballo de madera [28]. La otra solución posible, formulada por M. I. Finley [29].

---

[23] E. Will, *Aux origenes du régime foncier grec. Homère, Hésiode et l'arrière plan mycénien,* en *Revue des études anciennes,* 58, 1957, pág. 44 y ss.; A. Amaraschi, *Sulla terminologia della regalità nelle tavolette micenee,* en *Atti e memorie dell'Academia toscana di scienze e lettere, La Colombaria,* 23, 1958, pág. 159; F. R. Adrados, *Más sobre el culto real en Pylos y la distribución de la tierra en época micénica,* en *Emerita,* 29, 1961, pág. 105 y ss.

[24] Bajo el perfil arqueológico, cfr. C. W. Blegen, *Troy and the Troians,* London, 1963 (trad. it., Milano, 1964); Troya VI habría sido destruida a causa de un terremoto (pág. 143 y ss.), Troya VII por obra humana (págs. 153-161). El tema se complica por el hecho de que Blegen distingue entre Troya VIIb1 y Troya VIIb2; la segunda representaría la instalación de los «pueblos del mar» (pág. 165 y ss.). Cfr. A. Lesky, op. cit., pág. 34 y ss.

N. del E.: El problema ha sido reconsiderado recientemente por E. Bockisch, *Troja Streit ohne Ende,* en *Klio,* 57, 1975, pág. 261 y ss. Conviene señalar brevemente que se ha especulado mucho, quizá demasiado, sobre la correlación entre datación arqueológica de los estratos de destrucción de la instalación situada sobre la colina de Hissarlik y la interpretación de la tradición homérica, hasta el punto de llegar a asignar dataciones absolutas a hechos que las fuentes griegas más recientes databan por generaciones posteriores a la guerra de Troya. Dejando aparte el problema de si es lícito asignar un efectivo valor histórico tan específico a la tradición homérica relativa a la expedición a la Tróade (por lo que sería lícito dudar de las identificaciones entre los resultados de las excavaciones arqueológicas y las narraciones épicas; cfr. al respecto las consideraciones de T. B. L. Webster sobre el «tema del asedio», en *From Mycenae to Homer,* London, 1964 [2], pág. 58 y ss.), debemos tener siempre presente que los elementos del sistema representado por la tradición literaria no son conmensurables ni, por tanto, comparables con el sistema representado por los datos arqueológicos, por lo que las correlaciones del tipo Troya VI VII VIIa VIIb, etc. = Troya homérica resultan por lo menos «ingenuas».

[25] F. Schachermeyr, *Poseidon und die Entstehung des griechischen Götterglaubens,* Bern, 1950, pág. 195. C. W. Blegen, op. cit., pág. 143 y ss.

[26] F. Schachermeyr, *Materialien zur Geschichte der ägäischen Wanderung,* en *Mitteilungen des Deutschen Archaeologischen Instituts in Athen,* 41, 1916 (1921), pág. 396 y ss.; C. W. Blegen, op. cit., pág. 165 y ss. (Se trataría de Troya VIIb1).

[27] Op. cit., nota 25, pág. 189 y ss., en particular, págs. 195-196.

[28] C. Nylander, *The Fall of Troy,* en *Antiquity,* 37, 1963, pág. 6 y ss.; en la página 10 considera probable un ataque contra Troya VI por parte de los aqueos, pero no la conquista de la ciudad.

consiste en considerar que Troya VII fuera la ciudad a la que se refiere Homero y en cuya destrucción también tomasen parte los aqueos, asociados a los «pueblos del norte».

Tras estos comentarios sobre la poesía épica y su traslado histórico, conviene plantearse la pregunta de si es posible adquirir conocimientos más seguros sobre el mundo micénico y el griego más tardío.

La lengua de los documentos en Lineal B era, sin duda, griega o, para decirlo mejor, un dialecto griego; sería una indudable y gran ayuda para nuestras investigaciones el que se pudiera establecer que estaba emparentada con uno de los dialectos de la época clásica. Que el micénico sea diferente a la lengua empleada en la épica [30], no es cosa que sorprenda, puesto que, del mismo modo que el mundo homérico nunca existió, tampoco la lengua homérica fue hablada jamás [31]. Encontramos notables dificultades, por otra parte, cuando queremos alcanzar una exacta precisión sobre el tipo de dialecto contenido en el Lineal B, dificultades que se deben tanto al carácter de la escritura como a su uso, a cargo de escribas de baja condición social con fines no literarios [32]. De todos modos, se pueden delinear algunas confrontaciones, entre los dialectos históricos, con el llamado grupo griego-oriental [33] y, más especialmente, con el arcadio-chipiotra, hecho que ha sido particularmente destacado por L. R. Palmer [34].

Nos encontramos frente a una serie de innovaciones fonéticas que diferencian profundamente al micénico del resto de los dialectos griegos (...) [35].

Se observa que, aunque la lengua en Lineal B presente muchos

---

29 M. I. Finley, en *Journal of Hellenic Studies,* 84, 1964, cit. en la nota 14.

30 E. Risch, en *Anthropos,* 53, 1958, pág. 160.

31 A. Lesky, op. cit., pág. 79.

32 A. Lesky, *Homer,* op. cit.

N. del E.: Respecto a los «escribas de baja condición social», no queda convalidada esta hipótesis por el análisis profundo llevado a cabo por J. P. Olivier en su fundamental trabajo *Les scribes de Cnossos. Essai de classement des archives d'un palais mycénien,* Roma, 1967, págs. 135-136.

33 Sobre la posición dialectal del micénico señalamos algunos fundamentales trabajos de orientación:

— Ventris-Chadwick, en *Docs. 2,* pág. 73 y ss y pág. 395 y ss.

C. J. Ruijgh, en *Etudes sur la grammaire et le vocabulaire du grec mycénien,* Amsterdam, 1967, cap. II, pág. 35 y ss.

— M. Lejeune, en *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien,* París, 1972.

Véanse, además, las diversas posiciones surgidas de la discusión mantenida durante el simposio de Brno en 1965, en *Studia Mycenaea, Proceedings of the Mycenaean Symposium,* Ed. A. Bartonek, Brno, 1968, pág. 157 y ss., y el informe presentado por A. Bartonek, *The Brno Inquiry into the Problems of the Dialectal Classification of Mycenaean,* en *Acta Mycenaea, Proceedings of the Fifth International Colloquium on Mycenaean Studies,* v. II, Salamanca, 1972, pág. 346 y ss. (N. del E.).

34 L. R. Palmer, *The Interpretation...,* op. cit., pág. 60 y ss.

35 Sobre el fonetismo micénico (brevemente aludido en este punto por el autor) nos remitimos al exhaustivo trabajo de M. Lejeune, *Phonétique...,* op. cit.; como referencia para las otras lenguas indoeuropeas, cfr. O. Szemerényi, *Einführung in die vergleichende Sprachwissenschaft,* Darmstadt, 1970 (N. del E.).

puntos en común con el arcadio-chipriota, no se la puede considerar como directo precedente de este dialecto ni de ningún otro (...)[36].

Si no es posible encontrar en el ámbito de la posterior cultura griega una base de partida para una investigación sobre el mundo micénico, todavía permanecen abiertas dos posibilidades que conviene considerar.

Ante todo, se puede plantear la pregunta de si no es posible llegar a algunas consecuencias en el campo de la investigación política y social a partir de la constatación de que el objeto de estudio es una cultura que data de la segunda mitad del II milenio. En segundo lugar, no podemos preguntar si el mismo hecho de que los ptotagonistas de la civilización micénica hablaran una lengua de tipo indogermá nico[37] no nos permite alcanzar algunas conclusiones en el plano-sociopolítico. Considerando la época en que tiene lugar esta cultura, se tendrá la tentación de pensar en una fase inicial de desarrollo[38]. Sin embargo, de un examen de las tablillas resulta claro que la estructura estatal y social era muy compleja[39] y, por consiguiente, también la organización administrativa. Se puede encontrar una explicación bastante sencilla si se piensa que los documentos en nuestra posesión se refieren todos al último año de existencia de los palacios; datan del siglo XIII —con seguridad, al menos, por lo que se refiere a Pilos y Micenas[40]—; es decir, después de algunos siglos de lento desarrollo

---

36 Sobre las diferentes posiciones adoptadas por los distintos investigadores, tanto respecto al fonetismo micénico como a sus implicaciones en relación con los siguientes dialectos griegos, véase cuanto se ha indicado en las notas 33 y 35. Un reciente cuadro resumido, con amplias indicaciones bibliográficas, se ofrece en el trabajo de O. Panagl y S. Hiller, *Die frühgriechischen Texte aus mykenischer Zeit,* Darmstadt, 1976, cap. VIII: *Die mykenische Sprache,* pág. 78 y ss. (N. del E.).

37 Subrayo la elección, en absoluto casual, del término «indogermánico» en lugar de «indoeuropeo», ya que el primero se relaciona con un concepto estrictamente lingüístico, mientras que el segundo no, puesto que «Europa» no representa ningún concepto lingüístico.

38 A. J. Tjumenev, *Vestnik Drevnej Istorij,* op. cit., pág. 32, nota 9.

39 M. Jameson, op. cit., pág. 60. S. Calderone, en *Siculorum Gymnasium,* 13, 1960, pág. 102.

40 El problema de la datación de las tablillas de Knossos y de Tebas se relaciona estrechamente en la actualidad al de la posible producción de algunos vasos inscritos en la región occidental de la isla de Creta y con la exportación hacia los centros de Grecia. Las recientes excavaciones efectuadas en Khania (¿se puede identificar con la *ku-do-ni-ja* de las tablillas de Knossos?) han sacado a la luz una serie de vasos inscritos provenientes de estratos arqueológicos datables del Minoico Tardío IIIB. Esta complicada serie de datos permitiría, de acuerdo con las tesis de Palmer, rebajar la datación de las tablillas de Knossos y, por tanto, también del llamado «último palacio» (o de una parte). Por otra parte, para la tablillas de Tebas parece prevalecer una similar baja datación (véase también la nota 4 a la contribución de Bockisch y Geiss presentada en la primera parte). Toda la bibliografía sobre el tema ha sido recogida recientemente por O. Panagl y S. Hiller en los capítulos III, IV y V del trabajo citado en la nota 36; confróntese también el debate de L. Godart y J. P. Olivier, en *Tiryns,* VIII, cit., pág. 37 y ss.; por último, S. Hiller, *Winajo und die «Squatters»-Uberlegungen zum Knossosproblem,* en *Kadmos,* XV, 2, 1976, pág. 108 y ss. (N. del E.).

del mundo estatal micénico, de sus manifestaciones culturales, de su sociedad y de sus estructuras administrativas [41].

El tema asume un aspecto particular a la luz de la teoría marxista. Efectivamente, en una visión marxista, resulta impensable el paso de una sociedad ya dividida en clases, como se considera que fuese la micénica, a una todavía fundada sobre una base gentilicia. Este problema se ha identificado y estudiado por dos investigadores de dicha corriente [42]. Según su punto de vista, se puede hablar de sociedad divi-

---

[41] Cfr. M. I. Finley, en *The Economic History Review,* 10, op. cit., pág. 132: E. Will, en *Revue des Etudes Anciennes,* 58, op. cit., pág. 59; M. Jameson, op. cit.; J. Chadwick, en *Diógenes,* 26, op. cit., pág. 22; F. Schachermeyr, *Griechische Geschichte,* Stuttgart, 1960, págs. 65-68.

[42] F. Papazoglu, en *Bibliotheca Classica Orientalis,* 9, 1964, pág. 202 y ss.; id., *Die Sklaverei...,* op. cit., pág. 203 y ss. Sigo, en parte textualmente, cuanto han afirmado estos investigadores sobre el tema.

N. del E.: Consideramos necesario precisar algunas puntualizaciones sobre los problemas que trataremos más adelante, con una perspectiva más amplia, a propósito de la aportación de C. Parain, presentada en la tercera parte. En efecto, nos parece que Wundsam, aunque asegure haber seguido en parte al pie de la letra *(wörtlich)* a estos autores, asimilados demasiado genéricamente a la *«marxistische Theorie»,* no ha comprendido completamente cuáles son efectivamente los problemas de fondo debatidos. Con este fin, convendrá resumir tres puntos fundamentales, tomando como partida la reciente e interesante contribución de G. Bockisch, *Die Rolle der Volksmassen...,* op. cit., en la nota 10 del ensayo de Bockisch y Geiss, incluido en la primera parte, y de este mismo último ensayo, afectados ambos por la precedente colaboración de Lencman: a) como causa de la caída de las ciudadelas micénicas, aunque se descubra una posible contradicción interna en la misma sociedad micénica (mundo del *damo*-mundo del palacio), se recurre siempre al tema de las «grandes invasiones» (verdaderamente sobre este tema habría mucho que discutir); b) contrariamente a lo que encontramos en el Próximo Oriente, cuyos modelos de organización sociopolítica se avecinan, con las debidas discriminaciones, a la estructura del palacio micénico, no tenemos en el mundo egeo, tras los desórdenes causados por las invasiones, una reconstrucción de las relaciones de producción de tipo «oriental» y despótico que existían anteriormente; c) la base sobre la que se reconstruyen las nuevas relaciones de producción sería la representada por los centros rurales provinciales, formados por campesinos libres y artesanos, organizados según estructuras sociales de tipo gentilicio. Aquí es donde se inserta la consideración de Lencman, según la cual «la sociedad homérica heredó (...) de la edad micénica solamente la cultura de las grandes masas de la población» *(Bibliotheca Classica Orientalis,* 9, 1964, pág. 204). En este punto se abre, casi automáticamente, una serie de problemas (los que Lencman, en su ensayo, intenta resolver precisamente con los términos «tradicionalmente» esclavistas, propios de una determinada elaboración teórica de la escuela histórica soviética (cfr. M. Liverani, en *Oriens Antiquus,* 1971, pág. 226 y ss.), que tratan el papel de la leadership que vivía en la ciudadela, su definición en la relación con los centros rurales y, sobre todo, una aclaración de su función (problemas que, en parte ya examinados por Bockisch y Geiss en el ensayo que se ha presentado, han vuelto a ser reconsiderados por Bockisch en el trabajo recordado más arriba). Sin alargarnos aquí sobre las diferentes respuestas dadas al respecto, bastará con poner en evidencia que en esta perspectiva se relacionan el problema del sucederse de los diversos modos de producción y el de una comprensión de la estructura económica de la sociedad micénica (por tanto, de una definición general). También en este sentido se plantea la cuestión de la «continuidad» entre mundo micénico y sociedad griega entre los siglos X y VIII (es ilustrativo sobre el tema el famoso ensayo de G. Pugliese Carratelli, *Dal regno miceneo alla polis,* en *Problemi attuali di scienza e cultura,* Roma, 1962, pág. 175 y ss.).

Se comprende, por tanto, que, contrariamente al análisis de Wundsam, el punto de partida propio de la corriente científica considerada no es el de la pertenencia de una

dida en clases solamente para las capas superiores ligadas al palacio, mientras que la masa de la población habría continuado viviendo en una organización fundada sobre una base gentilicia.

Si la estratificación en clases de la sociedad micénica se apoyaba en una base tan restringida, se puede comprender su disolución cuando los estratos sociales más altos, detentadores de la cultura micénica, cayeron al mismo tiempo que los palacios: «La sociedad homérica heredó (...) de la edad micénica solamente la cultura de las grandes masas de la población» [43].

Se deben a L. R. Palmer [44] los posibles paralelismos entre la estructura social micénica y la de los germánicos y los hititas. Las teorías subyacentes en estas correlaciones, muchas veces aclaradas y defendidas por el autor, observarían una estructuración en clases como patrimonio común indogermánico [45], aunque los criterios que escoge, para una primera interpretación de los textos, solamente son los de un método etimológico y de un *análisis interno* [46]. Sus ideas relativas a la estrecha relación entre aqueos, hititas y germánicos, las han reconsiderado J. Puhvel y V. V. Ivanov [47]. Sin embargo, muchos prestigiosos investigadores han rechazado las propuestas de Palmer: «Conclusiones basadas en analogías deben considerarse con gran cautela sobre todo cuando algunos investigadores (Palmer) han intentado explicar las particularidades de la estructura social de Pilos, fundándose en las características inherentes a la raza indogermánica» [48]. Aquí aparece claramente la problemática ligada a las dos

---

sociedad concreta a un determinado período histórico y, por consiguiente, desde el punto de vista marxista, de la automaticidad de una asignación a un determinado modo de producción, o de la dificultad para justificar esta asignación, realizada ateniéndose a criterios preconcebidos (que es, préstese atención, un falso problema marxista. Cfr. la introducción de E. Hobsbawn a la *Formaciones económicas precapitalistas*. Ed. Ciencia Nueva. Madrid, 1967). La problemática de fondo es definir la posible dicotomía (en términos «esclavistas», como querría Lencman, o «asiáticos» como parecen proponer Bockisch y Geiss) dentro de la sociedad micénica, rastrear su origen y verificar cuánto y en qué modo ésta ha podido influir en el proceso de disolución de un modo de producción que, todavía no comprendido plenamente, podemos denominarlo convencionalmente «egeo».

[43] J. A. Lencman, en *Bibliotheca Classica Orientalis* 9, op. cit., pág. 204.

[44] L. R. Palmer, *Achaeans and Indo-Europeans,* op. cit., pág. 7 y ss.; íd., *Mycenaean Texts from Pylos,* in *Transactions of the Philological Society,* 1954 (1955), pág. 18 y ss.

[45] En particular, en *MNHMHC XAPIN II,* op. cit., pág. 72; id., *The Myceaean Tablets and Economic History,* op. cit., pág. 93 y ss.

[46] En *The Interpretation...,* op. cit., pág. 27 y ss, pág. 83 y ss. (N. del E.: Estas últimas traducidas en esta obra); respecto a la mayor importancia del análisis interno, F. J. Tritsch, en *Minoica, Festschrift zum 80. Gebursttag von J. Sundwall,* Berlín, 1958, pág. 432, afirma: «Etymology must follow the interpretation, not precede it» (La etimología debe seguir a la interpretación, no precederla).

[47] J. Puhvel, en *Minoica...,* op. cit., pág. 329 y ss.; V. V. Ivanov, *Die soziale Organisation der indogermanischen Stämme auf Grund der linguistischen Belege,* en *Bibliotheca Classica Orientalis,* 8, 1963, pág. 30.

[48] Cfr. A. Bartonek, in *Sbornik Praci Filosoficke Fakulty,* Brneské University, 6, 1957, E 2, pág. 116; J. A. Lencman, in *Bibliotheca Classica Orientalis,* 9, op. cit., pág. 203.

Esquema de la organización de los textos relativos a la asignación de las tierras de «Pakijane».

⟶ Autores de refefencia: Lejeune a: *Le récapitulatif du cadastre Ep de Pylos.*
Lejeune b: *Sur l'intitulé de la tablete pylienne En 609.*
Chadwick: *Documents,* 2.ª ed.

[A], [B], [C] ..... progresión cronológica de registros (de abajo hacia arriba).

[Ed...] Hipótesis Chadwick sobre la colocación cronológica del registro de las tablillas de censo Ed 236, 317. 847, 901.

Lejeune (a-b).
Chadwick, págs. 452-3.

[E] *Serie Ed (236, 317, 847, 901).*
Elencos totales de las tierras *kekemena* (Escriba 1), según 4 categorías fundamentales de beneficiarios:

Lejeune (a-b) (en tablillas de hoja de palma)

- *kotoneta* (junto a los beneficiarios de *kotona paro damo)*
- *eqesijo doero*
- *kamaewe*
- *4 personalidades de relieve*
  - *erita ijereta*
  - *kapatija karawiporo*
  - *apimede eqeta*
  - *watareu ijereu*

[D] *Serie Ep* (versión A de Chadwick)

Redacción definitiva en grandes tablillas «en página» del censo de las tierras *ke-ke-mena,* con la indicación de los beneficiarios enumerados por categorías (Escriba 1)

[*Serie Ed*
(Ed 236, 317, 847, 901)
elencos totales de las tierras
kemena (Escriba 1)]

Chadwick)
p. 452

[B] *Serie Eb* (versión B de Chadwick
Importancia de las tierras *ke-ke-mena* según los beneficiarios individuales
— Tablillas en hoja de palma
(Escriba 41).

F *PY Ed 411* (tablillas en hoja de palma)

Líneas
1. Total general de las tierras *kitimena* deducido de la suma de las posesiones de los *tereta* + las dadas por éstos en usufructo a los *onatere* (Escriba 41?)
2. Total general de las tierras *kekemena,* expresado en forma abreviada (del tipo: *kamaewe,* etc.?), en base a los censos totales Ed. (Escriba 1)

C2 *Serie En* (versión A de Chadwick).

Redacción definitiva, en grandes tablillas «en página», del censo de las tierras *ki-ti-me-na,* con la indicación de las tierras detentadas por los *tereta* + las dadas en usufructo a sus beneficiarios *(onatere) (Escriba 1).* ← Chadwick, pág. 453.

C1

PY En 609.1:
'Pakijanija tosa damate DA 40'
Encabezamiento que indica el número total de los beneficiarios privilegiados, en base a disposiciones institucionales permanentes de las tierras *kitimena* y *kekemena:*

- *14 tereta*, 12 *kotonooko* — *tierras kitimena*
- 10 *kamaewe*, 4 personalidades de relieve — tierras *kekemna*

A *Serie Eo* (versión B de Chadwick) Lejeune (b)

Censo de las tierras *ki-ti-me-na,* según cada beneficiario. — Tablillas en hoja de palma (Escriba 41)

expresiones «indoeuropeas» (cfr. nota 37) e «indogermánico». Desde luego, no se puede hablar de una «raza»[49] indogermánica; por otra parte, el mismo Palmer no ha pretendido nunca plantear la cuestión en este sentido; hay que reconocer, al mismo tiempo, que no se puede deducir una semejanza en la estructuración social a partir de una unidad lingüística. Como mucho, se puede hablar de un origen de orden económico y, por consiguiente, de formas de «estigmatización»[50], que se verán siempre independientemente del hecho lingüístico. Todo se hace particularmente más complicado cuando los objetos de comparación son términos de la vida política y social. Frente a la fe demostrada al respecto por J. Pyhvel, que encuentra paralelismos de tipo morfológico-semántico entre el micénico y el védico[51], me parece más prudente la postura escéptica adoptada por M. I. Finley[52] y A. Bartonek[53], que afirma al propósito: «Se ha cometido en este caso el error de proyectar indirectamente en un plano de identidad de contenidos paralelismos entre dos términos de carácter etimológico» (...).

Seguramente tuvieron lugar relaciones con el Oriente Próximo y, particularmente, con las ciudades de Levante (menos con las culturas mesopotámicas, sin embargo)[54], pero podrían haberse limitado al simple ámbito económico (en ambos casos se trata de economía de palacio).

En todo caso, quiero aclarar que no es en absoluto mi intención negar los posibles paralelismos que se puedan establecer entre el mundo micénico, Homero, el mungo griego más tardío, el Oriente Próximo o los pueblos emparentados por la base lingüística indogermánica; pese a todo, para una investigación sobre la estructura sociopolítica de las residencias micénicas, no se puede partir de tales paralelismos postulados apriorísticamente. Precisamente por las razones que hemos aclarado en este apartado, dichas interconexiones deben estudiarse solamente después de alcanzar cierto conocimiento de las relaciones existentes en la Grecia micénica.

---

49 J. A. Lencman, *Bibliotheca Classica Orientalis,* 9, op. cit., todavía más crítico en *Die Sklaverei...,* op. cit., pág. 124, donde, sin embargo, permanece el equívoco (indogermánico-indoeuropeo). Más objetivo y sin equívocos terminológicos, pero no menos incisivo, R. Wenskus, *Stammesbildung und Verfassung,* 1961, pág. 166, cfr. también la nota 126: «Además de que tal visión (la investigación de un área de origen indogermánica) parece influenciada por la ya superada concepción de un «originario pueblo indogermánico», representa un punto débil el que Palmer se funde en una posible situación cultural «indogermánica» todavía íntegra, que, con gran probabilidad, jamás existió»; además, es un error identificar fenómenos de expansión cultural con los de invasiones de pueblos.

50 F. Schadermeyr, *Grieechische Geschichte,* op. cit., pág. 29, nota 10.

51 J. Puhvel, *A Mycenaean-Vedic Titular Coincidence,* en *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung,* 79, 1964, pág. 7.

52 Cfr. *Homer and Mycenae...,* op. cit., pág. 140, nota 1.

53 En *Neue Beiträge zur Geschichte der Alten Welt,* 1964, pág. 153.

54 A. J. Tjumenev, en *Vetsnik Drevnej Istorij,* op. cit., pág. 32; J. A. Lencman, en *Bibliotheca Classica Orientalis,* 8, op. cit., pág. 278; F. Schachermeyr, *Aegäis und Orient,* Wien, 1967.

ASPECTOS PARTICULARES Y PROBLEMAS EJEMPLIFICADORES

TERCERA PARTE

La confección de esta parte del trabajo presenta algunas características específicas que justifican una introducción más articulada. Efectivamente, los aspectos abordados en los varios ensayos que se ofrecen son vastísimos y frecuentemente diferentes entre sí. Deben considerarse como un estímulo para profundizar teóricamente en algunos temas afrontados contextualmente en las dos partes precedentes.

Es de destacar que, si se excluye el trabajo de J. P. Olivier, como apéndice al ensayo de K. Polanyi, ninguno de los autores incluidos se puede definir como «micenólogo» en el sentido estricto de la palabra, lo que ya demuestra el nivel de generalización y, sobre todo, de interés metodológico que se ha intentado hacer prevalecer.

De las contribuciones elegidas, las de C. Parain y de K. Polanyi quizá sean las únicas que mantengan una estrecha conexión, y por tal motivo se las ha colocado una detrás de la otra.

Establecidas estras premisas, se comprenderá mejor por qué se ha decidido crear tantas subsecciones como ensayos recopilados y dar un breve título a cada una de ellas. La ordenación elegida sigue un criterio general. Si con el ensayo de C. Parain entramos en contacto con el problema de las «fuerzas productivas» y de las «relaciones de producción» que caracterizan la sociedad micénica de bienes con el de Polanyi tocamos el mundo de la circulación de los bienes e indirectamente de la actividad comercial a gran distancia. El trabajo de Vernant se inserta muy bien como tercer punto, precisamente en relación con las características del elemento social —el príncipe—, que personificaría la «entidad superior» que hace de trámite entre el circuito interno del mundo micénico y el circuito externo de la producción/adquisición y circulación de bienes. Finalmente, mediante la puntualización de A. Brelich sobre la religión (única contribucioń, a nuestro juicio, suficientemente válida sobre el tema) podemos percatarnos de qué dificultades se presentan cuando se intenta penetrar en los mecanismos que podemos llamar «ideológicos» y qué peligros se afrontan simplemente al plantear el problema.

I. CHARLES PARAIN Y EL «MODO DE PRODUCCION ASIATICO» EN LA GRECIA MICENICA

No es fácil encuadrar los problemas que propone el interesante ensayo de Parain. Efectivamente, los planos en que se mueve el investigador son, fundamentalmente, dos: el de la definición del modo de producción asiático y el de la aplicación de este concepto, basado en una serie de datos y conocimientos del mundo micénico, a la misma sociedad micénica.

Ya en el primer plano presenta no pocas complicaciones y se comprende que el autor necesite indicar como premisa, en una síntesis bastante eficaz, sus ideas sobre la «relativización» del concepto de «modo de producción asiático» y la diferenciación de las que llama «esclavitud generalizada», «esclavitud propiamente dicha» y «coerción feudal». Pero las dificultades surgen precisamente cuando, en nombre de una presunta precisa caracterización marxista, se tiende a la formulación esquemática o, todavía peor, al «encuentro» en el pasado de lo que ya se ha definido apriorísticamente (lo que no es el caso de esta contribución de Parain). Es clarificador, precisamente en esta perspectiva de estudios histórico-marxistas, el análisis realizado por G. Sofri (op. cit.), que demuestra no solamente la falta en Marx de una precisa definición del «modo de producción asiático», sino también, y, sobre todo, el desarrollo del pensamiento marxista al respecto, desde las obras de juventud hasta la discusión sobre la comuna rusa. Una justa valoración de estos hechos permite, por otra parte, comprender el origen y el significado político de algunas de las siguientes reconstrucciones «ortodoxas», esquemáticas y unilaterales, del «desarrollo de la humanidad», y las razones que han llevado, sobre todo a los investigadores soviéticos, a desterrar durante mucho tiempo el concepto de «modo de producción asiático», provocando confusiones todavía mayores en cuanto al uso de términos como «sociedad esclavista», «feudal», «servidumbre de la gleba», etc.

Sobe esta base, no solamente para el Próximo Oriente Antiguo (cfr. M. Liverani, en *Oriens Antiquus,* 1971, págs. 226 sgs.), sino

también para el mundo micénico, se ha llegado a la definición de sociedad esclavista, con todas las consecuencias para la interpretación de las tablillas en Lineal B [1].

También es necesario decir que en el ámbito del renacimiento del interés por el «modo de producción asiático», a comienzos de los años 60, caracterizado sobre todo por la actividad de la sección de estudios asiáticos y africanos del Centro de Estudios de Investigaciones Marxistas (véase la vastísima bibliografía en G. Sofri, op. cit.; también, la recopilación de varios escritos titulada *Sul modo di produzione asiatico,* Milano, 1972, a cargo de D. Giori), la tentativa de Parain es, quizá, la única que, aunque a nivel de gran generalización, pretende aportar al debate sobre la sociedad asiática los nuevos datos surgidos en el campo de la investigación micenológica. Como se ha podido observar, también a través de las colaboraciones recogidas (si excluimos, en parte, la de Bockisch y Geiss), el tema del parentesco del mundo micénico con el Próximo Oriente reaparece un poco en todos los trabajos especializados sobre la sociedad micénica. Generalmente, se limita a un nivel de mera comparación de algunas instituciones y términos, cuando no a una genérica afirmación de principios (no es este el caso de G. Childe, como ya se ha podido comprobar), sin profundizar «históricamente en el por qué y los límites de tal semejanza en un cuadro que comprenda los problemas relacionados con la metodología de la investigación y las categorías de análisis [2].

---

[1] Véanse sobre el tema, como sumamente significativas, las aportaciones de J. A. Lencman en *Bibliotheca Classica Orientalis: Die pylischen Inschriften und das Problem der Sklaverei im mykenischen Griechenland,* 8, 1963, pág. 276 y ss.; *Die Sklaverei im mykenischen und homerischen Griechenland,* 9, 1964, pág. 201 y ss.; del mismo autor, el libro *Die Sklaverei mykenischen und homerischen Griechenland,* Wiesbaden, 1966 (trad. al alemán del libro publicado en Moscú en 1963). Véase también K. Korzeva, *Societé mycénienne dans l'historographie sovvietique,* en *Studia Mycenaea, Procedings of the Mycenaean Symposium,* Brno, 1966, págs. 140-141 (resumido en francés el texto original en ruso); recientemente, en un contexto mucho más articulado, A. I. Pavloskaja, *Das Symposium über das Problem des Uebergans von der Vorklassen-zur Klassengesellschaft,* en *Bibliotheca Classica Orientalis,* 14, 1969, pág. 318 y ss.; particularmente interesante resulta el cuadro trazado por J. Pecirka, *Die sowjetischen Diskussionen über die Asiatische Produktionsweise und über die Sklavenhalterformation, Eirene,* 3, 1964, pág. 147 y ss. (con particular referencia al análisis de los escritos de A. J. Tjumenev, pág. 163 y ss., sobre la interpretación de la sociedad micénica). Sobre una interpretación de la sociedad micénica en términos «feudales», además de cuanto se ha considerado a propósito de las contribuciones de L. R. Palmer y J. Chadwick *(notas adicionales a «posesión y uso de la tierra»,* 2.ª parte), la crítica de M. Godelier, en *Il concetto di modo di produzione asiatico e gli schemi marxisti d'evoluzione della società,* trad. it. en *Sul modo di produzione asiatico,* Milano, 1972, págs. 132-133. El tema también se ha tratado en el ámbito de las discusiones que se desarrollaron, a comienzos de los años 60, en las páginas de *Marxism Today* y en particular en el número de octubre de 1961 (aportación de B. Tait, págs. 319-20).

[2] No olvidaremos las claras alusiones de M. I. Finley en el famoso ensayo, *The Mycenaean Tablets and Economic History,* en *Economic History Review,* 10, 1957-58, pág. 128 y ss., a la caracterización del despotismo asiático como la presenta K. Wittfogel; las consideraciones de P. Vidal-Naquet, en *Homère et le monde mycénien,* en *Annales,* 18, 1963, pág. 712 y ss.; para la obra de Wittfogel, finalmente, se puede hacer referencia a la traducción española. *El despotismo oriental.* Ed. Guadarrama, Madrid

Es evidente que, en parte, las causas de esta laguna dependen de las dificultades interpretativas de los mismos documentos micénicos; en nuestra opinión, hay que añadir que en buena parte han contribuido otros dos factores concomitantes: la polarización, indudablemente comprensible, de la investigación sobre los datos proporcionados por las tablillas y la decadencia subsiguiente del testimonio arqueológico como objeto de análisis casi exclusivo de la historia del arte tradicional. En este sentido resulta de máximo interés la publicación a cargo de M. Majewski de una recopilación de ensayos arqueológicos, editados en los países socialistas durante los últimos cincuenta años, bajo el título de *La cuestión du «mode de production asiatique» dans la civilisation égéenne à la lumière des sources archéologiques,* Varsovia, 1969. Por otra parte, si se excluye alguna alusión muy genérica de M. Godelier (cfr. *El concepto del modo de producción asiático...,* op. cit., págs. 125 y sgs.), los antropólogos culturales no han dado ningún estímulo al tema.

Teniendo presentes estas premisas, consideramos que puede ser interesante poner en evidencia algunos puntos esenciales que sirven de hilo conductor en el desarrollo expuesto por Parain y compararlos con la reciente aportación de G. Bockisch *(Die Rolle der Volksmassen bei der Entstehung der frühen Polis,* en *Die Rolle del Volksmassen in der Geschichte der vorkapitalistischen Gesellschaftsformationen,* Berlín, 1975, págs. 87 y sgs.), que ya hemos recordado y que representa una profundización y una reconsideración de algunos conceptos ya esquemáticamente evidenciados en el trabajo elaborado junto con H. Geiss, que hemos presentado anteriormente[3].

Procedamos con orden. La introducción de Parain sobre los problemas conectados a una definición del «modo de producción asiático» resulta verdaderamente de extraordinario interés. La demostración del autor se centra en la «esclavitud generalizada», concepto que más parece un punto de llegada que de partida. Volvamos a considerar el análisis de M. Godelier y algunas observaciones de G. Sofri, que parecen bastante clarificadoras.

Respecto a la naturaleza del «modo de producción asiático», el investigador francés escribe lo siguiente: «A través del concepto de modo de producción asiático, Marx nos ha dado la imagen de sociedad en cuyo seno determinadas comunidades aldeanas están sometidas al poder de una minoría de individuos que representan una comunidad superior, expresión de la unidad real o imaginaria de cada comunidad. Un poder que tiene su origen en el cumplimiento de fun-

---

1966; una óptima introducción al respecto es la de P. Vidal-Naquet, publicada en la edición francesa de la obra y reeditada como artículo en *Annales,* II, 1964, pág. 531 y ss.

[3] Téngase también presentes las dos recientes contribuciones de los autores: G. Bockisch, *Voraussetzungen und Anfänge der antiken Produktionsweise im alten Griechenland,* en *Ethnologisch-Archäologische Zeitschrift,* 16, 1975; H. Geiss, *Das Leben im mykenischen Griechenland, Handel, Schrift, Palastwirtschaft und Ernährung,* en *Alterum,* 21, 1975; íd., *Zur Entstehung der kretischen Palastwirtschaft,* en *Klio,* 56, 1974.

ciones de interés común y que se transforma gradulamente, sin perder su naturaleza, en un poder de explotación. Las ventajas particulares de las que se beneficia esta minoría a título de servicios prestados a la comunidad se transforma en obligaciones sin contrapartida, es decir, en explotación (...). Se da, pues, una explotación del hombre y la aparición de una clase explotadora sin que exista la propiedad privada del suelo. Nos parece que esta imagen pone en evidencia una forma de organización social caracterizada por una estructura contradictoria» (op. cit., págs. 134-135).

Con anterioridad, el antropólogo francés sacó a la luz la «funcionalidad originaria» en beneficio de cada comunidad de esta especie de leadership, que se crea en cuanto que satisface las necesidades «comunes» que precisan una coordinación «superior»: «La unidad que reúne como instancia superior las varias comunidades constituye la condición de la eficacia del trabajo y de la apropiación del suelo de las comunidades locales» (op. cit., pág. 112).

De esta manera se llega al punto más problemático, que nos afecta particularmente de cerca, en el análisis de Parain. ¿Cuáles serían las necesidades cuya satisfacción está garantizada por esta unidad superior (en este caso, el palacio, de modo que permita su consolación? Refiriéndose a las alusiones sobre el tema, contenidas en los escritos de Marx y Engels, Godelier considera: «(Marx y Engels) ligaban esta aparición sobre todo a los grandes trabajos, en particular a los de riego; transformación que parece adaptarse particularmente a ciertas *sociedades de Asia y que ofrecía la clave para comprender el «despo*tismo oriental» (op. cit., pág. 121).

Llegamos así al concepto de «esclavitud generalizada» o, mejor dicho, de «general esclavitud del Oriente». Sin embargo, unir esencialmente este concepto a la vasta movilización de mano de obra para grandes empresas de construcción o de riego y conectarlo con la afirmación de Marx, para el que «un estudio más especializado de las formas de propiedad común asiática, en particular indias, demostraría cómo de las diferentes formas de la propiedad común espontánea resultan diferentes formas de su disolución. Así, por ejemplo, los diferentes tipos originales de la propiedad privada romana y germánica se pueden derivar de diferentes formas de propiedad común india». (K. Marx, *Per la critica dell'economia politica,* trad. it. Roma, 1974, págs. 15-16, nota), significaría limitar la forma asiática a la caracterización del «despotismo oriental» y a la realización de grandes obras públicas (de carácter esencialmente agrícola). Y nos parece que, basándose en esta relación «esclavitud generalizada-grandes obras públicas», se ha llegado no sólo a interpretaciones aberrantes (como las de K. Wittfogel), sino también, en nuestro caso particular, a una calle sin salida en el análisis de Parain (véase también P. Vidal-Naquet, *Homère...,* op. cit.), que se ve obligado a agarrarse a un clavo ardiendo para buscar en el mundo micénico cualquier forma de «gran movilización para vastos trabajos públicos».

Creemos que se adaptan muy bien dos consideraciones sobre el

tema, una de Sofri y otra de Godelier; el primero observa los siguiente: «La aparente oscuridad (del pasaje de Marx antes citado) depende del empleo relativamente equívoco que Marx hace de los adjetivos «asiático» e «indio». Por una parte, definen un tipo particular, analizado y descrito con riqueza de detalles de la primera forma (donde dice «las condiciones comunes de la efectiva apropiación mediante el trabajo, sistemas de riego, muy importantes para los pueblos asiáticos, medios de comunicación, etc., aparecen ahora como trabajo de la unidad superior, del gobierno despótico que se yergue por encima de las pequeñas comunidades», K. Marx, *Forme...*, op. cit, pág. 73). Por otra parte, Marx tiende a identificar «tout court», como ya se ha dicho, la forma asiática o «india» con la «propiedad de la comunidad» (...). En este segundo sentido, donde la forma asiática aparece como matriz originaria también de la antigua y de la germánica. Es obvio, por tanto, que en este caso el uso de los adjetivos «asiático» e «indio» no tiene ningún significado geográfico y no puede evocar el despotismo oriental, los grandes trabajos públicos, los embalses, etc., sino solamente la propiedad común del suelo» (op. cit., pág. 48).

Más adelante: «Se puede decir que (Marx) divide las formas precapitalistas en dos grandes grupos. El primero incluye las formas más primitivas, las que incluso estando ya notablemente diferenciadas (en modo y manera variable) se caracterizan todavía de algún modo por la persistencia de la comunidad primitiva. Estas son la forma asiática (...), la forma antigua y la forma germánica. Un segundo grupo comprende las formas caracterizadas por el sometimiento, tanto en su aspecto de la esclavitud de la gleba como en el de la esclavitud verdadera» (op. cit., pág. 51).

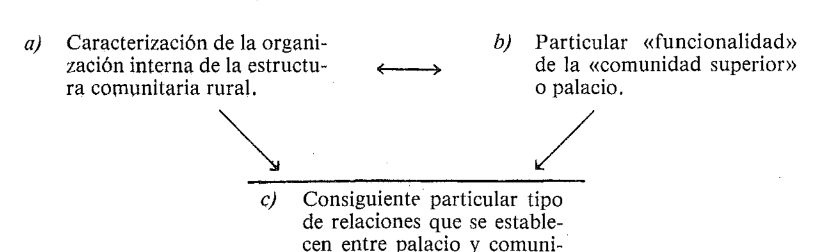
Godelier, por otra parte, siempre a propósito del modo asiático, a partir de las consideraciones ya indicadas, sustancialmente de que «el estado es propietario del suelo en cuanto que personifica todas las comunidades», mientras «la dependencia de un individuo a un funcionario del estado es indirecta, mediatizada por la dependencia de la comunidad de origen al estado que este funcionario representa», y recordando la importancia del papel desempeñado por las grandes obras públicas, llega a la siguiente consideración: «Supongamos que pueda existir otra forma de modo de producción, otro camino a través del cual una minoría domine y explote a la comunidad sin intervenir directamente en las condiciones de producción, pero interviniendo indirectamente llevándose, como provecho, un *surplus* en trabajo o en productos naturales. Efectivamente, en Africa occidental la aparición de los reinos de Ghana, Mali y Sanghai no nació de la organización de grandes trabajos, sino que parece ligada al control del comercio intertribal o inter-regional (...), en Madagascar (...) apareció el reino Sakalase que se basaba en la ganadería nómada y en el comercio (...). Confrontando las dos formas de modo de producción asiático, con o sin grandes trabajos, constatamos que tienen un elemento en común: la aparición de una aristocracia que dispone de un

poder estatal y funda las bases de su explotación en la acaparación de una parte del producto de las comunidades (en trabajo o en especie»)) (op. cit., pág. 137).

Según el investigador, se relaciona con el hecho de que la forma asiática no representa otra cosa que la fase de paso de la sociedad sin clases a la de clase: «Nos parece que esta hipótesis técnica permite comprender por qué se ha recurrido siempre más el concepto de «modo de producción asiático» para esclarecer determinadas épocas y sociedades de Europa (monarquías minoico-micénicas)... de Africa negra (...), de América precolombiana» (op. cit., pág. 135).

De aquí, la conclusión final teórica-práctica de «construir una tipología de las diversas formas de este modo de producción con o sin grandes trabajos, con o sin agricultura, y de construir contemporáneamente una tipología de las formas de comunidad en cuyo seno se edifica dicho modo de producción» (pág. 138).

Volvamos ahora al ensayo de C. Parain y, teniendo presente cuanto pueda haber surgido de la lectura de las colaboraciones incluidas en la primera y en la segunda parte, veamos qué elementos, relacionados con una caracterización en sentido «asiático» de la sociedad micénica, vuelve a considerar G. Bockisch en su reciente ensayo arriba citado. El factor esencial, que da sumo interés a este escrito e impulsa a compararlo con el de Parain, radica en que Bockisch intenta resolver la confusión, en la que parece haber caído Parain, delineando el «tipo» particular de «forma asiática» que caracterizaría la sociedad micénica. La puntualización se verifica, como si el autor siguiera el propósito de Godelier, a tres niveles:



Donde:

a) «La mayor parte de los productores vivía dentro de las comunidades aldeanas, en las que la organización de carácter «gentil» se había mantenido» (pág. 89). En un análisis más profundo, con expresa referencia a la tipología expuesta por Marx en los *Grundrisse,* resultaría que «las sociedades de tipo oriental egeas representan, en cuanto concierne a los productores directos dentro del proceso de producción agrícola, el tipo de trabajo realizado por cada uno, independiente, con su familia en la parcela de terreno hereditaria asignada (trabajo sobre tierra parcelada); la unidad, en cuanto relación entre los jefes de familia, por tanto, la forma democrática o de de-

mocracia militar, y la posesión privada hereditaria (pág. 91) («posesión», repárese bien, y no «propiedad», que permanece, por el contrario, en último análisis, en las manos de la comunidad superior a través de la mediación de las comunidades aldeanas» (cfr. K. Marx, *Formen...,* op. cit., pág. 95).

b) «Este tipo de comunidad aldeana está en estrecha relación con las condiciones que permitieron en las regiones del Egeo el nacimiento de una sociedad de tipo oriental antiguo. Esta se formó, aunque faltase la necesidad de efectuar obras colectivas por parte de todos los productores directos, y, por tanto, también la dirección de tales trabajos a través de una «unidad superior» para el riego y saneamiento de las tierras, factores que, sin embargo, son típicos en los principales territorios de las sociedades antiguas orientales como India, Mesopotamia y el antiguo Egipto. En el Egeo, la organización del trabajo y la explotación de los poseedores dependientes, realizados por las ciudadelas, se concentró sobre la producción artesanal, así como sobre el comercio, efectuado a larga distancia y también sobre comisión» *(ibídem).*

c) «Estas comunidades aldeanas no se encuentran en situación de sometimiento en relación a las ciudadelas. Los productos agrícolas y artesanales, que se entregaban al palacio, deben entenderse como un equivalente de una especie de cambio interno de productos, organizado por las ciudadelas, mejor que como el cumplimiento de una entrega por parte de los poseedores dependientes del «déspota» en cuanto «padre de muchas colectividades» (pág. 89).

Es evidente que nos encontramos ante un alto nivel de generalización que resulta estimulante respecto a una serie de problemas sobre los que induce a reflexionar. Ante todo, hay que tener presente el tipo de relación entre palacio y centro rural en cuanto a los productos debidos, considerado por el investigador alemán como una especie de circuito interno de cambio de productos *(binnenländischer Produktenaustausch),* que aparece, sin embargo, contradecir cuanto han señalado Polanyi y J. P. Olivier en sus aportaciones, que se ofrecen a continuación. Queda claro que este punto se encuentra estrechamente ligado y en cierto sentido es consecuente a la «funcionalidad» originaria de la unidad superior, el palacio, y, por tanto, a su mismo nacimiento. Llegamos a abordar un problema muy delicado que implica tanto el nacimiento de la leadership micénica, señalada por la aparición de las famosas tumbas de fosa en Micenas, como el desarrollo de la intensa actividad comercial micénica en el extranjero, que no parece incluir el presunto circuito interno.

Una respuesta a la primera pregunta se puede encontrar en el ensayo, incluido en la primera parte, de los dos investigadores alemanes, apareciendo estrechamente ligada, al mismo tiempo, con lo que Childe ya había puntualizado en la edición del 57 de su *Prehistoria de la sociedad europea.* Pero siempre queda el problema de la participación activa de una parte de la población al menos (¿cómo se la puede caractericar socialmente?), que vivía en las comunidades aldeanas,

en la organización y también en las «ganancias» que proporcionara la actividad comercial. Por otra parte, si se acepta como posible esta hipótesis (que Bockisch y Geiss formulan en el ensayo aquí recogido), permanece la interrogante sobre el tipo de beneficios (comprendiendo incluso los eventuales «bienes ideológicos») que el palacio podía dar a cambio a las comunidades aldeanas en el ámbito del postulado circuito de cambio interno. Además, si es una característica esencial de la situación grecomicénica el que no se reconstituyera con la caída de los palacios la organización estatal y burocrática de tipo asiático, sino que, al contrario, se afirmaran las estructuras fundadas en el parentesco que caracterizaron las comunidades aldeanas, entonces hay que preguntarse en consecuencia, no tanto cuál pudo ser la causa ocasional de la caída de las ciudadelas, sino en qué manera se estructuraba la misma ciudadela, como entidad social, cuál fue su actividad «externa», que le permitía una cierta acumulación de bienes, y qué relación ya había consolidado con el mundo rural que le proporcionaba no solamente ingresos regulares de productos naturales, sino también una determinada fuerza-trabajo artesanal a su disposición (recordemos, por ejemplo, que una serie de tablillas de Pilos registra cantidades de metal dadas para que lo trabajasen broncistas repartidos por varios centros secundarios (cfr. M. Lejeume, *Les forgerons de Pylos,* en *Mémoires de philologie mycénienne,* Deuxiéme série, Roma, 1971, págs. 167 y sgs.).

Por otra parte, recientes investigaciones y estudios, tanto de carácter arqueológico como epigráfico, han vuelto a plantear con particular insistencia dos problemas principales, a los que frecuentemente se alude en la literatura micenológica (y que de vez en cuando también aparecieron en los diferentes ensayos presentados en las partes precedentes), pero que, por escasez y estado de los datos que disponemos, no se han podido afrontar hasta hoy de manera directa. En primer lugar, nos referimos a las indicaciones sobre posibles empresas de «racionalización» en el uso del terreno mediante el empleo de fuerza-trabajo a gran escala (tema que afecta directamente las motivaciones del ensayo de C. Parain); en segundo lugar, a una precisa caracterización económica del elemento religioso-institucional que parece, según la lectura de las tablillas, entrar en múltiples niveles de los procesos productivos del mundo rural y artesanal micénico (tema que se relaciona también con los problemas de circulación interna de los bienes, problemas que se abordan más adelante a propósito de las colaboraciones de K. Polanyi y J. P. Olivier).

Respecto a este último punto, por ejemplo, el estudio ya varias veces citado de Lejeune sobre las entregas en productos naturales a que están obligados los detentadores de tierras de la localidad de *sarapeda* (tablillas Er, 880, 312; Un, 718) y el similar mecanismo de entrega que encontramos para la localidad de *kiritijo* (serie Es; véase también *Docs.2,* págs. 276 sgs, 456 sgs.), pone en evidencia cómo los encargados de recibirlos, oficialmente registrados, petenecen a la esfera de las instituciones religiosas (los mismos broncistas de Pilos,

arriba recordados, no parecen, en parte, extraños a esta esfera, mientras que aparecen nuevos problemas relacionados con este tema en las nuevas tablillas tebanas de la serie Of (cfr. J. Chadwick en *The Tebes Tablets II,* op. cit.). Es evidente que en todos estos casos, y se podrían citar otros, pero sobre todo en el de las entregas regulares de productos agrícolas efectuadas en base a la extensión de los campos, nos encontramos frente a un triángulo sociopolítico (las comunidades rurales, el palacio y la entidad/institución religiosa), cuyas interrelaciones, en el juego de la producción y circulación de los productos naturales y manufacturados, no aparecen todavía bien claras.

Un elemento, sin embargo, resulta evidente: como justamente han hecho notar L. Godart y J. P. Olivier (cfr. *Tirnys* VIII, op. cit., págs. 39 sgs.) en el caso de la mención de personajes particulares que parecerían dirigir la producción de alfarería y las ganaderías de ovinos, personajes que tal vez no aparecen más que como simple referencia, o quizá en lugar del adjetivo calificante la «casa real», el simple hecho de que todas estas operaciones económicas (tanto de producción como de entrega) se encuentren cuidadosamente registradas en las tablillas conservadas en los archivos de palacio, es índice, al menos, de un control general que este último realizaba en todos los sectores (con posibilidades, naturalmente, de una vasta gama de tipos de gestión directa/indirecta).

En cuanto a las efectivas posibilidades de movilización de grandes masas trabajadoras para obras a gran escala de mejoramiento en el uso agrícola del terreno, el único punto de referencia seguro continúa siendo el relativo al desecamiento de la gran cuenca palúdica alrededor de la ciudadela de Gla (Beocia, cuenca del lago de Copais; cfr. la contribución de C. Parain que sigue). Si las investigaciones preliminares dirigidas por S. Iakovidis (cfr. notas bibliográficas indicadas en la nota 10, a la colaboración de Childe) han dado en el blanco, se deberá considerar la ciudadela de Gla no ya como la sede de un monarca, sino como la de dos altos funcionarios (dependientes de, ¿qué/cuáles palacios?) pertenecientes bien a la dirección de los trabajos de manutención de las obras de saneamiento, bien a la recolección de los productos agrícolas que la vasta zona desecada debía ofrecer (esclareciéndose así la función de los «recintos-almacenes» que ocupan el área tradicionalmente definida como «agora» (cfr. ilustraciones de la parte documental).

Pero, ¿qué factores permitieron, también en este último caso, la movilización de tales masas de fuerza-trabajo? Precisando mejor: ¿Bajo qué condiciones se pudo formar tal poder central y en qué medida estaba culturalmente integrado en el tejido productivo representado por las «comunidades de aldea»?

El hecho es que, «arqueológicamente», bien poco sabemos hasta hoy de la organización territorial de las comunidades del Bronce medio y tardío. Dado el desarrollo del tráfico ultramarino que parece caracterizar el mundo micénico, el análisis de la afirmación de una leadership sobre el continente griego en la edad del Bronce tardío no

se deberá realizar separadamente de la situación político-económica que caracterizó al Mediterráneo centro-oriental en esa época (recuérdese el análisis esquemático de O.T.P.K. Dickinson, *The Shaft Graves and Mycenaean Origins,* en *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of London,* 1972, págs. 146 sgs.; F. H. Stubbings, en *Cambridge Ancient History II,* 2, Cambridge, 1975[3], cap. XXII (a), págs. 179-80).

PROTOHISTORIA MEDITERRÁNEA Y MODO DE PRODUCCIÓN ASIÁTICO

por Charles Parain

El ámbito mediterráneo presenta una importancia indudablemente decisiva para la elucidación de algunos problemas planteados por la noción de modo de producción asiático. Entre los comienzos de la historia propiamente dicha, es decir, la aparición del Estado, y el nacimiento del modo de producción esclavista, transcurrió un espacio de tiempo muy largo. El Imperio Antiguo egipcio aparece hacia 2.800 a. de C., con una estructura estatal ya sólida; el modo de producción esclavista no se constituye plenamente en Grecia más que en los siglos VII-VI antes de nuestra era, y en Roma en los siglos IV-III, es decir, aproximadamente después de un intervalo de un poco más de dos milenios. Ahora bien, entre el primer desarrollo del modo de producción esclavista y nuestro tiempo no se cuentan apenas más de dos milenios y medio, durante los cuales se han sucedido varios modos de producción: esclavista, feudal, capitalista, y, ya en vastas áreas, socialista.

Este hiato de más de dos milenios basta para demostrar que, una vez disuelta la comunidad primitiva, el modo de producción esclavista no se constituyó fácilmente. Pero, por otro lado, no podríamos contentarnos con caracterizar estos dos milenios como un período de transición, de lenta maduración del modo de producción esclavista. Fuera del Próximo Oriente. el Mediterráneo conoció, antes de la constitución en Grecia y después en Italia, del modo de producción esclavista, brillantes civilizaciones que tuvieron su expansión y después su decadencia en lugar de transformarse directamente en civilizaciones esclavistas caracterizadas. Eran civilizaciones de una estructura económica—social distinta, y por consiguiente parece ofrecerse para ellas, por sí mismo, el recurso al modo de producción asiático.

¿Sería por tanto preciso considerar que el modo de producción asiático puede ser aplicado indistintamente a *todas* las civilizaciones que se sucedieron aquí y allá? ¿Deberíamos partir de la tesis de la universalidad del modo de producción asiático? Esta ha sido justa-

mente contestada, no pudiendo ponerse sobre el mismo plano si no queremos ahogar en definiciones demasiado vagas e imprecisas la originalidad, que es necesario admitir, del modo de producción asiático, a menos que eliminemos de estas definiciones su dinamismo propio. Así parece posible retener, provisionalmente, tres conjuntos de civilizaciones: civilización megalítica, civilización cretomicénica y civilización etrusca, que parecen haber avanzado en diferentes grados por la línea de desarrollo del modo de producción asiático. Ahora bien, estos tres conjuntos no se constituyeron espontáneamente en razón a una pretendida regularidad de tránsito de la sociedad primitiva a la sociedad «asiática». Unos y otros recibieron el impulso, con intensidad y fortuna variadas, de los modelos propuestos por las grandes civilizaciones del Próximo Oriente, todas de tipo «asiático», y particularmente de Egipto, el modelo más acabado [1] se constata, por otra parte, que este impulso no se propagó de manera automática y con una rapidez —o lentitud— idéntica. No basta que exista un modelo para que sea automáticamente, imitado; es necesario que la evolución del pueblo receptor esté lo suficientemente avanzada como para permitir la asimilación de un modelo exterior.

«Esclavitud generalizada», esclavitud propiamente dicha y corvea feudal[2].

No podríamos ensanchar extremadamente el campo de aplicación del modo de producción asiático más que a condición de contentarnos con una definición muy amplia, limitándonos, por ejemplo, a caracterizar este modo de producción por la combinación, por una parte, de comunidades de aldea en gran medida autárquicas y que no conocen más que embriones de propiedad privada, y, por otro lado, de un régimen despótico. Esto significaría eliminar del sistema a su elemento dinámico, que permite considerarlo como un verdadero paso adelante al salir del régimen de la comunidad primitiva: a saber, lo que Marx denominaba, con una precisión sin duda insuficiente, pero que es difícil encontrar mejor, la *esclavitud generalizada,* considerada no sólo en su existencia, sino también en su utilización y en los resultados de esta utilización. Utilización que puede aplicarse

[1] El problema de la oposición: difusión/desarrollo autónomo ha estado, estos últimos años, en el centro de un amplio debate entre los arqueólogos y ha llevado, entre otras, a la reflexión sobre la valuación en términos cronológicos de diversas culturas mediterráneas. Como principal opositor a la reconstrucción childiana de tipo difusionístico (para otros «razonada») puede recordarse C. Renfrew, y sobre todo su libro *The Emergence of Civilisation. The Cyclades and the Aegean in the Third Millennium* B. C. London, 1970 *(n. d. p.).*

[2] Para una diferenciación del modelo, e incluso de la aplicabilidad, de los términos «feudal» y «asiático», véase M. Godelier, *op. cit.* en la introducción, pág. 120. *(n. d. p.).*

sistemáticamente al dominio económico, y es quí donde las consecuencias adquieren la mayor importancia para el desarrollo histórico general, o bien ocasionalmente a dominios que no son sino contrafuertes del económico, ya se trate del dominio religioso, acerca del cual existe la ilusión común de que en este estadio juega un papel de primer orden.

Se notará por lo demás que la esclavitud generalizada, por sí sola, suministra de algún modo la clave del modo de producción asiático. Este modo de explotación del hombre no se concibe, en efecto, más que en un régimen económico social en el que aún no hay lugar para individuos netamente diferenciados, un régimen en que la explotación del hombre se practica por intermedio de las colectividades que constituyen las comunidades aldeanas; por otra parte, tal modo de explotación del hombre necesita un mando a la vez centralizado y autoritario, un régimen despótico.

Así, vemos que para poner en claro la cuestión del modo de producción asiático es indispensable caracterizar con más nitidez y precisión de lo que se hace habitualmente la naturaleza y posibilidades de la esclavitud generalizada, comparándola por una parte con la esclavitud propiamente dicha, y por otra, con lo que se llama bastante impropiamente la servidumbre feudal: bastante impropiamente porque cuando ya la servidumbre ha sido abolida, subsiste e incluso funciona con gran eficacia el modo de producción feudal. No tendremos una idea verdaderamente clara del modo de producción asiático más que en la medida en que nos hagamos una idea precisa de lo que representa la esclavitud generalizada (lo cual exige análisis minuciosos de sus formas históricas concretas).

1) *Esclavitud generalizada.*— A grandes líneas, se trata de una mano de obra que se tiene la posibilidad de utilizar, en la medida en que esta disponible, y de una mano de obra, si no gratuita, al menos del menor costo, en el sentido en que no es mantenida, y eso muy someramente (simplemente alimentada al mínimum), más que durante el tiempo en que se recurre a ella. No es necesario comprar al trabajador, como en el caso de la esclavitud propiamente dicha, en la que el propietario de esclavos se ve obligado a subvenir todas las necesidades elementales (alimento, alojamiento, vestido), aunque no tenga que distribuir un salario correspondiente al mínimun de subsistencia del trabajador y su familia, y sabemos que el salario está inevitablemente destinado a sobrepasar el estricto mínimum, tanto como resultado de las luchas colectivas de los trabajadores activos y cualificados.

Por otra parte, esta mano de obra es abundante, puesto que la gran masa de la población está obligada al trabajo. Estas dos características explican un despilfarro del que las grandes pirámides de Egipto constituyen un caso particularmente típico.

Pero, al mismo tiempo, se trata de una mano de obra no especializada, aplicable solamente a la ejecución de grandes trabajos, siendo confiado el acabado o los trabajos más delicados a un pe-

queño número de artesanos especializados que dependen del déspota. En este estado de desarrollo de la sociedad el nivel técnico permanece poco elevado. Para que haya tiempo disponible es necesario que se trate de una explotación relativamente extensiva de la tierra. Paralelamente es, no menos necesario que las condiciones naturales aseguren una buena productividad del suelo.

Tal como se presenta, con sus comodidades y sus insuficiencias, la esclavitud generalizada hizo posibles enormes trabajos que condujeron a una mejora a veces considerable de las *condiciones* de la producción, en primer lugar por el dominio del agua, tanto por desecación como por irrigación. Entre los trabajos productivos añadiremos, entre otros, la mejora de los medios de comunicación. Pero si la esclavitud generalizada pudo tener como consecuencia directa la mejora de las condiciones generales de la producción agrícola, y como consecuencia indirecta un florecimiento cultural y artístico, no se ve que favoreciera el mismo progreso en las técnicas de producción agrícolas; de ahí una especie de impase en el movimiento de conjunto hacia delante de las fuerzas productivas.

2) *Corvea feudal.*—Las similitudes son innegables, pero solamente superficiales. Mientras que el recurso a la esclavitud generalizada dependía únicamente de la decisión del déspota, las corveas feudales eran fijadas por convenciones, reglamentadas y de una periodicidad regular, al menos en la generalidad de los casos. Además, y este es un punto extremadamente importante para un funcionamiento satisfactorio del sistema feudal las corveas debían ser mantenidas en un número o una duración estrictamente limitados. El nivel general de las fuerzas productivas es sensiblemente más elevado que en el régimen de modo de producción asiático; como consecuencia,el tiempo de terrazguero es más precioso; hay que reservarlo esencialmente, y en condiciones determinadas de antemano, al buen funcionamiento de su explotación individual, lo que va al mismo tiempo en interés del señor. En estas condiciones, los aldeanos se ven impulsados a unirse y luchar para obtener poco a poco mejores condiciones, al menos para poner tope a las pretensiones del señor.

3) *Esclavitud propiamente dicha.*—Aquí el esclavo es propiedad privada de un empresario esclavista que ha tenido que comprarlo y que debe mantenerlo de forma permanente. Fuera de los grupos de esclavos empleados en la casa para confort o prestigio, el esclavista está obligado, o si no la empresa no tendría sentido, a calcular para obtener el más alto rendimiento del esclavo. No pueden haber hábitos de despilfarro ni utilización del esclavo únicamente para grandes obras. El nivel de las fuerzas productivas se ha elevado ya y continúa elevándose. En la misma producción, y no simplemente en las obras que nosotros llamamos de arte, se ha impuesto una verdadera especialización del trabajo. El esclavista tiene interés en procurarse esclavos ya formados o en formarlos él mismo. El esclavo, convertido en una mercancía, debe ser en la medida de lo posible productor de mercancías, excepción hecha, naturalmente, de los esclavos domésti-

cos. El súbdito del déspota, por el contrario, no es utilizado en la esclavitud generalizada más que esencialmente como productor de valores de uso, tanto en interés de la sociedad entera como para satisfacer los caprichos del déspota y su camarilla. La diferencia entre las dos clases de «esclavitud» salta a la vista. [...]

* * *

La civilización creto-micénica.

Presentamos aquí cada uno de los hechos principales y los recientes progresos en el conocimiento histórico de esta civilización en su libro sobre *Los Orígenes del Pensamiento Griego* [3], publicado en 1962, Jean Pierre Vernant ha expuesto excelentemente la cuestión de la naturaleza de la civilización micénica. Indudablemente, sería deseable ampliar el análisis a los antecedentes cretenses de esta civilización micénica. Pero esto sería lanzarnos a complicaciones que es preferible dejar de lado provisionalmente, siendo mucho más densa la oscuridad en lo referente a Creta que a Micenas, sobre todo después del desciframiento del lineal B. Por otra parte, habiendo servido de modelo la civilización palaciega de Creta a la civilización de la época micénica, esta última bastará para darnos una idea del conjunto.

Ciertamente, no podemos esperar demasiado del desciframiento del lineal B. Uno de los especialistas más autorizados nos advirtió en un artículo muy importante sobre el que tendremos que volver: «El carácter contable de nuestros documentos hace que nuestra información sea lagunosa y a menudo incierta en lo que concierne a las instituciones, más allá de las realidades materiales» [4]. Sin embargo, teniendo en cuenta la parte reservada a la hipótesis, los textos ya descrifrados esclarecen suficientemente al menos las estructuras esenciales de una sociedad que se construyó en la línea del modo de producción asiático.

Por un lado, nos encontramos un sistema de economía palaciega:

> «El rey concentra y unifica en su persona todos los elementos del poder, todos los aspectos de la soberanía. Por intermedio de sus escribas, que forman una clase profesional, fijada en la tradición, gracias a una jerarquía compleja de dignatarios de palacio y de inspectores reales, controla y reglamenta minuciosamente todos los sectores de la vida económica, todos los campos de la actividad social».

---

3 *Les origines de la pensée grecque,* París, 1962; de ese libro en esta tercera sección presentamos el capítulo *El reino micénico. (n. d. p.).*

4 M. Lejeune, *Il «damos» nella società micenea* (que hemos presentado en la segunda sección *(n. d. p.).*

No hay lugar aquí para el comercio privado, una de las fuentes principales del desarrollo de la propiedad privada. La descripción de la organización estatal convendría perfectamente al modelo egipcio. Con eso lo decimos todo. Por otro lado, encontramos la estructura típica de la comunidad de aldea en el *damos* que Michael Lejeune caracteriza como una entidad administrativa local de vocación agrícola, y cuyo funcionamiento reconstruye de una manera extremadamente sugestiva. El *damos* posee tierras de las cuales una parte es parcelada y concedida en usufructo a beneficiarios individuales, pero otra parte permanecía seguramente indivisa y comunitaria. Esta parte indivisa debía ser objeto de una explotación colectiva. Así el *damos* tenía una renta de productos de cultivo y de cria de ganado que debía permitirle por una parte asegurar la subsistencia del personal comunal, por otra procurarse por trueque el material que le fuera necesario, y también satisfacer sus obligaciones fiscales con respecto al palacio y sus obligaciones religiosas. Este ingreso provenía sin duda, por una parte de rentas en especie entregadas por los beneficiarios de las tierras distribuidas, y por otra de la explotación colectiva de las tierras indivisas. En fin, bajo la supervisión o el control de algún funcionario representante del palacio, el *damos* parece haber sido administrado por un colegio de productores agrícolas[5].

Para seguir penetrando en la estructura de la sociedad micénica se impone una anotación previa: la lentitud en imitar el modelo cretense, tan próximo, sin embargo. En Creta, los primeros palacios (Cnossos, Festos, Malia), datan de 2000-1700, iniciándose la época de los segundos palacios en 1700. En Micenas las tumbas en fosa son fechables en 1580-1500, pero la civilización micénica no aparece formada más que en 1450. Se debe anotar, por lo tanto, un retraso de alrededor de medio milenio, es decir, de una duración semejante a la que ha sido constatada en la zona donde se desarrolló la civilización megalítica. Aunque es verdad que aquí no se trata ya de un asimilación grosera, sino de la reproducción de un modelo a un nivel muy elaborado.

¿Cuál es la explicación de este retraso? Seguramente se debe a la necesidad de una evolución interna que hiciera la asimilación posible y deseable. Un desfase igual existe para los hititas. Estos penetran en Asia Menor a comienzos del segundo milenio, aproximadamente en la época en que las primeras oleadas indoeuropeas alcanzaban Grecia. Sin embargo, tenemos que esperar hasta 1600 para ver edificarse el Antiguo Imperio hitita, que dura hasta 1450. El Nuevo Imperio hitita se coloca exactamente en la misma época que el pleno desarrollo

[5] Es difícil seguir al Autor cuando por el contrario supone que la producción en el mundo micénico se basó en la esclavitud. Seguramente existían «esclavos del *damos*», que, de igual manera que los «animales del *damos*», debían pertenecer a la colectividad. Sin embargo, no llega a verse cómo este embrión de sociedad esclavista, interesante desde luego de ser puesta de relieve, aunque por ahora siempre a nivel de embrión, pudo funcionar hasta el punto de asegurar lo *esencial* de la producción.

de la civilización micénica, entre 1450 y 1200. Y, sin embargo, la influencia asiría se había ejercido desde bastante temprana época en la región donde se establecieron los hititas, con las colonias de Capadocia fechadas en 1950-1850[6].

Todo esto demuestra una vez más que el establecimiento de las formas típicas de una organización estatal del tipo del modo de producción asiático supone una especie de aprendizaje prolongado, incluso con la proximidad de un modelo.

Sin embargo, se ha planteado la siguiente cuestión: ¿no es más precisamente explicable el retraso micénico por la ausencia de las necesidades de organización de la producción que condujeron en los modelos del modo de produción asiático al empleo sistemático de la esclavitud generalizada. Jean Pierre Vernant ha notado, a propósito de Micenas, que se impone una comparación

> «con los grandes Estados fluviales del Próximo Oriente cuya organización parece responder, al menos en parte, a la necesidad de coordinar a gran escala los trabajos de desecación, irrigación, mantenimiento de canales, indispensable para la vida agrícola».

Sin duda, está poniendo de relieve en este sentido la desecación del lago Copais. Pero añade:

> «¿qué ocurrió con las planicies de Argólida, Mesenia y Atica? No parece que las necesidades técnicas del aprovechamiento del suelo, según un plan de conjunto hayan podido suscitar o favorecer en Grecia una centralización administrativa avanzada. La economía rural de la antigua Grecia aparece dispersada a escala de aldea; la coordinación de los trabajos no va más allá del grupo de los vecinos».

---

[6] La situación en Anatolia en la época de la colonia asiria en Capadocia no es tan simple como aquí se representa. Ya en la época de la presencia de los mercaderes asirios puede apreciarse una dislocación, aunque muy fragmentaria, de los pequeños (¿pero hasta qué punto?), «principados» locales. Es el proceso de unificación que se desenvuelve en fase alterna, a finales del siglo XVII y no sin sucesivos momentos de crisis y de disolución (véase, para un cuadro general, el III volumen de la *Storia universale Fischer,* tra. it. Milán, cap. *Hittiti, Hurriti e Mitanni,* al cuidado de H. Otten; cfr. también P. Garelli, *Le Proche-Orient Asiatique,* v. I, París, 1969, pág. 140 ss.; 303 ss.; y sobre todo, por cuanto afecta a los nuevos documentos relativos al período más antiguo: H. Otten, *Eine Althethitosche Erzahlun um die Stadt Zalpa,* Wiesbaden, 1973; E. Neu, *Der Anitta-Text, Wiesbaden, 1974); por último téngase en cuenta el reciente cuadro de conjunto ofrecido por K. Bittel, Archäologische Forschungen zur Frühgeschichte Kleinasiens,* in *Rheinisch-Westfälische Akademie der Wiss.,* Opladen, 1973. Como referencia general, O. R. Gurney, in CAH^3, v. II, 1, 1973, cap. VI *(n. d. p.).*

Parece que la cuestión merece ser recogida y profundizada. En primer lugar, además de su utilización para el aprovechamiento de las condiciones de la producción, la esclavitud generalizada encontraba su empleo y una especie de justificación en los grandes trabajos de defensa, como la muralla de China. Las llamadas construcciones ciclopeas en la Grecia protohistórica nos indican necesariamente una mano de obra a la vez abundante y poco costosa. Contrariamente a la civilización cretense, que descansaba sobre una base menos sólida puesto que fue derrocada por los micénicos, la civilización micénica, como la hitita, tiene un carácter guerrero muy pronunciado y las guerras de rapiña eran una de las principales fuentes de acumulación de tesoros, tesoros que enseguida era preciso proteger por medio de poderosas fortificaciones. Las murallas de Micenas o Tirinto son el signo de que los soberanos micénicos esban organizados para movilizar autoritariamente las fuerzas de trabajo de sus pueblos.

Pero, además, la desecación del lago Copais ¿es un hecho aislado? Hay que hacer notar que los centros de la vida micénica se sitúan a menudo en planicies en parte pantanosas, donde las condiciones naturales eran más favorables a la cría de animales, pero cuyo papel en la época esclavista se eclipsó o tomó, como en Esparta, un carácter particular, ya se trate de la Tesalia de Aquiles y de los Argonautas, de la Laconia de Menelao o incluso de la Argólida de Agamenón. Estas planicies, a causa de su exceso de humedad, no podían ser la base de producciones de exportación, como el vino o el aceite, o de centros propicios al gran comercio. En la época esclavista, el Atica estaba destinada a tomar ventaja.

Existen testimonios, al menos indirectos, del espíritu emprendedor de los soberanos micénicos para el control de las aguas, además de la desecación, muy representativa por lo demás del lago Copais. Así tenemos dos episodios de la leyenda de Hércules: los pájaros del lago Estinfalo y la hidra de Lerna. La cubeta del lago Estinfalo, como la del lago Copais, no desagua más que por emisarios subterráneos naturales, llamados *katavothres*, que tenían tendencia a obstruirse, provocando la presencia de pantanos febrosos. El mito de los pájaros del lago parece tener como origen las fiebres que asolaban la región antes de la construcción de diques y canales. En cuanto a los pantanos de Lerna, están situados en los bordes del golfo de Argólida, junto a fuentes que corresponden a la salida de los *katavothres* de las altas planicies de Mesania. Los trabajos de saneamiento no podían ser realizados más que según un plan y una ejecución de conjunto. Hicieron falta trabajos de construcción de diques para asegurar el paso entre la montaña y la costa, paso que de otro modo habría sido obstruido por los pantanos.

En fin, existe otro indicio mítico de la atención prestada por los héroes micénicos al control de las aguas. Una leyenda relata que Diómedes había emprendido al sur del monte Gargano, en Italia meridional, la excavación de un canal que dejó inacabado. Un estudio

más meticuloso del papel variable de las condiciones naturales según las épocas y los modos de producción sucesivos sería ciertamente útil, particularmente en el ámbito griego [7].

Habría que considerar también el papel que pudo jugar en la formación del modo de producción esclavista, la existencia previa en Grecia de sociedades del tipo «asiático». La transmisión de técnicas fue, seguramente, de una importancia considerable.

Pero hay otro aspecto que tiene interés en cuanto que ayuda a comprender mejor el lugar ocupado en el conjunto del sistema por comunidades de aldea en las que no dominaba todavía la apropiación privada de la tierra. La sociedad micénica fue brutalmente destruida por las llamadas invasiones dorias. Las sociedades de tipo asiático adolecen, en efecto, de una gran fragilidad, a pesar de su aspecto imponente. En Egipto se registran dos destrucciones brutales del Estado faraónico, después del Antiguo y después del Imperio Medio, para no hablar de la suerte del Imperio Nuevo. Pero cada vez, pasada la tempestad, el sistema se reconstituía con algunos perfeccionamientos. La historia de Mesopotamia, de los sumerios en el Imperio Nuevo babilónico, es de una extrema complicación a causa de los cambios constantes de hegemonía; pero las sucesivas dominaciones se establecen siempre en el cuadro del modo de producción asiático.

En Grecia no ocurrió tal cosa, a pesar del dinamismo de la sociedad micénica. Y fue porque el desarrollo de la propiedad privada había destruido la coherencia de las comunidades de la aldea, y el equilibrio social que de ellas resultaba. A menos de abandonarse a la deseperación y a la inercia, se hizo necesario para las víctimas intentar reconstruir la sociedad sobre otras bases. *Los Trabajos y los Dias* de Hesiodo, fechado a mitad del siglo VIII, suministran indicaciones

---

[7] Generalmente, las genealogías míticas son testimonios anteriores a la implantación del culto de los dioses uranios y su inserción en estas genealogías, antes del advenimiento de Zeus y el triunfo de los mitos indoeuropeos, el agua y más concretamente los ríos, ocupaban un lugar determinante en las concepciones religiosas. Paralelamente se encuentran en ocasiones, diferentes trazos de la familia matrilineal, como en las sociedades de tipo «asiático»: transmisión de la herencia de las hijas (puesto en relación con el papel dominante de las grandes diosas), libertad sexual de éstas, expresado por las relaciones de las princesas con los dioses. Se asiste en el curso del tiempo a la introducción del régimen patriarcal en el sentido de que ya son los príncipes, los héroes los que llegan a ser los amantes de las diosas. Los rios Escamandro en Troya, Inachos en Argolida, Penes en Orcomenos, Asopus en Corinto, son así los primeros antepasados de las líneas reales. Según Pausanias, el caso del río Asopus es particularmente típico: tenía tres hijas, una de las cuales, Egina, fue raptada por Zeus; su hijo Peleo, llegó a ser el amante de Tetis.

El proceso se encuentra de alguna forma concretizado en el combate del río Janto y de Aquiles, en el canto XXI de la Iliada. Aquiles provoca al río, después de haber matado a Asteropeo, hijo de Axio, exclamó: «Difícil era que tú, engendrado por un río, pudieses disputar la victoria a los hijos del prepotente Cronos; más yo me jacto de pertenecer al linaje del gran Zeus... Y como es más poderoso que los ríos que corren al mar, así también los descendientes de Zeus son más fuertes que los de los ríos, veamos si el río que está junto a ti es capaz de ayudarte...» El Janto desbordado pone a Aquiles en peligro. Es entonces cuando de una forma significativa, Hera manda al industrioso Hefesto que lanzando llamas ardientes abrasa las aguas del río y le obliga a sucumbir.

de extremo interés sobre el comienzo del proceso y sobre las transformaciones sociales que éste puso en movimiento. En un librito muy sugestivo titulado *Crisis agraria y actitud religiosa de Hesiodo,* Marcel Detiénne describe muy claramente la situación reinante en esta época [8].

> «En relación con la sociedad muy centralizada de la época micénica, en la que todos los poderes estaban concentrados en manos de un solo personaje, el *wanax,* la sociedad de Hesiodo atestigua el estallido de esa función cardinal y su fraccionamiento en un gran número de personajes poderosos llamados *basileis*».

Estos *basileis*, estos «reyes» eran los grandes propietarios de tierras, injustos y acaparadores en detrimento de los pequeños propietarios, que soportaban una existencia extremadamente penosa. Los hijos de éstos no tenían más solución que conservar indivisa una pequeña parcela, lo justo suficiente para mantener a una sola familia, o a partirla en parcelas individuales mucho más pequeñas. Según una sorprendente afirmación de Ed, Will «en suma, podían elegir entre la mendicidad común y la mendicidad individual».

La conclusión de Détienne es que Hesiodo responde a la crisis económica con una actitud religiosa: para él, «a fin de colmar el vacío entre los dioses y los hombres no hay más que un remedio, el trabajo agrícola como práctica religiosa y como forma de justicia».

La descripción de las formas tomadas por la mentalidad de Hesiodo no está seguramente falta de interés y debería ser emprendida. Pero, tras la forma religiosa de la conducta tanto Hesiodo como de sus contemporáneos, es indispensable igualmente reconocer las condiciones de la práctica real y las direcciones que ésta toma.

Desaparecidas la solidaridad y la ayuda mutua de los tiempos «asiáticos», asistimos, con la afirmación de la propiedad privada, al triunfo y a los estragos del individualismo calculador.

> «Mide exactamente lo que tomas de tu vecino, devuélvele exactamente, con igual medida, y todavía más si puedes, a fin de que en caso de necesidad estés seguro de su ayuda» (versos 349-351).
>
> «En la casa preparad todos los instrumentos que sea preciso, a fin de no tener que pedírselos a otro. Si se rehúsa tú quedas afligido, la estación pasa y el trabajo se pierde» (versos 407-409).
>
> «Es facil decir: Dame tus bueyes y tu carreta. Es fácil también responder: Mis bueyes tienen su trabajo» (versos 453-454).

---

[8] M. Detiénne, *Crise agraire et attitude religieuse chez Hésiode,* Bruxelles, 1963.

El medio, el único, de salir del aislamiento a que se está condenado, es enriquecerse. Detras de la confianza en la justicia divina, reconocemos en Hesiodo al candidato al enriquecimiento.

> «Riqueza es siempre seguida de gloria y de mérito» (verso 313).
>
> «Es una gran vergüenza el que sigue los pasos del indigente» (verso 318).

Y uno de los medios que se ofrecían entonces, en su novedad y con inmensas posibilidades, era la utilización bien calculada de esclavos como mano de obra en el trabajo agrícola: Hesiodo da a este respecto consejos en los que la preocupación de sacar el máximo de esta mano de obra priva sobre el espíritu de humanidad. Se nota aquí como y bajo qué incitaciones comienza a ser sobrepasado el estadio de la esclavitud patriarcal, habiendo pasado ya el tiempo de la esclavitud generalizada.

II. LA APROXIMACION DE KARL POLANYI A LOS PROBLEMAS DE LA CIRCULACION DE LOS BIENES Y EL INTERCAMBIO EN EL MUNDO MICENICO

No es posible comprender el significado y el valor de la contribución de K. Polanyi si no se aclaran primero, por lo menos esquemáticamente, algunos principios que animan la corriente llamada «sustantivista» en los estudios de antropología económica, de la que se puede considerar al autor como el máximo exponente.

Por otra parte, no es fácil realizar una puntualización esquemática al respecto dada la complejidad de tal escuela, que ha suscitado, especialmente en los últimos diez años, tantas adhesiones y tantas críticas no solamente dentro de los estudios antropológicos, sino también en el campo de la investigación histórica de la antigüedad [1].

Examinamos, de la manera más simple y breve posible, algunos problemas de historia de la investigación en el campo de la antropología económica (problemas que volvemos a encontrar reflejados en el campo de los estudios de economía antigua, véase, precisamente para la historia griega, la interesante síntesis ofrecida en el volumen de M. Austin y P. Vidal-Naquet, *Economies et sociétés en Grèce ancienne,* Paris, 1972, con particular atención al capítulo 1, *Concepts, et problèmes généraux).*

[1] Remitimos a los interesados en profundizar en estos problemas a: M. Godelier, *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas* Ed. Siglo XXI. Madrid 1974 (trad. esp.); S. C. Humphreys, *History and theory,* 8, 1969; G. Dalton (a cargo de), *Primitive, Archaic and Modern Economies,* New York, 1968; en italiano: T. Tentori (a cargo de), *Antropología económica,* Milano, 1974, en donde se contienen algunas breves notas bibliográficas sobre el investigador (pág. 26, a cargo de M. Aroti) y la traducción de los ensayos fundamentales de K. Polanyi, *L'economia come processo instituzionalizato.* Existe traducción castellana de este artículo: *La economía como actuación institucionalizada,* en M. Polanyi y otros. *Comercio y mercado en los imperios antiguos.* Ed. Labor, Barcelona, 1976, pág. 289-317; G. Dalton, *Questioni teoriche dell'antropologia economica* (págs. 141-199); C. Grendi (a cargo de), *L'antropologia economica,* Torino, 1972 (con particular referencia a la introducción): S. Borutti, *Analisis marxista e antropologia economica,* Bari, 1973 (con particular referencia al cap. II: *La scuola sostantivista e l'economico «incastrato» nel sociale).*

El desarrollo de la corriente llamada «sustantivista» se sitúa, alrededor de los años 50, como antítesis de la aproximación a los problemas de economía sobre grupos de interés etnológico o en el mundo antiguo, que toma el nombre de «formalista». Esta última corriente se puede considerar en filiación directa con las teorías «subjetivistas» y «marginalistas», que dominan en gran parte todavía hoy en el campo de los estudios económicos surgidos con el desarrollo de la sociedad capitalista (un buen encuadramiento histórico de estos problemas *se puede encontrar en la obra de A. Pesenti, Manual de Economía Política*. Ed. Akal, Madrid, 1979, vol. I, cps. I, V [2].

Establecidas estas premisas, se puede comprender la importancia, en el campo de la investigación histórica y etnológica, de la escuela «sustantivista», así llamada por fundamentar la investigación en el significado «sustantivo» de economía, basándose en la constatación empírica de las actividades económicas del hombre en las diversas realidades sociales dentro de las que se explican.

Si la escuela formalista no había hecho más que ampliar a las sociedades etnológicas y al mundo antiguo conceptos y categorías de análisis adaptables solamente al estudio de una realidad completamente diferente, como las sociedades capitalistas, el fin que se propone la corriente sustantivista es, sin embargo, el de «expresar los conceptos exigidos por las esencias sociales mediante el análisis de todas las economías empíricas pasadas y presentes» (K. Polanyi). La obra que intenta llevar a cabo resulta la de analizar los hechos económicos

---

[2] Los principios que nos informan sobre esta aproximación llamada formal porque pretende, basándose en una estructura formal preconstituida especificar el aspecto «económico» dentro de toda realidad cultural, se pueden caracterizar así:

a) El hombre, en cuanto individuo, visto históricamente, siente la necesidad de satisfacer una serie cualitativamente infinita de necesidades; b) los medios que tiene a su disposición son limitados y escasos en relación con las necesidades a satisfacer; c) por tanto, finaliza los medios limitados y escasos que tiene a su disposición para satisfacer sus necesidades que son ilimitadas. Sobre la base de estas premisas, objeto de la investigación «económica», tiene lugar el comportamiento y la actividad humana que tiende a finalizar, maximizándolos, medios escasos para conseguir sus propios objetivos. Asignando, por esto, a la antropología económica, el estudio de la variedad de los comportamientos humanos tendentes a combinar de la mejor manera posible medios determinados para alcanzar fines específicos, se efectúan las siguientes operaciones: 1) toda la atención de la investigación se concentra sobre los sectores donde es notable (o se cree poder notar) una forma de competencia entre individuos o grupos; 2) lo «económico» se ve *solamente* en el fenómeno de competencia intencional, precisamente sobre el modelo de mercado competitivo típico de las sociedades capitalistas; 3) en consecuencia, se aplican las categorías propias de la sociedad capitalista (mercado, cambio, provecho, renta, capital), donde la economía se entiende como esfera en sí misma, independientemente de lo social, con propias leyes que no se fundan en el factor fundamental, que es el trabajo humano, sino sobre el juego de la oferta y de la demanda que tiene lugar precisamente en el mercado basado en la libre competencia; 4) el análisis científico que deriva de esto es superficial y ahistórico, porque, olvidando penetrar las efectivas estructuras sociales de un grupo cultural y las motivaciones ideológicas que lo sostienen, no llega a comprender el origen y la función social de las instituciones a través de las que, incluso no verificándose fenómenos de competencia internacional, pasan importantes actividades de relevancia económica para la vida del grupo en cuestión.

solamente desde la perspectiva de un proceso que se realiza dentro de específicas realidades sociales, determinada cada una por las propias y características instituciones que tienen como función regular la vida y las actividades de sus miembros: «La economía es un proceso institucional. Hay dos conceptos particularmente relevantes: el de «proceso» y el de «institucionalización» (...) el término proceso sugiere un análisis en términos de movimiento. Los movimientos se refieren a los cambios, tanto en la ganancia como en la apropiación o en ambas (...). Los movimientos de ganancia incluyen, junto al transporte, la producción, para la que es igualmente esencial el cambio en el espacio de los objetos (...). El movimiento de apropiación gobierna tanto lo que normalmente se llama circulación de bienes como su administración (...). La institucionalización del proceso económico confiere a este mismo proceso unidad y estabilidad, añadiendo así un significado a su historia» (K. Polanyi, *La economía como actividad institucionalizada,* op. cit., págs. 289-317).

El intento de superar una visión de tipo modernista, que empleaba para las sociedades precapitalistas las categorías de cambio-comercio-mercado-moneda en estrecha relación entre sí, lo efectúan Polanyi y su escuela proponiendo un esquema de análisis alternativo formado por tres modelos fundamentales de integración económica que, a veces, separadamente o también en combinación, son empíricamente constatables dentro de las diversas formaciones sociales:

Forma de integración económica	Proceso		Institucionalización
a) Reciprocidad	Movimientos entre puntos correlativos de grupos simétricos	→	Presupone grupos sociales organizados simétricamente
b) Redistribución	Movimientos de apropiación de y hacia un centro	→	Presupone la presencia de una centralización dentro de un grupo social.
c) Intercambio	Movimientos en un sentido y en otro, como los que tienen lugar en un sistema de mercado	→	Exige un sistema de mercado en el que se formen los precios

En el análisis empírico de la función y de las formas, a veces distintas, precisamente según el contexto social, las cuales asumen el comercio, la moneda y el intercambio (que no se presentan generalizados según el modelo de las modernas sociedades capitalistas como pretendían los «formalistas»), se efectúa en base a estos modelos de integración (donde el autor se ve obligado a crear subcategorías para diferenciar el «intercambio» como forma de integración económica propia de las instituciones de mercado y el cambio como fenómeno que se verifica dentro de las formas de reciprocidad y redistribución, en conexión con otros tipos de instituciones).

Sin embargo, es necesario decir que, ya desde un primer esbozo de los principios que informan las teorías «sustantivistas», se pueden precisar varios elementos contradictorios de fondo. La aproximación formalista, es decir, la exaltación del «mercado» fundado en la libre competencia y en el principio de la demanda y de la oferta, permanece en Polanyi, aunque en negativo, como término de referencia de todas sus elaboraciones. Sus análisis parten de la referencia constante a lo que «no es economía de mercado», excepto para el tercer modelo de integración, que no es más que el típico modelo económico usado en las sociedades capitalistas, el cual no privilegia el trabajo humano como factor fundamental, que da valor a los bienes, sino el juego de mercado de la demanda y de la oferta basado en el principio de la escasez de un bien y de las ilimitadas necesidades humanas que satisfacer. La oposición de Polanyi a los principios que informan los presupuestos «formalistas» se muestra, finalmente, como una oposición de carácter terminológico-operativo, pero no epistomológico.

Pero lo que tiene más importancia y que también se puede constatar en el trabajo aquí presentado es que, en el plano del analisis empírico de las sociedades precapitalistas, el planteamiento «sustantivista» lleva a una nueva y más elaborada tipología del intercambio y de la circulación de bienes, pero no llega en absoluto a esclarecer los problemas relacionados con la producción de los mismos bienes y con la instauración de ciertas relaciones sociales entre los productores antes que otras (hemos visto, en la introduccioón a la colaboración de C. Parain, lo fundamentales que resultan estas cuestiones para una seria comprensión histórica de la civilización micénica). En resumen, se queda a un nivel, aunque más refinado, de descripción del funcionamiento de los diversos mecanismos sociales (por tanto, de las instituciones) que regulan el movimiento de los bienes, pero no se llega a comprender por qué estos «mecanismos» nacieron, se desarrollaron y se establecieron ni tampoco qué intereses protegen ni sobre qué base ideológica se fundan (lo que aborda, por ejemplo, el complejo problema de la funcionalidad de la unidad superior, que hemos visto a propósito del «modo de producción asiático», y su característica de personalizar, a los ojos de las comunidades aldeanas, la unidad de las mismas diferentes comunidades).

Volviendo ahora a la contribución que presentamos, se puede comprender mejor el tipo de demostración que Polanyi pretende efectuar: esto es, el de la posibilidad de usos monetarios específicos o expedientes submonetarios en ausencia de un mercado, y, por tanto, de la forma de integración del cambio modernamente entendida. En su ensayo *L'economia come processo instituzionale,* op. cit., se expresa del siguiente modo (pág. 132): «La definición sustantiva de moneda, como la de comercio, es independiente de los mercados. Deriva de los usos determinados a que se dedican objetos cuantificables, usos que son los de pago, patrón y cambio. Por tanto, la moneda se define como objeto cuantificable empleado en cualquiera o en varios de estos usos.»

Además: «La moneda antigua es una moneda con fines especiales. Se adaptan diferentes objetos para usos monetarios; además, los usos se institucionalizan independientemente uno del otro. Las implicaciones tienen un enorme alcance. No hay contradicción, por ejemplo, en «pagar» con un medio con el que no se puede comparar, ni en emplear como «patrón» (uso contable de la moneda) objetos que no se usan como medio de cambio» (págs. 134-5).

Téngase presente al respecto que, cuando Polanyi habla de «intercambio» para las sociedades arcaicas, no se refiere al intercambio *par excellence,* el que tiene lugar hoy normalmente en una economía de mercado donde el precio está determinado por la ley de la oferta y de la demanda (y que hemos visto como tercera forma de integración económica en el esquema de Polanyi), sino al intercambio «decisional», esto es, a una tasa fijada administrativamente por la autoridad central, que está estrechamente ligado a la forma de comercio que llama «comercio controlado». Hay que recordar cuanto el autor precisa al respecto: «El comercio controlado tiene su sólido fundamento en relaciones establecidas mediante actos que son más o menos formales. Puesto que normalmente el interés por la importación es determinante para ambas partes, el comercio discurre a través de canales controlados por el gobierno. El comercio de exportación se organiza habitualmente de manera semejante. El comercio entero, por consecuencia, se desarrolla con métodos administrativos, lo que se extiende también al modo en que se trata el negocio, comprendiendo los acuerdos respecto a las «tasas» o proporciones de las unidades cambiadas, las posibilidades de escala, el peso, los controles de calidad, el intercambio físico de bienes, el almacenamiento y la custodia, el control del personal perteneciente al comercio, el reglamento de los «pagos», los créditos y las diferencias de precio» (pág. 130).

Está claro que una visión de este tipo, que tiende por completo a la identificación de los mecanismos establecidos institucionalmente por las burocracias centrales, deja muy poco espacio, en el caso del mundo micénico, para una hipótesis como la que parecería surgir de la lectura de Childe y de Starr y que consideraría la figura del mercader como elemento independiente de las administraciones palatinas; por otra parte, sin embargo, siempre en el caso del mundo micénico, no llega a explicar ni aclarar hasta el fondo sobre qué tipo de organización se pudiera fundar el comercio entre el Este y el Oeste (definido por Bockisch y Geiss como «comercio por comisión»), indicado por la distribución de las cerámicas micénicas en Europa y en el Próximo Oriente (para el mismo Próximo Oriente, cuyo cuadro esbozado por Polanyi parecería poderse aplicar con mayor verosimilitud, no resulta siempre válido el modelo del comercio controlado, de intercambio con tasas fijas, y de la posición social del mercader del tipo de Polanyi —véanse, por ejemplo, las breves notas de A. Archi en el *Dibattito sull'edizione italiana della Storia economica del mondo antico di E. Heichelheim,* en *Dialoghi di archeologia VII, 1973, 2-3, págs. 297* sgs.).

Finalmente, ténganse presentes algunas consideraciones que tratan más de cerca al mundo micénico.

El trabajo de E. L. Bennett, *Fractional Quantities in Minoan Bookkeeping*, en *American Journal of Archaeology* 54, 1950, constituye la primera contribución de cierto relieve que pone en evidencia la función, despachada por una serie de ideogramas, de indicar, con relaciones exactas entre sí, cantidades fraccionarias relativas a las medidas de peso y capacidad (sólidos y líquidos). El tema fue considerado de nuevo por Ventris y Chadwick en la primera edición de los *Documents* (págs, 53 sgs.), donde se intentaba también una valoración en términos absolutos de los diversos símbolos (véase, al respecto, cuanto se ha considerado en la segunda parte sobre las medidas de capacidad para sólidos en el apartado *Posesión y uso de la tierra)*. Polanyi parte en su ensayo de las consideraciones expresadas en ese lugar por Ventris y Chadwick. Consideramos útil, precisamente en relación a esto, reproducir preliminarmente las breves anotaciones de Ventris y Chadwick al respecto *(Docs.*, pág. 54), dada la complejidad y lo condensado de algunos pasajes del texto de Polanyi, sobre todo acerca de las diferencias en las notaciones de las medidas entre el sistema micénico y el minoico:

«Para una vasta gama de productos agrícolas e industriales, medidos en razón del peso y del volumen, el escriba micénico tenía a su disposición una serie de signos que indicaban *cantidades fraccionarias* (...). Un peso determinado de metal se expresaba por la forma:

1 22 2 6

Las medidas cada vez más pequeñas, que se sucedían de izquierda a derecha, se pueden parangonar a nuestros 1 cwt. (hundredweigh), 3 qr. (quarters), 20 lb. (pounds), 10 oz. (ounces), de modo que podemos admitir que los símbolos micénicos llevaran, como los nuestros, efectivos nombres de unidad. El uso micénico aparece en completo contraste con el Lineal A, en cuyo ámbito no se han señalado medidas secundarias. Las cantidades no exactamente divisibles por la unidad de medida se indicaban en forma de fracciones de la unidad fundamental, por ejemplo:

$$1 + 1/2 + 1/8 + 1/16 = 1\ 11/16$$

Por otra parte, entre las unidades fundamentales, solamente la que es para las medidas de peso parece ser que tuvo un símbolo propio específico. Bennett ve en este hecho una diferencia fundamental en el modo usado para las medidas. «Las anotaciones fraccionarias propias del Lineal A indicarían, efectivament, que las cantidades, por ejemplo, de grano, no exactamente divisibles por la unidad fundamental, se calculaban vertiendo el resto en una gama de recipientes cada vez más pequeños de 1/2, 1/4, 1/8, etc., respecto a la unidad fundamental. Los funcionarios micénicos, sin embargo, medían el

grano en recipientes de 1/10 y 1/60 respecto a la unidad, cada uno de los cuales se rellenaba tantas veces como lo exigiera el residuo»[3].

Como conclusión de lo expuesto, que, por razones de economía de trabajo, se ha debido encerrar en los límites de una simple introducción esquemática, se puede intentar, brevemente, una valoración de la contribución de K. Polanyi. Como ya se ha señalado al principio, no deja de ser incitante; pese a todo, queda incompleta en muchos de sus puntos y no solamente a causa de su carácter de breve demostración dentro de un tratado más amplio. El problema del «circuito interno» de la circulación de los bienes, mediante el expediente de las proporciones fijas de un determinado número de productos naturales, aparece desligado del problema, señalado sólo brevemente al final, de la inserción de la sociedad micénica en el «mundo del cambio» en el Próximo Oriente. Esto último implica, en efecto, toda una serie de posibles hipótesis sobre el conocimiento por parte de los mercaderes micénicos del uso monetario del metal en peso y sobre las posibilidades de unir el sistema de peso micénico a los otros sistemas usados en aquella época en las diversas regiones del Próximo Oriente (véase al respecto cuanto se ha señalado brevemente en la nota 7 al texto de Polanyi), hecho que el autor sólo señala indirectamente cuando considera la importancia del uso de connotar mediante nombres específicos y submúltiplos de las diversas unidades de medida.

De todos modos, el verdadero gran ausente en el tratado de Polanyi sigue siendo el proceso productivo, lo que significa toda esa serie de problemas que hemos tenido ocasión de ver con relación a la aportación de C. Perain y sin cuya base no es posible dar un significado «histórico» de los mecanismos que parecen dirigir la circulación interna y externa de los bienes.

ECONOMÍA DE PALACIO DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS USOS MONETARIOS. INSTRUMENTOS SUBMONETARIOS EN MICENAS

por K. Polanyi

M. Ventris, el descifrador de la escritura Lineal B, afirmó la ausencia de moneda en la economía de palacio de la Grecia micénica. El término «Grecia micénica» deriva de la primera excavación de Mi-

[3] Sobre los ideogramas micénicos relativos a los signos de medida, véase A. Sacconi, en *Kadmos,* X, 1971, pág. 135 y ss. (para el cuadro relativo a los signos de medida de capacidad para áridos, cfr. la nota 22 al ensayo de Ventris y Chadwick, *Posesión y uso de la tierra;* para los signos de medida de peso, cfr. el cuadro en la nota 8 de la colaboración de Olivier).

cenas y comprende este lugar, Pilos en el Peloponeso y Knossos en Creta.

Micenas, como llamaremos brevemente a toda la Grecia micénica, floreció en el siglo XIII. Su economía de palacio era de tipo extremadamente particular, hasta muy bien puede ser el único caso registrado en que una comunidad letrada haya rechazado el uso de la moneda en la contabilidad. Micenas es, por tanto, interesante para el investigador de antiguas situaciones monetarias. En ausencia de «algo que se aproxime a la circulación monetaria», los medios reales de contabilidad empleados en la economía micénica de palacio pueden proporcionar una huella para determinar una fase muy antigua en el desarrollo de la moneda.

El historiador económico de la antigüedad no puede utilizar conceptos como dinero, precio, etc., heredados de la economía de mercado del siglo XIX, sin un considerable afinamiento de estos términos. Se sugiere que la «moneda» debe definirse como «cosas fungibles para usos definidos, patrón de medida, cambio» [1], mientras que «precio» se debería sustituir por el término más amplio de «equivalencia», que trasciende el mercado.

Las definiciones operativas de moneda provienen de un uso particular al que se pueden someter los fungibles. En el derecho romano *res fungibles* son las cosas *quae numero, pondere ac mensura concsistunt.* En términos quizá más aceptables para el economista, son objetos durables, cuantificables por medio del cálculo o por medio de la medida. Los usos de tales objetos para pago, medida y cambio [2] se definen de tal manera que eviten que cualquier concepto implícito de moneda se insinúe en las formulaciones. Esto exige situaciones *sociológicamente* definidas, en las que los objetos se someten a cualquiera de los tres usos en manera definida *operativamente.*

El «pago» se define como entrega de fungibles con el efecto de cumplir una obligación (siempre dentro de la hipótesis de que más de un tipo de obligación pueda ser cumplida por la entrega de un tipo de fungible). Para el uso como «patrones de medida» *(standard)* los fungibles sirven como referentes numéricos; dos diferentes tipos de fungibles, como manzanas y peras, que están «enganchados» al standard, se pueden sumar. En su uso de «cambio» los fungibles se tratan como términos medios (B) en cambios indirectos, en los que se compra C en lugar de A mediante B. «Someterse a una obligación», «sumar peras y manzanas» y «cambiar indirectamente» son así situaciones definidas sociológicamente, mientras que los actos de «consignar», «referirse» o «engancharse» y «cambiar en dos momentos» se definen operativamente. Afirmar que la moneda estaba ausente en Micenas significa, en sentido estricto, que ningún producto natural *(staple)* se manejaba en situaciones y modos, tales como para que su uso equivaliese como pago, standard o cambio. El gana-

[1] En Polanyi, *Payment, standard, exchange* (N. del E.).
[2] Cfr. nota 1.

do, como en el caso de las atractivas esposas de los poemas épicos, no se designa metafóricamente como «standar» de valoración en las tablillas micénicas. Prescindiendo de una lista de pequeños pesos de oro, lo metales preciosos se nombran raramente, aunque pequeños objetos uniformes de oro, parecidos a las unidades de atesoramiento egipcias, se encontraran en la acrópolis micénica. La plata —el término *chyrsos* deriva del semita— no aparece prácticamente en las tablillas. El bronce se menciona repetidamente como material bruto para armas, distribuido en cantidades de peso determinadas a los fabricantes por el palacio, pero, aparte de esto, solamente aparece una vez y no en un contexto valuable. Bienes de prestigio como los trípodes, que servían de moneda-utensilio en los poemas homéricos, faltan en nuestras listas, como también faltan conchas y aljófares ornamentales. Respecto a la presencia de los productos empleados más comúnmente en función del dinero, por ejemplo, la cebada, en Sumer y en Babilonia, o el cacao, en el México precolonial, la categórica negación de Ventris regula la cuestión.

Frente a esto nos quedamos sorprendidos, a pesar de que se puedan evaluar más amplias implicaciones si se considera el alcance de las operaciones de contabilidad.

El verdadero centro de la economía micénica era la casa real con sus almacenes y su administración, que catalogaba personal, posesiones territoriales y ganaderas, fijaba los suministros de harina, cebada, aceite, olivas, higos y otros muchos productos naturales (en parte no identificados) y distribuía las raciones. El resto es conjetura: las nueve ciudades homéricas que pertenecían al rey de Pilos se han encontrado rodeadas de un número considerable de aldeas con tierras comunales y haciendas campesinas. Estaban los esclavos, una clase de trabajadores dependientes, y también soldados y remeros, quienes frecuentemente eran beneficiarios de raciones que en la mayor parte de los casos se entregaban a las mujeres y a los niños. La actividad manufacturera la despachaban artesanos y obreros especializados, muchos de los cuales pertenecían al palacio, mientras que otros se proveían allí de las materias primas solamente. De todas formas, el hecho más sobresaliente respecto a los inventarios y a las cuentas es y sigue siendo la completa ausencia de moneda. Un tipo de bien nunca puede ser equiparado o sustituido por una determinada cantidad de bien de otro tipo. Las cuentas estaban rigurosamente separadas para cada tipo.

Entonces, ¿cómo podía la administración de palacio sostener la economía de una amplia ciudad-estado? La respuesta se encuentra en los mecanismos que podían, hasta un cierto punto, susituir la moneda y hacer posible unas finanzas basadas en productos de primera necesidad *(staple finance),* que permitiera una forma elemental de tasación sin que interviniese la moneda.

La *staple finance* consiste en manipular los productos fundamentales a larga escala, usando la contabilidad y el inventario, con el fin de planificar, equilibrar, controlar y verificar los balances. Normal-

mente —y esto se comprende claramente— la *staple finance* exige el uso de la moneda, lo que se verifica recurriendo a equivalencias establecidas entre varios productos y utilizando uno de ellos como standar, de modo que funcione como moneda. La *staple finance* queda, entonces, siempre en naturaleza, aunque su contabilidad utilice o no la moneda; la ausencia de equivalencias reduce necesariamente el modo de empleo de los productos a una «hacienda» sin moneda. Por tanto, es posible planificar, equilibrar, controlar y verificar balances solamente en el ámbito de un tipo de producto. La operación vital de recoger bienes en un centro mediante el mecanismo de la tasación se realiza casi a ciegas. Las cuentas no nos muestran el gravamen total a que estaba sometida la unidad contribuyente, sea un individuo o la aldea. No es posible decir lo que este gravamen fue aumentado o disminuido por los cambios efectuados en cada caso. Ni está al alcance de la mano una medida mediante la cual aumentar las tasas proporcionalmente al aumento de la población o mantener la igualdad de las cargas impuestas entre comunidades grandes y pequeñas.

Un remedio bastante obvio, todavía a nivel submonetario, es posible mientras que la tasación en especie tiene lugar en el ámbito de una región ecológicamente homogénea. Una unidad compuesta, consistente siempre en los mismos productos fundamentales en proporciones físicas definidas e invariables, se puede formar aquí para efectuar la tasación. Entonces, la tasa está fijada, en base a las dimensiones de cada aldea, en múltiplos de esta unidad. Las proporciones físicas en vigor entre los bienes no significan en ningún caso que los productos puedan ser sustituidos uno por otro en aquellas proporciones, ni que el contribuyente pueda consignar un tipo de producto en lugar de otro. Nada de esto; pero el montante de cada tipo de entrada se establece mucho más fácilmente por la unidad compuesta, como también la adaptación de la tasa a cambios en la población. Además, y esto no hay que olvidarlo, se evitan algunas serias desventajas de la acuñación de moneda. El requisito básico para un balance en especie se da verdaderamente cuando, en cualquier momento, las raciones y toda otra obligación debida son posibles de hallar en especie. Pero cualquier equivalencia que se acepte como standard puede inducir a la sustitución de los productos, tanto en la consignación como en la distribución, y, por tanto, anular el requisito de base. Se perdería toda seguridad de «liquidez efectiva»; una unidad compuesta de tasación, por el contrario, evita este peligro [3].

El Lineal B, la escritura en que se registraba la contabilidad micénica, prueba precisamente la existencia de un mecanismo semejante a éste. En dos casos tenemos la explícita rendición de cuentas de las

---

[3] Se trata de un hecho muy importante, ya que no nos indica solamente sobre qué productos el palacio podía fiar con cierta garantía, sino también, indirectamente, qué tipo de producción agrícola o manufacturada se efectuaba principalmente en los centros rurales. El tema, con las indicaciones bibliográficas actualizadas, lo considera Olivier en el apéndice siguiente, notas 1, 2 y 5 (N. del E.).

proporciones materiales en que la tasa compuesta comprendía los productos naturales; el primero en las tablillas Ma de Pilo: «A un número de ciudades se atribuye una contribución de seis productos diferentes, todavía no identificados en su mayor parte. La escala de contribuciones totales varía para cada ciudad, pero las proporciones entre sí de los seis productos permanecen constantes en la medida de 7:7:2:3:1 1/2:150»[4].

El segundo caso lo encontramos en las tablillas Mc de Knossos, que «contienen listas de cuatro productos, uno de los cuales ha sido identificado por Evans como cuerno de cabra *agrimi* para la fabricación de arcos compuestos. Sus cantidades corresponden, con variaciones más amplias respecto a las tablillas de Ma de Pilo, a la relación de 5:3:2:4»[5].

Repetimos que no aparece en ningún sitio una equivalencia, ni cualquier cosa que se aproxime, a un standar o, con mayor motivo, a moneda.

Un mecanismo submonetario obra de manera completamente operativa. Complicados resultados aritméticos, que en la esfera económica se obtienen usualmente a través de cálculos en términos monetarios, se obtienen en la sociedad antigua mediante instrumentos operativos, sin intervención de moneda y sin hacer cuentas. A la luz de estas consideraciones intentaremos penetrar en la historia más antigua de la moneda.

Desde tiempos inmemoriales en la comunidad aldeana india[6] la harina se distribuía entre quienes tenían derecho: campesinos, artesanos pertenecientes a las respectivas familias, funcionarios de la aldea y, finalmente, pero no los últimos, el latifundista y el príncipe por el simple sistema de repartir el grano del pósito en un cierto orden de precedencia, que combina porciones de cantidades absolutas con un grupo de unidades de medida que se distribuyen alternativamente. El orden de precedencia tradicional es extremadamente complicado. Pese a todo el método es de máxima sencillez: no se necesita conocer cuantas unidades tenga el montante ni a cuantas unidades tenga derecho cada uno, ni cuanto obtenga efectivamente, puesto que, una vez que el pósito esté agotado, semejantes preguntas resultan inútiles frente a la seguridad de que cada uno ha recibido lo que debía, ni más ni menos. Otro mecanismo submonetario, concerniente esta vez al comercio y muy distinto del ejemplo del pósito de grano, se recoge en pasajes de Ezequiel, cap. 27, y cerca de doscientos cincuenta años más tarde, en la *Política* de Aristóteles. El profeta del Viejo Testamento describe el complejo comercio con el extranjero re-

---

4 *Docs.*, pág. 118.

5 *Docs.*, pág. 119.

6 Cfr. Walter C. Neale, *Reciprocidad y Redistribución en la aldea india: conclusiones de algunos debates importantes.* En *Comercio y Mercado en los imperios antiguos.* Ed. Labor, Barcelona 1976, págs. 265-284.

alizado por Tiro, reina de los mares, mientras Aristóteles ofrece un análisis del papel desempeñado por los medios monetarios en el comercio a distancia. Ezequiel habla de los comerciantes que «calculan» los respectivos artículos por cuenta propia, mientras Aristóteles dice que la moneda pone el límite y el paso al comercio. Ambos parecen tener ante sí la misma imagen operativa. Quien vende una carga de grano estibado en su barco, quien retira ovejas del cercado o aceite del almacén del templo, lleva a fuera los propios bienes en los que tiene parte —unidad por unidad— y hace mover los bienes de su socio comercial al mismo ritmo en el sentido opuesto —unidad por unidad— hasta que las provisiones de uno u otro no se agoten. El método no podría ser más simple: no es necesario conocer las unidades de bienes que cada uno posee ni —si la relación no es de 1:1— cuántas unidades de otros bienes deba reducir cada uno ni tampoco cuántas se reciben efectivamente mientras el ritmo con que se realiza la operación es el convenido, puesto que ambos habrán recibido necesariamente la cantidad justa en cualquier momento en que se interrumpa la transacción. Como en el caso precedente, no se precisan moneda ni cálculos.

Estos dos casos de mecanismos submonetarios derivan de situaciones muy diferentes. Uno puede haber sido común al Egipto faraónico, con su economía de almacenaje, el otro al Creciente Fértil, que no habría podido sobrevivir sin el comercio a larga distancia. Uno pertenece al reino de la redistribución, el otro al del cambio.

Verdaderamente es algo más que una coincidencia el que el Lineal B se haya separado del originario Lineal A precisamente en el momento en que se refleja especialmente este tipo de diferencia. El Lineal A era la escritura más bien primitiva de los nativos de Creta de lengua minoica (que todavía desconocemos). Los invasores griegos la continuaron y desarrollaron en el Lineal B con la finalidad de escribir el propio lenguaje con mayor riqueza de signos silábicos e ideogramas. Estos cambios estuvieron acompañados por otra innovación, que es difícil no conectar con una diferenciación respecto a la economía minoica de los nativos por parte de la de los recién llegados griegos: esto es, una diferente notación de fracciones. Mientras el Lineal A utilizaba una notación numérica semejante a la egipcia, el Lineal B cambió el sistema de medidas fraccionarias, usado exclusivamente en el Creciente Fértil. La notación numérica empleaba cifras del tipo 1/2, 1/4, 1/3, 1/6, 2/3, mientras las medidas fraccionarias tenían nombres equiparables a los modernos hundredweights, pounds y ounces o bushels, gallons, quarts y pints. El cambio simultáneo a favor de la lengua griega y de las medidas fraccionarias tuvo lugar, aproximadamente, hacia la mitad del II milenio a. de C., en un período en el que la redistribución del grano procedente de los almacenes faraónicos dominaba la escena egipcia, mientras crecía el comercio entre Grecia continental y Asia occidental [7]. Parece obvio que

[7] El problema de las posibles relaciones entre el sistema de peso micénico y los uti-

los marineros griegos estuvieran más interesados en el comercio con el este de cuanto lo estuvieran los nativos de lengua minoica, cuya escritura estaba tomada en préstamo y cuya economía se asemejaba a la egipcia [8].

---

lizados en el Próximo Oriente se complica fundamentalmente por la total inseguridad respecto a los valores absolutos que se pueden asignar a los símbolos de las medidas de peso. Por otra parte, el análisis y la sistematización de los patrones (o de los supuestos patrones) de peso, pertenecientes a diversas localidades del área greco-egea, presenta enormes dificultades, permitiendo solamente formular hipótesis de trabajo. En cuanto respecta al conocimiento del metal pesado, parece acertada para el mundo micénico, mientras para el uso del metal pesado como medio de cambio, las relaciones comerciales mantenidas por los mercaderes micénicos con el Próximo Oriente y su pretendida función de enlace entre los puntos de aprovisionamiento de materias primas occidentales y los «mercados» orientales, hacen pensar, por lo menos dentro de los limites de este «circuito exterior», en su conocimiento y aplicación. Es obvio que nos encontraríamos ante un problema vasto y complicado si nos preguntáramos el porqué de un tráfico y de una actividad «exterior» tan desarrollados, que suponen un amplio conocimiento técnico, y la ausencia en el circuito «interior» (al menos por lo que nos dicen las tablillas) de la aplicación de cualquier tipo de producto que funcionase como equivalente. Es lógico que la causa de esta situación (en el caso de que verdaderamente se diera) se busque en un determinado interés económico-político. Sobre este tema, remitimos a los siguientes trabajos: N. Parise, *Appunti per lo studio del sistema ponderale miceneo,* en *La parola del passato,* XIX, 1964, pág. 5 y ss.; *Ricerchi ponderali. Pesi cretesi riesaminati,* en *Annali dell'Istituto italiano di numismatica,* IX-XI, pág. 9 y ss.; íd., *I pani di rame del segundo milenio a. C. Considerazioni preliminari,* en Atti del I Congresso internazionale di micenología, Roma, 1968, v. I, pág. 117 y ss.; íd., *Un'unità ponderale egea a Capo Gelidonya,* en *Studi micenei ed egeo-anatolici,* XIV, 1971, pág. 163 y ss. (N. del E.).

[8] No es éste el lugar indicado para profundizar en un problema de este tipo, ya que escapa del tema específico de este trabajo. Pero es necesario destacar que una actividad minoica de ultramar exclusivamente limitada a Egipto contrasta con los numerosos hallazgos de cerámica minoica de importación, encontrados desde la costa anatólica hasta las islas Eólidas. Bastará leer los resúmenes de las conferencias pronunciadas en septiembre de 1968 en el Institut of Classical Studies de la Universidad de Londres (publicados en *Bulletin,* XVI, 1969, pág. 115 y ss.) y especialmente la contribución de F. Cadogan, *Evidence for the Minoans oustside Creta,* págs. 157-158, del diferente cuadro resultante. Hay que recordar que el sistema fraccionario minoico ha sido analizado de nuevo globalmente por D. A. Was en una serie de colaboraciones aparecidas en la revista *Kadmos* (colaboraciones I-V, 1971-1974). A la luz de estos nuevos análisis, el cuadro general esbozado por Bennett, del que se ha hablado en la introducción, no se modifica sustancialmente, aunque en algunos casos parece que se pueden identificar medidas fraccionarias, tanto de peso como de capacidad, con la efectiva función de «sub-unidad», es decir, registradas como múltiplos (cfr. las tablillas HT 86 y 120). Estos artículos ofrecen además interesantes sugerencias sobre la existencia de un sistema paralelo de fraccionamiento (decimal y sexagesimal) para las medidas de peso (cfr. *Kadmos,* 12, 1973, pág. 134 y ss.) (N. del E.).

III. LA CONTRIBUCION DE JEAN PIERRE OLIVIER

El trabajo del investigador francés que aquí reproducimos representa uno de los diferentes intentos (el más reciente y quizá el más completo) realizados para explicar los criterios seguidos por el palacio en la determinación práctica del montante del impuesto establecido en proporción fija y, probablemente, no intercambiable, para un determinado número de productos de primera necesidad.

Hemos subrayado que se trata de uno de los diferentes intentos, ya que, exactamente un año antes de la publicación del articulo de Olivier, C. W. Shelmerdine ofreció en su ensayo *The Pylos Ma Tablets reconsidered,* en *American Journal of Archeology* 77, págs. 217 sgs., otra solución a los posibles procedimientos prácticos seguidos por la administración palatina en este sentido (una reconsideración crítica de los dos puntos de vista la ofrecen S. Hiller y O. Panagl en *Die frühgriechischen Texte,* op. cit., págs. 193 sgs., donde se pretende demostrar, a nuestro juicio de manera quizá un poco precipitada, la mejor aplicación del cuadro propuesto por Shelmerdine).

El hecho de reproducir en esta sección un trabajo en lugar de otro no significa necesariamente una selección cualitativa. La finalidad esencial de este apéndice es llamar la atención sobre *un ejemplo* de tentativa de aproximación y solución práctica del problema teóricamente discutido por Polanyi (teniendo presentes los datos efectivos proporcionados por las tablillas, con todas sus aparentes anomalías y lagunas).

Permítasenos aclarar las diversas perspectivas de aproximación de Olivier y de Shelmerdine.

El primero adopta como punto fundamental de referencia el factor *población fiscal,* relativo a cada distrito considerado en las tablillas, en función del cual se calculaba el montante del pago, según un coeficiente constante característico de cada producto exigido. El segundo parte contrariamente (aproximándose en mayor grado a la formulación de Polanyi) de un posible cálculo total preventivo reali-

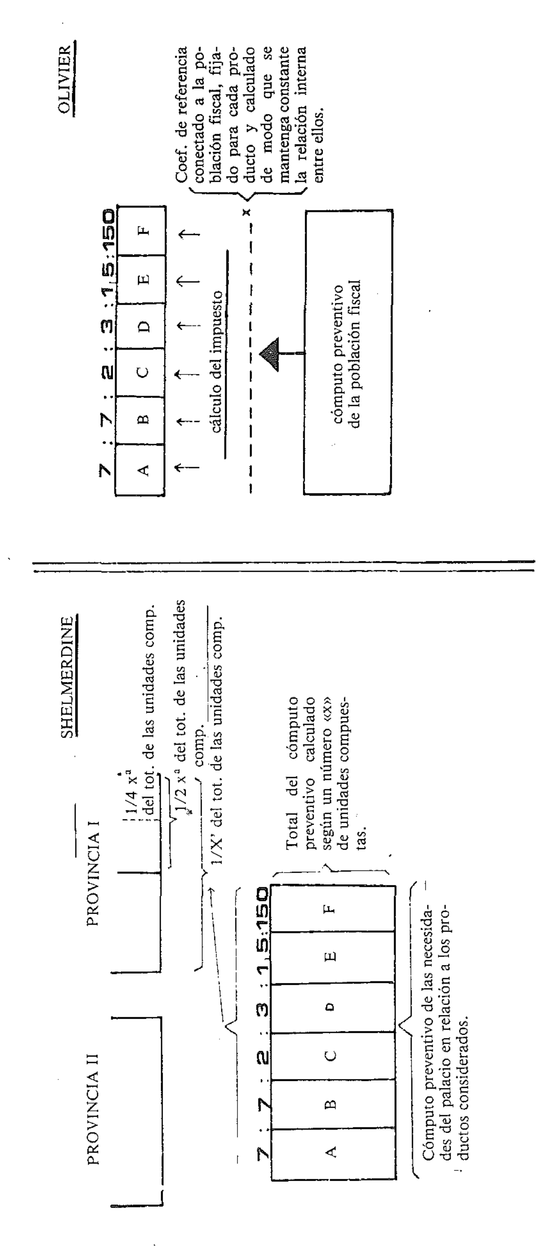
zado por el palacio en relación con sus propias necesidades (es decir, a las cantidades de los distintos productos exigidos), manteniendo fija la proporción entre los productos en cuestión (calculando, por tanto, este total en forma de múltiplos de la unidad compuesta de base, representada por las cifras contenidas en la misma proporción). Esta suma de unidades compuestas de contribución se subdividiría en las dos provincias (el análisis de Shelmerdine tiene en cuenta solamente los documentos de Pilos) según agrupamientos y subagrupamientos de distritos —verosímilmente según una lógica geográfica— para obtener un total de unidades de contribución constante para cada agrupación (y permitiendo dentro de los subagrupamientos, que van de un mínimo de uno a un máximo de tres distritos, un juego de integración/complementariedad en el número de las unidades a pagar según las posibilidades de entrega peculiares de cada distrito). Cada provincia se encuentra, por consiguiente, subdividida idealmente en dos agrupamientos y cada agrupamiento en dos subagrupamientos, comprendiendo un número diferente de distritos.

Prescindiendo de los respectivos cálculos y procedimientos de verificación realizados por los dos investigadores para conseguir demostrar el sistema, los presupuestos de que parten se pueden representar gráficamente (para las tablillas de Pilos nada más, pero teniendo en cuenta que en el trabajo de Olivier los cálculos se efectúan unificando las proporciones considerables en la serie Mc de Knossos; véase esquema de la página siguiente).

Queda claro cómo en ambos casos se habla de una supuesta planificación preventiva realizada por el palacio, considerada por Olivier en términos de *demografía fiscal,* por Shelmerdine en términos de necesidad de aprovisionamiento.

No es precisamente este el lugar adecuado para una valoración de los procesos demostrativos seguidos por los dos investigadores; sin embargo, puede ser útil señalar como, tanto en la primera como en la segunda reconstrucción, destacar respectivamente el elemento demográfico o el de programación de las necesidades no significa que se excluya automáticamente el otro punto de vista: en el primer caso se puede suponer qué posibles variaciones, derivadas de las necesidades de aprovisionamiento, influyen sobre el coeficiente (mejor dicho, sobre los coeficientes) relativo a los géneros considerados; en el segundo caso se pueden calcular variaciones demográficas a nivel de subagrupamientos en el juego de las complementariedades del número de las unidades compuestas de base entregadas por cada distrito.

Todavía es necesario aclarar dos puntos, ambos relativos a los procesos que verdaderamente se debían de verificar verosímilmente a nivel de distrito. El primero concierne a las efectivas modalidades de pago seguidas por cada individuo o grupos de individuos contribuyentes, problema que todavía no se ha abordado (pero téngase en cuenta la nueva contribución de M. Lejeune, *Sur la fiscalité pylienne (Ma),* presentado en el sexto coloquio de estudios micénicos en Chaumont). El segundo se refiere a un elemento que debemos dedu-



cir del tipo de imposición (establecida en una proporción fija de productos determinados). Y ésta es la actividad de «cambio» que debía producirse entre los diferentes contribuyentes reales para procurarse estos productos en las cantidades exigidas. Es un dato (al menos por los que se puede deducir de las tablillas) el completo desinterés o no

interés por parte del palacio respecto a este último aspecto. Por otra parte, el estudio realizado por Lejeune *(Le dossier sa-ra-pe-da...,* op. cit.) sobre las contribuciones debidas por los detentadores de tierra registrados en las tablillas 880 y 312 de la serie Er y en Un 718 (pero téngase en cuenta también la serie Es) en relación con las dimensiones de las posesiones, parece convalidar este estado de cosas: «Se sabe que las contribuciones micénicas se regulan en base a esquemas de referencias cuantitativas: cuando se trata de impuestos según localidades (serie Na) o distritos (serie Ma) el reparto es proporcional a la importancia y a la población activa de estas unidades territoriales; cuando se trata (como en el caso de las tablillas Er 880, 312, Un 718 y de la serie Es) de remesas ligadas a arriendos territoriales, la repartición es proporcional a las dimensiones de las posesiones sometidas a estas entregas. Hay que tener presente que en el ámbito de estas listas de contribución, la naturaleza de los géneros alimenticios no se determina en función de la producción específica del contribuyente: éste debe preocuparse por su cuenta, probablemente cambiando sus productos, para conseguir los géneros fijados en la lista» (M. Lejeune, *ibídem,* pág. 67).

UNA LEY FISCAL MICÉNICA

por J. P. Olivier

Se ha escrito mucho, con mayor o menor fortuna, a propósito de la serie de tablillas Ma de Pilos y Mc de Knossos [1].

Pocos autores, sin embargo, las han puesto en recíproca conexión, aunque algunos no hayan dejado de señalar sus «semejanzas» o «analogías» [2].

---

[1] Entre las aportaciones más relevantes recordaré: *Serie Ma:* M. Ventris y J. Chadwick, *Documents in Mycenaean Greek,* Cambridge, 1973 [2], págs. 289-295, 464-466; M. Lejeune, *La série Ma de Pylos,* en *Mémoires de philologie mycénienne,* I. París, 1958, págs. 65-91; W. F. Wyatt, *The Ma Tablets from Pylos,* en *American Journal of Archaeology,* 66, 1962, págs. 21-41; L. R. Palmer, *The Interpretation of Mycenaean Greek Texts,* Oxford, 1963, págs. 300-305; C. W. Shelmerdine, *The Pylos Ma Tablets Reconsidered,* en *American Journal of Archaeology* 77, 1973, págs. 261-275; *Serie Mc:* M. Ventris-J. Chadwick, *Documents...,* op. cit., págs. 301-303, 474-475; J. Killen-J. P. Olivier, *155 raccords de fragments dans les tablettes de Knossos,* en *Bulletin de correspondence hellénique,* 92, 1968, págs. 128-129; L. Baumbach, *The Dilemma of the Horns. An Analysis of the Knossos Mc Tablets,* en *Acta Classica, Proceedings of the classical Association of South Africa,* 14, 1971, págs. 1-16; J. L. Melena, *On the Knossos Mc Tablets,* en *Minos,* 13, 1972, págs. 29-54.

[2] E. L. Bennett fue el primero en atribuir a las dos series de tablillas siglas relacionadas mediante las que confirmó, antes del descifrado, el seguro parentesco (cfr. M. Ventris-J. Chadwick, *Docs.* [2], pág. 301; los autores se refieren a E. L. Bennett, *The Undeciphered Minoan Script,* en *Yale Scientific Magazine,* 25, 5, 1951, pág. 36); a continuación, los mismos Ventris y Chadwick, loc. cit.; finalmente, M. Lejeune, *Les sifflantes fortes dy mycénien,* en *Mémoires de philologie mycénienne,* II, Roma, 1971, págs. 113-114 y nota 91.

Ninguno, por lo que me consta, ha declarado que se trata en ambos casos (en Creta y en el continente en vísperas de la destrucción de los palacios de Pilos y de Knossos [3]) de *dos aspectos de una misma y única operación administrativa* (la fijación de un impuesto en productos diferentes: seis para Pilos y cuatro para Knossos [4]) *efectuada según la misma ley fiscal.*

Siguiendo la misma ley fiscal: esto es importante.

Se podrá discutir mucho sobre la naturaleza específica de los diez productos exigidos por el palacio [5]; también se podrá confeccionar un sistema más o menos ingenioso [6] para explicar cómo funcionaba con exactitud esta ley fiscal; se podrá intentar encontrar —y se conseguirá encontrarlas— otras aplicaciones de la misma ley en el ámbito de los archivos en Lineal B y quizá también en los de Lineal A; se podrá dedicarse a la búsqueda del origen extracretense —y espero que se llegará a ello— de este sistema: todo lo cual demuestra que a la hermenéutica de los textos micénicos todavía le esperan tiempos felices.

Mi propósito está voluntariamente limitado. Estoy convencido de que ante todo es necesario poner en evidencia cómo, en la exacción de ciertos impuestos, las administraciones de los palacios de Pilos y de Knossos obraron exactamente de la misma manera, lo que, en resumidas cuentas, no está falto de interés para la historia de Grecia en la época micénica.

Evidentemente, tanto Knossos como Pilos (por no hablar de Micenas, Tebas y Tirinto) tenían, en la época que aquí nos interesa, más de un punto en común y no es necesario alargarse más sobre el tema.

Pero, ¿podía esta «unidad» llegar hasta la posesión y aplicación de un solo y único «código de impuestos»? Esto es precisamente lo que tengo intención de demostrar.

Si tomamos separadamente en consideración las dos series de documentos [7] se llega bastante fácilmente a las siguientes conclusiones: 1) Las cantidades de los seis productos relativos en las tablillas de la serie Ma de Pilo (productos que se han definido convencionalmente

[3] Siguiendo la tradicional *communis opinio:* fin del Minoico Tardío IIIAI (1375 ap.) para Knossos, fin del Heládico Tardío IIIB (1230 ap.) para Pilos.

[4] Que se trata de un *impuesto* está fuera de dudas, al menos para Pilos: la presencia del término *a-pu-do-si/apudosis/* pago, de la expresión *pe-ru-si-no-wo- o-pe-ro/perusinwon ophelos/* «del año pasado», algunas esenciones concedidas a categorías de individuos (principalmente artesanos) representan suficientes indicios.

[5] Para la identificación de estos productos (de carácter presumiblemente agrícola o derivados de la ganadería) véanse las obras citadas en la nota 1; para el carácter de estos productos (al menos los de la serie Ma de Pilos, lo que se puede ampliar para Knossos), téngase presente lo que ha observado justamente C. Shelmerdine, op. cit., pág. 263: «Cada producto debió ser: 1) algo directamente disponible en todo el reino de Pilos y/o, 2) tasado en tan pequeñas cantidades que todas las ciudades pudieran suplir el montante exigido».

[6] Desde luego que solamente uno será el justo y se acabará por encontrarlo: en cuanto a mí, debo confesar el no haberlo conseguido.

[7] Como hacen, por ejemplo, Ventris y Chadwick en los *Documents.*

con las letras A, B, C, D, E y F) presentan entre sí variantes que parecen responder a una «regla de proporcionalidad» relativamente fija, la de «7:7:2:3:1,5:150»; 2) Las cantidades de los cuatro productos de las tablillas Mc de Knossos (indicados con las letras G. H, I y J) presentan entre sí variantes del mismo tipo, según las cuales la «regla» parece ser aproximadamente «5:3:2:4».

Fácilmente se podrá encontrar el fundamento de esta doble conclusión examinando las dos tablas, aquí reproducidas, que dan tanto para Pilos (tabla I) como para Knossos (tabla II) las cifras correspondientes a las cantidades[8] de cada producto registrado en cada tablilla.

Llegados a este punto, conviene hacerse la siguiente pregunta: «¿Qué hay de común entre estas dos tablas, la de Pilos y la de Knossos? ¿Qué hay en común entre estas dos «reglas», la de Pilos (7:7:2:3:1:1,5:150) y la de Knossos (5:3:2:4)?».

La respuesta es: «Todo». Efectivamente, se trata de dos fragmentos —que se cruzan parcialmente— de un cuadro más amplio, correspondiente a una «regla» común, que puede esquematizarse así:

Serie Ma de Pilos y Mc de Knossos

E I	C H	D J	G	A B	F
1,5	2	3	3,5	7	150

Este cuadro, se ampliará posteriormente (tabla III). Sus 31 correlaciones, que reproducen fielmente las 17 de Pilos y las 14 de Knossos

8 Los productos A, D, F, G, H y J son *contados;* los productos B, C, E e I son *pesados,* pero siempre mediante la unidad de peso M (que tiene el valor aproximado de un kilogramo), excepto dos casos particulares en que se indican cantidades más pequeñas por lo que se utiliza la unidad N (véase, a continuación, la tabla V, líneas 1 y 9, nota 17); no hay necesidad de distinguir, por tanto, entre las dos clases de productos en la siguiente exposición.

N. del E.: Para mayor claridad, ofrecemos los símbolos, la transcripción y las relaciones respecto a la unidad superior y el presunto valor absoluto de las medidas de peso atestiguadas en las tablillas (en base a lo indicado por A. Sacconi, en *Kadmos,* X, 1971, pág. 135 y ss., y, para los valores absolutos, por Ventris y Chadwick, en *Docs.*[2]*):*

* 118 = L (1) 29 kg.
* 117 = M (1/30) 967 g.
* 116 = N (1/120) 242 g.
* 115 = P (1/1440) 20,2 g.
* 114 = (1/8640) 3,36 g. (o más).

de las tablas I y II, se suceden según las crecientes cantidades de productos A y B para Pilos y del producto G (y donde la cifra en cuestión falta, del producto J o H) para Knossos; sus seis columnas principales presentan, según el orden numérico creciente, los datos de E e I, C y H, D y J, A y B y, finalmente, F (cfr. el esquema arriba indicado); para mayor claridad, las columnas relativas a E e I, C y H, D y J, A y B se han sudividido en dos subcolumnas para no confundir, en este punto de la investigación, las cifras relativas a los respectivos productos diferentes.

Para comodidad de consulta, la tabla se subdivide en 11 zonas horizontales, cada una de las cuales presenta, grosso modo, cifras similares.

La legitimidad de este cuadro unificado se deduce fácilmente de las siguientes constataciones:

a) *Comparación columna por columna:*

Col. E I, zona II: 4 veces «5» en PY, 2 veces «5» en KN.

Col. E I, zona III: 1 vez «6» en PY (y 1 vez «5») 1 vez «6» en KN.

Col. E I, zona VI: 1 vez «10» en PY, 2 veces «10» en KN.

Notas a las tablas I y II (válidas también para la tabla III)

— Todas las cifras de las tablas provienen de las últimas ediciones de los textos (J. Chadwick-J. T. Killen-J. P. Olivier, *The Knossos, tablets IV,* Cambridge, 1971; E. L. Bennet-J. P. Olivier, *The Pylos, tablets Transcribed I,* Roma, 1973, con excepción del producto J de KN Mc 4454: 25[que al contrario que 26 como en *KT IV,* se debe de haber deducido del 26 de KN Mc 5809 (pero sobre la tablilla no se ven más que cuatro unidades, que deben ser los restos de un 5 ó de un 6).
— Las cifras seguidas o precedidas de corchete se indican con caracteres más pequeños cuando había razones para creer que estaban *incompletas,* mientras que, cuando existía una buena probabilidad de que estuvieran igualmente completas, aunque el estado de la tablilla no permitiera afirmarlo con seguridad, se indican con caracteres normales, dejando, sin embargo, la indicación del paréntesis como invitación a la prudencia.
— En los sitios que las cifras han desaparecido completamente, se han señalado dos corchetes encerrando un espacio vacío; el único caso en que una cifra se ha omitido voluntariamente por parte del escriba (PY Ma 365) se ha indicado con «*nihil*».
— *Las cifras claramente anómalas* (las que se alejan en más de dos puntos de la cifra «esperada»: dos casos en Pilos, uno en Knossos) se han marcado con asterisco.

TABLA I: SERIE Ma DE PILOS

	A : 7	B : 7	C : 2	D : 3	E : 15	F : 150
Ma 90	63	63	8	12	6	600
Ma 120	28	28	17	27	[ ]	1.350

TABLA I: SERIE Ma DE PILOS (Continuación.)

	A :7	B : 7	C : 2	D : 3	E : 15	F : 150
Ma 123	24	24	7	10	5	500
Ma 124	23	23	7	10	5	500
Ma 193	17	17	5	7	4	362
Ma 216	70	70	20	30	*20	1500[
Ma 221	22	22	7	10	4[	400[
Ma 222	23	23	7	10	5	500
Ma 225	28	28[	8	*22	[ ]	600
Ma 330	42	42	12	18	8	900
Ma 333	46	46	[ ]	[ ]	10	1000[
Ma 335	23	23	4[	10	[ ]	[ ]
Ma 346	18	18	4	[ ]	[ ]	200[
Ma 365	17	14	5	8	4	*nihil*
Ma 378	24	24	7	10	5	500
Ma 393	28	28	8	12	5	600
Ma 397	24	24	2[	[ ]	[ ]	500

Notas relativas a la tabla I

— Se consideran aquí solamente las cifras presentes en la primera línea de cada documento: representan la «base» del impuesto relativa a cada localidad; más adelante volveremos sobre algunas cifras contenidas en las otras líneas (tabla V).
— No se ha tenido en cuenta Ma 126 donde no se fija ninguna base de impuestos y que, por tanto, debe ser un documento de otro tipo.

TABLA II: SERIE Mc DE KNOSSOS

	G : 5	H : 3	I : 2	J : 4
Mc 4453	24[	17	12	24
Mc 4454	29	16	13	25[
Mc 4455	28	17	12	24
Mc 4456	16	10	7	14
Mc 4459	23	15	10	20
Mc 4460	14	7[	6	12[
Mc 4462	61	*30	26	52[
Mc 4463	10[	[ ]	5	[ ]
Mc 4464	12	[ ]	5	[ ]
Mc 5118	[ ]	15	[ ]	20
Mc 5809	[ ]	16[	[ ]	26
Mc 5818	15[	[ ]	3[	]10[
Mc 8447	[ ]	10	[ ]	[ ]
Mc 8448	[ ]	14	10[	[ ]

— Mc 1508 (= 1528) y Mc 5187 no se han incluido en la tabla; estas dos tablillas se refieren a operaciones similares basadas en los mismos productos, bien porque provinieran indudablemente de un lugar diferente del palacio, bien porque no fuesen obra del mismo escriba (cfr. J. P. Olivier, *Les scribes de Cnossos,* Roma, 1967, pág. 80) se las debe separar en esta investigación, al menos en su etapa inicial.
— Mc 4457 y Mc 5107, que son tablillas de censo, no se examinarán en este lugar; han sido estudiadas por J. T. Killen y J. P. Olivier, *115 raccords de fragments dans les tablettes de Cnossos,* en *BCH,* 92 (1968), págs. 128-129; véase cuanto se ha dicho en la nota 1; confróntese también *Documents*[2], pág. 474.
— Mc 4461, Me 5820 y Mc 8452 no presentan notaciones de cifras y, por tanto, son inutilizables.
— Me 8705 y Mc 8708, que nos proporcionan más de una cifra mutilada se han descartado; estos dos fragmentos son, con gran probabilidad, partes de tablillas ya incluidas en la tabla (Mc 8705 debe de ser la parte final de Mc 4463 o de Mc 4464).

TABLA III: SERIE Ma DE PILOS Y Mc DE KNOSSOS

		E	]	C	H	D	]	G	A	B	F
	Ma 193	4		5		7			17	17	362
I	Ma 365	4		5		8			17	14[	*nihil*
	Ma 346	[ ]		4		[ ]			18	18	200[
	Mc 4463		5		[ ]		[ ]	10[			
	Mc 4464		5		[ ]		[ ]	12			
	Ma 221	4[		7		10			22	22	400[
	Ma 124	5		7		10			23	23	500
	Ma 222	5		7		10			23	23	500
II	Ma 335	[ ]		4[		10			23	23	[ ]
	Ma 123	5		7		10			24	24	500
	Ma 378	5		7		10			24	24	500
	Ma 397	[ ]		2[		[ ]			24	24	500
	Mc 4460		6		7[		12[	14			
III	Ma 393	5		8		12			28	28	600
	Ma 90	6		8		12			28	28	600
	Ma 225	[ ]		8		*22			28	28[	600
	Mc 4456		7		10		14	16			
IV	Mc 5818		3[		[ ]		[ ]	15[			
	Mc 8447		[ ]		10		]10[	[ ]			
V	Ma 330	8		12		18			42	42	900
	Mc 8448		]10		14		[ ]	[ ]			
	Mc 4459		10		15		20	23			
	Mc 5118		[ ]		15		20	[ ]			
	Ma 333	10		[ ]		[ ]			46	46	1000[
VII	Mc 4453		12		17		24	24[			
	Mc 4455		12		17		24	28			
VIII	Mc 4454		13		16		25[	29			
	Mc 5809		[ ]		16[		26	[ ]			
IX	Ma 120	[ ]		17		27			63	63	1350
X	Ma 216	*20		20		30			70	70	1500[
XI	Mc 4462		26		*30		52[	61			

b) *Comparación entre las columnas G (KN) y A B (PY).*

Zona II: 12 (1 vez col. G) = 1/2 de 24 (6 veces col. A B).

Zona III: 14 (1 vez col. G) = 1/2 de 28 (6 veces col. A B).

Zona VI: 23 (1 vez col. G) = 1/2 de 46 (2 veces col. A B).

c) *Comparación zona por zona.*

Tomando en consideración una sola cifra (la más «regular») para cada columna de cada zona, y uniendo las cifras de Knossos con las de Pilos, se obtiene un cuadro (tabla IV) que presenta un «efecto de regularidad» que no podría ser casual.

TABLA IV

		E I	C H	D J	G	A B	F
Zona I	[PY]	4	5	8		17	362
Zona II	[PY KN]	5	7	10	12	24	500
Zona III	[PY KN]	6	8	12	14	28	600
Zona IV	[KN]	7	10	14	16		
Zona V	[PY]	8	12	18		42	900
Zona VI	[PY KN]	10	15	20	23	46	1000[
Zona VII	[KN]	12	17	24	28		
Zona VIII	[KN]	13	16	26	29		
Zona IX	[PY]	[ ]	17	27		63	1350
Zona X	[P Y]	*20	20	30		70	1500[
Zona XI	[KN]	26	*30	52[	61		

Si este «efecto de regularidad» no se debe a la casualidad, habrá que atribuirlo a la aplicación de una «ley» (en caso necesario, fiscal); los efectos de esta «ley» se pueden discernir en aquella «regla de proporcionalidad» que más arriba se puso de manifiesto (pero tendremos cuidado de no confundir la «regla», que es un efecto, con la «ley», que es la causa).

De esta ley fiscal seguramente se ignorará siempre el enunciado exacto; pese a ello, se puede intentar encontrar una formulación aproximativa y reconstruir hasta donde sea posible, las modalidades de aplicación.

La *formulación* podría ser como la siguiente: «En cada ciudad de un reino micénico sujeta a impuestos sobre cierto número de productos A, B, ...J, ..., el cobro se calculaba según la fórmula p/a, p/b,

..., p/j ..., representando *p* la cifra de la población fiscal[9] y *a, b, ...j,* ..., los coeficientes propios de cada uno de los productos A, B, ...J, ...»[10].

La reconstrucción de las *modalidades de aplicación* depende de dos factores:

a) El conocimiento de la población fiscal de cada una de las «ciudades» en cuestión.

b) La determinación, por un lado, de los coeficientes propios de cada producto, y, por otro, de la manera práctica con la que se aplicaban estos coeficientes.

Examinemos ordenadamente estos dos factores:

a) *La población fiscal*

Por el momento, no tenemos ningún medio para valorar las cifras exactas[11]; pese a todo, podríamos preguntar si la cantidad del producto F de Pilos no equivale, más o menos[12], a la cifra que aquí nos interesa[13]; en cualquier caso, fuera la que fuese en la realidad, se puede partir siempre —a título de hipótesis— de la cifra F[14], dándole a ésta el nombre ocasional de «cifra ejemplificativa de la población fiscal».

---

9 Bien porque esta población fiscal se confundiera con la población real, bien porque se estableciera según criterios basados en la familia o en otra manera, no afrontaremos aquí estos problemas; pese a todo, es improbable que administraciones que contaban minuciosamente hasta el último carnero «faltante» de un rebaño que contaba con más de cien mil cabezas, o que repartía una tonelada de bronce, de media libra en media libra, entre más de quinientos artesanos cuyos nombres anotaba, no conocieran la cifra exacta, aldea por aldea, incluso hogar por hogar, de la población que controlaban. También es improbable que, en consecuencia, no utilizaran estas cifras para calcular la base de los impuestos según circunscripciones administrativas. Todo esto, a mi parecer, basta para impugnar en gran parte la teoría de las «unidades de tasación» de Wyatt, recogida por Shelmerdine (cit. en la nota 1).

10 Ya por Lejeune, en *La série Ma de Pylos,* op. cit., págs. 82-90 (pero sólo para Pilos).

11 Las estimaciones «minimales» de Lejeune representan verdaderamente un mínimo más allá del cual sería imposible llegar.

12 Más o menos: ya que las cifras de la columna F están claramente *redondeadas,* como mucho, hasta la cincuentena o el centenar (a excepción de Ma 193 en que se lee 362, escrita además sobre raspado).

13 En PY Ma 90.2 (localidad: *me-ta-pa)* se señala una esención de impuestos para una clase de personas llamadas *ku-re-we;* no están obligadas al pago de 100 unidades de F; podría ser que se tratara efectivamente para esta localidad de 100 *ku-re-we,* pero es una hipótesis relativamente frágil. En PY An 654.3.4 se registran 50 hombres, calificados como *me-ta-pi-jo ke-ki-de* (Los *ke-ki-de* de *metapa»),* que forman parte de la unidad militar de un cierto *ku-ru-me-no;* en la misma tablilla, en las líneas 15-16, en otra unidad del mismo tipo (bajo las órdenes de una persona llamada *ta-ti-qo-we-u)* se encuentran 20 *ku-re-we* por 10 *ke-ki-de;* si la misma proporción existiera también para *me-ta-pa* (pero se trata de una suposición), entonces a los 50 *me-ta-pi-jo ke-ki-de* corresponderían 100 *ku-re-we.*

14 Reconstuyéndola para Knossos, donde no está documentada, y modificando ligeramente, de manera empírica, los casos anormales de Pilos (para compensar el redondeamiento del que se ha hablado en la nota 12).

b) *Los coeficientes*

Nuestra «población fiscal ejemplificativa» es indudablemente hipotética: pero no deja de ser al menos proporcional a la «población fiscal verdadera»; por lo que la determinación de los coeficientes no será arbitraria, pero, al mismo tiempo, no se podrá dar más que *exempli gratia.* Aunque tales coeficientes parecerán funcionar de manera satisfactoria, se podrá afirmar con razón que los «coeficientes verdaderos» funcionarán mejor en relación con las cifras de la «efectiva población fiscal».

En el estado actual de la investigación, me he detenido en los siguientes coeficientes:

e i	c h	d j	g	a b	f
$\frac{1}{100}$	$\frac{1}{75}$	$\frac{1}{50}$	$\frac{3}{128}$	$\frac{3}{64}$	$\frac{1}{}$

que me parecen los más simples, los más utilizables (eventualmente) por parte de los escribas micénicos [15], aunque con esto no se quiere dar a entender que precisamente fueran los empleados: su aplicación presupone el empleo de tres fracciones proporcionales simples: 1/2, 1/3 y 1/5 [16].

Teniendo presente todo esto, aplicamos ahora a las cifras de la «población fiscal ejemplificativa» (última columna de la tabla V) los coeficientes considerados más arriba y vemos si este «modelo» funciona de manera satisfactoria, es decir, si los números así obtenidos, *redondeados en la unidad superior o inferior* [17], coinciden o no con las cifras que podemos leer en nuestros documentos.

---

[15] Por esta razón no he considerado, por ejemplo, los coeficientes 1/98: 1/77: 1/49: 1/42: 1/21: 1; aunque bajo muchos aspectos hubieran sido más «satisfactorios» que los indicados en el texto, hubieran implicado el uso de las fracciones 1/7 y 1/11.

[16] 1/100 = 1/2×1/2×1/5×1/5; 1/75 = 1/3×1/5×1/5; 1/50 = 1/2×1/5×1/5; 1/128 = 1/2×1/4×1/4×1/4; 1/64 = 1/4×1/4×1/4; está claro que esta aplicación supone el conocimiento de las fracciones y multiplicaciones relativas (o de su división, que es lo mismo); pero, ¿quién podrá poner seriamente en duda que los escribas micénicos fueran incapaces de realizar estas operaciones aritméticas que, en conjunto, son bastante simples? Teniendo en cuenta, además, que debían de existir tablas fraccionarias, con lo que resultaba más fácil que extraer el tercio del quinto de un número cualquiera, pudiendo también utilizar tablas más elaboradas que permitieran dar, en relación con una población fiscal X, la cantidad Y del producto a entregar como impuesto.

[17] Indiferentemente, parece, del estado actual de nuestros conocimientos; esta operación era imprescindible para los productos *contados* (lo que no significa que no conocieran las fracciones su sistema de pesos y medidas lo prueba); para los productos *pesados* nos maravilla que el primer submúltiplo M se usara prácticamente como una especie de unidad indivisible (por tanto, redondeable); éste es el testimonio de las tablillas en cuestión (excepto dos casos: PY Ma 365.2: B = N2 y PY Ma 90.2: C = M1 N2). Sobre el problema del redondeamiento, cfr. M. Lejeune, op. cit., págs. 85-86).

No hay problemas: el «modelo» funciona de manera satisfactoria; fácilmente se podrá constatar que, además de los tres casos anómalos (señalados con asterisco), ya mencionados, aparecen solamente tres rechazables —tres casos en los que se supera la unidad superior o inferior (marcados con **: en Ma 193.3, pero hay muchas tachaduras en no pocas cifras de esta tablilla [18]—, en Mc 4459 y en Mc 5118 [19]. Tres rechazables sobre casi ciento diez cálculos: se admitirá que son bastante pocos.

Así, en este «modelo» en que la cifra relativa a la población es hipotética —pero plausible— y en que los coeficientes de los productos sometidos a impuestos se dan *exempli gratia* —pero no están muy lejanos de los coeficientes reales— la ley fiscal especificada se aplica sin serios obstáculos.

Todavía quedan por realizar numerosas investigaciones en cuanto a la fiscalía micénica (y he indicado algunas posibles direcciones al principio de este artículo, pero hay otras aún); en esta etapa, sin embargo, resultaba más prudente atenerse a hechos generales y certificados: las comprobaciones y las investigaciones en detalle proporcionarán una mayor libertad de acción.

---

[18] Así, el 40 (F) de Ma 193.3 se encuentra sobre otro número borrado que debía indicar, como mínimo, 60 (si hubiera sido un 70, el «4» se explicaría por redondeamiento de 3,28 = 3/64 de 70).

[19] Idéntico desecho en estos dos últimos casos, lo que debería excluir la hipótesis de un simple error, al menos a primera vista.

Notas relativas a la tabla V.

— Desde el momento en que sostengo que la ley fiscal puesta de manifiesto se aplicaba no solamente al cálculo del impuesto base (primera línea de las tablillas de Pilos), sino también al de las *esenciones* de impuestos de los *ka-ke-we,* de los *ku-re-we,* etc., y al de un *pago* parcial diferente a los otros *(a-pu-do-si,* en PY Ma 393.2) he ampliado la tabla en 11 líneas horizontales (las primeras) para que den cuenta de estos casos particulares.

— El orden de las líneas de la tabla III no se ha modificado, aunque suponga que las «poblaciones fiscales ejemplificativas» no se suceden en orden numérico estrictamente creciente.

— En cada una de las cinco columnas *e i, c h, d j, g* y *a b* se encuentran primero las cifras de las tablillas, después, tras los dos puntos, el resultado de la aplicación del coeficiente que relaciona esa columna con las cifras relativas a la «población fiscal ejemplificativa».

Tabla V

	e i : $\frac{1}{100}$	c h : $\frac{1}{75}$	d j : $\frac{1}{50}$	g : $\frac{3}{128}$	a b : $\frac{3}{64}$	f : 1	población fiscal ejemplificativa
Ma 365.2					1: 0,46	10	10
					0,5: 0,46		
Ma 123.3					1: 0,46	10	10
Ma 225.2					1: 0,75	16	16
Ma 124.2			1: 0,40		1: 0,93	20	20
Ma 221.2	1: 0,20		1: 0,40		1: 0,93	20	20
Ma 397.3					2: 1,17	]25	25
Ma 193.3					··4: 1,87	40	40
Ma 378.2		1: 0,80	2: 1,20		3: 2,81	60	60
Ma 90.2		1,5: 1,33	2: 2,00		4: 4,68	100	100
Ma 393.3	2: 1,50	2: 2,00	3: 3,00		7: 7,03	150	150
Ma 393.2	5: 4,40	6: 5,86	8: 8,80		21: 20,62	450	440
Ma 193.1	4: 3,62	5: 4,82	7: 7,24		17: 16,96	362	362
Ma 365.1	4: 3,80	5: 5,06	8: 7,60		17: 17,81	*nihil*	380
Ma 346	[ ]: 3,70	4: 4,93	[ ]: 7,40		18: 17,31	^{200}[	370
Mc 4463	5: 5,00	[ ]: 6,66	[ ]: 10,00	^{10}[: 11,71			500
Mc 4464	5: 5,00	[ ]: 6,66	[ ]: 10,00	12: 11,71			500
Ma 221.1	^{4}[: 4,00	7: 6,53	10: 9,80		22: 22,96	^{400}[	190
Ma 124.1	5: 5,00	7: 6,66	10: 10,00		23: 23,43	500	500
Ma 222							
Ma 335	[ ]: 5,00	^{4}[: 6,66	10: 10,00		23: 23,43	[ ]	500
Ma 123.1	5: 5,00	7: 6,66	10: 10,00		24: 23,43	500	500
Ma 378.1							
Ma 397.1	[ ]: 5,00	^{2}[: 6,66	[ ]: 10,00		24: 23,43	500	500
Mc 4460	6: 6,00	^{7}[: 8,00	12[: 12,00	14: 14,06			600
Ma 393.1	5: 5,90	8: 7,86	12: 11,80		28: 27,65	600	590
Ma 90.1	6: 6,00	8: 8,00	12: 12,00		28: 28,12	600	600
Ma 225.1	[ ]: 6,00	8: 8,00	·22: 12,00		28: 28,12	600	600
Mc 4458	7: 7,00	10: 9,33	14: 14,00	16: 16,40			700
Mc 5818	^{3}[: 7,00	[ ]: 9,33	[ ]: 14,00	^{15}[: 16,40			700
Mc 8447	[ ]: 7,00	10: 9,33	]^{10}[: 14,00	[ ]: 16,40			700
Mc 330	8: 8,90	12: 11,86	18: 17,80		42: 41,71	900	890
Mc 8448	10: 10,00	14: 13,33	[ ]: 20,00	[ ]: 23,43			1000
Mc 4459	10: 10,00	··15: 13,33	20: 20,00	23: 23,43			1000
Mc 5118	[ ]: 10,00	··15: 13,33	20: 20,00	[ ]: 23,43			1000
Ma 333	10: 10,00	[ ]: 13,33	[ ]: 20,00		46: 46,87	1000[	1000
Mc 4453	12: 12,30	17: 16,40	24: 24,60	^{24}[: 28,82			1230
Mc 4455	12: 12,30	17: 16,40	24: 24,60	28: 28,82			1230
Mc 4454	13: 12,50	16: 16,66	25[: 25,00	29: 29,29			1250
Mc 5809	[ ]: 13,00	^{14}[: 17,33	26: 26,00	[ ]: 30,46			1300
Ma 120	[ ]: 13,00	17: 17,73	27: 26,60		63: 62,34	1350	1330
Ma 216	·20: 15,00	20: 20,00	30: 30,00		70: 10,31	1500[	1500
Mc 4462	26: 26,00	·30: 34,66	52[: 52,00	61: 60,93			2600

IV. EL ORIGEN DE LAS FORMAS DEL PENSAMIENTO GRIEGO Y LA REVISION IMPUESTA POR EL DESCIFRADO DE LA LINEAL B

Solamente con la lectura del capítulo aquí presentado del trabajo de J. P. Vernant se podría caer en peligrosos errores de juicio, sin conocer el objetivo general y, sobre todo, sin tener bien presentes las características esenciales que informan la obra entera del investigador. En efecto, el cuadro eficazmente trazado en estas pocas páginas parecería, en una lectura superficial, resumir simplemente las hipótesis y las posiciones que hasta aquí hemos tomado en consideración. Como mucho, se encontrarían interesantes sugerencias en las puntualizaciones sobre la relación entre organización micénica-Próximo Oriente, organización micénica-Próximo Oriente indoeuropeizado (mundo hitita) y organización micénica-mundo minoico. También se podría destacar la agudeza de presentar la relación continuidad/discontinuidad entre mundo micénico y sucesivo mundo helénico, donde el elemento periférico, el *damos*, asume la función de «trait d'union» entre las dos épocas.

Pero éstos no son los puntos (o no lo son solamente) que dan especial valor y significado al breve capítulo.

El interés de Vernant por la «historia del pensamiento griego» es un hecho sustancial que caracteriza toda su producción hasta el reciente volumen, el cual recoge ensayos inéditos o ya publicados, *Mythe et societé en Grèce ancienne,* París, 1974. No es una equivocación afirmar que el autor es un heredero directo, en su campo específico de investigación, de la tradición sociológica francesa que considera a M. Mauss como uno de sus mayores representantes y con las que se relacionan estrechamente, aunque con sus planteamientos independientes, tanto las actuales corrientes marxistas como las estructuralistas de la antropología cultural francesa.

Se caería en un error de generalización si no se explica que el rasgo esencial de la investigación de Vernant no es una forma de «sicologismo» ahistórico. En la base de sus trabajos sobre la formación en el tiempo de los diferentes sistemas de pensamiento hay un cuidado

análisis de la historia socioeconómica del mundo griego, minuciosamente diferenciada bajo el perfil diacrónico (véase, por ejemplo, el ensayo *La lutte des classes,* en *Eirene* IV, 1965, reeditado en *Mythe et société,* op. cit, pág. 11 y ss.).

Admitidas estas premisas, se puede comprender mejor el significado de este capítulo sobre la «realeza», que no está colocado por casualidad al principio de una obra que se propone enfocar la formación de ciertos sistemas de pensamiento que caracterizan la Grecia de las épocas arcaica y clásica. El concepto de «realeza», tal como aparece en los testimonios micénicos, no parece reencontrarse en el mundo helénico directamente, por lo que se presentan los problemas de continuidad/discontinuidad a los que se aludía más arriba. Trazar una historia del pensamiento griego, trabada al desarrollo de los cambios socioeconómicos, supone no prescindir del importante momento, y único en sí, que representa la sociedad micénica, así como intentar precisar si esta herencia pudo llegar, y de qué manera, a influenciar la Grecia clásica. Si todas las observaciones recogidas por Vernant en este capítulo se consideran desde esta perspectiva, asumen, en su formulación, un significado que transciende la simple descripción cuidadosa de datos comprobados. Todo esto puede presentar, naturalmente, numerosos peligros (pero tengamos presente que el trabajo se publicó en 1962). El mayor es, indudablemente, el de caer en la rígida oposición entre la articulación territorial de las residencias minoicas y las de las ciudadelas micénicas, comparadas, quizá un tanto simplistamente, a los «castillos». Por otra parte, como ya hemos indicado anteriormente, resulta muy peligroso aplicar directamente al mundo micénico los resultados de una investigación comparativa como la realizada por Palmer. Es verdad que Vernant rechaza etiquetas como «feudal» o «asiático», pero también hay que decir que definiciones como el «hombre del instrumento», derivadas de un contexto próximo-oriental (hitita) poco claro, a su vez, se vuelven cada vez más anacrónicas.

LA MONARQUÍA MICÉNICA*

por J.-P. Vernant

El desciframiento de las tablillas en Lineal B ha resuelto ciertas cuestiones planteadas por la arqueología y ha suscitado otras nuevas.

Referencias bibliográficas generales.—

* John Chadwick, *The deciphrement of Linear B,* Cambridge, 1958; *Études mycéniennes, Actes du Colloque international sur les textes mycéniens,* París, 1956; L. R. Palmer, *Achaeans and Indo-europeans,* Oxford, 1955; M. Ventris y J. Chadwick, *Documents in mycenaean greek,* Cambridge, 1956.

Sobre las estructuras sociales y el régimen territorial: W. E. Brown, «Land-tenure in mycenaean Pylos», en *Historia,* 5, 1956, págs. 385-400; E. L. Bennett, «The landholders of Pylos», en *American Journal of Archaeology,* 60, 1956, págs. 103-133; M. I. Finley, «Homer and Mycenae: Property and tenure», en *Historia,* 6, 1957, págs.

A los problemas ordinarios de interpretación se agregan dificultades de lectura, ya que la Lineal B, derivada de una escritura silábica no creada para representar el griego, expresa muy imperfectamente los sonidos del dialecto hablado por los micenios. Por otra parte, el número de documentos que poseemos es reducido todavía: no se dispone de verdaderos archivos, sino de algunos inventarios anuales escritos sobre ladrillos crudos, que indudablemente habrían sido borrados para volver a utilizarlos si el incendio de los palacios, al cocerlos, no los hubiera conservado. Un solo ejemplo bastará para demostrar las lagunas de nuestra información y las precauciones que se imponen. La palabra *te-re-ta,* que aparece frecuentemente en los textos, ha recibido no menos de cuatro interpretaciones: sacerdote, hombre del servicio feudal; baron, hombre del *damos* obligado a prestaciones, sirviente. Por lo tanto, no se puede tener la pretensión de dar el esquema de la organización social micénica. Sin embargo, aun las más opuestas interpretaciones concuerdan en algunos puntos que quisiéramos destacar y que se pueden considerar suficientemente establecidos en el estado actual de nuestras fuentes.

La vida social aparece centrada en torno del palacio, cuya función es religiosa, política, militar, administrativa y económica a la vez. En este sistema de economía que se denomina palatina, el rey concentra y reúne en su persona todos los elementos del poder, todos los aspectos de la soberanía. Por intermedio de sus escribas, que constituyen una clase profesional enraizada en la tradición, merced a una jerarquía compleja de dignatarios de palacio y de inspectores reales, el rey controla y reglamenta minuciosamente todos los sectores de la vida económica, todos los dominios de la actividad social.

Los escribas contabilizan en sus archivos lo concerniente al ganado y a la agricultura, la tenencia de las tierras, evaluadas en medidas de cereales (como norma de los tributos o como raciones de semillas) —los distintos oficios especializados, con las asignaciones de materias primas y los encargos de productos elaborados—, la mano de obra, disponible u ocupada —los esclavos, hombres, mujeres y niños, los de los particulares y los del rey—, las contribuciones de toda índole impuestas por el palacio a los individuos y a las colectividades, los bienes ya entregados, los que quedan por percibir —las levas de hombres en ciertas poblaciones, a fin de equipar de remeros los navíos reales—, la composición, los comandos, el movimiento de las unidades militares, los sacrificios a los dioses, las tasas previstas para las ofrendas, etc.

En una economía de esta clase no parece haber lugar para el comercio privado. Si existen términos que significan adquirir o ceder, no se encuentra testimonio de forma alguna de pago en oro o en plata

---

133-159 y «The mycenaean tablets and economic history», en *The economic history review,* 2.ª serie, 10, 1957, págs. 128-141 (con una réplica de L. R. Palmer, ibíd., 11, 1958, págs. 87-96); M. S. Ruipérez, «Mycenaean land-division and livestock grazing», en *Minos,* 5, págs. 174-207; G. Thomson, «On greek land tenure», en *Studies Robinson, II, págs. 840-857;* E. Will, *«Aux origines du régime foncier grec»,* en *Revue des Études Anciennes,* 59, 1957, págs. 5-50.

o de una equivalencia establecida entre mercancías y metales preciosos. Aparentemente, la administración real reglamentaba la distribución y el intercambio, así como la producción de los bienes. Por intermedio del palacio, que, en el centro de la red ejerce el control del doble circuito de prestaciones y pagos, circulan y se intercambian los productos, los trabajos, los servicios, igualmente codificados y contabilizados, ligando entre sí los distintos elementos del país.

Este régimen se ha podido denominar monarquía burocrática. El término, que tiene resonancias demasiado modernas, subraya uno de los aspectos del sistema, pues su lógica lo lleva a un control cada vez más riguroso, cada vez más amplio, hasta detalles que hoy nos parecen insignificantes. Se lo debe comparar con los grandes Estados fluviales del Cercano Oriente, cuya organización parece responder, en parte al menos, a la necesidad de coordinar en una vasta escala los trabajos de desecamiento, irrigación y conservación de los canales indispensables para la vida agrícola. ¿Los reinos micénicos tuvieron que resolver problemas análogos? Efectivamente, el desecamiento del lago Copaís se emprendió en la época micénica. Pero, ¿qué ocurrió con las planicies de Argólida, Mesenia y Atica? No parece que las necesidades técnicas del aprovechamiento del suelo según un plan de conjunto hayan podido suscitar o favorecer en Grecia una centralización administrativa avanzada. La economía rural de la Grecia antigua aparece dispersada en la escala de la aldea; la coordinación de los trabajos no va más allá del grupo de los vecinos.

No sólo en el dominio de la agricultura se distingue el mundo micénico de las civilizaciones fluviales del Cercano Oriente. Aun reconociendo la función del palacio como eje de la vida social, L. R. Palmer ha señalado claramente los rasgos que vinculan a la sociedad micénica con el mundo indoeuropeo. La analogía es impresionante sobre todo con los hititas, quienes, aun orientalizándose, han conservado ciertas instituciones características ligadas a su organización militar. Alrededor del rey, la gran familia hitita agrupa los personajes más próximos al soberano. Son dignatarios del palacio, cuyos títulos destacan sus elevadas funciones administrativas pero que ejercen también comandos militares. Junto con los combatientes que están bajo sus órdenes, forman el *pankus,* asamblea que representa a la comunidad hitita, es decir, que agrupa el conjunto de los guerreros con exclusión del resto del pueblo, según el esquema que contrapone, en las sociedades indoeuropeas, el guerrero al hombre de la aldea, pastor o agricultor. En esta nobleza guerrera, constituida en clase separada y, por lo menos en lo que a los más grandes concierne, alimentada en sus feudos por paisanos afincados en las tierras, se reclutan los aurigas, fuerza principal del ejército hitita. La institución del *pankus* puede haber dispuesto, en su origen, de poderes amplios: la monarquía habría comenzado por ser electiva; posteriormente, a fin de evitar las crisis de sucesión, se habría sustraído a la asamblea de los guerreros la ratificación del nuevo rey; finalmente, el *pankus,* del que se habla por última vez en una proclama del rey Telepinu de fines

del siglo XVI, habría caído en desuso; la monarquía hitita se habría aproximado así al modelo de las monarquías absolutas orientales, apoyándose menos en una clase de nobles cuyos servicios militares fundaban sus prerrogativas políticas, que en una jerarquía de administradores directamente dependientes del rey [1].

El ejemplo hitita ha sido invocado por los eruditos que oponen a la interpretación «burocrática» de la monarquía micénica un esquema de rasgos «feudales». En realidad, ambas expresiones parecen ser igualmente inadecuadas y, en su misma oposición, anacrónicas. En efecto, en todos los peldaños de la administración palatina hay un vínculo personal de sumisión que une a los distintos dignatarios del palacio con el rey: éstos no son funcionarios al servicio del Estado sino servidores del rey, encargados de manifestar, dondequiera que su confianza los haya colocado, aquel poder absoluto de mando que se encarna en el monarca. Se comprueba también, dentro del cuadro de la economía palatina, junto a una división a menudo muy detallada de las tareas y a una especialización funcional con una verdadera catarata de vigilantes y supervigilantes, cierta fluctuación en las atribuciones administrativas, que se superponen unas a otras, ejerciendo cada representante del rey, por delegación y en su propio nivel, una autoridad cuyo principio cubre sin límites todo el campo de la vida social.

El problema, no está, pues, en oponer el concepto de monarquía burocrática al de monarquía feudal, sino en señalar, por detrás de los elementos comunes al conjunto de las sociedades de economía palatina, los rasgos que definen más precisamente el caso micénico y que tal vez expliquen por qué ese tipo de soberanía no sobrevivió en Grecia a la caída de las dinastías aqueas.

En esta perspectiva resulta fructífero el parangón con los hititas, porque destaca en todo su relieve las diferencias que separan al mundo micénico de la civilización palatina de Creta que le ha servido de modelo. El contraste entre esas dos monarquías se plasma en la arquitectura de sus palacios [2]. Los de Creta, dédalos de habitaciones dispuestas en aparente desorden en derredor de un patio central, están edificados en el mismo plano que la tierra circundante, sobre la que se abren sin defensa por medio de amplias calles que terminan en el palacio. La mansión micénica, con el *megarón* y la sala del trono en el centro, es una fortaleza rodeada de muros, una guarida de jefes, que domina y vigila el llano que se extiende a sus pies. Construida para resistir un asedio, esta fortaleza resguarda, junto a la residencia principesca y sus dependencias, las casas de los familiares del rey, jefes militares y dignatarios palatinos. Su función militar parece, sobre todo, defensiva: preserva el tesoro real, en el cual, junto con las reservas normalmente controladas, acumuladas y repartidas por el pa-

[1] Cf. O. R. Gurney, *The Hittites*, Londres, 1952.

[2] J. D. S. Pendlebury, *A handbook to the Palace of Minos. Knossos with its dependencies*, Londres, 1954; George E. Mylonas, *Ancient Mycenae*, Londres, 1957.

lacio dentro del cuadro de la economía del país, se acumulan bienes preciosos de otra clase. Se trata de productos de una industria suntuaria: sortijas, copas, trípodes, calderos, piezas de orfebreria, armas artísticamente trabajadas, lingotes de metal, tapices, telas bordadas. Símbolos de poder e instrumentos de prestigio personal expresan en la riqueza un aspecto propiamente regio. Constituyen la materia de un comercio generoso que desborda ampliamente las fronteras del reino. Objeto de dádivas y contradádivas, sellan alianzas matrimoniales y políticas, crean obligaciones de servicio, recompensan a las vasallos, establecen, hasta en países lejanos, vínculos de hospitalidad; son también objeto de competición y de conflicto: como se los recibe de regalo, se los conquista también armas en mano; se organiza una expedición guerrera o se destruye una ciudad para apoderarse del tesoro. Finalmente, se prestan más que otras formas de riqueza, a una apropiación individual que podrá perpetuarse más allá de la muerte: colocadas al lado del cadáver como «pertenencias» del difunto, lo seguirán a su tumba [3].

El testimonio de las tablillas nos permite precisar este esquema de la corte y del palacio micénicos. En la cima de la organización social, el rey lleva el título de *wa-na-ka, wánax.* Su autoridad parece ejercerse en todos los niveles de la vida militar: es el palacio el que reglamenta los comandos de armas, el equipamiento de los carros, las levas, la subordinación, composición y movimiento de las unidades. Pero la competencia del rey no queda limitada ni al dominio de la guerra ni al de la economía. El *wánax* gobierna también la vida religiosa: ordena con precisión su calendario, vela por la observancia del ritual y la celebración de las fiestas en honor de los distintos dioses. Fija los sacrificios, las oblaciones vegetales, las tasas de las ofrendas exigibles a cada cual según su categoría. Cabe pensar que si el poderío real se ejerce así en todos los dominios, es porque el soberano, como tal, se encuentra especialmente en relación con el mundo religioso, asociado a una clase sacerdotal que se presenta numerosa y potente [4]. En apoyo de esta hipótesis, nótese que en Grecia se ha perpetuado, hasta dentro del cuadro mismo de la ciudad, el recuerdo de una función religiosa de los reyes, y que ese recuerdo ha sobrevivido bajo una forma mítica, la del rey divino, mágico, señor del tiempo, dispensador de la fertilidad. A la leyenda cretense de Minos, que se somete cada nueve años en la caverna del Ida a la prueba que tiene que renovar, mediante un contacto directo con Zeus, su poder real [5], responde en Esparta la ordalía que cada nueve años imponen los éforos a sus dos reyes, escrutando el cielo en el secreto de la noche, para leer en él si los soberanos no habrán cometido tal vez alguna falta que

[3] Cf. la oposición de los *Ktèmata,* bienes adquiridos por el individuo y de los cuales tiene él la libre disposición —en particular su parte de botín—, y de los *patrôa,* bienes adscriptos al grupo familiar, que son inalienables.

[4] Cf. M. Lejeune, *«Prètres et prètesses dans les documents myceniens»,* en *Hommage à Georges Dumézil, Latomus,* 45, págs. 129-139.

[5] *Odisea,* XIX, 179.

los descalifique para el ejercicio de la función real. Piénsese también en el rey hitita, que abandona en plena campaña la conducción de sus ejércitos si sus obligaciones religiosas le exigen retornar a la capital para realizar en ella, en la fecha prefijada, los ritos a su cargo.

Al lado del *wa-na-ka,* el segundo personaje del reino, el *lā-wā-ge-tās,* representa al jefe del *laos,* propiamente el pueblo en armas, el grupo de los guerreros. Los e-qe-ta, *hepetai* (cfr. el homérico *hetairoi),* los compañeros que llevan como uniforme un manto de modelo especial, son, como la gran familia hitita, dignatarios del palacio que constituyen el séquito del rey, al mismo tiempo que jefes puestos al frente de una *okha,* una unidad militar, u oficiales que aseguran las relaciones de la corte con los mandos locales. Tal vez correspondan igualmente al *laos* los *te-re-ta, telestai,* si se admite con Palmer que se trata de hombres del servicio feudal, de barones feudales. Tres de ellos serían, según una tablilla de Pilos, personajes tan importantes como para poseer un *témenos,* privilegiado del *wa-na-ka* y del *lā-wā-ge-tās*[6]. El *témenos* designa en la epopeya, en la cual es el único de todos los términos del vocabulario micénico relativo a bienes raíces que se ha mantenido, una tierra, de labrantío o vitícola, ofrecida, con los campesinos que la ocupan, al rey, a los dioses o a algún personaje importante, en recompensa de sus servicios excepcionales o de sus hazañas bélicas.

La tenencia del suelo se presenta como un sistema complejo, que hace más oscura aún la ambiguedad de muchas expresiones[7]. La plena posesión de una tierra, así como su usufructo, parece haber implicado, como contrapartida, servicios y prestaciones múltiples. Es, a menudo, difícil resolver si un término tiene una significación puramente técnica (tierra inculta, tierras privadas con propietarios, a diferencia de las tierras de labrantío, tierra de mayor o menor dimensión), o si designa un ordenamiento social. Sin embargo, se perfila claramente una oposición entre dos tipos de tenencia de las tierras que designan las dos formas diferentes que puede tener una *ko-to-na,* un lote o porción de tierra. Las *ki-ti-me-na-ko-to-na* son tierras privadas con propietarios, a diferencia de las *ke-ke-me-na ko-to-na,* adscritas al *damos,* tierras comunales de los demos aldeanos, propieda-

---

[6] Se trata de la tablilla Er 312 que ya discutimos en la 2.ª sección —Ventris, Chadwick, *Pos. y uso de la tierra*— y que se referiría al dominio de *Sarapeda* (cfr. Lejeune, *Sur l'intitulé...* cit. en la not. 25, sec. 2.ª: *Posesión y uso de la tierra.* Cfr. tb. nota 15, sec. 2.ª: *el «damos en la sociedad micénica);* lo que insinúa Vernant aquí, que los *te-re-ta* de esta tablilla se benefician de un *temenos,* no está demostrado ni parece posible *(n.d.c.).*

[7] La complejidad del régimen territorial se advierte en el vocabulario, sumamente diferenciado, muchos de cuyos términos continúan oscuros. Se discute acerca del sentido de palabras como *ka-ma, ko-to-no-o-ko, wo-wo, o-na-to.* Este último término designa una locación, sin que se pueda precisar en qué formas se la realizaba. Cabe pensar, por otra parte, que en lo que concierne a la tierra comunal del *damos,* las tablillas no mencionan más que las enajenaciones que se han hecho de ella, a título transitorio o definitivo. ¿Había, finalmente, aparte del *damos* y de los esclavos, una población servil adscrita a la tierra? No podríamos decirlo.

des colectivas del grupo rural, cultivadas según el sistema del *open-field* y que, tal vez, son objeto de una redistribución periódica. También sobre este punto, L. R. Palmer ha señalado una semejanza sugestiva con el código hitita, que distingue, asimismo, dos formas de tenencia del suelo. La del hombre del servicio feudal, el guerrero, depende directamente del palacio y retorna a éste cuando se interrumpe el servicio. Por el contrario, los «hombres de las herramientas», esto es los artesanos, disponen de una tierra llamada «de la aldea» que la colectividad rural les concede durante un tiempo y que recupera cuando ellos se van [8]. Recuérdense también los hechos indios que dan prueba de una estructura análoga. Al *vaiçya,* el agricultor *(viç, cf.* latín *vicus,* griego *oikos,* grupo de casas), es decir, al hombre de la aldea, se opone el *ksatrya,* el guerrero (de *ksatram:* poder, posesión), el hombre de la posesión individual, como el barón micénico es el hombre de la *ki-ti-me-na ko-to-na,* de la tierra de propiedad individual, en contraposición a la tierra comunal de la aldea. En consecuencia, las dos formas diferentes de tenencia del suelo responderían, en la sociedad micénica, a una polaridad más fundamental: frente al palacio, a la corte, a todos los que de él dependen, ya directamente, ya en cuanto a la tenencia de sus feudos, se entrevé un mundo rural, organizado en villorrios con vida propia. Esos «demos» aldeanos disponen de una parte de las tierras en las cuales se asientan; reglamentan, de conformidad con las tradiciones y las jerarquías locales, los problemas que plantean, en su nivel, los trabajos agrícolas, las actividades pastoriles y las relaciones de vecindad. Es en ese cuadro provincial donde aparece, inesperadamente, el personaje que lleva el título que normalmente hubiésemos traducido por rey, el *qa-si-re-u,* el *basiléus* homérico. No es precisamente el rey en su palacio, sino un simple señor, dueño de un dominio rural y vasallo del *wánax.* Este vehículo de vasallaje, en un sistema de economía en que todo está contabilizado, reviste también la forma de una responsabilidad administrativa: vemos al *basiléus* que vigila la distribución de las asignaciones en bronce destinada a los herreros que, en su territorio, trabajan para el palacio. Y, naturalmente, él mismo contribuye, con otros ricos señores del lugar, según una cuota debidamente fijada, a esos suministros de metal [9]. Junto al *basiléus,* un Consejo de los Ancianos, la *ke-ro-si-ja (gerousia),* confirma esta relativa autonomía de la comunidad aldeana. En esta asamblea intervienen, sin duda, los jefes de las casas más poderosas. Los simples villanos, hombres del *damos* en sentido propio, que proveen de peonaje al ejército y que, para adoptar la fórmula homérica, no cuen-

---

8 Sobre el problema de identificar al «hombre de las herramientas» con el término griego *demiourgos* nos remitimos a lo indicado en la 2.ª see. *Posesión y uso de la tierra,* notas 10 y 12, compárese asimismo con lo expuesto por Palmer en su artículo *(n.d.c.).*

9 Sobre *qa-si-re-u, ke-ro-si-ja* y otros términos del mismo tipo véase el artículo de Ventris-Chadwick sobre la organización social y también el de Lejeune sobre el *damos* (n.d.c.).

tan más en el consejo que en la guerra, son, en el mejor de los casos, espectadores, escuchan en silencio a los que tienen título para hablar y no expresan sus sentimientos más que con un rumor de aprobación o descontento.

Otro personaje, el *ko-re-te,* asociado al *basiléus,* aparece como una suerte de prefecto de la aldea. Cabría preguntarse si esta dualidad de direcciones en el nivel local no corresponde a la que hemos comprobado en el cuadro del palacio: como el *wánax,* el *basiléus* tendría prerrogativas principales religiosas (piénsese en los *phylobasiléis* de la Grecia clásica); el *ko-re-te,* como el *lā-wā-ge-tās,* ejercía una función militar.

Habría que relacionar el término con *koiros,* tropa armada; tendría el sentido del *kóiranos* homérico, casi sinónimo de *hegemon,* pero que, asociado a *basiléus,* parece indicar, si no una oposición, por lo menos una popularidad, una diferencia de planos. Por lo demás, el llamado Klumenos, *ko-re-te* de la aldea de *I-te-re-wa,* dependiente del palacio de Pilos, figura en otra tablilla como comandante de una unidad militar; una tercera le da el calificativo de *mo-ro-qa moiropas),* poseedor de una *moira,* de un lote de tierra.

Por incompleta que sea nuestra información, parece posible extraer de ella algunas conclusiones generales referentes a los rasgos característicos de las monarquías micénicas.

1. Ante todo, su aspecto bélico. El *wánax* se apoya en una aristocracia guerrera, los aurigas, sometidos a su autoridad, pero que constituyen, dentro del cuerpo social y de la organización militar del reino, un grupo privilegiado, con su organización particular, su modo de vida propio.

2. Las comunidades rurales no están, respecto del palacio, en una dependencia tan absoluta que no puedan subsistir sin él. Suprimido el control real, el *damos* continuaría trabajando las mismas tierras con las mismas técnicas. Como en el pasado, pero en un marco en adelante ya puramente aldeano, tendría que alimentar a los reyes y a los ricos señores del lugar por medio de entregas, obsequios y prestaciones más o menos obligatorias.

3. La organización del palacio, con su personal administrativo, sus técnicas de contabilidad y de control, su reglamentación estricta de la vida económica y social, presenta un carácter de imitación. Todo el sistema reposa sobre el empleo de la escritura y la constitución de archivos. Son los escribas cretenses, pasados al servicio de las dinastías micénicas, quienes, transformando la escritura lineal usada en el palacio de Knossos (Lineal A) a fin de adaptarla al dialecto de los nuevos señores (Lineal B), les han aportado los medios de implantar en la Grecia continental los métodos administrativos propios de la economía palatina. La extraordinaria fijeza del idioma de las tablillas a través del tiempo (más de 150 años [10] separan las fechas de

[10] Aquí, Vernant sigue la datación tradicional de las tablillas de Knossos. Actualmente ésta parece en crisis debido a los nuevos hallazgos arqueológicos. Ver sobre este

los documentos de Knossos y de Pilos) y del espacio (Knossos, Pilos, Micenas, pero también Tirinto, Tebas, Orcómeno), muestra que se trata de una tradición mantenida dentro de grupos estrictamente cerrados. A los reyes micénicos, aquellos centros especializados de escribas cretenses les suministraron, al mismo tiempo que las técnicas, los esquemas para la administración de sus palacios.

Para los monarcas de Grecia, el sistema palatino representaba un notable instrumento de poder. Daba la posibilidad de establecer un control riguroso del Estado sobre un extenso territorio. Absorbía y les permitía acumular toda la riqueza del país y concentraba, bajo una dirección única, recursos y fuerzas militares importantes. Posibilitaba también las grandes aventuras en países lejanos, para establecerse en tierras nuevas o para ir a buscar, allende los mares, el metal y los productos que faltaban en el continente griego. Se advierte una estrecha relación entre el sistema de economía palatina, la expansión micénica a través del Mediterráneo y el desarrollo en Grecia misma, junto a la vida agrícola, de una artesanía ya muy especializada, organizada en gremios según el modelo oriental.

La invasión doria destruye todo este conjunto. Rompe, por muchos siglos, los vínculos de Grecia con Oriente para convertirse en una barrera. Aislado, replegado sobre sí mismo, el continente griego retorna a una forma de economía puramente agrícola. El mundo homérico no conoce ya una división del trabajo comparable a la del mundo micénico ni el empleo en una escala tan vasta de la mano de obra servil. Desconoce las múltiples corporaciones de «hombres de las herramientas», agrupadas en las cercanías del palacio o situadas en las aldeas apara ejecutar allí las órdenes reales. Al caer el imperio micénico, el sistema palatino se derrumba por entero; jamás volverá a levantarse. El término *wánax* desaparece del vocabulario propiamente político. Lo reemplaza, en su empleo ténico, para designar la funcion real, la palabra *basiléus,* cuyo valor estrictamente local hemos visto y que, más que a una persona única que concentre en sí todas las formas del poder, designa, empleada en plural, una categoría de grandes que se sitúan, tanto unos como otros, en la cúspide de la jerarquía social. Suprimido el reinado del *wánax,* no se encuentran huellas ya de un control organizado por el rey, de un aparato administrativo, ni de una clase de escribas. La escritura misma desaparece, como arrastrada por el derrumbe de los palacios. Cuando los griegos vuelven a descubrirla, a fines del siglo IX, tomándola esta vez de los fenicios, no será sólo una escritura de otro tipo, fonética, sino producto de una civilización radicalmente distinta: no la especialidad de una clase de escribas, sino el elemento de una cultura común. Su significación social y psicológica se habrá transformado —podríamos decir invertido—: la escritura no tendrá ya por objeto la

---

tema las puntualizaciones de O. Panagl y S. Hiller en *Die frühgriechischen Texte aus Mykenischer Zeit,* Darmstadt, 1976, pág. 40 sgg., 50 sgg. (n.d.c.).

creación de archivos para uso del rey en el secreto de un palacio, sino que responderá en adelante a una función de publicidad; va a permitir divulgar, colocar por igual ante los ojos de todos, los diversos aspectos de la vida social y política.

V. ANGELO BRELICH Y LOS PROBLEMAS METODOLOGICOS DE UN ESTUDIO SOBRE LAS MANIFESTACIONES RELIGIOSAS EN RELACION CON EL MUNDO MICENICO

No será equivocado afirmar que la aportación de A. Brelich, incluso en su sobria brevedad, representa lo mejor que hasta hoy se ha conseguido escribir, desde el punto de vista metodológico, sobre las manifestaciones religiosas micénicas. Hay que decir, ante todo, que el autor no es micenólogo ni filólogo ni, en general, un historiador de la antigüedad, sino un historiador de las religiones. Este es un punto que es necesario tener en cuenta si se quiere comprender completamente, en este caso específico, el valor de su razonamiento, que representa, al mismo tiempo, la lógica continuación de lo que viene explicando en sus numerosos escritos (véase, por todos, la *Introduzione alla storia delle religioni,* Roma, 1966, y la introducción al volumen *Histoire des Religions* de la *Encyclopédie de la Pléiade).* La polémica dirigida por el investigador ataca fundamentalmente el concepto de la *Altertumswissenschaft* («ciencia de la antigüedad» entendida en su totalidad), dominio casi exclusivo del filólogo, subdividida en sectores lingüísticos (latinistas, helenistas, etc.), que, en su definición global no permite un tipo de investigación especializada que demuestre lo específico de los diferentes niveles sociales. De este modo, el filólogo o el arqueólogo no poseen los métodos de análisis histórico-religioso propios de quien ha ampliado el conocimiento más allá de un único campo lingüístico o de una sola dimensión temporal; no son capaces, si no es a costa de graves errores metodológicos, de penetrar en las efectivas funciones y la organización de las estructuras y representaciones religiosas.

Conviene poner de manifiesto que el planteamiento histórico-cultural, íntimamente ligado con algunas instancias difusionistas y evolucionistas multilineales, que se encuentra en la producción de Brelich, está afortunadamente influido por un profundo conocimiento de las instancias sociológicas de la llamada corriente «funcionalista» anglosajona (o «antropología social» inglesa), lo que permite una relación continua con las específicas realidades sociales a las que se

refieren las manifestaciones religiosas. Por eso mismo, donde se aplica la comparación, ésta queda instituida sobre la base de la «funcionalidad social» de un determinado elemento que se encuentra en dos realidades diversas, mientras que donde se encuentran dentro de un mismo ambiente, pero alejados en el tiempo, elementos que formalmente son semejantes, el análisis se concentra sobre las posibilidades de variación o desarrollo funcional de estos elementos en el margen de tiempo considerado.

En función de estas dos operaciones, que, para las manifestaciones religiosas del mundo micénico se pueden realizar en comparación con las formas religiosas coetáneas del Próximo Oriente o de las con frecuencia formalmente semejantes de Grecia en la época siguiente, es como se desarrolla el análisis crítico de Brelich frente a las fáciles generalizaciones y comparaciones basadas en simples afinidades formales. El estudio de los desarrollos funcionales de las instituciones y representaciones religiosas son, precisamente en la relación mundo micénico-mundo griego clásico, el principal objeto de análisis en el reciente y fundamental ensayo *Paides e Parthenoi,* Roma, 1969, publicado por el investigador.

Indudablemente, no se puede indicar aquí toda la bibliografía sobre el estudio de las manifestaciones religiosas propias del mundo micénico. Muchos puntos, que todavía permanecen bastante oscuros, destacan solamente por la lectura y exégesis de las tablillas (un ejemplo típico es la interpretación, recientemente propuesta por Chadwick, sobre una distinción de términos para indicar la «casa del dios» —sea templo o capilla— y la casa en el sentido acostumbarado del término. Cfr. *The Thebes Tablets* II, Salamanca, 1975, págs. 89 sgs.), por lo que no se puede remitir a trabajos de repertorio como los *Documents* de Ventris y Chadwick. Entre los recientes ensayos sobre el tema, recordamos el de M. Gérard-Rousseau, *Les mentions religieuses dans les tablettes mycéniennes,* Roma, 1968; F. Adrados, *Les institutions religieuses mycéniennes,* en *Acta Mycenaea,* op. cit., vol. I, pág. 170 y sgs.; un cuadro general, relativo también a las posibles relaciones con el mundo del Próximo Oriente, se puede encontrar en T.B.L. Webster, *From Mycenae to Homer,* London, 1964^2 (discutible desde el punto de vista metodológico); cfr. también B.C. Dietrich, *The Origins of Greek Religion,* Berlín-New York, 1974. Téngase presente, además, la reedición, con introducción y bibliografía a cargo de E. Vermeule, del clásico trabajo de M. P. Nilsson, *The Mycenaean Origin of Greek Mythology,* University of California Press, 1972. Bajo el perfil arqueológico, cfr. el reciente volumen de E. Vermeule, *Götterkult,* en *Archaeologia Homerica,* Bd. III, Kapitel V, Göttingen, 1974, que presenta una exhaustiva recopilación de los datos a nuestra disposición. Por lo que respecta al culto de los muertos y a los problemas relacionados con el tema, hay que destacar tres trabajos recientes: M. Andronikos, *Totenkult,* en *Archaelogia Homérica*, Bd. III, Kapitel W. Göttingen, 1968; A. Schnaufer, *Frühgriechischer Totenglaube,* Hildesheim-New York, 1970; C. R.

Long, *The Ayia Triada Sarcophagus. A Study of Late Minoan and Mycenaean Funerary Practies and Beliefs*, en *Studies in Mediterranean Archaeology* XLI, Göteborg, 1974.

Finalmente, hay que tener presente un detalle. La contribución de A. Brelich, aquí incluida, no es otra cosa que la comunicación presentada por el investigador en el I Congreso internacional de micenología, que tuvo lugar en Roma durante el otoño de 1967. Este dato aclara el tono inicial del escrito que se ha querido dejar intacto, precisamente por su carácter crítico.

RELIGIÓN MICÉNICA: OBSERVACIONES METODOLÓGICAS

por A. Brelich

Ha hecho bien, probablemente, la organización de este I Congreso internacional de micenología, al no disponer de una sección especial para la discusión sobre los problemas referentes a la religión micénica. No solamente porque filólogos, arqueólogos e historiadores tengan ocación de tratar también estos problemas, sino, precisamente, porque en una sección dedicada a la religión micénica hubieran sido siempre filólogos y arqueólogos quienes hablasen, porque —y ésta es la primera observación que el historiador de las religiones tiene que hacerse— el estudio de la religión micénica ha permanecido hasta ahora en manos de filólogos y arqueólogos y no ha entrado, de no ser bastante marginalmente, en el campo de la historia de las religiones. Se ven claramente las causas de esta situación; menos, probablemente, las consecuencias, por lo que intentaré llamar la atención sobre estas últimas. Pero para poder iluminarlas mejor, es indipensable dedicar algunas palabras sobre la misma situación y los factores que la determinaron.

Las causas más obvias que obstaculizaron hasta hoy una fructuosa integración de los problemas de la religión micénica en los estudios histórico-religiosos consisten en la relativa novedad de las investigaciones, precisamente en la novedad que ha supuesto el descifrado de los textos, y en la estricta especialización que exigen los estudios micénicos; quizá parecerá menos obvia, a quienes desde hace mucho tiempo se ocupan de miles de aspectos de la civilización micénica, la causa implícita en la desconcertante pobreza de los datos seguros sobre esta religión. Hay que reflexionar con rigor crítico sobre la insuficiencia de datos para descubrir rápidamente los límites con que toda investigación tendrá que resignarse.

Hasta el descifrado de los textos, los documentos de la religión micénica —o como se decía entonces injustificadamente: minoico-micénica— se consideraban como «un libro sin texto». Ahora también hay textos: pero es necesario constatar que, por lo menos hasta hoy, ninguno ha conseguido —si no es con fantasía incontrolada— aplicarlos a las imágenes, de manera que ahora tenemos un «libro de

imágenes». También se puede decir que, si no se supiera con certeza que los documentos figurativos y los textos proceden del mismo ambiente cultural, a nadie se le hubiera ocurrido nunca relacionar los unos con los otros. Las representaciones en las que se supone un motivo religioso parecen mostrar escenas rituales, gestos, danzas, símbolos a los que ningún texto se refiere; muestran figuras antropomórficas, teriomorfas e híbridas consideradas sobrehumanas, con características —atributos, posiciones, gestos, etc.— a los que tampoco se refiere ningún texto, de modo que la identificación de estas figuras con cualquier divinidad mencionada en los textos es puro arbitrio. Por otra parte, los textos mencionan divinidades, lugares sagrados, ofrendas, fiestas tal vez, y, en cualquier caso, un calendario religioso al que ninguna de las figuras corresponde con evidencia. La razón más clara de esta singular independencia entre las referencias religiosas de las imágenes y las textuales radica en el diferente destino de ambas fuentes: los textos tienen exclusivo carácter administrativo; registran las ofrendas y, por tanto, también sus destinatarios, el lugar de destino y la fecha en que se deben realizar, pero sin ningún interés por los aspectos no directamente implicados en la operación administrativa; las representaciones gráficas —en la mayor parte gemas y sellos— tampoco tiene un directo destino religioso; ilustran, entre tantos otros, también con temas religiosos; representan, en el plano de las artes decorativas, los aspectos visuales de las acciones y de las ideas religiosas.

¿Qué interés podían tener para los escribas los símbolos y las danzas y para los grabadores las raciones de ofrendas? Textos y figuras se mueven en dos planos que no se rozan. Esta explicación, por apropiada que pueda resultar, no es suficiente. En muchas ocasiones se ha subrayado que las representaciones figurativas micénicas no se distinguen por su temática de las minoicas: teniendo en cuenta el «libro de imágenes» nadie se esperaba los nombres divinos griegos en los textos. Aun considerando el diferente destino de ilustraciones y escritos, queda una duda: ¿se refieren exactamente a la misma religión —quiero decir— al mismo *estrato* de la religión micénica? ¿Basta solamente con pensar en un pasivo perpetuarse de la tradición iconográfica minoica en el arte micénico y negar por eso a éste toda aportación precisa a la religión? ¿Se deberá admitir la posibilidad de que en la religión micénica continuarán, poco menos que inmutables por los nuevos elementos «griegos», las tradiciones minoicas? En este caso, ¿los dos filones estaban unidos en una síntesis que se nos escapa a causa de la naturaleza distintamente unilateral de ambas documentaciones, figurativa y escrita? O, por el contrario, ¿se acompañaban solamente, representando una, por ejemplo, a la clase dirigente (de la que proceden los documentos administrativos) y la otra a las masas populares? Preguntas éstas a las que ni siquiera se intentará responder, pero que sirven para manifestar como el estado de la documentación nos deja en la incertidumbre también para lo que respecta a las cuestiones más fundamentales.

En esta situación, ¿qué se puede hacer?

Ante esta pregunta me parece que divergen las posturas de arqueólogos y filólogos por una parte y del historiador de las religiones por otra. Permaneciendo, de cualquier forma, dentro de la documentación incierta o parcial e ignorantes o indiferentes frente a la problemática histórico-religiosa, los micenólogos —como frecuentemente los arqueólogos y filólogos clásicos que disponen, sin embargo, de muy diferente documentación— toleran con frecuencia hipótesis que solamente se refieren a algún detalle. Ilustraré lo que quiero decir con algunos ejemplos. Respecto a la conocida representación de una figura femenina sentada a la que se aproximan otros personajes femeninos con flores, así resume Mylonas [1] el estado de la cuestión: «No se ha establecido su identidad. En varias ocasiones se la ha identificado como la Tierra, Rea Cibeles y sus ninfas, Afrodita Urania, una princesa mortal con sus acompañantes, la gran diosa minoica, la diosa del árbol, una diosa curadora, Demeter, la diosa de la naturaleza en general.» Ante tales «interpretaciones» el historiador de las religiones no encuentra ningún sentido, porque no comprende en qué sentido se quiere hablar de Afrodita Urania o de Rea Cibeles en el II milenio a. de C., ni qué significa una «diosa del árbol» o una «diosa de la naturaleza en general». Frente a la representación de algunos seres teriomórficos, pero en posición erguida, que llevan recipientes hacia un personaje femenino sentado, lee el historiador que se trata de la oferta del primer vino más bien que de un rito mágico para la lluvia [2], queda asombrado al comprobar como frente a un determinado tipo de problemas los arqueólogos se abandonan a la fantasía, renunciando al rigor que con tanto éxito aplican en distinguir y datar estilos de cerámica. Cuando ve la gran suerte que obtuvo la propuesta de interpretar el término micénico *di-pi-si-jo-i,* que indica destinatarios de ofrendas, mediante la conjetural traducción en *dipsioi,* a los muertos [3], queda perplejo frente a la simple constatación de que ni en Grecia ni en ninguna otra religión de la zona mediterránea existía semejante denominación para los muertos, que nunca el texto hace verosímil que se trate de una ofrenda a los muertos y que la única razón de dicha hipótesis se encuentra precisamente en la traducción conjetural.

Las ocurrencias inspiradas en pura arbitrariedad son un juego inocente en relación con las interpretaciones que pretenden fundarse en la comparación. Se remonta a 1959 la admonición de Guthrie [4] contra la excesiva fe en la comparación que —según este autor— supondría un *pattern* común para las religiones del Próximo Oriente y, en segundo lugar, la difusión de este *pattern* en Grecia. Desde

---

[1] *Mycenae and the Mycenaeans,* Princeton, 1966, pág. 50.

[2] A. Persson, en Mylonas, op. cit., pág. 151.

[3] Guthrie, en *Bulletin of the Institut of Classical Studies of the University of London,* VI, 1959, pág. 45, en Palmer, *The Interpretation of Mycenaean Greek Texts,* Oxford, 1963, pág. 149 y ss.

[4] Op. cit., pág. 36 y ss.

luego que si la comparación histórico-religiosa se fundara solamente en esta idea —propia, por lo demás, de una escuela determinada que tuvo su cuarto de hora de suerte— se la podría abolir completamente. Pero precisamente esta pseudocomparación basada en esquemas preconcebidos vuelve constantemente a escena en los estudios sobre la religión micénica. En un reciente volumen que ofrece una preciosa síntesis de la civilización micénica, leemos: «Solamente es natural suponer que los minoicos y los micénicos compartían igualmente el concepto de una Diosa Madre y de su divino hijo, a veces esposo, destinado a morir o a ser sacrificado con la muerte del año viejo que simbolizaba él mismo y a renacer en primavera» [5]. Hasta aquí, pues, se trata de una suposición, aunque se la defina como «natural»; pero prosigue el autor: «El renacimiento *era* celebrado con gran solemnidad acompañada de ritos de fertilidad», después añade: «Intimamente ligado con esta creencia está el *hieros gamos...*». En realidad, no me consta que haya un solo dato en los textos ni una sola imagen que pruebe la creencia en «un hijo, a veces esposo» de la «Diosa Madre», mucho menos que estuviera destinado a morir, precisamente al final del año, y a renacer en primavera, ni que este renacimiento se celebrara con o sin ritos de fertilidad (...).

Otra dirección comparativa es la que pretende interpretar los datos micénicos en función de la religión griega documentada a partir de cinco siglos más tarde. La dificultad, obviamente, no radica en el número de siglos y quizá tampoco en el hecho, hoy claro, de que entre los cultos micénicos y los cultos griegos no se da ninguna continuidad directa: radica más bien en la global diferencia de carácter entre civilización micénica y civilización griega posthomérica. Pero, ahora lo sabemos, los micénicos eran «griegos»: hablaban griego. Y a muchos investigadores les parece que esto basta para suponer una sustancial identidad o, al menos, una estrecha afinidad entre religión micénica y religión griega. En vez del prejuicio del *pattern* próximo-oriental, que para algunos debía de valer forzosamente para la religión micénica, aunque faltara cualquier indicio preciso, para otros la preconcebida identificación entre lengua, *ethnos* y cultura hace creer que la religión micénica no pudiera ser muy distinta de la griega más reciente. La base más concreta de esta tesis —pero también se puede decir: casi la única base— consiste en la docena escasa de nombres divinos griegos que aparecen en las tablillas micénicas: Zeus, Hera, Poseidón, Artemisa, Dioniso, Hermes, etc. Están acompañados, en las tablillas, de otros muchos nombres divinos que no figuran en la religión posthomérica, en la que, por el contrario, figuran muchas decenas de nombres divinos, que, por lo menos hasta ahora, no se han encontrado en los textos micénicos. Aun queriendo suponer que los nombres comunes a la religión micénica y a la griega clásica indicaran figuras divinas sustancialmente iguales, es necesario re-

[5] W. Taylour, *The Mycenaeans,* London, 1964, pág. 61 y ss. (trad. it., Milano, 1966).

conocer que estas figuras divinas comunes se incluían en dos panteones diferentes. Pero, ¿la identidad de nombre garantiza verdaderamente una identidad de concepto? Admitiendo esto, deberemos pensar que el *Zeus pater* de los griegos hubiera sido la misma divinidad que en la religión védica figura como *Dyaus pitar* y en la religión romana como *Júpiter:* ahora bien, incluso prescindiendo del manifiesto absurdo de divinidades «idénticas» en religiones diferentes, una suposición semejante no haría otra cosa que demostrar cómo, pese a la presencia de divinidades «idénticas», las religiones pueden ser profundamente diferentes, y entonces esta posibilidad también vale —pese a los nombres divinos comunes— para las relaciones entre religión micénica y religión «griega». Para afirmar una sustancial afinidad entre ambas religiones se necesitaría tener otras bases muy diferentes que la de unos pocos nombres divinos en común. Pero, ¿qué sabemos de enteras esferas esenciales de la religión micénica —de una mitología, por ejemplo, de una reglamentación de fiestas, de rituales complicados— para poder realizar precisas confrontaciones con la religión de la Grecia clásica? No obstante, el prejuicio de la sustancial afinidad influye ampliamente en las investigaciones. Basándose en este prejuicio, varios autores se inclinan a interpretaciones no menos aventuradas y arbitrarias de los lacónicos textos micénicos de las que otros han dado imágenes en función del presunto *pattern* oriental. Basta una palabra como *mu-jo-me-no* —¡en una tablilla de Pilos!— para descubrir en la religión micénica los misterios eleusinos y precisamente tal y cómo eran éstos en Atica a partir del siglo VII. En otra reciente y elegante síntesis de la civilización micénica [6], a partir de la interpretación —no son competentes para decir hasta qué punto sostenible— de las palabras *u-pu-jo po-ti-ni-ja* como Señora de la Tejeduría y del hecho de que, según parece, en Pilos se ofrecían ungüentos para las vestiduras de esta Potnia, se llega fulminantemente a la conclusión de que «por lo tanto, la entrega votiva del peplo a Atenas, celebrado con la memorable procesión de las panateneas, se revela como un rito micénico en honor de la diosa tejedora». Ejemplos de similares procedimientos se cuentan por decenas. Pero la presunta «continuidad» religiosa se proyecta, en algunos estudios, no sólo hacia adelante, del micénico al griego, sino también hacia atrás, del micénico a un pasado más lejano. Uno de los mayores especialistas sobre la civilización micénica escribe que, pese a la fuerte influencia minoica, los micénicos parecen haber *conservado* rasgos ancestrales en su religión. Las ofrendas a Zeus, Poseidón y otros dioses «olímpicos» —y pese a que nada se encuentra en la religión micénica sobre un Olimpo— parecerían indicar que los «grandes dioses ancestrales de los micénicos nunca fueron olvidados ni sustituidos por la Gran Diosa minoica» [7]. Una afirmación como ésta da

---

[6] L. A. Stella, *La civiltà micenea nei documenti contemporanei,* Roma, 1965, pág. 230.

[7] Mylonas, op. cit., pág. 137.

por descontado que ya los antepasados de los micénicos tuviesen su panteón —lo que perteneció a los griegos— bien definido incluso antes de experimentar la influencia minoica. Pero ello no solamente no está documentado, es también inverosímil: ¿qué antepasados de los micénicos debían poseer un panteón politeísta tan bien articulado?, ¿quiénes, durante el Heládico Medio, cuya cultura es de tal pobreza que incluso representan un retroceso respecto a la cultura no-griega del Heládico Antiguo?

Ante lo infundado, o al menos la debilidad de la mayor parte de las interpretaciones propuestas, se podría pensar que sería mejor abandonar las investigaciones sobre la religión micénica. Ahora bien, puede ocurrir que verdaderamente estas investigaciones no prometan muchos resultados, hasta que se produzcan nuevos hallazgos o hasta que se descifren las otras escrituras del ambiente histórico. Pero, desde luego, no se debe abandonarlas antes de clarificar lo poco que puede ser clarificado. Para hacer esto es oportuno tener constantemente presente la naturaleza de las fuentes y resistir la tentación de pedirles más de lo que pueden dar; renunciar a las combinaciones arbitrarias o fundadas en esquemas preconcebidos e incontrolados. En lugar de todo esto, es necesario concentrar la atención, ante todo, sobre lo que es seguro: aunque se trata de poco, este poco puede resultar significativo con tal de que se coloque en las justas perspectivas proporcionadas por la comparación histórico-religiosa.

Claro está que no es dentro de los márgenes de una breve comunicación donde se puede intentar alcanzar una exposición objetiva. Pero querría indicar por lo menos alguna línea por la que podrán resultar fructuosas futuras investigaciones. Me limitaré a una observación de carácter más bien general que después intentaré estrechar por dos lados, mediante la comparación de los documentos.

Ante todo hay que señalar que es un hecho perfectamente seguro que la religión de los micénicos era una religión *politeista*. La constatación parecerá trivial sólo a quien no se de cuenta de la posición histórica del politeísmo, fundamentalmente distinto de toda forma religiosa primitiva; este tipo de religión, afianzado en la veneración de una pluralidad de seres divinos complejos, diferenciados e incluidos en un panteón, es un producto histórico de las primeras civilizaciones superiores. Con la difusión de las formas de la civilización superior, que, a partir de Mesopotamia y Egipto, en cualquier parte que arraiguen, llevan a nuevas y originales síntesis, surgen las religiones politeístas, igualmente diferentes entre sí, pero definidas por comunes principios estructurales. Las formas de la civilización superior —o por los menos sus influencias parciales— son, sin embargo, solamente las condiciones necesarias para la formación de una religión politeísta, pero no la provocan automáticamente: algunas civilizaciones superiores, como la iraní o la hebraica, se convierten en monoteístas; otras, como la china, producen una religión por lo menos no típicamente politeísta, no dominada por grandes figuras divinas bien diferenciadas. Precisamente por esto, no podemos admitir

en principio que, por ejemplo, la religión minoica fuera —o en qué medida fuera— politeísta: el material figurativo no nos presenta personajes divinos bien diferenciados y netamente reconocibles por tipo iconográfico, atributos invariables o escenas características en las que, cada uno distintamente, estén incluidos. Precisamente es el carácter poco diferenciado de las figuras a las que se atribuye, con mayor o menor probabilidad, un rango sobrehumano, lo que sugiere a los investigadores los vagos términos de «diosa madre», «diosa de la vegetación», etc. La ausencia de templos independientes, la ausencia de imágenes dedicadas al culto y la frecuencia, sin embargo, de símbolos anicónicos, contribuye a alimentar la sospecha —sin, por lo demás, probarlo— de que no se trata de una religión politeísta típica; sospecha no despejada por el hecho de que muchos nombres divinos griegos tienen nombres prehelénicos, tal vez minoicos, en su origen; porque siempre es posible que los portadores de dichos nombres fueran en su origen figuras míticas o seres sobrehumanos de tipo primitivo, *transformados* en dioses con el surgir de una religión politeísta en una segunda época. Además, hasta que se descifraron los textos micénicos, incluso para la religión micénica se podía albergar la misma sospecha, mientras que ahora ya está claro que tenía divinidades bien diferenciadas. Esto nos debe inducir a suspender el juicio sobre la religión minoica, porque muestra, por una parte, que una religión cuyos documentos figurativos no lo prueban con evidencia, puede ser politeísta, pero no demuestra, desde luego, que lo *deba* ser. En todo caso, la presencia de nombres divinos de origen indoeuropeo en el panteón micénico pone de manifiesto que la religión micénica no proviene completamente de la minoica: se trata de una creación de la civilización micénica, aunque, naturalmente —al igual que todas las creaciones culturales— no se ha producido *ex nihilo,* sino a partir de la elaboración original de herencias más antiguas, incluidas, indudablemente, las influencias absorbidas.

Sin embargo, como se ha dicho hace poco, entre las religiones politeístas pueden darse grandes diferencias. Debemos preguntarnos de qué carácter fue la micénica. Y aquí, de nuevo, tenemos que recordar el carácter de nuestros documentos: no son tales que nos permitan saber, por ejemplo, cómo era y, en rigor, ni siquiera si existía una mitología micénica (aunque, por varias razones que aquí no puedo discutir, es plausible suponerlo). Los textos no describen detalladamente los rituales, no dan más que fragmentos dispersos de normas religiosas, etc. Es necesario cuidarnos para no hacernos una idea arbitraria sobre esta religión politeísta, proyectándole, por ejemplo, los caracteres de la religión griega posthomérica. Cuando se habla de politeísmo se piensa involuntariamente —al menos en occidente— siempre en las religiones griegas; sin embargo, habría que recordar que las religiones griegas —como, por lo demás, todas las religiones— tienen caracteres específicos que no se pueden atribuir al politeísmo en general. Baste con señalar aquí, donde una larga ilustración sobre el argumento estaría fuera de lugar, algunas de estas

características; por ejemplo, la casi total ausencia de una elaboración sacerdotal de la religión y la gran importancia de la elaboración poética, la no dependencia de una determinada clase dirigente y la plasticidad, espontaneidad y flexibilidad en su desarrollo, debido a la constante participación creativa de toda la sociedad, así como a la pluralidad de estados, cada uno con sus propias reglas culturales, pero en continuo contacto e intercambio entre sí, etc. Lo que resulta de todo esto —a diferencia de numerosas religiones politeístas y en particular de las del Próximo Oriente antiguo— es una extraordinaria diferenciación de las figuras divinas que aparecen antropomórficas en un sentido casi desconocido en otro lugar, en el sentido de estar dotadas de verdaderas personalidades propias, inconfundibles y reconocibles incluso independientemente de los atributos físicos. No era así el politeísmo egipcio ni el babilonio ni el hitita ni el fenicio. Pero los caracteres específicos de las religiones griegas dependen de una particular configuración histórica que no se proyecta en la época micénica ni, mucho menos, en el Heládico Medio (...).

Al intentar captar el carácter del politeísmo micénico se encuentra el obstáculo de la naturaleza especial y unilateral de la documentación, además de su pobreza. Se podría creer quizá que si de las religiones griegas de época clásica no se tuvieran otros documentos que las relaciones relativas a la administración del templo, las encontraríamos menos ricas y variadas de lo que eran. Pero, en primer lugar, nunca es casual la clase de documentos que nos quedan de una civilización: no es casual que la religión védica nos haya dejado casi exclusivamente escritos sacerdotales de contenido litúrgico, la hebrea más antigua una historia sagrada, etc. Si la religión micénica nos dejó una documentación escrita, limitada a la contabilidad administrativa, esto depende también —hechas las concesiones debidas a eventuales escritos desaparecidos o todavía no encontrados— al notable desarrollo de la burocracia centralizada de la corte, al predominio de un sutil estrato dirigente, de precisos caracteres de la sociedad, de los que no podían ser independientes los de la civilización y de la religión. Se trata de caracteres, sea dicho como inciso, muy diferentes de los de la sociedad griega clásica.

Pero, en segundo lugar, también a través de esta documentación pobre y unilateral, se entrevén algunos rasgos particulares del politeísmo micénico.

En una tablilla de Pilos (Tn 316) encontramos un elenco de ofrendas para presentar en varios lugares sagrados. No me corresponde a mí decidir si el término *po-ro-wi-to* indica verdaderamente el nombre del mes en el que se debían presentar estas ofrendas, tampoco cuál debe ser el significado preciso del término *i-je-to,* sobre el que tanto se ha discutido. Lo que de todos modos es seguro es que el elenco distingue una pluralidad de lugares sagrados en el mismo estado de Pilos. Este hecho ya nos lleva lejos de las vagas ideas sobre una diosa madre omnipresente y de un único y no mejor definido paredro masculino. Estos lugares sagrados tiene algunos caracteres bien concre-

tos, cualquiera que fuese su forma sobre el terreno. Ante todo, algunos de ellos se prestan a la presentación de ofrendas a una pluralidad de seres divinos: en Pakijane, las ofrendas se dirigen, en primer lugar, a Potnia (que en otros documentos resulta la principal divinidad de este lugar, situado, según parece, fuera de la ciudad, consituyendo una zona sagrada de gran importancia); después, a otras dos divinidades femeninas (Manasa y Posidaeia) y a dos seres masculinos (Trisheros y Dopota). En el santuario de Zeus, nombrado en cuarto lugar, se presentan ofrendas al mismo Zeus, a Hera y a un tercer personaje, no importa aquí si definido como hijo de Zeus. Otros destinatarios de ofrendas también se mencionan juntos, aunque cada uno con su propio santuario. Todo esto muestra claramente la existencia de agrupaciones particulares de cultos; el principio de la agrupación difícilmente puede ser otro que el de las relaciones entre las divinidades: lo prueban tanto los innumerables casos en otras religiones politeístas como aquí, en concreto —aunque sólo a la luz de los acontecimientos griegos de época más reciente— la presencia, en el mismo santuario, de Zeus y Hera. La religión de Pilos conocía, pues, un panteón articulado. Además, en la misma tablilla se comprueba una especie de jerarquía entre los seres venerados, que también en otras religiones politeístas se expresa de manera análoga: en Pakijane, Potnia y Manasa reciben cada una un vaso de oro y una mujer; Trisheros y Dopota sólo una copa de oro cada uno; repartos semejantes se encuentran también para los otros grupos.

Estas relaciones, agrupamientos, diferencias de jerarquías, etc., entre divinidades, dan una idea del grado de desarrollo del politeísmo, pero hay otro grupo de tablillas que ilumina un rasgo que distingue con mayor nitidez el politeísmo micénico del griego clásico. Cualquiera que esté familiarizado con los cultos griegos sabe lo rica que es la variedad de géneros de ofrendas y víctimas en Grecia y también sabe que cada culto y, por tanto, también sus destinatarios, se diferencian según la preferencia por una u otra clase de ofrendas: existen cultos que admiten solamente ofrendas de vegetales, otros que exigen una determinada víctima o un modo especial de sacrificarla, otros que excluyen el vino o ciertas víctimas animales, etc. Por lo demás, cada lugar de culto tiene también su propia fiesta periódica, colocada en un determinado momento del año (o de otra unidad de tiempo). Esta espléndida diferenciación parece faltar en los cultos micénicos: en algunas series de tablillas de Knossos (Fp, F, Gg) encontramos que cada mes varios lugares de culto recibían ofrendas del mismo género, sólo cuantitativamente diferenciadas, como se ha ilustrado anteriormente. En algunos meses la ofrenda es de aceite, en otros de miel, en otros cinantro e hinojo. Es verdad que no todas las tablillas incluyen el nombre del destinatario; si se tuviera un mayor número de tablillas de este tipo, enteras o fragmentarias, como casi todas las que tenemos, quizá se podría precisar la diferente posición de cada destinatario de ofrendas y comprender por qué algunas divinidades (como la *da-pu-ri-to-jo po-ti-ni-ja* o Pipituna, etc.) figuran

sólo en una de las tablillas conocidas, relativa a un solo mes y a una sola clase de ofrenda; pero queda siempre el caso de otros cultos —como el de «todos los dioses» de Amniso— que en los meses de las ofrendas de aceite reciben aceite, en los de las ofrendas de miel, la miel; en otros, cinantro e hinojo. Aunque con variaciones, cuyo alcance es difícil de precisar, dado el estado de los documentos, la situación base parece ser la siguiente: en cada mes se ofrecen los productos de la estación a las divinidades, en sus santuarios, y a sus sacerdotes (como la «sacerdotisa de los vientos»). Se trata, en todo caso, de entregas regulares que no están ligadas a determinadas fiestas de cada divinidad y que fácilmente se podrían considerar como sacrificios.

No querría entrar aquí en la discusión del problema del sacrificio en la religión micénica, pero en la literatura micenológica no lo he encontrado, ni siquiera planteado. Quizá por esto no será inútil señalar por lo menos que en los textos no he podido encontrar hasta ahora —aquí los colegas micenólogos me podrán corregir—, ningún tipo que indique con seguridad «sacrificio», ni una referencia segura al acto sacrificial, mientras que también entre las figuras son extremadamente raras las que representan con certeza la muerte ritual de una víctima animal, acto central del culto griego. Quede bien claro que con esto no pretendo poner en duda que el sacrificio —incruento y cruento— existiera en la religión micénica, sino, al menos, por el momento, exponer sólo la probabilidad de que tuviera en esta religión un puesto diferente del que ocupaba en la religión de la Grecia clásica. En los textos micénicos las ofrendas de animales figuran en los mismos contextos de las ofrendas de productos vegetales, de objetos preciosos y de personas humanas; la posición común indica un destino común que no puede ser el sacrifico —no se sacrifica una vasija de oro ni una cantidad de grano. Es muy característica una tablilla de Pilos (Un 718) en la que las víctimas animales —un toro, dos carneros— se entregan a Poseidón junto con el grano, vino, diez quesos, una piel de oveja, miel, etc.: como se ha observado desde hace mucho tiempo [8], se podría tratar de los ingredientes de un gran banquete sacrificial.

Se ofrecían a las divinidades los bienes más variados —porque las divinidades eran propietarias de terrenos y dueñas del personal de los templos— y parte de los bienes alimenticios ofrecidos servía quizá para su comida. Si es así, bajo este aspecto la religión micénica ofrecería una estrecha afinidad con las religiones del Próximo Oriente, en las que el acto sacrificial también casi desaparece, convirtiéndose en la preparación de la comida divina. A las mismas religiones se añade igualmente el aspecto administrativo burocrático del culto, no ausente tampoco, obviamente, en la religión de la Grecia clásica, donde, sin embargo, queda como en segundo plano, detrás de la solemnidad de los ritos, entre los que se encuentra el sacrificio. Y entonces se recordará que también los agrupamientos de las divinidades

[8] M. Ventris-J. Chadwick, en *Docs.*, pág. 128.

y su elaborada jerarquía, como también una cierta uniformidad de los rituales y la implícita menor individualización de las figuras divinas —descubiertas hace poco tiempo en la religión micénica— son otros tantos rasgos que relacionan más esta religión con las religiones del Próximo Oriente que con la de la Grecia arcaica y clásica.

Cuando los estudios sobre la religión micénica, liberándose del peso muerto de prejuicios y de esquemas sin fundamento, se concentren más sobre los temas fundamentales de la comparación histórico-religiosa que no sobre las frágiles hipótesis relativas a detalles, se podrá llegar a una *colocación tipológica* más precisa de esta religión: se tendrá entonces la plataforma adecuada para exponer el *problema histórico* de las relaciones de la religión micénica con la minoica y las del Próximo Oriente, por una parte; por otra, de las relaciones de la religión griega clásica con la micénica.

CUARTA PARTE

DOCUMENTOS

I. BREVES NOTAS SUPLEMENTARIAS SOBRE LAS TABLILLAS EN ESCRITURA LINEAL B

No es posible tratar extensamente en esta sección un tema tan complejo y especializado (véanse las notas bibliograficas que siguen).

Diremos solamente que se trata de un sistema de escritura, que va de izquierda a derecha, que emplea signos fonéticos e ideogramas (además de otros tipos especiales para las notaciones de cifras y medidas). Estos signos fonéticos representan, en general, cada uno una sílaba de tipo abierto, esto es, formada por *consonante + vocal, doble consonante + vocal* (en número limitado) o vocales. Este tipo de notaciones, junto al hecho de que la lengua micénica, que de tal sistema hacía uso, era un tipo de griego muy arcaico y que, tanto desde el punto de vista fonético como del morfológico, presentaba características más antiguas y hasta diferentes respecto a los dialectos griegos de época sucesiva, hacen que su lectura e interpretación sean de extrema dificultad (sobre el problema de la posición dialectal del micénico, véase la bibliografía indicada en la nota 33 de la aportación de Wundsam, parte segunda).

Los ideogramas que aparecen en las tablillas indican, mediante su signo, una notación específica. Muchos de éstos se han podido interpretar gracias a su dibujo, mientras que para otros la identificación del significado exacto continúa siendo todavía difícil.

También los signos silábicos por sí solos asumen, en nuestros documentos, función de ideogramas con frecuencia; en la mayoría de estos casos se trata de siglas, es decir, de abreviaturas acrofónicas de palabras (las cuales no siempre se conexionan con el léxico propiamente greco-micénico). Frecuentemente, dos ideogramas (uno con función principal y otro con función secundaria), o un ideograma y una sigla se pueden encontrar unidos en un único signo, donde la función del ideograma secundario o de la sigla es la de determinar y especificar mejor el significado del ideograma principal. Estos casos se llaman ligaduras y el miembro secundario asume la función de determinativo. Estos determinativos también se pueden encontrar se-

parados y preceder al ideograma principal. Finalmente, una clase especial de ideogramas está representada por monogramas, que son un signo resultante de la combinación de los fonogramas que forman una determinada palabra de la que se quiere indicar la noción.

Las modalidades de clasificación y transcripción de los signos de la escritura Lineal B se pueden sintetizar así: los signos silábicos se han numerado del 1 al 91 y se transcriben, en función de su valor fonético, en minúscula cursiva, cuando tal valor se conoce, mientras que cuando todavía no se ha identificado, se usa el número de orden correspondiente, precedido de un asterisco. Las sílabas que forman las palabras pueden escribirse una a continuación de la otra (por ejemplo, *kekemena, wanaka,* etc.) o separadas, mediante guiones (por ejemplo, *ke-ke-me-na, wa-na-ka,* etc.).

Los ideogramas, numerados desde 100 en adelante, se transcriben generalmente en redondilla mayúscula con la palabra latina correspondiente a la noción indicada (por ejemplo, * 120 = GRAnum); cuando se desconoce el significado se usa el número de orden precedido por el asterisco. Las siglas se transcriben en mayúsculas (cursiva) por medio de la notación del valor fonético del signo silábico correspondiente, mientras que en el caso de ligadura, se transcribe el ideograma principal, unido por un signo de + al elemento secundario (ejemplo: ROTA + *TE).* Teniendo presente que cuanto se ha dicho no es más que una breve referencia a una materia que es mucho más amplia y compleja (y que está sujeta a variaciones y modificaciones a medida que el avance de las investigaciones permite nuevos perfeccionamientos en las interpretaciones y en las técnicas de transcripción), ofrecemos a continuación el esquema de los signos silábicos y de los ideogramas, según lo que se estableció en 1970 durante los trabajos del Congreso de Estudios Micénicos en Salamanca (en *Atti*, vol. I, págs. XV-XXIII, así como las variaciones en las reglas de transcripción y los nuevos valores fonéticos de algunos signos; cfr. la bibliografía que se incluye a continuación).

En cuanto respecta a los signos de medida, téngase presente que en micénico tenemos signos de capacidad para áridos, para líquidos y signos de medida de peso. Indicamos a continuación el número de los signos, su transcripción y las relaciones respecto a la unidad base, remitiendo para los valores absolutos a la discusión incluida en la nota a la contribución sobre el uso y posesión de la tierra de Ventris y Chadwick, (segunda parte) (de A. Sacconi, en *Kadmos,* 1971, pág. 135 sgs.).

Signos de medida de capacidad para áridos:

T * 112 = T (1/10).

* 111 = V (1/60).

* 110 = Z (1/240).

Signos de medida de capacidad para líquidos:

	* 113 = S (1/3).
	* 111 = V (1/13).
	* 110 = Z (/72).

Signos de medida de peso:

	* 118 = L (1).
	* 117 = M (1/30).
	* 116 = N (1/120).
	* 115 = P (1/1440).
	* 114 = (1/8640).

Para las cifras, recordamos que nos encontramos frente a un sistema decimal, indicado por los siguientes signos (de A. Sacconi, op. cit.):

I = 1 ○ = 100 = 10 000

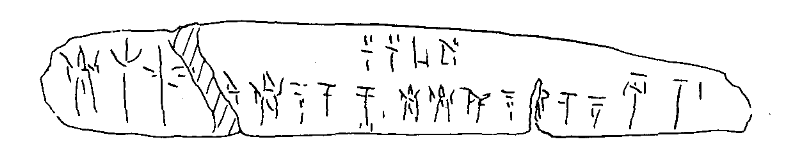
— = 10 = 1000

Estos signos se escriben de izquierda a derecha, según un orden decreciente, de modo que, por ejemplo, para indicar el número 12.345, tenemos:

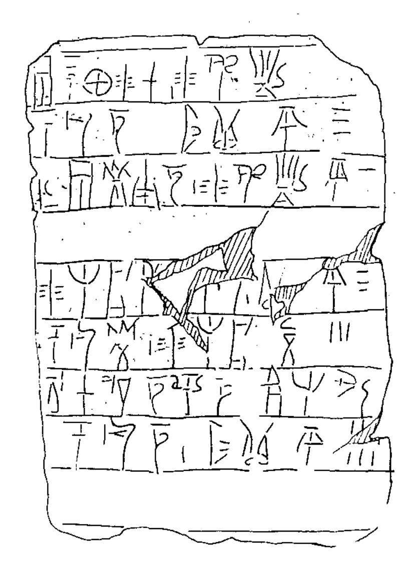
—— III

—— II

Ejemplos de tablillas de Pilos (de A. Sacconi, op. cit.):



Ea 305: Registro de un lote de tierra *kekemena* en tablilla «en hoja»:



Er 312: Registro de los *τεμένη* del rey, del *lāwāgetās,* de los lotes de terreno de tres *tereta* y de una porción de otro tipo de tierra (¿de carácter religioso?), en tablilla «en página»:

Tabla de los signos y de los ideogramas:

Silabogramas

a 08	e 38	i 28	o 61	u 10	a_2 25	ai 43	au 85	18	83
da 01	de 45	di 07	do 14	du 51	dwe 71	dwo 90		19	*84
ja 57	je 46		jo 36					22	86
ka 77	ke 44	ki 67	ko 70	ku 81				34	*88
ma 80	me 13	mi 73	mo 15	mu 23				35	89
na 06	ne 24	ni 30	no 52	nu 55	nwa 48			47	
pa 03	pe 72	pi 39	po 11	pu 50	pu_2 29	pte 62		49	
qa 16	qe 78	qi 21	qo 32					56	
ra 60	re 27	ri 53	ro 02	ru 26	ra_2 76	ra_3 33	ro_2 68	63	
sa 31	se 09	si 41	so 12	su 58				64	
ta 59	te 04	ti 37	to 05	tu 69	ta_2 66	twe 87	two 91	65	
wa 54	we 75	wi 40	wo 42					79	
za 17	ze 74		zo 20					82	* Números borrados

Ideogramas (según numeración progresiva):

100 VIR	108^{m} SUS^{m}	118 L	125+*PA* CYP+*PA*	142	159+*KU* TELA+*KU*
102 MULier	108+*KA* SUS+*KA*	120 GRAnum	127 *KAPO*	144 CROCus	159+*PA* TELA+*PA*
104 CERVus	108+*SI* SUS+*SI*	120+*PE* GRA+*PE*	128 *KAŇAKO*	145 LANA	159+*PU* TELA+*PU*
105 EQUus	23-109 *MU*-BOS	121 HORDeum	129 FAR	146	159+*TE* TELA+*TE*
105^{f} EQU^{f}	109^{f} BOS^{f}	122 OLIVa	130 OLEum	146+*PE*	159+*ZO* TELA+*ZO*
105^{m} EQU^{m}	109^{m} BOS^{m}	122+*A* OLIV+*A*	130+*A* OLE+*A*	150	160
21-106 *QI*-OVIS	109+*SI* BOS+*SI*	122+*TI* OLIV+*TI*	130+*PA* OLE+*PA*	151 CORNu	161
106^{f} $OVIS^{f}$	110 Z	123 AROMa	130+*WE* OLE+*WE*	152	162 TUNica
106^{m} $OVIS^{m}$	111 V	123+*KO* AROM+*KO*	131 VINum	153	162+*KI* TUN+*KI*
106+*TA* OVIS+*TA*	112 T	124 PYC	132	154	162+*QE* TUN+*QE*
22-107 CAPer	113 S	124+*QA* PYC+*QA*	133 *AREPA*	155 155^{VAS}	162+*RI* TUN+*RI*
107^{f} CAP^{f}	114 Q	124+*O* PYC+*O*	134	156 $TURO_2$	163 ARMa
107^{m} CAP^{m}	115 P	125 CYPeros	135 *MERI*	157	164
85+108 SUS	116 N	125+*KU* CYP+*KU*	140 AES	158	165
108^{f} SUS^{f}	117 M	125+*O* CYP+*O*	141 AURum	159 TELA	166

166 + *WE*	179	205 205^{VAS}	218 218^{VAS}	242 CAPSus	Números que faltan (o *borrados). *101, *103, *119, *124+123, *126, *130+*PO*, 136-139,*143, 147-149,*175, *186, *187, *188, *192- 193, 194-199, *141+213, 221-224,*235, 236-239,*244, *251-252, 259-298,*299.
167	180	206 206^{VAS}	219 219^{VAS}	243 ROTA	
167 + *PE*	181	207 207^{VAS}	220	243 + *TE* ROTA + *TE*	
168	182	208 208^{VAS}	225 ALVeus	245	
168 + *SE*	183	209 209^{VAS}	226 226^{VAS}	246	
169	184	209 + *A* 209^{VAS} + *A*	227 227^{VAS}	247 *DIPTE*	
170	185	210 210^{VAS}	228 228^{VAS}	248	
171	189	211 211^{VAS}	229 229^{VAS}	249	
172	190	212 212^{VAS}	230 HASta	250 250^{VAS}	
172 + *KERO*	191 GALea	212 + *U* 212^{VAS} + *U*	231 SAGitta	253	
173 LUNA	200 200^{VAS}	213 213^{VAS}	232	254 JACulum	
174	201 201^{VAS}	214 214^{VAS}	233 PUGio	255	
176 ARBor	202 202^{VAS}	215 215^{VAS}	234	256	
177	203 203^{VAS}	216 216^{VAS}	240 BIGae	257	
178	204 204^{VAS}	217 217^{VAS}	241 CURrus	258	

Ejemplo de ánfora inscrita de Tebas (TH Z 839, de A. Sacconi, op. cit.) con la mención del adjetivo «real»:



1:4

Ya se ha indicado, en la introducción y a lo largo de varias colaboraciones, las características epifráficas y la disposición de las tablillas en Lineal B. Resumimos esquemáticamente a continuación algunos puntos esenciales:

1. Las inscripciones micénicas están en forma de notaciones, grabadas con estilete, en tablillas de arcilla con forma de hoja o de página que se secaban al sol, después se guardaban en locales adecuados (archivos) dentro de cajas de madera o en cestas.

2. No nos han llegado otros tipos de testimonios escritos fuera de las inscripciones en tablillas o de sellos de arcilla y de las pintadas sobre vasijas (véase la ilustración); aunque puede ser verosímil que se usaran otros materiales, como el papiro, que fueran destruidos a causa de los incendios que decretaron el final de las ciudadelas.

3. Se han encontrado tablillas no solamente en locales dedica-

dos exclusivamente a su conservación (archivos), como en los señalados con el número 8 en la ilustración del Palacio de Pilos, sino también en lugares que, posiblemente, se utilizaran como almacenes o talleres o de oficinas de los superintendentes. En tales circunstancias, resulta de máximo interés la comparación entre el contenido del texto de las tablillas y los testimonios arqueológicos sacados a la luz en tantos lugares (véase, por ejemplo, la interesante aportación de A. Sacconi, *Indice topográfico dei documenti nel Palazzo de Pilo,* en *Studi micenei ed egeo-anatolici* 2, 1967, pág. 94 y sgs.; también para Pilos, el breve análisis de confrontación entre el contenido de las tablillas y la caracterización arqueológica de los lugares en G. Mylonas, *Mycenae...* op. cit, pág. 52 y sgs. y fig. 13).

4. Otro elemento importante está representado por la identificación de las características de los escribas en los diferentes grupos de tablillas (identificación de las diversas *manos* de los escribas). En la relación entre lugares de hallazgos, características de los escribas y contenido de los documentos se puede realizar el estudio de la organización burocrática de las administraciones palatinas y, por lo tanto, de un amplio sector de la articulación socioeconómica de las ciudadelas y de sus medios de control sobre la producción del territorio.

En cuanto se refiere a la clasificación de las tablillas, en la introducción a la segunda parte, ya se ha indicado, en líneas generales, el funcionamiento de las siglas que preceden al número de inventario para cada tablilla. Solamente se añade aquí que las siglas V, W, X, Z indican respectivamente: registro sin ideogramas, sellos de arcilla inscritos, tablillas no clasificables y vasijas inscritas. Basta, además, con recordar que, junto al concepto de «serie», con la finalidad de identificar dentro de una serie un cierto número de tablillas que formen juntas un texto completo, J. Chadwick introdujo el concepto de «set» («A set is a group of tablets which were intended by their writers to be sead as a single document», J. Chadwick, en *Studia Mycenea,* Brno, 1966, pág. 12). Está claro que tanto el lugar de hallazgo como las características de los escribas, además del contenido de los textos, naturalmente, ya que representa el factor principal, resultan esenciales para el agrupamiento en «sets» de los documentos micénicos.

Conviene recordar todavía que las notaciones efectuadas en los documentos comprenden un arco de tiempo de un año *(toto weto* = = *τοῦτο ἔτος*), exceptuando algunas referencias, relacionadas con el pago de tributos, al año precedente *(perusinuwo,* cfr. griego *περυσινός*) y al año siguiente *($a_2$tero weto* = *ἄτερον ἔτος*). Si a esto se añade que el año al que se refieren nuestros documentos es, probablemente, en el que tuvo lugar la caída del palacio, podemos comprender muy bien sobre qué corto lapso de tiempo pueden arrojar luz. Estando así los términos del problema, se puede comprender también lo importante que es la fijación de la fecha de la destrucción de los diferentes palacios que han proporcionado documentos escritos, ya que nos da automáticamente la cronología de nuestros documentos. Las fechas propuestas pueden resumirse así:

— Para Micenas, Pilos y, al menos, parte de las tablillas de Tebas (excavaciones 1970, publicadas por J. Chadwick, en *The Thebes Tablets* II, op. cit.), se puede fijar con cierta seguridad la fecha hacia fines del siglo XIII.

— Para Tirinto, entre los siglos XIII y XII.

— Para las tablillas descubiertas en Tebas, en la vía Pelópida (1963), se propone datarlas a finales del siglo XIV, aunque hoy se tienda a rebajarlas en un siglo y a igualarlas con las de los hallazgos procedentes de las excavaciones del año 1970.

— Para Knossos, no se ha extinguido todavía la famosa polémica entre quienes daban una fecha alta, mediados del siglo XIV, y los que daban una fecha baja, siglos XIII-XII. Parece que hoy prevalece la fecha baja (al menos para un cierto número de inscripciones).

Ofrecemos a continuación algunas indicaciones bibliográficas, con especial referencia a las obras en italiano, que podrán servir de orientación al lector.

a) Para un conocimiento básico de los problemas relacionados con la epigrafía, lengua y organización de los documentos micénicos:

(En italiano):

— Sacconi, *Introduzzione ad un corso de filologia micenea,* Roma, 1970.

— M. Doria, *Avviamento allo studio del miceneo,* Roma, 1965.

— G. Devoto-A. Nocentini, *La lingua omerica e il dialetto miceneo,* Firenze, 1975.

(En otros idiomas):

— M. Ventris-J. Chadwick, *Documents in Mycenaean Greek,* Cambridge, 1973², parte 1.ª: *Escritura, lengua y cultura.*

— E. Vilborg, *A tentative Grammar of Mycenaean Greek,* Göteborg, 1960.

— A. Heubeck, *Aus der Welt der frühgriechischen Lineartafeln,* Göttingen, 1966.

— C. J. Ruijgh, *Etudes sur la grammaire et le vocabulaire mycénien,* Amsterdam, 1967.

(Solamente para la fonética).

— M. Lejeune, *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien,* París, 1972.

b) Léxicos:

— A. Morpugo, *Mycenaeae Graecitatis Lexicon,* Roma, 1963.

— J. Chadwick-L. Baumbac, *The Mycenaean Greek Vocabulary,* II en *Glotta,* 41, 1963, pág. 151 sgs.

— M. Lejeune, *Index inverse du grec mycénien,* París, 1964.

El vocabulario contenido en la parte IV de la segunda edición de los *Documents* constituye un óptimo instrumento de trabajo. Hay que añadir el reciente trabajo de J. P. Olivier, L. Godart, C. Seydel,

C. Sourvinou, *Index généraux du Linéaire B,* Roma, 1973, donde se recoge el patrimonio lexical micénico, provisto de índice inverso, ideogramas, grupos de silabogramas que contienen silabogramas todavía no transcritos, lista alfabética de los grupos de silabogramas y de los ideogramas de Knossos, grupos de silabogramas en inscripciones de vasijas, lista de los prefijos usados en las ediciones recientes de las tablillas de Knossos, Pilos y Micenas (antes de la publicación del *Corpus,* de A. Sacconi), lista de las tablillas de Pilos, Knossos y Micenas y la tabla de los signos para los silabogramas y los ideogramas.

c) Recopilaciones de textos:

Ya se han indicado, en la introducción a la segunda parte, las recopilaciones más recientes de las tablillas de Pilos, Micenas, Knossos y Tebas. Solamente añadimos:

1. Referencias bibliográficas relativas a los textos recientemente encontrados en Tirinto:

— Fragmento de tablilla encontrado bajo la acrópolis en 1966: en *Archailogikon Deltion* 21, 1966, II, 1, pág. 130; cfr. también en *Kadmos* 7, 1968, pág. 183, y en *Nestor,* 1 enero 1969, pág. 575; reeditado por A. Sacconi en *Il cipero nei testi micenei ed altri saggi,* Roma, 1974, pág. 24.

— Fragmentos de tablillas y fragmento de inscripción en vaso encontrados durante las excavaciones dirigidas por el Deutsches Archaeologisches Institut en 1971: L. Godart-J. P. Olivier, en *Athens Annals of Archaeology,* VII, 1974, pág. 25 y sgs.; íd. en *Tiryns* VIII, *Forschungen und Berichte,* 1975, donde se lleva a cabo también un interesante análisis interpretativo sobre algunos problemas de estructuración social en la sociedad micénica.

— L. Godart, J. P. Olivier, U. Naumann, *Cinquième fragment de tablette en Linéaire B de Tirynthe* (en prensa).

2. Recopilaciones de inscripciones en vasos:

— J. Raison, *Les vases à inscriptions peintes de l'age mycénien et leur contexte archéologique,* Roma, 1968 (análisis válido sobre todo desde el punto de vista arqueológico).

— A. Sacconi, *Corpus delle iscrizioni vascolari in Lineare B,* Roma, 1974 (edición primordial, completa desde el punto de vista epigráfico).

d) Los escribas y la administración burocrática:

En las introducciones epigráficas y gramaticales arriba citadas se pueden encontrar noticias e informaciones generales sobre el tema. Entre los numerosos trabajos especializados recordamos:

— J. Chadwick, *The Organisation of the Mycenaean Archives,* en *Studia,* Mycenaea, Brno, 1968, pág. 11 y sgs.

— Id., *Burocracia di uno stato miceneo,* en *Rivista di filologia e di istruzione classica,* 40, 1962, pág. 337 y sgs.

— I. Tegyey, *Die Organisation des Pylischen Staates,* en *Acta Antiqua Acad. Scient. Hung.,* 15, 1967, pág. 225 y sgs.

— Id., *Some Aspects of Mycenaean Archives and Economy,* en *Acta Classica Inv. Scient Debrecen.,* 5, 1969, pág. 129 y sgs.

— J. P. Olivier, *Les scribes de Cnossos. Essai de classement des archives d'un Palais Mycénien.* Roma, 1967.

— Id., *Pinacologie mycénien,* en *Atti Congr. int. micenologia.* Roma, 1968, vol. II, pág. 507 y sgs.

— L. Godart, *L'archivistica minoico-micenea,* ponencia presentada en el 4. Intern. Cretological Congress, Iraklion, 1976.

Recuérdese finalmente: el óptimo trabajo, ya varias veces citado, de S. Hiller y O. Panagl, *Die frühgriechischen Texte aus mykenischer Zeit,* Darmstadt, 1976, que representa una valiosa guía para todos los problemas presentados por los documentos micénicos; los tres volúmenes de la recopilación de ensayos de M. Lejeune, con el título de *Mémoires de philologie mycénienne,* editados respectivamente en París, 1958; Roma, 1971; Roma, 1972, cuyo volumen tercero contiene un índice de las palabras, de las tablillas y de los temas tratados en toda la obra. Recuérdense finalmente dos trabajos de recopilación documental de gran utilidad: M. Lindgren, *The People of Pylos. Prosopographical and Methodological Studies in the Pylos Archives,* vols. I-II, Upsala, 1973; Y. Duhoux, *Aspects du vocabulaire économique mycénien,* Amsterdam, 1976.

II. REVISTAS ESPECIALIZADAS, CONGRESOS, SERIES

Numerosas colaboraciones, en el campo arqueológico, aparecen en gran número de revistas. Ténganse presentes en especial:

— *Bulletin de correspondance hellénique* (París).

— *Annuario della scuola archeologica d'Atene* (Roma).

— *Annual of the British School of Athens* (Londres).

— *American Journal of Archeology* (New York).

— *Mitteilungen des Deutschen Archaeologischen Instituts,* Abt. Athen (Atenas).

— *Hesperia,* Journal of the American School of Classical Studies at Athens (Atenas).

— *Journal of Hellenic Studies,* Univ. of London (Londres).

Las noticas sobre descubrimientos aparecen principalmente en las siguientes revistas griegas, editadas en Atenas:

— *Archaiologikon Deltion.*

— *Ephemeris Archaiologike.*

— *Archaiologika Analekta ex Athenon.*

— *Kretika Chronika.*

— *Praktika tes en Athenais Archaiologikes Etaireias.*

— *To Ergon tes Archailogikes Etaireias.*

Existen, además, un cierto número de revistas especializadas en el campo egeo-micénico:

— *Kadmos, Zeitschrift für Vor- und frühgriechische Epigraphik* (Berlín).

— *Minos, revista de filología egea* (Salamanca).

— *Studi micenei ed egeo-anatolici,* Istituto di studi micenei ed egeo-anatolici (Roma).

En estas revistas, periódicamente, se encuentran también reseñas bibliográficas en general y sobre determinados temas.

Las siguientes revistas constituyen instrumentos especialmente interesantes:

— *Nestor,* Istitute for Research in the Humanities, University of

Wisconsin, publicada en forma de hojas de actualidad, con la finalidad de tener informados a los especialistas sobre las nuevas publicaciones, especiales descubrimientos y discusiones en el campo egeo (índices generales por autores y por temas al final de cada año).

— *Studies in Mycenaean Inscriptions and Dialect,* Institute of Classical Studies of the University of London (cuyos primeros diez números recogieron en un único volumen, publicado en Roma en la serie *Incunabula Graeca,* XX, 1968, a cargo de L. Baumbach), que tiene igual carácter bibliográfico, pero en el sector más específicamente filológico-histórico, y contiene útiles índices sobre el tema.

— *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of London,* desde 1966 publica los resúmenes de los trabajos presentados en el Seminario micénico de la misma universidad cada año.

Entre las reseñas de información bibliográfica lingüística se encuentran las tres siguientes publicaciones que dedican una sección a la micenología:

— *Bibliographie Linguistique. Comité International Permanent des Linguistes,* Utrecht-Anverse (anual).

— *Die Sprache. Zeitschrift für Sprachwissenschaft,* Wien (semestral).

— *L'anné philologique. Bibliographie critique et analitique de l'antiquité gréco-latine.* Les Belles Lettres. París (anual).

Se recuerdan los siguientes congresos sobre temas de historia y filología micénicas:

— *Etudes mycéniennes.* Acts du Colloque international sur les textes mycéniennes (Gif-sur-Yvette, 3-7 Avril 1956), ed. a cargo de M. Lejeune.

— *Atti 2.º Colloquio internazionale di studi minoico-micenei,* Pavia, 1-5 sttembre 1958, publicadas en *Athenaeum,* 46, 1958, pág. 229 y sgs.

— *Mycenaean Studies. Proceedings of the Third International Coloquium for Mycenaean Studies,* Wingspread, 4-8 september, 1961; ed. a cargo de E. L. Bennett, Madison, 1964.

— *Proceedings of the Cambridge Colloquium on Mycenaean Studies,* 8-12 April 1965; ed. a cargo de L. R. Palmer y J. Chadwick, Cambridge, 1966.

— *Studia Mycenaea. Proceedings of the Mycenaean Symposium,* Brno, April 1966; ed. a cargo de A. Bartonék, Brno, 1968.

— *Atti e memorie del 1.º Congresso internazionale di micenologia,* Roma, 29 settembre-3 ottobre 1967, Roma, 1968.

— *Acta Mycenaea. Proceedings of the Fifth International Colloquium on Mycenaean Studies,* Salamanca, 30.3-3.4 1970; ed. a cargo de M. S. Ruipérez, Salamanca, 1972.

— *6.ᵉ Colloque international des études mycéniennes à Chaumont* (Neuchâtel), 7-13 septembre 1975 (Actas en preparación; cfr. las reseñas publicadas en *Kadmos* 15 y *Studi micenei ed* egeo-anatolici XVII).

Finalmente, existen series de monografías que se refieren espe-

cialmente al mundo egeo durante el segundo milenio; entre éstas señalamos:

— *Studies in Mediterranean Archaelogy* (Lund, Suecia).

— *Incunabula Graeca* (Istituto di studi micenei ed egeo-anatolici, Roma).

— *Archaelogia Homerica* (a cargo del Deutsches Archaelogisches Institut, Berlin).

III. CENTROS MAS IMPORTANTES Y GEOGRAFIA DE GRECIA EN LA EPOCA MICENICA

En las notas de la primera parte se indicaron los trabajos de carácter general relacionados tanto con los hallazgos arqueológicos efectuados en los centros principales como los estudios, bien de carácter arquitectónico, bien de carácter topográfico, de los monumentos y del territorio griego (especialmente, cfr. la nota 8 a la colaboración de G. Childe). En esta parte documental ofrecemos las plantas de los centros más importantes (Pilos, Micenas, Tirinto, Gla, Atenas), los esquemas de los tipos de tumbas de *tholos* y de cámara, la distribución de los principales lugares y el mapa de Mesenia con la indicación de la posible localización de los poblados a que se refieren las tablillas de Pilos (cfr. sobre el tema, la nota 15 de la colaboración de Ventris y Chadwick sobre el uso y la posesión de la tierra, incluido en la segunda parte).

Además, para los seis centros más conocidos especialmente tratados (Pilos, Micenas, Tirinto, Tebas, Gla, Atenas) hay que tener presentes algunas referencias bibliográficas fundamentales:

Pilos:

— G. W. Blegen-M. Rawson, *A Guide to the Palace of Nestor,* Cincinnati, 1962; íd., *The Palace of Nestor at Pylos in Western Messenia,* Princeton: I vol., 1966: *The Buildings and their Contents.* II vol., 1969: *The Frescoes.* III vol., 1973: *Acropolis and lower Town, Tholoi, Grave Circle and Chamber Tombs, Discoveries outside the Citadel.*

Micenas:

— A. J. B. Wace, Mycenae. *An Archaeological History and Guide,* Princeton, 1949.

— G. Mylonas, *Ancient Mycenae: The Capital City of Agamennon,* Princenton, 1975; íd., *Mycenae and the Mycenaean Age,* Princenton, 1966.

Tirinto:

— Volúmenes I-VIII titulados *Tiryns,* editados a cargo del Deutsches Archaeologisches Institut de Atenas, respectivamente, de 1912 a 1975: vol. I, 1912; vol. II, 1912; vol. III, 1930; vol. IV, 1938; vol. V, 1972; vol. VI, 1973; vol. VII, 1974; vol. VIII, 1975. (Todos los volúmenes publicados hasta 1938 se han reeditado por el Deutsches Archaeologisches Institut, que continuó la serie). Véase también el reciente volumen compendio AA.VV., *Führer durch Tiryns,* Atenas, 1975.

Tebas:

— S. Symeonoglou, *Kadmeia I. Mycenaean Finds from Thebes,* Göteborg, 1973.
— T. G. Spyropoulos, *The Thebes Tablets II,* Salamanca, 1975, parte I: *The Excavation.*

Gla:

— A. De Ridder, *Fouilles de Gla,* en *Bulletin de correspondance hellénique,* 18, 1894.
— E. Kenny, *The Ancient Drainage of the Copaïs,* en *Liverpool Annals of Art and Archaeology,* 22, 1935.
Otra bibliografía más especializada en N. Schoufopoulos, *Mycenaean Citadels, Göteborg, 1971, pág. 68 (s. v. Gla).*

Atenas:

— S. Iakovidis, *E Mykenaike Akropolis ton Athenon,* Athenai, 1962.
— S. A. Immerwahr, *The Athenian Agora,* XIII: *The Neolithic and the Bronze Age,* Princeton, 1971.
Sobre el estudio del territorio griego en la época micénica, además de los ensayos ya recordados de Hope-Simpson, McDonald, Alin y Scoufopoulos, téngase presentes los siguientes artículos o ensayos:
— E. W. Kase, *Mycenaean Roads in Phocis,* en *American Journal of Archaeology 77, 1973, pág. 74 y sgs.*
— J. Lawrence Angel, *Ecology and Population in the Eastern Mediterranean,* en *World Archaeology,* 4, I, 1972.

C. Renfrew, *Patterns of Population Growth in the Prehistoric Aegean,* en *Man, Settlement and Urbanism,* ed. by P. J. Ucko-R. Tringham-G. W. Dimbleby, London, 1972, pág. 383 y sgs.; id., en *The Emergence of Civilisation,* London, 1972, caps. XIV-XV.
— W. A. McDonald-R. Hope-Simpson, *Prehistoric Habitation in Southwestern Peloponnese,* en *American Journal of Archaeology,* 65, 1961, pág. 221 y sgs.
— W. A. McDonald, *Overlands Communications in Grece during LH III, with Special Reference to Southwest Peloponnese,* en *Mycenaen Studies,* Madison, 1964, pág. 217 y sgs.
— W. A. McDonald-R. Hope-Simpson, *Further Exploration in Southwstern Peloponnese,* en *American Journal of Archaeology,* 68, 1964, pág. 229 y sgs.
— W. A. McDonald, *Archaeological Prospecting in Greek Lands,* en *Archaeology,* 17, 1964, pág. 112 y sgs.; íd., *Exploration in Messenia,* Atti I Congresso internazionale micenologia, Roma, 1968, pág. 131 y sgs.
— W. A. McDonald-R. Hope-Simpson, *Further Exploration in Southwestern Peloponnese,* en *American Journal of Archaeology,* 73, 1969, pág. 123 y sgs.

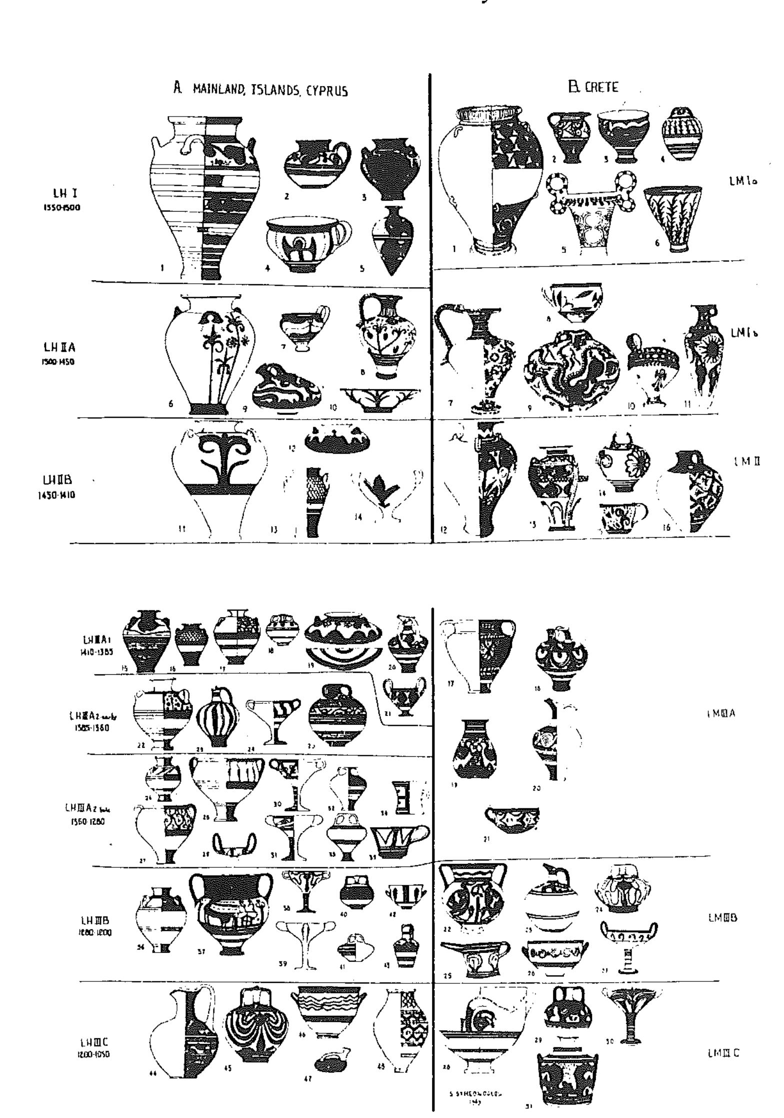
Cronología

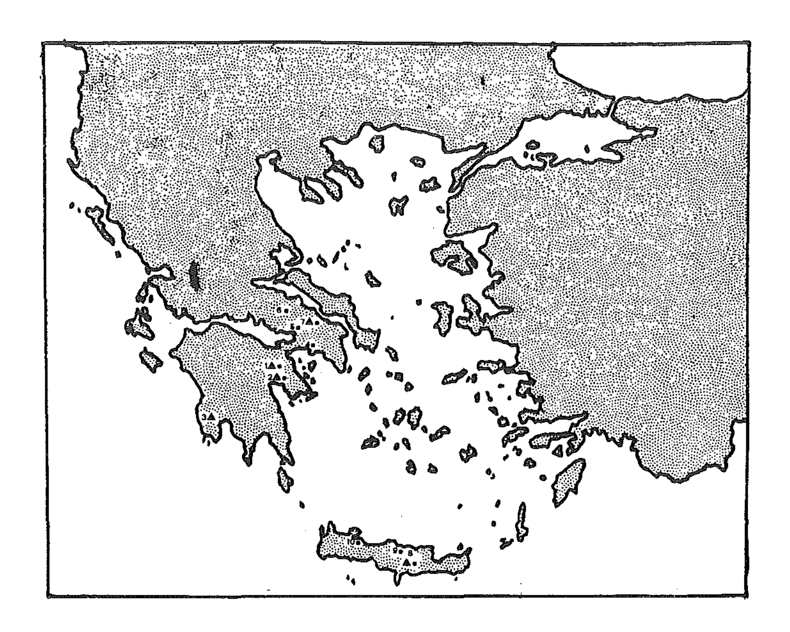
Esquema cronológico de Grecia y de la isla de Creta durante el Bronce Tardío, según los tipos de cerámica más significativos. (LH = = Late Helladic = Heládico Tardío o Micénico = Edad del Bronce Tardío en Grecia; LM = Late Minoan = Minoico Tardío = Edad del Bronce Tardío en Creta).

Este esquema cronológico, que varía sensiblemente respecto al esquema presentado por Chester Starr (cfr. 1.ª parte) lo reconsidera Symeonoglou (en *American Journal of Archaeology,* 74), quien se ha basado, para las correcciones del LH IIIB-C respecto a la cronología tradicional de Furumark, en el trabajo de V. R d'A. Desborough *(The Last Mycenaeans...,* op. cit.).

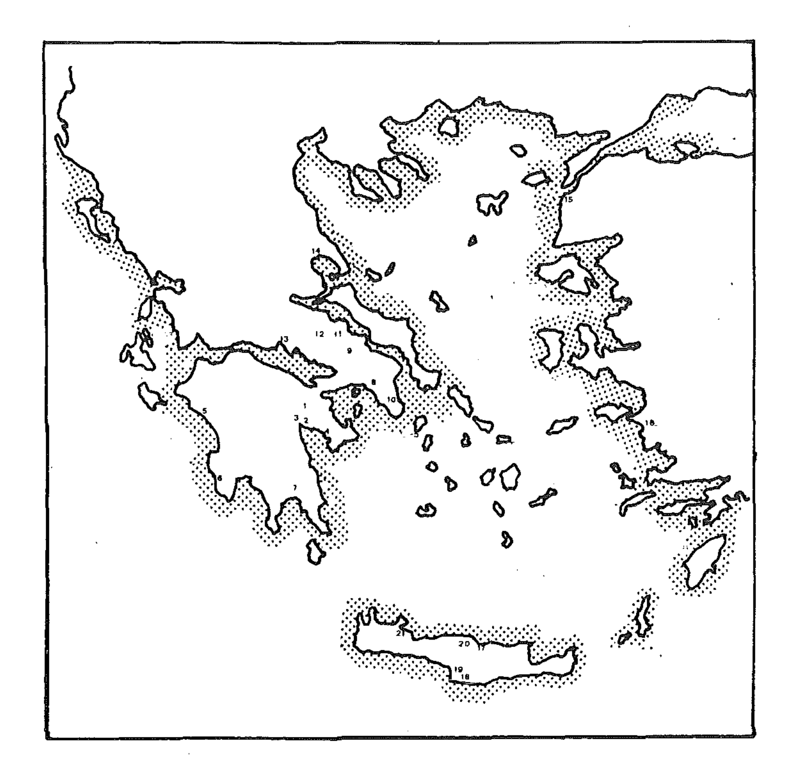
Téngase presente que se trata de *uno* de los ordenamientos cronológicos posibles (véanse, por ejemplo, las sensibles variaciones del esquema ofrecido por W. Hankey y P. Warren en su reciente aportación *The Absolute Chronology of the Aegean Late Bronze Age,* op. cit). Para los trabajos aquí citados y para otras contribuciones sobre la cronología egea fundadas en el análisis de las cerámicas, véase lo indicado en la nota 14 a la colaboración de Chester Starr (1.ª parte).

Tabla de la cerámica micénica y tardo-minoica

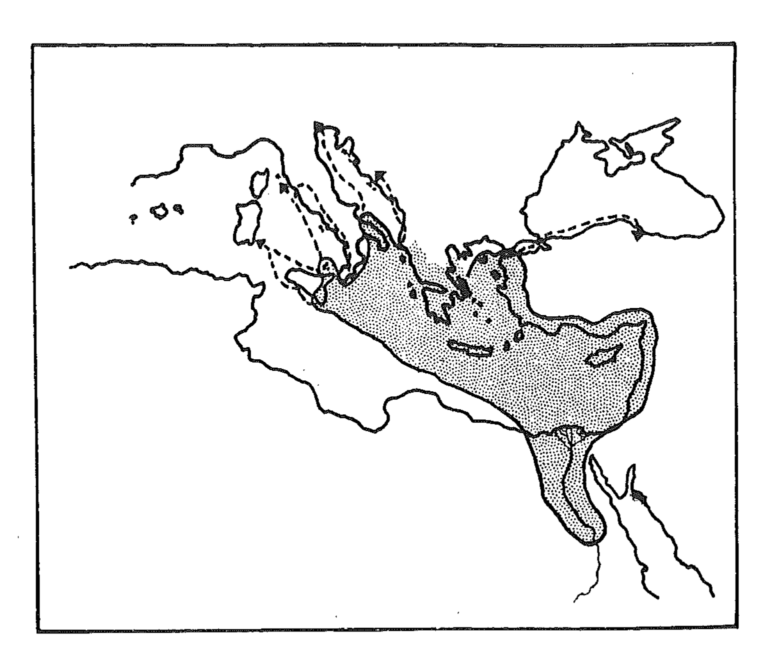




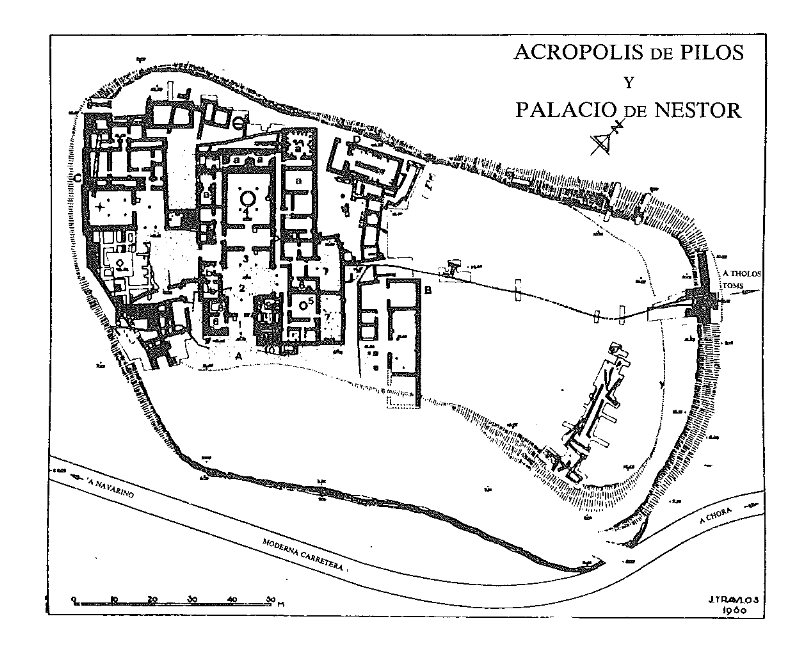
Mapa de distribución de los lugares en que se han encontrado inscripciones en Lineal B. Signos convencionales: ▲ Hallazgos de tablillas; ■ inscripciones en vasos. Lugares: 1, Micenas; 2, Tirinto; 3, Pilos: 4, Eleusis; 6, Orcomeno; 7, Tebas; 8, Knossos; 9, Mameluco; 10, Kania.



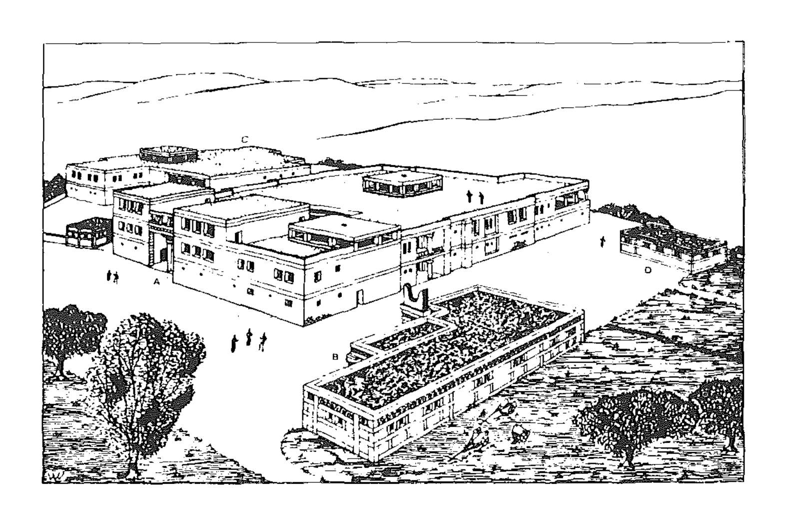
Mapa de los principales y más famosos lugares micénicos: 1, Micenas; 2, Tirinto; 3, Argos; 4, Asine; 5, Kakovatos; 6, Pilos; 7, Vafio; 8, Atenas; 9, Tebas; 10, Perati; 11, Gla; 12, Orcomeno; 13, Delfos; 14, Yolco; 15, Troya; 16, Mileto; 17, Knossos; 18, Festos; 19, Hagia Triada; 20, Tiliso; 21, Kania.



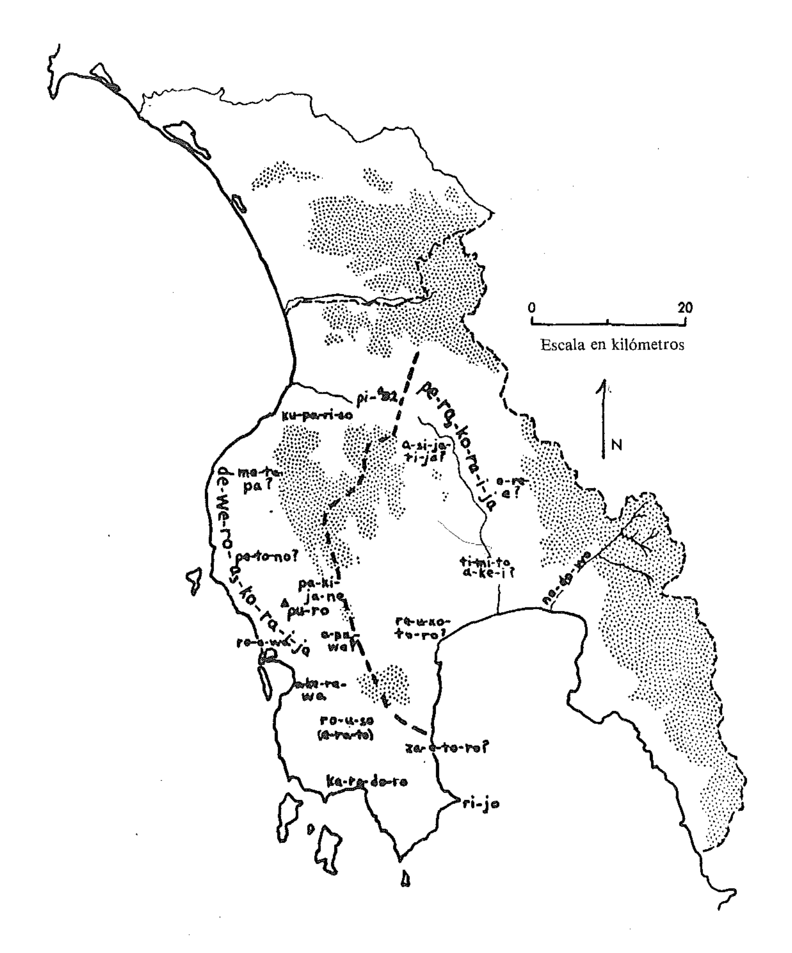
Mapa esquemático de la expansión comercial micénica en el Mediterráneo (basado en la distribución de las cerámicas de importación del MYC I-II al MYC IIIB-C). Signos convencionales: [trama punteada] área de penetración directa, dependiente del establecimiento de puntos fijos de apoyo; – — —→ direcciones de penetración indirecta o secundaria.



Ciudadela de Pilos: A) Palacio principal: 1, Pórtico de entrada; 2, Patio interior; 3, Pórtico interior de entrada al megarón; 4, Megarón con la sala del trono; 5, Sala de representación (llamada «sala de la reina»); 6, Baño; 7, Patios secundarios; 8, Archivos; 9, Cuerpo de guardia; 10, Torre (?); a) Almacenes; b) Zonas de servicio y comunicación; B) Urbanización nororiental; C) Urbanización noroccidental; D) Almacén de vino (según Blegen).

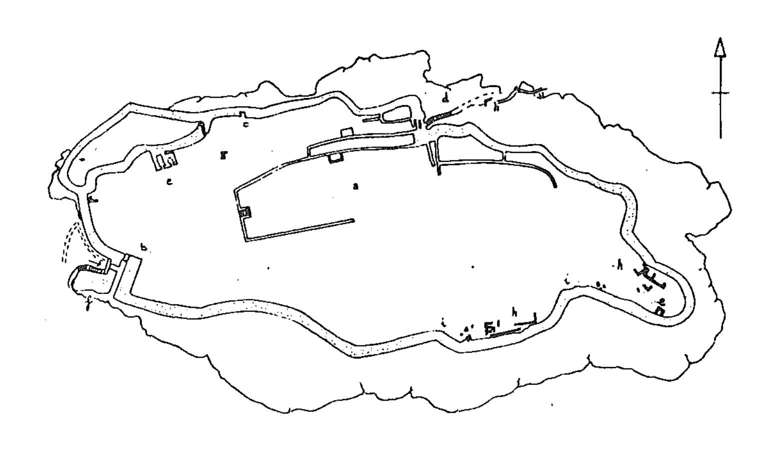


Ciudadela de Pilos: Reconstrucción ideal (según McDonald).

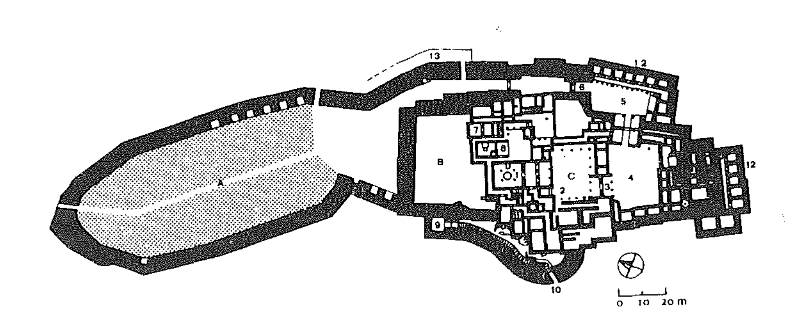


Mapa de Mesenia con la supuesta localización de los lugares mencionados en las tablillas micénicas: La localización de Pilos (en el mapa *Pu-ro)* es el único punto de referencia seguro; la *de-we-ro-a3-ko-ra-i-ja* y la *pe-ra-3-ko-ra-i-ja,* señaladas con caracteres más grandes, representan las dos provincias en que se dividía el territorio de Pilos (cfr. nota 15 a la colaboración de Ventris y Chadwick sobre el uso y posesión de la tierra).

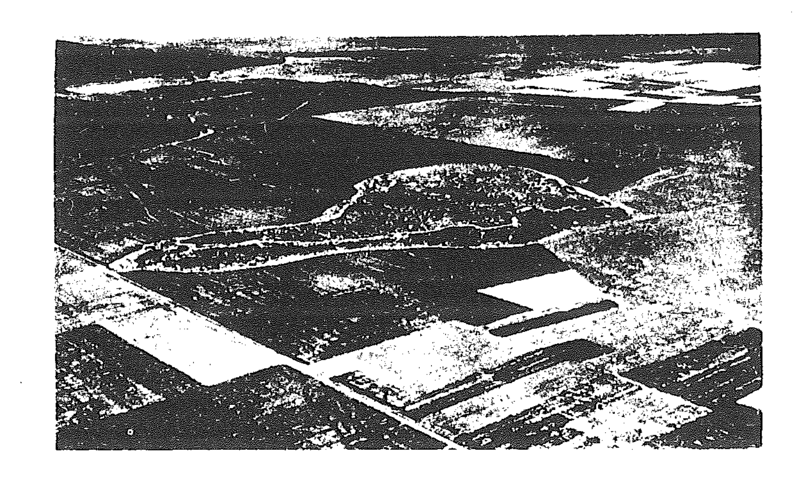
Signos convencionales: [símbolo punteado] zonas a más de 500 m. sobre el nivel del mar; — — — límite entre las dos provincias de Pilos; - - - - - subdivisiones territoriales modernas (según Chadwick).



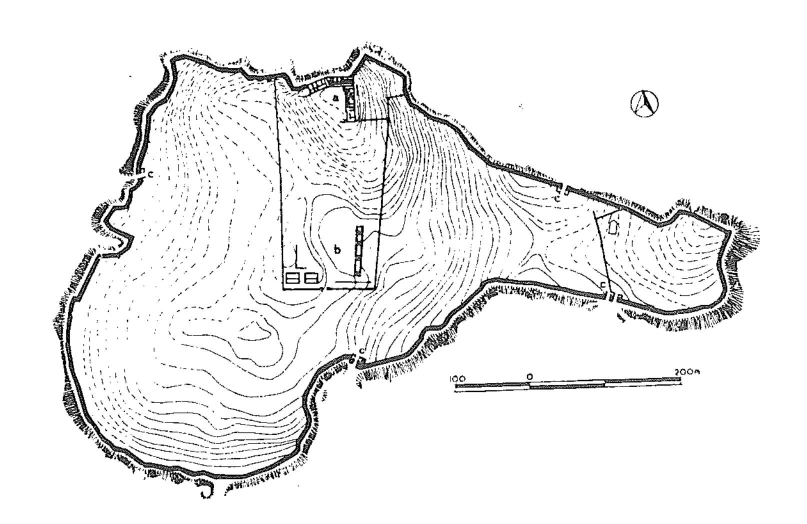
Acrópolis de Atenas: Estructura de la ciudadela micénica: a) Recinto del palacio; b) Entrada con doble puerta; c) Fuente; d) Acceso norte; e) Cuerpo de guardia; f) Torre; g) Acceso del sudoeste; h) Casas; i) Tumbas (según Vermeule).



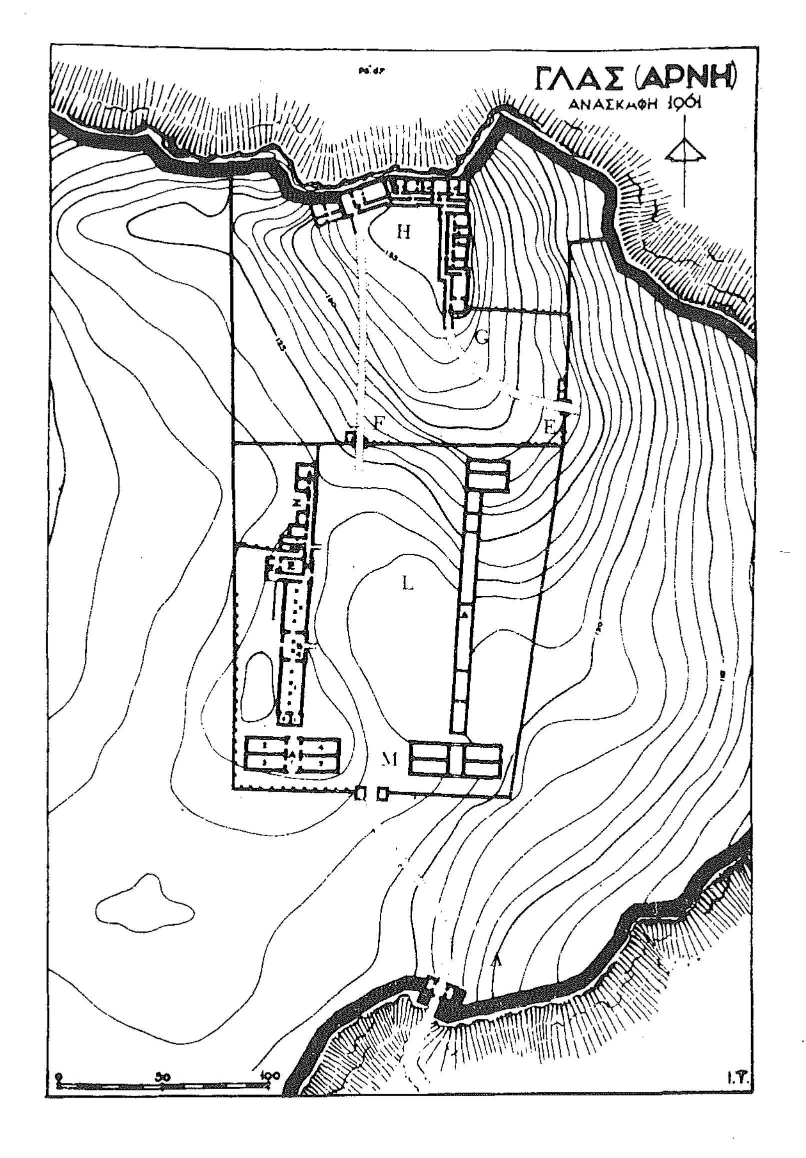
Titinto: A) Ciudadela baja; B) Ciudadela media; C) Ciudadela alta, emplazamiento del palacio: 1) Megarón con la sala del trono; 2) Patio interior; 3) Propileo interior; 4) Patio exterior; 5) Explanada de acceso; 6) Portón interior; 7-8) Megaras secundarios; 9) Torre; 10) Acceso occidental; 11) Baño; 12) Casamatas; 13) Rampa de acceso (según Buchholz-Karageorghis).



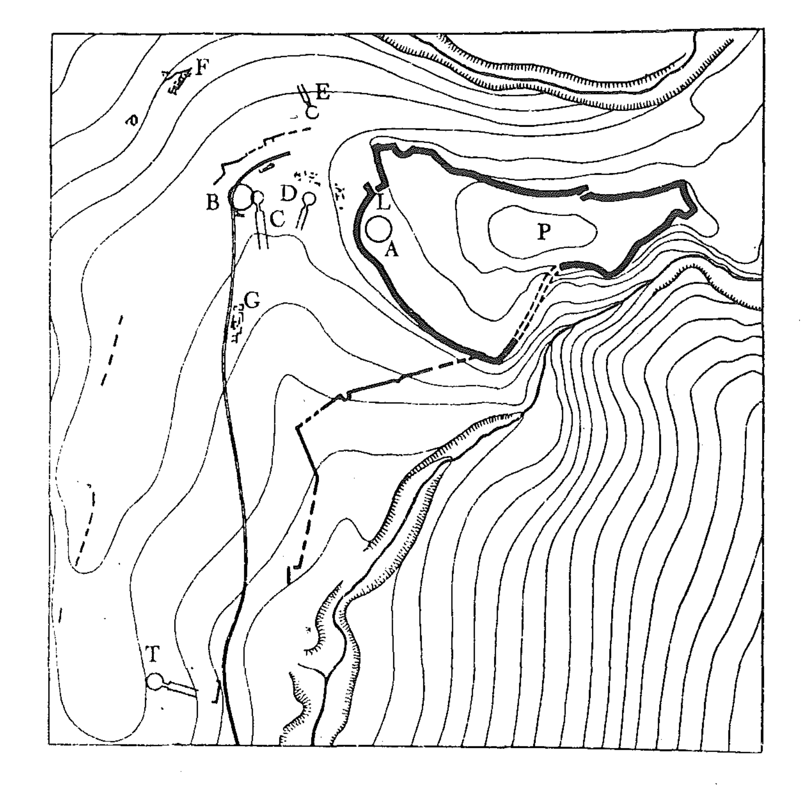
Ciudadela de Gla: Foto aérea que representa la originaria situación de «isla», que tenía la ciudadela antes de que el lago de Copais fuera desecado. Zonas que se identifican: a) Zona del palacio; b) Zona llamada del ágora; c) Accesos a la ciudadela (según Mylonas).



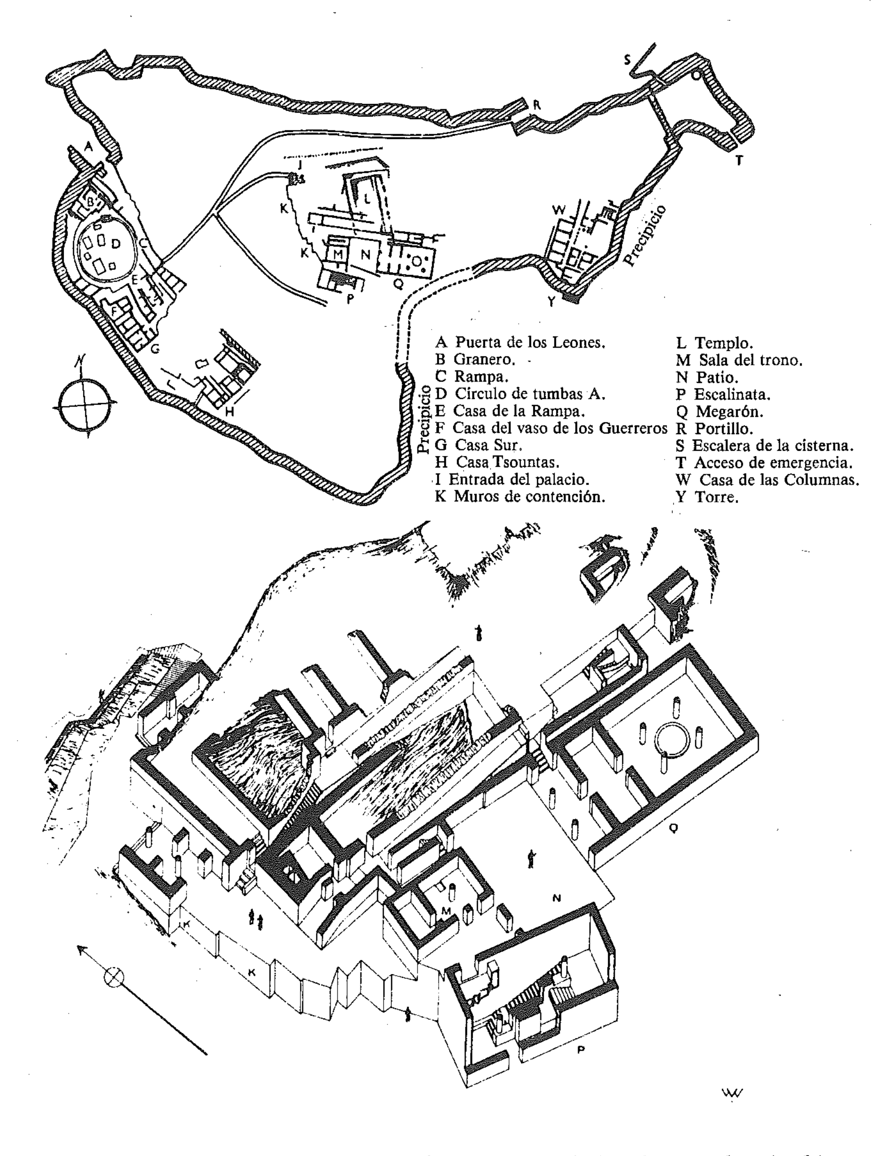
Ciudadela de Gla: Planta de su estructura y del trazado de las murallas: a) Palacio; b) Zona llamada del ágora; c) Accesos a la ciudadela (según Taylour).



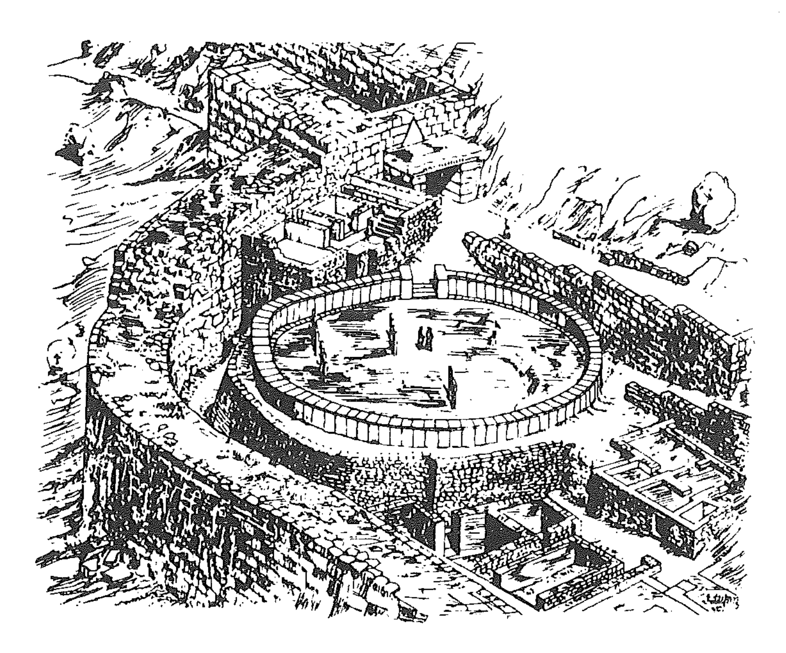
Gla: Instalaciones urbanas de la ciudadela: E) Acceso oriental con el cuerpo de guardia; F) Acceso del sur con el cuerpo de guardia; G) Entrada sudoriental al palacio; H) Entrada sudoccidental al palacio; L) Zona libre (llamada ágora) de uso incierto, flanqueada por construcciones probablemente comerciales; M) Entrada sur al ágora, comunicada con la entrada sur de la ciudadela (A) (según Mylonas).



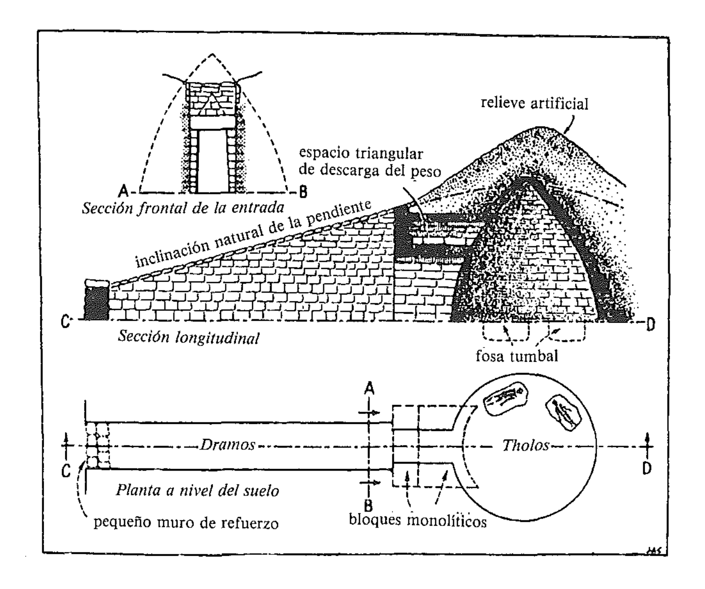
Topografía de Micenas y de la zona circundante: A) Círculo A de las tumbas de fosa; B) Círculo B de las tumbas de fosa; C) Tumba (de *tholos)* de Clitemnestra; D) Tumba (de *tholos)* de Egisto; E) Tumba de los Leones; F) Casa del Comerciante de Vinos; S) Casa del Comerciante de Aceite; L) Puerta de los Leones; P) Palacio; T) Tesoro de Atreo (según Mylonas).



Ciudadela de Micenas: a) Planta general (según Taylour); b) Axonometría reconstructiva del palacio (con los mismos signos convencionales que la planta general) (según McDonald).



Reconstrucción ideal del Círculo A de las tumbas de fosa en Micenas y de la zona interior de la ciudadela adyacente a la Puerta de los Leones (según Piet de Jong).



a) Reconstrucción esquemática de una tumba *de tholos* (según Wace-Stubbings).

b) Reconstrucción esquemática de una tumba de cámara (según Wace-Stubbings).

Sección frontal del dromos
inclinación de la pendiente
roca
piedras
para bloquear
la entrada
cámara
de sepultura
C
D
Sección longitudinal
corredor de entrada *(dromos)*
cámara
de sepultura
C
D
Planta

APENDICE BIBLIOGRAFICO-CRITICO

Las indicaciones bibliográficas que aquí se recogen separadamente se refieren a debates recientes o a trabajos que abordan tanto los problemas directamente tratados en este volumen como los temas considerados solamente de pasada, debido a su complejidad.

Reunimos, como breve apéndice, las principales publicaciones, completándolas con breves comentarios.

A. *Congresos, reuniones, recopilaciones:*

— *Dal sillabario minoico all'alfabeto greco:* recopilación de ensayos publicada en *La Parola del passato* XXXI, 1976 (con particular atención a las colaboraciones de L. Godart, *La scrittura Lineare A;* íd., *A proposito delle edizioni di iscrizioni vascolari;* A. Sacconi, *La scrittura lineare B).*

— *Die Agäische Frühzeit. Forschyngsberucht über die Ausgrabungen im letztem Jahrzehnt und über ihre Ergebnisse für unser Geschichtsbild,* Bd. 1: *Die vormykenische Periode,* Wien, 1976, a cargo de F. Schachermeyr.

— *La civiltà micenea: guida storica e critica:* recopilación de ensayos de varios autores traducidos al italiano a cargo de G. Maddoli, Bari, 1977 (con especial atención al ensayo inédito de L. Godart, *L'economia dei Palazzi;* al ensayo inédito de G. Maddoli, *La società e le istituzioni;* al ensayo de A. Sacconi, *La scrittura micenea,* que es una reelaboración de parte del volumen *Introduzione ad un corso...,* op. cit., en la sección documental, añadiendo para las tablas de silabogramas e ideogramas las nuevas lecturas fijadas durante los trabajos del Coloquio de estudios micénicos celebrado en Chaumont, en 1975).

— *Mycenaean Geography:* Proceedings of the Cambridge Colloquium (September, 1976). Ed. J. Bintliff, Cambridge, 1977.

B. *Monografías de carácter histórico general:*

— J. Chadwick, *El Mundo Micénico,* Alianza Univ. 204. Madrid 1974 (trad. esp.).

— J. T. Hooker, *Mycenaean Greece,* London, 1977.

— O. Pelon, *Tholoi, Tumuli et Cercles Funéraires. Recherches sur les monuments funéraires de plan circulaire dans l'Egée de l'Age du Bronze,* París, 1976.

C. *Algunos problemas reconsiderados:*

1. En relación con los problemas sobre la formación de una leadership en el territorio griego alrededor de los siglos XVII-XVI a. de C. (cfr. las aportaciones de G. Childe, G. Bockisch y H. Geiss, C. Parain), se ha manifestado la inseguridad en la interpretación de los datos y la necesidad de una ampliación del cuadro histórico limitado a una visión marcadamente «guerrera» (por ejemplo, el ensayo de Bockisch y Geiss). Un cuadro dinámico y nuevo en parte (pero véase también la referencia al trabajo de O.P.T.K. Dickinson en la nota 4 a la colaboración de Childe) lo ofrece actualmente, a un nivel de reelaboración histórica general, el trabajo de J. T. Hooker, *Mycenaean Grecce,* op. cit., cap. 3. Desde esta perspectiva, debe añadirse el artículo-reseña de L. Vagnetti (en *Studi micenei ed egeo-anatolici,* XVIII, 1976, págs. 242-244) al trabajo de G. Mylonas 'Ο ταφικος... citado en la nota 4 a la colaboración de G. Childe. En lo que respecta a los datos sobre los niveles más antiguos de la ciudadela de Pilos, hay una puntualización referente a que se trata de obras de banqueo y no de defensa (como se indica en la nota 2 a la colaboración de G. Childe) en el trabajo de S. Iakovidis, *Gnomon,* 48, 1975, págs. 490-95 (en *The Palace of Nestor...,* op. cit.). Finalmente, por lo que se refiere al discutido período que va del siglo XX al XVIII a. de C., el trabajo de F. Schachermeyr, *Die Ägäische Frühzeit...,* op. cit. (especialmente: Parte IV, *La Edad Media del Bronce,* pág. 241 y sgs.) ofrece de manera sistemática una amplia selección de datos y de informaciones bibliográficas.

2. Por lo que se refiere a los datos proporcionados por las tablillas se han publicado numerosas aportaciones sobre temas específicos de diversa importancia (cfr. *Nestor,* vol. IV, pág. 1.073 y sgs. para una guía bibliográfica). Desde el punto de vista de una reelaboración histórica más amplia hay que señalar el ensayo de J. Chadwick, *El Mundo Micénico,* Alianza Univ. 204. Madrid 1974 (trad. esp.), op. cit., donde el investigador intenta reconstruir un cuadro orgánico de todos los aspectos de la sociedad micénica a través del único testimonio de los documentos escritos. En este ensayo se encuentran corregidos y ampliados los temas planteados en la segunda edición de los *Documents,* cuyo carácter de crestomatía razonada recogía de forma fragmentaria los comentarios a cada tablilla o las introducciones a las diferentes series.

De especial interés, precisamente en relación con las colaboraciones aquí recogidas, es el ensayo de L. Godart, *L'economia dei Palazzi* (en *La civiltà micenea,* op. cit., pág. 99 y sgs.), dedicado especialmente al aspecto económico de importancia fundamental que es la cría de ovinos y la producción y manufactura de la lana (véanse las indicaciones bibliográficas recogidas en la introducción a la segunda parte). El panorama que nos presenta el investigador de dicho sector económico (se demuestra especialmente interesante la aproximación de este sector productivo con el del trabajo del metal) se inserta en la doble visión de las relaciones palacio-centros rurales que surge de la yuxtaposición de las colaboraciones aquí presentadas: a) el palacio como simple receptor (¿también a través de posibles instituciones religiosas?) interesado en un determinado número de productos de primera necesidad, establecidos en proporción fija y no intercambiables, señalados tanto en base a la posible «población fiscal» de los centros rurales como en base a los lotes de terreno detentados por algunas categorías de personas; b) el palacio como explotador (?)/aprovechador, pero también organizador, de un determinado depósito de fuerza-trabajo especializada en los sectores que podían integrarse en el circuito de circulación de bienes/mercancías que lo relacionaban con los centros de adquisición y cambio en la cuenca del Mediterráneo (véase sobre el tema cuanto se ha dicho en la introducción y en la nota 7 a la colaboración de K. Polanyi).

D. *El problema de los dorios y la ubicación dialectal del «micénico».*

En la selección de las colaboraciones que se han recogido en este libro se ha evitado voluntariamente abordar temas especialmente complejos relacionados con la vieja polémica sobre una definición dialectal del «micénico» (tal y como nos lo han transmitido las tablillas en Lineal B). Esta selección está motivada por el hecho de que un tratamiento, por sucinto que sea, del tema supondría una serie de análisis y de reflexiones de carácter exquisitamente técnico-lingüístico que irían más allá de los fines que se proponía el trabajo.

Es más, el desarrollo que esta discusión ha adquirido en estos últimos meses aborda de cerca algunos problemas que aquí se tratan directamente: sobre todo el de la composición y estratificación social dentro del fenómeno cultural micénico.

Por tanto, se ha considerado oportuno señalar brevemente todo el problema e ilustrar esquemáticamente el debate, todavía en curso, en forma de breve apéndice informativo.

Hay que hacer dos advertencias fundamentales:

1. Tratándose de un apéndice esquemático, no se pretende en absoluto que sea completo; por otra parte, las mismas informaciones bibliográficas a las que se haga referencia no son más que puntos de orientación dentro de un imponente volumen de escritos de diferentes planteamientos y distinto nivel (una reseña bibliográfica actuali-

zada hasta 1975 y suficientemente sistematizada se encuentra en el trabajo de S. Hiller-O. Panagl, *Die frühgriechischen Texte...*, op. cit., pág. 93 y sgs.).

2. La perspectiva bajo la que se considerará la discusión es extremadamente limitada: afecta, en realidad, solamente a las implicaciones histórico-sociales que comprenden los diferentes planteamientos y soluciones del debate.

Ante todo se puede formular como punto de partida la visión tradicional de los hechos históricos.

1. El descifrado de la Lineal B tuvo como inmediata consecuencia un desplazamiento hacia atrás en el tiempo (generalmente a principios del II milenío) de la colocación del fenómeno de infiltración (o invasión) en la Grecia clásica de los grupos parlantes de una forma arcaica del griego.

2. Un problema que se presentó casi inmediatamente a los investigadores fue puntualizar de qué tipo o de qué especie de dialecto griego se trataba, en relación con los grupos dialectales conocidos del I milenio, así como las consecuencias que dicha puntualización pudieran tener en la reconstrucción histórica de los mismos dialectos griegos (véase, por ejemplo, el famoso artículo de E. Risch, *Die Gliederung der griechischen Dialekte in neuer Sicht,* en *Museum Helveticum,* 12, 1955, pág. 61 y sgs.; también se puede encontrar una abundante bibliografía en Warren G. Cowgill, *Ancient Greek Dialectology in the Light of Mycenaean,* en *Ancient Indo-European Dialects,* H. Birnbaum-J. Puhvel, Ed. Berkeley-Los Angeles, 1966, pág. 27 y sgs.; J. Chadwick, *Greek and Pre-Greek,* en *Trans. of the Phil. Soc.,* 1969, pág. 80 y sgs.).

3. Son muy variadas las posiciones de los diferentes investigadores sobre este tema, cada uno tiende a resaltar las relaciones que el micénico pudiera presentar con uno u otro dialecto del primer milenio (cfr. *Die frühgriechischen Texte...,* op. cit.). En un punto, sin embargo, se ha producido el consenso general en el hecho de que el micénico no puede tener ninguna relación con los dialectos grecooccidentales. Lo que salva la veracidad histórica de la invasión doria (o presunta invasión doria) de la que se podía comprobar con exactitud su recuerdo en las fuentes literarias referentes al mítico retorno de los Heráclidas. Es más, precisamente este retorno/invasión habría determinado la caída de las ciudadelas micénicas, y, por lo tanto, de la misma civilización micénica, alrededor del final del siglo XIII.

4. Un importante adelanto en la metodología del planteamiento del problema se puede encontrar en el trabajo de E. Risch, *Les différences dialectales dans le mycénien,* en *Proc. Cambridge Colloquium on Myc. Studies,* Cambridge, 1966 (1964), pág. 150 y sgs.; íd., en *Studia Mycenaea, Proc. of the Myc. Symposium,* Brno, 1968, *Conclusions,* pág. 207 y sgs. (véase también el interesante debate entre los diferentes investigadores en *Atti, Appendix 1:* Dialectal Classification...).

El análisis de Risch tiene el mérito de partir directamente de un

estudio dentro del «micénico» y no de una comparación entre «micénico» y los dialectos del I milenio (comparación que, por las diferencias diacrónicas de los términos que contiene, no podía ser completamente correcta desde el punto de vista metodológico). Basándose en los progresos realizados contemporáneamente en la identificación de los diversos escribas en las *oficinas* de los palacios, Risch aisla una serie de variantes dentro de categorías fonéticas y morfológicas que se relacionan con determinadas *manos* de los escribas. Estas variantes (indicadas en su totalidad con el término «micénico especial») muestran características que se han encontrado más tarde en los dialectos del I milenio, mientras que las formas standard que caracterizan al «micénico» (indicadas con el término «micénico normal») aparecen como desarrollos originales, sin contactos ni subsiguientes evoluciones en los dialectos del I milenio).

Esta subdivisión indica, más o menos directamente, algunas implicaciones de carácter histórico-social y, sobre todo:

a) El «micénico» se sitúa como «lengua de corte» limitada a las clases que la componían.

b) Contemporáneamente se postulaba la existencia de dialectos solamente hablados en los ambientes donde precisamente se reclutaban los escribas que inadvertidamente incluyeron las variantes *especiales* en los documentos de los archivos.

5. El problema, diversamente discutido en los años siguientes (véase el *Appendix 1* en *Studia Mycenaea* antes citado), fue reconsiderado por Lejeune en una comunicación presentada al I Congreso internacional de micenología, Roma, 1967 *(Rapport sur le grec mycénien, Atti,* 1968, pág. 726 y sgs., ahora traducido al italiano en la recopilación *La civiltà micenea,* op. cit., pág. 141 y sgs.; véase también C. J. Ruijgh, en *Etudes sur la grammaire et le vocabulaire du grec mycénien,* Amsterdam, 1967, pág. 35 y sgs.), que demuestra cómo las supuestas innovaciones o características particulares del «micénico normal» de Risch pueden explicarse a la luz del desarrollo histórico del grupo dialectal definido como arcadio-chipriota. Las conclusiones a las que llegaba Lejeune se pueden sintetizar así:

a) «Micénico» como lengua de corte, o mejor como lengua artificial de cancillería construida sobre una base proto-arcadio-chipriota.

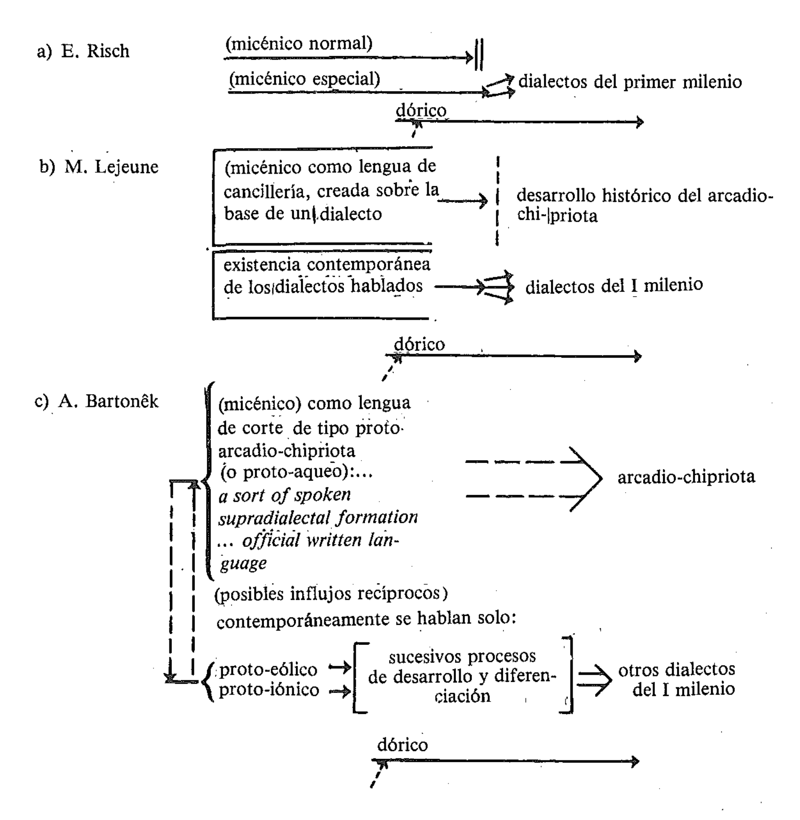
b) Consecuentemente, no se identificaba el micénico como arcadio-chipriota, sino al arcadio-chipriota como una evolución histórica del micénico.

c) Al mismo tiempo se afianzaba la existencia de otros posibles dialectos hablados contemporáneamente sobre el terriotorio griego (con la excepción del dórico, naturalmente), con indicios de las formas alternantes que aparecen más o menos esporádicamente en los documentos en Lineal B, cuya determinación geográfica, sin embargo, no es factible.

6. Finalmente, una puntualización de todo el problema la llevó a cabo A. Batonek en dos ponencias presentadas en el 5.° Coloquio

de Estudios Micénicos en Salamanca el año 1970 *(Relevance of the Linear B for the Classification of Mycenaean, pág. 329 y sgs.; The Brno Inquiry into the Problems of the Dialectal Classification of Mycenaean,* pág. 346 y sgs. de las Actas). El cuadro presentado por Bartonek, aunque en realidad replanteaba de forma más articulada lo que había propuesto Lejeune en el Congreso de Roma se fundaba en la identificación de un número determinado de isoglosas *relevantes* para la identificación de los grupos dialectales, es decir, de las isoglosas proyectables del I milenio, hacia atrás en el tiempo, sobre la situación confirmada del «micénico». El mismo autor no ocultaba lo peligroso y difícil que resulta una comparación entre una situación «de hecho», como la atestiguada en los documentos micénicos, y una «reconstruida», como la representada por las isoglosas que se consideran proyectables hacia atrás en el tiempo.

Si se quisiera representar esquemáticamente las tres posiciones principales surgidas de lo dicho hasta ahora, se podría sintetizar así:



7. Contemporáneamente, a partir de las investigaciones realizadas con anterioridad por Risch, el lingüista americano G. Nagy re-

consideraba el problema de la situación dialectal del micénico en un cuadro más amplio, que se puede resumir como sigue (cfr. *On Dialectal Anomalies in Pylian Texts,* en *Atti del I Congresso internazionale di micenologia,* Roma, 1968, pág. 663 y sgs.; *Greek Dialects and the Transformation of an Indo-European Process,* Harvard, 1970; junto con F. W. Householder, *Greek A Survey of Recent Work,* París, 1972):

nivel sincrónico	*a) Nivel sociolingüístico:* Escribas —agrupamientos de escribas— variantes (o errores) de los escribas en relación con los posibles orígenes de cada escriba.
	b) *Nivel fonológico y morfonológico:* Productividad y desarrollo en la productividad de los procesos de formación de las palabras bajo la influencia de fenómenos fonéticos y morfofonéticos.
nivel diacrónico	*c) En base de a. y b.:* reconstrucción del desarrollo, y, por tanto, de la oposición funcional, de determinadas isoglosas (con particular referencia a: {*τι-*: *-σι-*}, relacionadas con los fenómenos de palatalización.

El estudio del origen y del desarrollo de estas isoglosas, el análisis de su funcionalidad fase por fase de tal desarrollo, de la operatividad, fase por fase, de precisos procesos de formación de las palabras (en particular los adjetivos en *-τιος/-σιος*), hacía que Nagy viera en algunas de las variantes (llamadas «substandard forms») «anomalías» solamente explicables por la existencia, coetánea al dialecto cortesano (esto es, el «micénico» en su forma normal), de dialectos hablados pertenecientes al grupo tradicionalmente definido *-τι-*, es decir, no asibilantes (véase de todas maneras la explicación de los mismos fenómenos en micénico dada por Lejeune en *L'assibilation de ϑ devant ι en mycénien,* en *Atti del I Congresso di mic.,* op. cit., pág. 733 y sgs.).

Esta es, en síntesis, la crónica de los estudios más importantes hasta 1975.

Un salto cualitativo en la discusión significó la serie de colaboraciones presentadas contemporáneamente por J. Chadwick, *Who were the Dorians?,* en *La Parola del passato,* XXXI, pág. 103 y siguientes; *Der Beitrag der Sprachwissenschaft zur Rekonstruktion der griechischen Frühgeschichte,* en *Anzeiger der phil. hist. Klasse der Österreichischen Akademie der Wissenschaften,* 113, 1976, pág. 183 y sgs.; *The Mycenaean World,* op. cit.; *The Mycenaean Dorians,* en *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the Univ. of London,* 23, 1976, págs. 115-116.

Las investigaciones de Chadwick han puesto de manifiesto pers-

pectivas de análisis lingüístico y de reconstrucción histórica que se pueden resumir esquemáticamente de la siguiente manera:

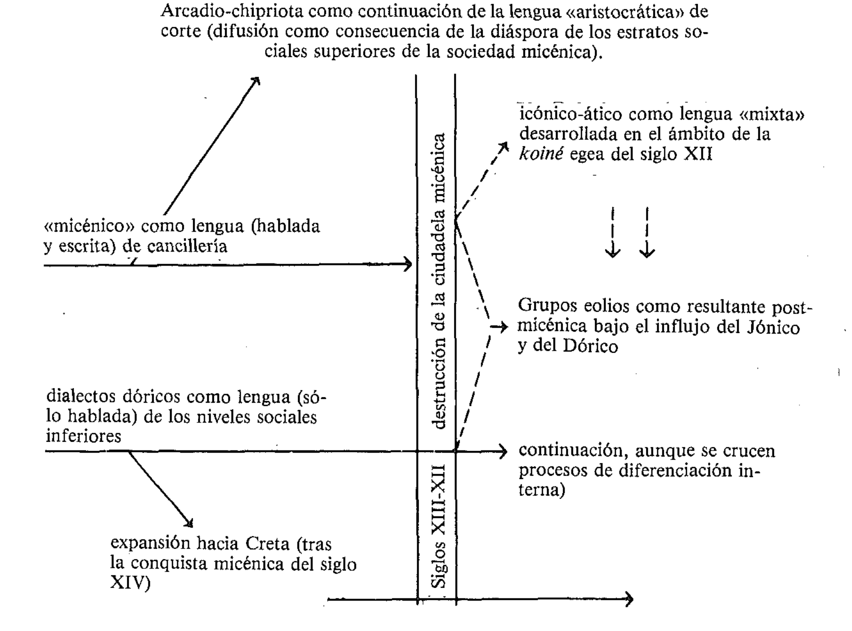
a) Las variantes que se encuentran en los documentos en Lineal B se explican de modo satisfactorio solamente si se admite la existencia de parlantes de un dialecto greco-occidental en el territorio griego en el II milenio.

b) Estos parlantes se identificarían con los estratos sociales más bajos, sometidos a la hegemonía de la leadership que habitaba la ciudadela.

c) La caída de las ciudadelas a finales del II milenio se explica por causas internas y es comprensible desde la perspectiva de una revuelta de las clases sociales subalternas en un momento de debilidad de las ciudadelas.

d) La construcción histórica de la invasión doria sería en gran parte un mito moderno. Las fuentes, en efecto, no mantienen el recuerdo de una verdadera invasión.

El cuadro ofrecido por Chadwick, desde la perspectiva histórico-dialectal se puede representar gráficamente de la siguiente manera:



Los cuatro puntos en los que se ha querido sintetizar el contenido de la propuesta de Chadwick exigen algunas líneas de comentario.

Hay que puntualizar ante todo que Chadwick no ha presentado hasta hoy más que aportaciones preliminares sobre el tema. Esto explica, por ejemplo, la escasa organización y el poco poder incisivo

de sus argumentaciones lingüísticas. En efecto, muchos puntos puestos de manifiesto por Chadwick como pruebas a favor de su teoría, resultan comprensibles al referirse (por lo menos así parece) a los análisis realizados por Nagy (análisis criticables todo lo que se quiera, pero orgánicos y consecuentes, pese a todo). Además, falta una precisa caracterización en sentido geográfico o social de la posición de los presuntos parlantes greco-occidentales. Identificarlos simplemente como «clase inferior» puede ser un primer paso (verdaderamente muy estimulante) que nos debe conducir a un nuevo tipo de investigación histórica, fundada sobre otros presupuestos metodológicos. Finalmente, por lo que respecta al «mito» de la invasión doria, conviene señalar que aun admitiendo todos los elementos concordantes con la crítica de Chadwick, queda siempre la necesidad de un análisis puntual de las fuentes (por fin no en ingenua clave evemerista) para contestar, punto por punto, a las precipitadas interpretaciones que de ellas se han dado desde principios del siglo pasado. En este sentido, nos parece especialmente puntual el análisis de J. T. Hooker, op. cit., cap. 7 y apéndice 1, que, basado en una detallada crítica de las fuentes, llega a las mismas conclusiones que Chadwick (véanse también las consideraciones de Pugliese Carratelli, en *Atti IV Convegno di studi sulla Magna Grecia,* Taranto, 1964, pág. 31 y sgs.).

En efecto, el cuadro que se desprende de las contribuciones y de las observaciones recopiladas en este libro, indica la importancia que cobra el planteamiento del problema del fenómeno histórico micénico basado en un contraste que, para emplear dos términos hoy frecuentes en el lenguaje antropológico-cultural, se podría explicar mediante la expresión *cultura hegemónica-cultura subalterna.* La perspectiva que se propone es la de determinar las conexiones, o mejor, el grado de integración entre dos niveles.

Como ya se ha tenido ocasión de poner de manifiesto varias veces, esta aclaración está estrechamente ligada a la comprensión de las condiciones socioconómicas que permitieron la formación del nivel privilegiado. Por otra parte, el hecho de que la estructura sociopolítica que caracteriza la esfera hegemónica se muestre como un fenómeno limitado en el tiempo y que no se restaura (la «superestructura» de la que habla Chester Starr), haría pensar que su grado de integración en el entramado de las fuerzas productivas de la Grecia del II milenio fuese extremadamente débil. Las causas de su decadencia habría que buscarlas, en nuestra opinión, en dos direcciones: de un lado, en las posibles contradicciones internas (téngase presente el significado de la colaboración de Bockisch y Geiss, incluida en la primera parte), que pueden haber conducido a situaciones tensas y corrompidas del cuidado sistema de explotación (tanto en forma de remesas como de utilización de fuerza-trabajo especializada) dirigido por el palacio; por otro lado, en el cambio de las condiciones económicas que debieron permitir el inicio y la subsiguiente acumulación de riquezas en las manos de la que podemos considerar como una estabili-

zada leadership, que ocupaba la ciudadela (elemento que Chadwick ya había identificado y valorado en su dimensión histórica). Con este propósito consideramos que el estudio de los procesos de intercambio en la cuenca del Mediterráneo, en los que se implicó buena parte de la fuerza organizativa de las administraciones centrales, puede decirse, desde el principio de su existencia, se podrán aportar datos muy valiosos, sin recurrir a catastróficos cuadros de invasiones, que tanto recuerdan las teorías en términos de *Völkerwanderungen* de un período bien determinado de la moderna ciencia histórica.

INDICE